

A close-up photograph of a man's face, showing his eyes, nose, and mouth. He has a light beard and is looking directly at the camera. A red rose with a green stem and leaves is held in his mouth, with the stem extending to the right.

Armando Prieto Pérez

**Todas
las veces
que
quieras**

La primera novela erótica
escrita por un hombre que hace
palidecer las sombras...

 **Lectulandia**

La primera novela erótica escrita por un hombre que hace palidecer las sombras...

«Esta noche no vas a dormir...»

Sangre cubana y un amor casi carnal por el arte, Luis es un seductor instintivo, de los que carecen de reglas e inhibiciones; por eso, ninguna mujer se le resiste, y sus conquistas terminan puntualmente en el taller de Navigli en el que pinta. Sobre sexo, cree saber incluso más de lo que necesita, al menos, hasta que conoce a la propietaria de una tiendecita de vinilos en la que el tiempo parece haberse detenido, quien, sin pedirle permiso, pasa de ser su enemiga jurada a ser su obsesión. Todo por culpa de un hurón. Pues sí, porque, cuando la graciosa mascota comienza a sobrar en casa de ella, una noche de primavera en la que Milán parece mágica, Luis se transforma en el Príncipe Azul: se ocupará de Lucky, pero, a cambio, ella tendrá que posar para él una tarde a la semana, durante seis semanas. Un contrato auténtico, del que Luis perderá pronto el control, arrebatado por una pasión que lo llevará, en el juego del placer, más lejos de lo que nunca ha llegado. Y, mientras persigue la inspiración y, poco a poco, conquista a su presa, no se dará cuenta de que, en realidad, el cazador ha sido cazado y de que puede que, con ella, haya encontrado el amor. Pero ¿está listo para reconocerlo y aceptarlo?

Todas las veces que quieras es una historia de erotismo arrollador, que desvela a las mujeres lo que todo hombre querría ocultarles, dentro y fuera de la cama: también los hombres se enamoran y, con el corazón, el sexo sí que no tiene límites...

Lectulandia

Armando Prieto Pérez

Todas las veces que quieras

ePub r1.0

Titivillus 25.01.2019

Título original: *Tutte le volte che vuoi*
Armando Prieto Pérez, 2014
Traducción: Itziar Hernández Rodilla

Digital editor: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Preliminares

El perfume marca la diferencia. Conoces a una mujer guapísima, sensual, disponible. Te acercas, mueves el aire junto a ella, quizás incluso la besas. Pero ahí termina todo: falla el perfume. No es desagradable ni demasiado fuerte, simplemente falla. Como una nota fuera de lugar en un acorde, el de dos cuerpos, que requiere, sobre todo, armonía.

También puede suceder lo contrario. A esta mujer, cuando la conocí, ni siquiera la miré dos veces. Luego se acercó a presentarse. Y olí su perfume.

Yo no soy un tipo que se pierde en una presentación.

Está en mi cama, los brazos y las piernas separados, atada por los tobillos a las patas de la cama y por las muñecas al cabecero. Yo mismo tallé este cabecero, de una hermosa madera maciza: dos mujeres desnudas esculpidas a los lados, con poses provocativas, representan la Templanza y la Castidad... En mi interpretación personal, por supuesto. En torno a la cintura de las diosas, he atado las cintas de seda roja que sujetan las muñecas de la mujer tumbada debajo de mí.

—Para, por favor... —gime.

No respondo. Estoy trabajando con pincel, un pincel medio mojado en una mezcla de aceites aromáticos: jazmín, pachulí y salvia, de poder afrodisíaco garantizado. He comenzado por los puntos más sensibles del cuello y, luego, he ido descendiendo hacia los pechos, alrededor de los pezones, las caderas, el ombligo... Al llegar al vientre, el aceite se ha mezclado con el olor de su piel.

El perfume, la tensión de sus miembros aprisionados, la dulce tortura del pincel. Pinto su placer con pinceladas breves, haciéndola enloquecer: se revuelve, eleva las caderas, sus brazos tensan las cuerdas. Pero los nudos que yo hago no se sueltan. Aumento la velocidad con hábiles golpes de muñeca, la oigo jadear, luego se viene con un grito, el cuerpo arqueado, los dedos de los pies contraídos.

Alargo una mano hacia la mesita de noche, agarro la botella de ron y tomo un sorbo, luego pego mis labios a los suyos, me tumbo sobre ella haciéndole sentir el calor del licor y de mi cuerpo. Una mujer deseada es como una hoja en blanco: infunde el mismo temor, promete el mismo placer. Hay que descubrirla y, luego, ganarla. Es preciso escucharla, pero no pedirle permiso. Lanzarse a la conquista renunciando incluso a toda expectativa porque, si no, siente el miedo, la falta de libertad, el apego mezquino. Y huye.

Pero no de mí.

Sin dejar de besarla, me alzo sobre ella, le acaricio el clítoris con el glande, deteniéndome, negándole lo que me pide. Tiene los ojos llenos de lágrimas de frustración.

—Luis, por favor...

—Cierra los ojos.

Obedece. Me quedo inmóvil sobre ella. Intenta volver a abrirlos.

—¡Ciérralos! —rujo.

Se muerde el labio inferior, traga, totalmente a mi merced.

Entro en ella hasta el fondo con un golpe seco, se estremece por la ferocidad de la embestida, se le escapa un gemido. Luego otro y otro más, a medida que se acelera el ritmo y el placer aumenta, hasta que se corre de nuevo, gritando.

—Y, ahora —le susurro—, vuelta a empezar.

Un golpe seco hace vacilar la mesa. Sujeto mi pinta de cerveza antes de que se derrame sobre el bloc de notas. Levanto los ojos.

—Perdona, ¿eh?

El coloso rapado me ofrece una sonrisa ebria sin dejar de tambalearse. Si se desploma hacia aquí, estoy perdido: debe de pesar ciento veinte kilos. Lo miro fijamente intentando comunicarle estabilidad. Se retira apenas, como si una mano invisible lo hubiese agarrado del cogote para moverlo, y se aleja inestable hacia la barra, dejando tras de sí un rastro de pies aplastados y vasos volcados.

—¡Eh! ¡Mira por dónde vas!

—¡Ah! ¡Cuidado con la cerveza!

—No ha sido culpa mía. ¡Se me ha echado ese encima!

Sigo el avance del coloso con cierta diversión. Me pregunto si se parará de verdad en la barra o si se desparramará por encima sin lograr frenar. Leo me pregunta siempre cómo consigo trabajar en la cervecería Lambrate, en medio de todo este relajó, pero es precisamente por el bullicio por lo que vengo. Empecé a hacerlo cuando vivíamos por aquí, en via Desiderio. Bajaba al atardecer, con mi bloc de notas o algún texto para leer, y me ponía manos a la obra con el guion de mi último documental, mientras, a mi alrededor, la noche se iba animando. Ahora que vivo en la otra punta de Milán, me gusta volver de vez en cuando; me recuerda los viejos tiempos. Y es extraño: también ahora, cuando entro, hay casi siempre una mesa libre, como si me hubiese estado esperando.

El coloso calvo se ha estampado contra la barra, desbaratando la concurrencia de clientes que se agolpaban en busca de cerveza. Dos chicas sentadas en sendos taburetes se apartan para no ser arrolladas.

La de la derecha no está nada mal.

Ha apoyado un pie en el suelo para acercar su taburete al de la amiga y alejarlo del coloso. La raja de la falda, larga y oscura, se ha abierto dejando a la vista un buen tramo de pierna, los músculos del muslo en tensión mientras tira hacia delante del asiento. Vuelve a sentarse, y sigo la curva de la cadera que se relaja, suave; luego subo con la mirada hasta la melena, que termina en mitad de la espalda en tirabuzones sinuosos, brillantes y oscuros. Las sienes. Los pómulos altos, marcados. Los labios rojos. Todo en ella muestra una mujer a gusto con su cuerpo. Rezuma seguridad como si fluyese sobre su piel ambarina, sobre la blusa naranja quemado con tres botones abiertos, la falda negra, los pies calzados con un par de sandalias de cuña doradas. Parece una gitana, a punto de ponerse a bailar. La miro gesticular con las manos de dedos largos, vuelta hacia su amiga. Seguro que le está contando una

anécdota. La otra escucha atenta, rígida en su taburete y un poco inclinada hacia delante, las piernas juntas como una colegiala, una mano entre los muslos enfundados en vaqueros, la otra colgando blanda de la barra, en la que está acodada.

La vitalidad y la apatía, pienso, imaginándolas transformadas en un cuadro alegórico. El turgente verano y el apacible otoño.

Entonces, mientras las observo intrigado, la anécdota termina y Otoño me sorprende. Ríe a carcajada limpia. Echa hacia atrás la cabeza, coronada de cabellos cortos y castaños, en un gesto de completo abandono y, de la frente a las mejillas estiradas en la sonrisa, la barbilla minúscula y el cuello expuesto, su perfil se convierte en un arco de gracia único, perfecto. Un momento, y es Primavera.

Pero es solo un momento. Después, se apaga.

Mientras, Verano se vuelve en mi dirección, cruza una mirada conmigo, y toda la conversación de las horas que nos separan del alba pasa entre nosotros en menos de un segundo.

Siempre es así cuando conozco a una mujer en un bar. O la conexión es inmediata y sé exactamente que habrá un contacto, o es mejor dejarlo estar. No me gusta perder el tiempo. Los dos queremos pasar una noche agradable; entonces, ¿por qué desperdiciar la energía en estrategias, cumplidos y truquitos? Mejor ir directos al grano. Ninguna se ha quejado hasta ahora.

Cierro el bloc de notas, meto el bolígrafo en la espiral y me acerco a la barra deslizándome entre el gentío. Verano continúa mirándome; no duda siquiera por un momento que es mi objetivo, y tiene razón. Veo cómo se prepara su cuerpo, girando como un girasol hacia mí, inclinando el torso un poco hacia delante, separando apenas las piernas. Su amiga está hablando, pero ella, en realidad, no la escucha, asiente distraída. Interrumpe el contacto visual y se lleva una mano a la boca, para luego fijar de nuevo los ojos en los míos apenas llego ante ella.

—Hola, soy Luis. —Sonrío.

Nunca he entendido la utilidad de intentar quién sabe qué frase de ataque. Sé que algunos lo han convertido en un arte. A mí no me hacen falta dobleces ni juegucitos: si ella quiere lo mismo que yo, y por lo general es así, nos entenderemos. Si no, es inútil insistir. Nunca me ha quitado el sueño haberme perdido una mujer.

—Hola, Luis. Yo soy Manuela. —Me tiende la mano, la estrecho, retira de golpe la suya—. ¡Vaya! ¡Menudo apretón! —protesta con una risita.

—¿Demasiado fuerte? Perdona, deformación profesional.

—¿Y eso? ¿Qué eres? ¿Herrero?

—Artista. Las manos fuertes son una necesidad.

—Supongo que haces esculturas de hierro forjado sin martillo, entonces... —comenta la amiga, ácida.

Ha enderezado la espalda y me observa erguida y alerta como una domadora de leones. ¿Qué le habré hecho?

—Puedo ser también muy delicado cuando hace falta.

Me decido por el camino de la seducción, le sonrío y le tiendo la mano.

—Encantada, Luis.

Me concede un apretón rápido y desconfiado, y enseguida lo retira.

—¿Mejor? —pregunto.

—Normal.

Seguro que le dice lo mismo al novio después de follar, pobrecillo. Siempre y cuando una así tenga novio. Lo importante es que no lo tenga su amiga o que, por lo menos, no sea del tipo fiel. Lo cierto es que no lo parece.

—¿Con qué materiales trabajas, Luis? —pregunta Manuela apoyando una mano en mi brazo para atraer mi atención de nuevo sobre ella.

—Con muchos, pero últimamente, sobre todo, con terracota.

—Y ¿en qué obra estás trabajando?

—Aún estoy pensando el tema. Creo que será una figura femenina, y tiene ya nombre: se llama Eva.

Se sobresalta y echa una mirada rápida a su amiga que, sin embargo, está ocupada en otra cosa. El coloso rapado se ha colocado a su lado y está intentando entablar conversación. Perfecto, quédate tú con miss «Normal», le bendigo silenciosamente. Yo prefiero el calor humano.

Alargo la mano hacia el mostrador, rozando la espalda de Manuela con el brazo.

—Me gusta el color de tu blusa —le digo—. Casi terracota, pero más cálido. Terracota crepuscular.

—¡Sí que eres un artista! —ríe, echándose hacia atrás la melena con un ademán seductor. Mi reacción es inmediata. Me inclino un poco más hacia ella, como un depredador—. A mí, en cambio, me gustan mucho tus ojos. Son tan azules... —añade mirándome atenta, presa de la misma intuición. Es cuestión de horas—. Tienes nombre español, pero tú no puedes serlo, con esos ojos...

—Soy cubano. —Manuela pone cara de asombro—. Por la isla ha pasado de todo —le explico—. Indios, españoles, norteamericanos, esclavos africanos, tropeles de europeos, sudamericanos de todas clases, entre ellos un argentino muy famoso... al que llamaban *Che* Guevara.

—Pero tú podrías ser, qué se yo, ¡francés! ¡O italiano! —exclama. Levanta una mano para tocarme la mejilla, casi como para comprobar si llevo maquillaje—. Tienes la piel blanca, los pómulos altos... Y no tienes acento.

—Llevo en Italia más de diez años y se me dan bien los idiomas —digo—. ¿O no te fías? ¿Quieres ver mi pasaporte?

—Sí, claro, ¿por qué no? —Ríe de nuevo y extiende una mano con la palma hacia arriba—. Su documentación, por favor.

No es un chiste divertido, teniendo en cuenta que, en los primeros años que pasé en este país, me sucedía de verdad que la Policía me parase sospechando que era ilegal; pero sé que ella lo dice por reír. Desgraciadamente, no suelo llevar el

pasaporte cuando salgo a tomar una cerveza. Saco de la cartera una tarjeta de visita, se la tiendo, luego cambio de idea y retiro la mano.

—Y tú, ¿qué me vas a dar a cambio? —la provoco.

Se le dilatan las pupilas y sé que la respuesta es fácil. Pero, en ese momento, la amiga se echa sobre ella, saltando de su taburete y con el peligro de tirarlo y arrastrar a Manuela.

—¡Eh! ¡Esas manos! —chilla, vuelta hacia el coloso calvo.

Maldición. Habría debido intuir que no la tendría ocupada mucho rato. No tiene pinta de saber lo que hace ni siquiera sobrio.

—¡Eh! Tranqui, pendón —ruge bola de billar.

Ahora que lo miro bien, lleva también un par de calaveras dibujadas en la camiseta negra. Un poeta.

Manuela ha bajado de su taburete y se ha acercado a la amiga; me lanza una mirada breve, un poco para comprobar si sigo allí, un poco para valorar si puedo ser útil en caso de bronca. No soy, desde luego, un culturista; al contrario, soy más bien delgado, pero entre el trabajo y la actividad al aire libre, mis brazos son como mis manos: fuertes.

Preferiría, no obstante, no tener que llegar a los puños con el coloso, porque la fuerza de la gravedad está, decididamente, de su parte.

—¡Eh, tío! ¿Qué pasa? ¿Qué dices a una cerveza? —le espeto, y con un movimiento rápido me meto entre él y las chicas.

Espero que tengan el sentido común de alejarse.

—¿Y tú qué mierda pintas en esto? —El coloso no se deja aplacar, mira por encima de mi hombro con ojos llameantes—. Esa zorra me ha dado un bofetón.

—Y, si intentas tocarme otra vez, te doy otro —amenaza por detrás de mí la voz sutil aunque feroz de la chica.

Pero mira que eres tonta, pienso exasperado mientras una mano pesada me aterriza en el hombro y el coloso intenta apartarme para lanzarse contra el objeto de sus anhelos. O de su furia homicida, ya no está claro. Me planto bien, con las piernas separadas, y opongo resistencia. Bola de billar me mira con cierto asombro.

—¡Déjame pasar! —protesta, preguntándose por qué su manaza no me ha hecho volar ya fuera del bar.

—¡Déjalo correr! —respondo tranquilo, mirándolo fijamente.

En los ojos le aparece una nota de perplejidad. Oigo que Manuela murmura: «Anda, vamos fuera», y espero que ella y su amiga lleguen a la puerta deprisa, mientras la atención del pretendiente sigue centrada en mí.

—Pero, tú, ¿quién te crees que eres? ¿Un caballero Jedi? —masculla él espabilándose y enderezando los hombros en previsión de la pelea—. ¡Eh, tíos, mirad quién es! He encontrado a Obi-Wan Kenobi, ¡paladín de los zorriones!

¿Tíos? Sin quitarle los ojos de encima, intento proyectar seguridad y anticipar sus movimientos, pero imagino que, desde algún punto de la cervecería, le llegan

refuerzos. Es de locos. Hace casi diez años que vengo y nunca he tenido ni la sombra de un problema. No me digas que ahora voy a tener que entrarme a trompones con una pandilla de *hooligans* por culpa de una *pelandruja* reprimida.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí? —La multitud se abre y se acerca un camarero—. Dejaos de historias o llamo a la Policía; están aquí detrás y llegan en un minuto.

Sé perfectamente que no es cierto. Lo importante es que no lo sepa bola de billar.

—No pasa nada —aseguro, levantando las manos en un gesto universal de tregua—. Estaba solo invitando a una cerveza a mi nuevo amigo.

Por un momento, todo queda en vilo. Luego, la cara del coloso se abre en una risotada.

—Pues claro, que le den a la pájara esa. ¡Venga esa cerveza, Obi-Wan Kenobi!

Su manaza, amigable esta vez, casi me tira al suelo en serio; será la bajada de la tensión. El camarero hace una señal a su colega detrás de la barra, que nos planta dos pintas delante. Brindo con el coloso.

—¡Por la paz en el mundo!

—¡Salud!

—Ahora, perdóname un segundo, tengo que acercarme al fondo a la derecha —le digo tras un par de sorbos.

Me alejo hacia el baño; pero, apenas estoy fuera de su vista, doy un rodeo y salgo del bar. Como imaginaba, Manuela y la amiga siguen allí, apoyadas en la pared un poco más allá.

—¿Todo bien? —me pregunta Manuela.

—Todo bien —respondo, encogiéndome de hombros—. Ustedes, ¿todo bien?

—Sí, claro, no ha pasado nada.

—Todo bien, ¡una mierda! —La amiga se vuelve hacia mí *encabrinada*, plantándome un dedo en medio del pecho—. Todo es culpa tuya.

Pongo los ojos como platos. No esperaba que me echase los brazos al cuello, pero sí, al menos, un poco de gratitud.

—¿Culpa mía?

—Pues sí, míster Ingenuo, todo culpa tuya —me repite en tono desagradable—. Si no hubieses venido a hacerte el simpático, habríamos seguido charlando tan tranquilas. Y ese cerdo no se habría sentido con derecho a acercarse pensando que yo necesitaba compañía.

Manuela interviene:

—Pero, bueno, Eva...

—Ay, perdona —se vuelve contra ella la amiga—. ¿Te he jorobado el idilio? La próxima vez me quedo en casa, así puedes salir a ligarte a quien te venga en gana sin obstáculos.

—No me vengas con tonterías. ¡No estaba ligando!

Casi que vuelvo dentro con el coloso. Me parece que es mucho más fácil de tratar que estas dos.

—Mira, yo me voy a casa y te dejo con tu tío bueno, ¿vale? Que, en fin, tío bueno es por decir... —añade con aire asqueado.

Será que ella es atractiva. Echa a andar por la calle, sin despedirse. Manuela da un paso para seguirla, me mira, luego la mira a ella, insegura.

—Lo siento...

También yo. Uno sale para una noche tranquila, conoce a alguien que promete y luego descubre que la chica en cuestión tiene que hacer de asistente social de una loca.

—No es nada. —Sonrío y le apoyo una mano en el hombro—. Es mejor que vayas con ella, ¡venga! —añado—, en su estado corre el peligro de no ver dónde va y que la atropellen. Aunque me parece que, en un choque, el coche tendría las de perder.

—Eva es un poco cabezota, pero no es mala. —Aprecio el modo en que se apresura a defender a la amiga, pero es indefendible—. Está pasando una mala época. Tengo que irme.

—Bueno, llámame si quieres.

Le doy mi tarjeta de visita. La mira y levanta los ojos sonrientes hacia mí.

—¿Y qué tengo que darte yo a cambio?

Sonrío también yo.

—Ya veremos. ¡Corre!

Se marcha corriendo, un poco entorpecida por la falda larga y las cuñas, detrás de su amiga loca que ya ha vuelto la esquina. Me doy cuenta de que mi cerebro ha borrado ya toda imagen de Eva la Furia; y, por lo demás, vestida como va, con la elegancia de un mecánico de faena, era difícil notar los detalles. Manuela, sin embargo... Manuela. Pronuncio dos o tres veces su nombre, como saboreándolo. Dulce, casi sabroso, apetitoso. Ya lo decía Dalí: el verdadero arte debe ser comestible. Y ella es una obra de arte.

¡**B**am! Un manotazo y la arcilla, aún frágil, se hace pedazos. Salpican por todas partes y uno termina en mi café. Total, estaba frío.

Hoy no lo llevo nada bien.

Miro a través de la pared acristalada; el tramo de patio con las flores silvestres de la primavera no me parece, ahora, más que hierba mala. El solar de la obra que hay justo detrás no ayuda. Solo hay un paso de la libertad a la desolación.

Desde el apartamento de al lado llegan las notas de una sonata de Chopin. Leo se ha levantado y, como siempre, antes de nada se ha puesto a acariciar sus amadas teclas de marfil. Volvió ayer por la tarde de uno de sus viajes al extranjero: Leo es pianista y suele estar de gira. El estudio, recuperado del viejo establo de esta antigua casa de campo, le pertenece, como el resto del edificio. Se suceden en él artistas de todas partes del mundo, a quienes deja usarlo libremente. Hay una «zona de estar», con la cocina en un rincón, un sofá, una gran mesa de roble, un fregadero y una estufa de leña en una esquina. Y, luego, separado por una estantería al aire, está el espacio de trabajo, amplio, luminoso y desordenado, salpicado de pintura, escayola, arcilla.

Aquí me suelo sentir bien. Es un ambiente lleno de fuerza creativa, impregnado de vida. Si apoyas la mano en la madera de la mesa, puedes sentirla vibrar con la intensidad del espíritu artístico y la alegría de las noches compartidas que ha visto a lo largo de los años. La madera es un material que absorbe muchísimas sensaciones, emociones, energías, y las libera con la misma generosidad. Los árboles viven tanto como los hombres, a menudo más, y registran en sus anillos el paso de las estaciones y los astros. Anotan su vida en el tronco con una valentía desconocida para los humanos. Por eso solo tallo madera rara vez, porque requiere diálogos extenuantes con el árbol que ha sido. A cada acometida de la gubia se hace menos claro quién esculpe a quién.

Hoy, sin embargo, a pesar de la preciosa mañana de mayo, todo me parece inanimado y frío. Estoy distraído. Me muevo inquieto por la habitación. Me doy cuenta de que me apetece tomar otro café cuando tengo ya la cafetera en la mano para enjuagarla. Pero el fregadero está lleno de platos sucios. Suspiro y alargo la mano hacia el lavavajillas.

La música se interrumpe y Leo abre la puerta que comunica su apartamento y el estudio.

—¿Te molesto?

—No, ¡qué va! Entra.

No sería la primera vez que se presenta sin llamar y me encuentra con alguna. El sofá está a dos pasos de esa puerta y no da tiempo de esconderse. No es que yo lo

pretenda, por otra parte: estamos entre amigos. Y he notado que tampoco a las chicas, al final, les disgusta tanto la intrusión de Leo. No es guapo en el sentido clásico, pero es un imán para las mujeres, tiene una especie de atractivo natural. Será porque su madre es francesa...

—¿Quieres un café? —le pregunto, acercándome a los fogones.

—Sí, gracias. Y ¿no quedaron anoche unas galletas?

—Pero ¡si te comiste medio kilo anoche!

Para celebrar su regreso, ayer improvisamos una de nuestras veladas, unos amigos, algunas chicas. Laura trajo los *biscotti*: sabe que Leo los adora.

—A propósito, ¿y Laura?

—Sigue teniendo las tetas más hermosas de todo Milán.

Leo ha encontrado las galletas y mete una mano en la bolsa.

—¿Está durmiendo todavía?

—No, volvió a su casa anoche, tenía que levantarse temprano para ir a trabajar. —Mordisquea—. Mejor así, follar está bien, pero dormir es incómodo: demasiados en la cama, los cuatro.

—¿Los cuatro?

—Ella, yo y sus tetas.

Me río.

—La tengo enamorada, a la pobrecilla. Cuando le dije que volvía, se empeñó en organizarme la fiestecita a toda costa, hizo las galletas...

—Y, de hecho, lo pasó bien anoche.

Leo hunde en el sofá su metro noventa de físico de jugador de rugby. En esta luz primaveral, noto que necesitaría un buen lavado. El sofá, no Leo. Aunque también Leo...

—La verdad es que si vas por casa con esa camiseta *churripienta*, no me extraña que las mujeres escapen durante la noche.

—¿Qué le pasa?

Baja una mirada perpleja hacia la especie de andrajo de rayas que lleva puesto.

—Que la dejaste en el suelo sucia antes de irte y la has recogido del suelo sucia cuando has vuelto, diría yo.

Leo es hijo de diplomático, ha crecido con criados y vive aún como si los tuviese. No lava nada, no ordena nada, no recoge nada del suelo. La mujer de la limpieza viene una vez a la semana, así que el lunes se puede ver el color del suelo de su casa. El martes es ya demasiado tarde.

—¿Has hecho un curso de Economía Doméstica mientras no estaba?

—Eso son sandeces. Es que hay límites hasta para la dejadez. —Saco las manos sucias de espuma del agua jabonosa en la que llevo trasteando cinco minutos—. Y los platos los lavo siempre yo, por ejemplo.

—Entiendo. Estás de mal humor. —Se levanta del sofá y viene a apoyarme una mano en el hombro—. ¿Quién es la chica?

—No hay ninguna chica.

—Chuminadas. Estabas raro ya anoche.

Miro a lo lejos la grúa de la obra, como si fuese culpa suya.

—La conocí el miércoles, en la cervecería. Se llama Manuela. Hicimos clic enseguida —digo chasqueando los dedos.

—¿Pero? ¿Tiene novio?

—¡Bah! No, no creo.

—¿Traumatizada? ¿Enferma? ¿Lesbiana? —apremia Leo.

No puedo evitar reírme.

—¡Exagerado! No siempre te quieren liquidar la misma noche.

—Conmigo, no siempre. Contigo, por lo general, sí. Cuántas noches he pasado en el sofá...

Esta vez reímos los dos. Se refiere a cuando vivíamos juntos, en el apartamento de solo un cuarto en Lambrate, hace unos cuatro años. Había una zona de estar, con sofá cama, y un dormitorio de matrimonio. El primero que volvía a casa con una chica pillaba el dormitorio. Era una especie de competición de velocidad. Cuando salíamos juntos de caza, el juego se complicaba, pasábamos toda la noche maniobrando sin perder de vista al otro para terminar antes. ¡Qué noches! Y llegar primero y cerrar con llave la puerta de la habitación a tu espalda, arrastrando a la chica contigo... La sensación de triunfo daba un ritmo distinto incluso al sexo.

—¿Sabes? Echo de menos esos años.

Abre la boca para soltar un chiste, pero quién sabe cómo le sale una voz teñida de nostalgia, y mira hacia fuera también él, la misma grúa.

—Y yo —dice con una mueca.

Nos quedamos en silencio un momento; sé que ambos estamos pensando en los años pasados desde entonces, pocos pero importantes, en las decisiones que hemos tomado. Él ha heredado esta casona, en un vecindario que fue el campo a las afueras de Milán y es ahora una zona elegante en curso de recalificación por parte de los mejores arquitectos. Yo necesitaba un espacio solo para mí y alquilé un apartamento en el último piso de un bonito edificio junto a Navigli, el barrio de los canales. Está a diez minutos a pie de aquí, pero no es como vivir juntos. ¿Será por eso por lo que estoy siempre en el estudio? No es raro que pase aquí también la noche.

—¡Ánimo! Reponte. Parecemos dos viejas —me despierta—. Entonces, ¿por qué no se ha dejado follar la tal Manuela?

—Ha tenido que salir corriendo tras la amiga desquiciada con la que había salido. Una de esas histéricas, todas tiesas, ya sabes, el tipo que ni hace ni deja hacer. Con decirte que se entró a bofetones con un pobre tipo...

—Una solterona frustrada —resume Leo—. Y, luego, ¿la tía buena no te ha llamado?

—Lo hizo ayer. Hemos quedado para el domingo.

—Entonces, ¿de qué te quejas? No pierde el tiempo: es mañana.

—Para el domingo siguiente.

Leo no comenta.

—¡Va! Seamos serios —insisto—. Me gustas, te gusto y ¿me dices: «Salimos dentro de diez días»?

—Igual está muy ocupada...

Pero no lo dice con convencimiento.

Cuando llegué a Italia, lo de las citas fijadas de aquí a la eternidad fue un verdadero choque cultural. Conocía a una chica, quizás en una fiesta en casa de alguien. Comenzábamos a charlar. Poco a poco, la gente de alrededor desaparecía, quedábamos como encerrados en esa burbuja que se crea cuando dos personas se encuentran y se gustan. Hablábamos durante horas. Nos rozábamos, cada vez más a menudo, el aire entre nosotros lleno de energía magnética. Y, al final, le preguntaba: «¿Cuándo puedo volver a verte?». Y ella me daba una cita del viernes en quince días. En Cuba no se planifica con tanto tiempo ni el dentista. Así que, invariablemente, pensaba que quizás era una forma amable de decirme: «No vamos a vernos nunca más». Y dos viernes después, a las ocho de la tarde, por lo general mientras estaba probando con otra, me llamaba ella furiosa desde el bar en el que me esperaba en vano desde hacía media hora. Me había dado una cita de verdad.

He tardado dos años en acostumbrarme. Y, sin embargo, nunca me acostumbraré del todo. Algo falla. Estas mujeres superocupadas, que te tienen que apuntar en su agenda entre la depilación y la cena de negocios, ¿tendrán en algún momento tiempo para ti?

Es verdad que, cuando lo encuentran, son una bomba.

—Pero me parece raro que tenga que trabajar hoy o mañana —continúa Leo—. Así que igual te ha contado una trola y tiene novio.

—No, es una cosa de trabajo de verdad. Tiene una fiesta fuera de Milán. Si he entendido bien, es pastelera, hace *caterings* o algo así —le explico—. Coño, Leo, no sé. Me siento inquieto hoy, querría algo, pero no sé qué, me fastidia tanto que estoy lavando los platos.

—No los laves. —Se levanta, se acerca a mí, alargando una de sus manazas completamente torpes para las labores domésticas y cierra el grifo—. Haz el café que me has ofrecido hace media hora. Luego, si quieres, cogemos el coche y nos largamos a algún sitio, tampoco yo tengo nada que hacer.

—Seguro que te llama Laura.

—Razón de más; ya tiene lo suyo —dice, incorregible—. Volvamos a Venecia. Te gusta Venecia. Si eres bueno, te llevo a ver tus queridos cuadros.

Me tianta. La primera vez que vi Venecia, apenas llegado a Italia, hace ya once años, fue con Leo. Una semana completamente ciegos de alcohol, entre otras cosas, paseando por la ciudad llenándonos los ojos de obras de arte y, luego, noches interminables entre los canales y los bares... Una de las vacaciones más hermosas de

mi vida. Quizá volver a ver las pinceladas dramáticas del Tintoretto me haría sentirme mejor. Quizá me ayudaría a superar la crisis creativa. Me tienta.

—Pero, en esta época, Venecia está ya llena de turistas —objeto.

—Y qué importa. Si te molestan, los tiro al agua.

Lo veo: Leo arrojando japoneses al Gran Canal.

El teléfono suena en algún rincón de la habitación.

—Es el tuyo. —Mi amigo mira alrededor—. ¿Dónde lo has puesto?

—¡Bah! Estaba por ahí, intentando crear...

—Más que crear me parece que estabas destruyendo —comenta pasando por el espacio de trabajo.

Pesca el teléfono de entre los fragmentos de arcilla y me lo trae. Es un número desconocido.

—¿Diga?

—¿Hablo con Luis Rodríguez?

—Sí, soy yo —respondo tras un instante de duda.

Es el nombre artístico —no muy original, lo admito— que uso para mi documental. Desde que estoy en Italia, he hecho de todo, modelo, segurata, consultor holístico, camarero, autor de *storyboards* para publicidad; durante una época, tarotista; durante otra, titiritero. Me gusta variar. Dos cosas, sin embargo, no cambian nunca: mi trabajo artístico, sean cuadros, esculturas, bajorrelieves, objetos únicos; y mi interés por el cine. He dirigido un documental sobre la prostitución femenina y ahora trabajo en otro sobre el mundo de los gigolós. Interesante, pero nada fácil.

Diez minutos después corto la llamada y estoy alegre de nuevo. El destino me ha resuelto un problema.

—Era una clienta —le digo a Leo—. Necesita mis servicios para mañana... Tengo que acompañarla a una boda. En el valle del Chianti.

—¡No está nada mal! Un domingo en la región más bonita de la Toscana —silba Leo—. ¡Y encima te pagan!

Para profundizar en mi investigación, me he inscrito en una de las páginas de contactos más serias que ofrecen servicios de acompañamiento para señoras. La página, a cambio de una comisión, se ocupa de garantizar a las clientas la calidad de los profesionales «en oferta». He descubierto un montón de cosas sobre las mujeres. Una de las principales es que quieren lo mismo que yo: compañía, una noche entretenida. Y, quizá, también sexo, ¿por qué no?

—Estoy en un tris de meterme también yo en el negocio —añade Leo—. Me parece que da más que el piano.

—No está hecho para ti. Tienes que ponerte a su servicio, ¿sabes? No al contrario.

—Bueno, ese tipo de servicio lo hago con gusto.

—No se trata de eso, pedazo de bruto. Tienes que mimarlas, halagarlas, hacerlas sentir importantes. Lo malo es que escogen ellas y tú no tienes elección.

—Entonces, no me gustaría —admite.

—Ni a mí. De hecho, apenas tenga el material que me hace falta, doy carpetazo al asunto.

—Pero, mientras, te vas al Chianti a comer langosta y me dejas solo en Milán.

Intenta hacerme sentir culpable, pero yo ya estoy lejos con la mente, proyectado en mi excursión, en mi aventura de mañana. ¿Quién sabe cómo será ella? ¿Simpática, despreocupada? ¿O una de esas mujeres profesionales que te dejan extraordinariamente claro por qué tienen que pagarse la compañía masculina? Por lo general, se trata de lo segundo. Y, en esos casos, contra todo pronóstico, la situación resulta excitante. Cada vez que me encuentro ante una mujer graciosa restringida por trajes precisos, impecables, sofisticados, con el maquillaje a prueba de bomba y la voz impostada, sucede lo mismo. Me vuelvo dulcemente audaz, transgresor, invasor y, a la postre, animal. Desmonto con gusto los siglos de cultura postiza que me separan de su cuerpo desnudo y los destruyo como un bárbaro. Y, por lo general, ella, como una enfermera generosa, termina por satisfacer en todo al troglodita que ha llegado a salvarla del peso de la historia.

En resumen, en este momento, prefiero estar en mis zapatos que en los de Leo.

—Llama a Laura —digo distraído.

—Ya, para que se encariñe y no me la pueda quitar de encima. Menudo amigo estás hecho. —Leo me tiende el depósito de la cafetera—. Lo mínimo que puedes hacer es prepararme de una vez ese bendito café.

—¡Vale! ¿Lo recuerdas todo? Eres arquitecto, de origen brasileño, trabajaste durante muchos años en Río... ¿Sabes algo de Río? ¿Has estado alguna vez?

—No. No he estado nunca en Brasil.

Impongo a mi voz un tono monocorde y calmado, un timbre alentador, para intentar aplacar su nerviosismo. Sé ya que no será posible.

Camilla Mantovani tiene cuarenta y dos años, pero aparenta diez más, y se aprecia a simple vista que lleva al menos treinta entablado una guerra perdida contra su cuerpo. Yo no encuentro nada objetable en sus formas generosas, al contrario. Ella, por su parte, está obsesionada con la celulitis, que ha mencionado ya al menos tres veces desde que hemos montado en el coche, y está francamente a disgusto consigo misma. Una pena. Ha elegido un vestido ajustado, de seda gruesa, que no cede en absoluto y se tensa en bultos muy poco elegantes. Parece estar muy incómoda. No deja de mirarse la tripa, de contener la respiración para meterla. Si fuese ella, me miraría más bien los pechos exuberantes que asoman por el escote redondo; tiene de qué estar contenta con ese don divino. Ciertamente, el amarillo oro que ha elegido no es exactamente su color, le apaga el cabello rubio claro y da un matiz amarillento a su piel blanca.

Creo que, más que un gigoló, necesitaría un asesor de imagen. Por otro lado, pasa lo mismo con muchas mujeres. Están guapas cuando menos lo piensan. No saben lo sensuales y sorprendentes que pueden ser lo que ellas consideran defectos. Cuántas veces he exclamado: «¡Vaya! ¡Esta mañana estás fantástica!», solo para oír cómo me respondían: «¿Estás tonto? No he dormido en toda la noche y el día fue tremendo...». Obviamente, la chica del caso piensa que miento, quizá para llevármela a la cama. Sin embargo, con el tiempo, he entendido que precisamente la fatiga hace a veces a las mujeres inesperadamente hermosas. Porque las relaja. Sobre todo, a cierto tipo de mujeres, quizás acostumbradas a un papel público y, por eso, siempre arregladas, atentas. Es como si estuviesen posando. Y cuando, a cierta hora de la tarde, las sorprende con la guardia baja por el cansancio, para mí es como descubrir de repente a la persona real detrás del cuadro, y me parecen guapísimas. Finalmente auténticas, las facciones relajadas, llenas de una extraña gracia que las expresiones construidas y mantenidas con cuidado no tenían ayer mismo. Ayer, cuando no estaban cansadas.

Querría ver cansada a esta mujer que conduce junto a mí, cambiando las marchas nerviosa, sin dejar de hablar. Querría poder pasar un dedo por sus labios y a lo largo de la línea de la mandíbula, y borrar el ansia que le tensa y envejece el rostro. Pero cuando, hace una hora, he intentado decirle: «Relájate», casi se me tira a la yugular.

—¿Relajarme? Pero ¿tú sabes lo mal que puedo quedar si algo va mal? Tú preocúpate de aprender bien tu parte. Ya me relajaré esta noche... si sobrevivo a este día de mierda.

Pues vete a freír espárragos. La escucho solo con un oído mientras me explica por enésima vez el papel que tengo que interpretar. Vamos de camino a la boda de su último novio, con quien ha mantenido una buena relación. Es decir, él simplemente ha mantenido una buena relación, mientras que ella esperaba volver con él. Qué pena que, menos de un año después de haberla dejado, se case con otra. Mientras parlotea, sigo con la mirada el perfil de su pierna, el muslo blanco que desaparece bajo la tela tirante. Imagino que apoyo en él una mano, comienzo a levantar despacio el dobladillo del vestido y la ayudo a relajarse. Mucho peor que ahora no puede conducir: parece que, hasta ayer, tenía un camello en vez de un coche.

—¿Por qué vas? —le pregunto de repente.

La pregunta no la pondrá de buen humor, pero tengo curiosidad de verdad y, además, es mejor que me distraiga de mis pensamientos eróticos o acabaré por ponerlos en práctica.

—¿A la boda? Porque el muy cerdo me ha invitado.

—Pero es evidente que no quieres ir.

—Si no voy, todos pensarán que estoy en casa llorando.

—¿Y qué? Tus amigos te entenderán, y los demás, ¿qué te importan?

Emite una especie de bufido despectivo y me lanza una mirada de través, dura.

—Es fácil para ti, ¿no? Y no abras tanto esos ojos azules grandes e inocentes. Apuesto a que nunca te han dejado plantado.

—Perderías. —La miro, tan cerrada en su rencor, prisionera de sí misma—. Nos ha pasado a todos. No es un buen momento para dejar que el disgusto nos encadene al pasado.

—Ahórrame las chorradas psicológicas. —Nada, es como hablar con una pared—. Si quisiera un psiquiatra, iría a uno. Entre otras cosas, me costaría menos que tú. ¿Por qué no te preocupas de hacer tu trabajo? A ver: ¿dónde nos conocimos?

Renuncio a intentar ayudarla, me acomodo mejor en el asiento alargando las piernas y miro fuera repitiendo la lección.

—Te conocí en la muestra de Pollock del Palazzo Reale el invierno pasado, y las obras de arte perdieron todo interés para mí. Solo te veía a ti. Te abordé en la tienda, junto al expositor de catálogos. Aunque al principio te resististe un poco, aceptaste ir a tomar un café, y te conquisté con mi conocimiento de la pintura contemporánea.

—De la arquitectura. Eres arquitecto.

—Pero no soy arquitecto. Pinto. ¿No puedo ser pintor? ¿O escultor?

—Los pintores y los escultores son unos pelagatos. Eso ni siquiera son profesiones. ¿Por qué no eres capaz de ser un arquitecto, Dios santo? En la página decía que has estudiado Bellas Artes. En Cuba, vale, pero algo habrás aprendido, ¿no? ¿O has mentido?

—No, tranquila. Para discutir de arquitectura en una fiesta me da, no creo que nadie vaya a pedirme que construya un puente.

—¿Seguro? Mira que mis amigos y yo somos gente culta, no sinvergüenzas que dibujan vírgenes en las aceras.

—Tranquila —repito—. Me las apañaré. A propósito, ¿has visto el documental sobre Norman Foster? A lo mejor puedo decir que lo hemos visto juntos...

—Norman ¿qué?

—Es un arquitecto. —Me esfuerzo por no reírme. Menos mal que son gente culta—. ¿Conoces la cúpula del Reichstag en Berlín?

Me lanza otra mirada de través, dudosa.

—Eso es, muy bien —dice, con tono apenas menos severo—. Suelta alguna que otra palabra extranjera y sonrío, quizá lo logremos.

Respiro profundamente y pienso que va a ser un día muy largo. Pero el paisaje al otro lado de la ventanilla es demasiado bonito para estar enfadado: la primavera ya ha hecho explotar los azulejos y los dientes de león en los prados, y con los tonos de verde de las montañas, los pueblos a lo lejos, el cielo cubierto de nubes rasgadas, parece un lienzo del Renacimiento. Dejo que me inunde la luz y pienso que querría haber venido con Manuela, conducir despacio por estas carreteras estrechas y encantadoras alejándonos de la autopista, pararnos en un sendero y bajarla del coche, tumbarla sobre la hierba...

Menos de dos horas más tarde, la tengo delante.

De locos: Manuela está en el convite de la boda. La veo desde lejos mientras recorro el camino que lleva a las mesas de los aperitivos. Huele a hierba recién cortada y un cuarteto de jazz toca en una esquina, los colores de los vestidos de las chicas son deslumbrantes: es una escena perfecta y ella está en una esquina, embutida en un vestido recto granate que le acaricia el cuerpo, al mismo tiempo sobrio y verdaderamente sexy. En ese momento, me parece una alucinación. He pensado en ella demasiado intensamente, durante el viaje y después, en la larga y aburrida ceremonia en la iglesia. Intentaba sonreír arrobado y solícito a la estirada Camilla y, mientras, pensaba en Manuela.

Me acerco. Está hablando con dos camareros, con aire imperioso. Pues ¡claro! ¡Está aquí por trabajo! Era esta, pues, la famosa fiesta «fuera de Milán». De locos, pero lógico. Dos milaneses que se casan, aunque sea en el Chianti, llamarán a un *catering* milanés. Bendigo en silencio mi destino. Este día comienza a tomar un cariz fantástico. Solo tengo que librarme diez minutos de mi acompañante y...

Como si la hubiese llamado con mis pensamientos, Manuela se gira y me mira. La veo sobresaltarse. Le sonrío amplia y espontáneamente. Espero que mi sonrisa le comunique las ganas que tengo de saltarle encima. Pero ella se crispa con todo el cuerpo. Veo cómo endereza los hombros, cómo cierra las piernas como poniéndose firme, cómo levanta la barbilla en un gesto orgulloso. ¿Qué es lo que va mal?

Luego lo entiendo. Naturalmente: estoy con otra.

No es un buen comienzo. Pero puedo arreglar las cosas. Basta con quererlo.

—¡Quica! —chilla Camilla junto a mí.

Tuerce atravesando el césped y me arrastra en dirección a una chica flaquísima con un vestido color hielo muy bonito, a la que acompaña un tío calvo con corbata rosa. La calvicie no es culpa suya, pero la corbata es realmente imperdonable.

—¡Camy!

Las dos mujeres intercambian una serie de besitos al aire y zalamerías, mientras yo le doy la mano a él.

—Bruno —me dice.

—Encantado. Luis.

—¡Ah! Quica, este es mi nuevo... ¿Cómo decir? —me presenta Camilla con una risita—. ¿Podemos decir novio, tesoro, o somos demasiado viejos?

Bajo el tono melindroso noto el nerviosismo, quizá también la tristeza. Pobre chica. Le sonrío según el guion. Cierto, está perjudicando mi historia con Manuela. Pero no es culpa suya. Y, además, verás cómo logro librarme con cualquier excusa. Ante el pensamiento, mi sonrisa es casi sincera.

—Llámame simplemente amor —le digo, apretándole un codo y mirándola con dulzura—. Tú, sin embargo, puedes llamarme Luis —añado vuelto hacia la otra, sacando a relucir una pizca de acento sudamericano que, en realidad, he perdido casi del todo—. Encantado.

La amiga flaca se ruboriza un poco mientras le doy la mano. Noto cierta envidia en la mirada que echa a Camilla. La nota también ella, y se apoya contra mí afectuosa. Espero que Manuela no esté mirando hacia aquí.

—Encantada. Yo soy Francesca, pero llámame Quica... ¿Eres extranjero?

—Luis es brasileño —se apresura a responder Camilla.

He intentado inútilmente conservar mi verdadera nacionalidad, pero dice que los cubanos ya no están de moda. «De moda». Como un sombrero.

—¡Venga ya! ¡Brasileño! —trina Quica—. ¿De Río?

Ya, si eres brasileño, eres de Río. Si eres alemán, de Berlín. Si italiano, de Roma, supongo.

—Nací en Niquero. —Sonrío dulcemente—. En la costa. ¿Lo conoces?

Bruno asiente con aire pedante:

—Sí, claro, Niquero. El mar es hermosísimo allí.

—Bruno ha viajado muchísimo —gorjea Quica intentando enfatizar el valor de su pareja, y le apoya una mano posesiva en el hombro.

Bruno se hincha satisfecho. Me siento como un antropólogo que observa los ritos de apareamiento de una tribu extraña. Pero ¿por qué no nos adentramos los cuatro un poco en el parque y nos revolcamos sobre la hierba cortada? Apuesto a que esta Quica, aunque parece una tabla de planchar, tiene atributos ocultos.

—La costa sur es la más hermosa —confirmo.

Camilla me sonrío satisfecha, pensando que ha hecho una buena inversión contratando al único gigoló que, inesperadamente, sabe geografía. Y sé: Niquero se encuentra, de verdad, en la costa sur. La cubana. Pero ellos no lo sabrán nunca.

Aprovechando mi momento de popularidad, acaricio con un dedo la mejilla de mi pareja y le susurro, más brasileño que nunca:

—Mi amor, ¿te traigo algo de beber? ¿Quizás un platito de canapés?

Mi tono insinuante es el de quien pide otra cosa y, a su pesar, la recorre un escalofrío de placer. Me lanza una mirada casi humana.

—Sí, gracias, tesoro.

No ve la hora de quedarse sola con la amiga para contarle un montón de patrañas sobre nuestro flechazo, como haría si fuese de verdad su novio.

—Hasta dentro de un momento.

Le planto un beso en la muñeca y me alejo perdiéndome entre la gente. Tengo solo unos minutos, quince como mucho, antes de tener que volver a ella con el refrigerio, lamentándome de lo que he tardado con todo ese gentío alrededor de los fritos. Algún dios, probablemente Eros, vela por mí, porque encuentro a Manuela sola, en el comedor al que los invitados se trasladarán tras el aperitivo en el jardín. Va de una mesa a otra, asegurándose de que esté todo bien, mueve unos centímetros un adorno floral aquí, coloca un marcacitas que se ha caído allí. Echo un vistazo alrededor. La sala está vacía, pero alguien podría salir en cualquier momento de la cocina o entrar del jardín. A través de la puerta acristalada veo los corrillos de invitados, demasiado cerca. Ella no ha notado mi presencia.

Tengo poco tiempo y pocas alternativas. Espero que se acerque a una mesa un poco lateral y la alcanzo en cuatro zancadas. Le llego silencioso a la espalda, la agarro por la cintura, la hago girar sobre sí misma y la sujeto contra la mesa. Da un breve grito, pero me reconoce.

—¡Tú! ¿Cómo te atreves?

Forcejea, pero tiene las muñecas sujetas detrás de la espalda y está aplastada contra mí. Le brillan los ojos de indignación, pero siento su cuerpo responder a la cercanía del mío, hacerse irresistiblemente suave.

—No es lo que crees.

Y, con esto, la capacidad dialéctica me abandona. Le cuesta respirar, tiene las pupilas dilatadas. Ninguno de los dos tiene ganas de explicaciones ahora. Aprieto aún más el brazo que le rodea la cintura y me inclino para besarla con violencia. Su boca se rinde enseguida, se entreabre y acoge mi lengua, responde con pasión. Con la mano libre la agarro del pelo y tiro, exponiendo la garganta bronceada, lisa. Bajo con los labios de la barbilla al cuello, dejando un rastro caliente de besos, mientras ella gime, abandonada a mí. Le suelto la melena y doy un tirón al escote del vestido liberando un pecho. Tomo con la boca un pezón, duro, dispuesto. La quiero aquí, en esta sala, ahora. Tiene las piernas ya abiertas, aprieta el pubis contra mi sexo duro, se restriega contra mí impaciente. Comienzo a besarla de nuevo y le libero las manos,

luego la siento sobre la mesa mientras ella me suelta los pantalones. Oigo un ruido de vajilla que se hace añicos, pero ni un terremoto podría impedirme tomarla ahora.

—¡Manu! ¿Qué pasa?

Un terremoto no; pero el chillido de una voz femenina puede ser incluso peor. Manuela se sobresalta, abre de par en par los ojos, se aparta. En un momento, se ha roto el hechizo. Se zafa.

—Dios mío, pero ¿qué estoy haciendo?

Me mira casi con horror mientras mi erección desaparece y tomo también yo conciencia del comedor en torno a nosotros, de las mesas adornadas y los cubiertos y los platos rotos esparcidos por el suelo a nuestros pies. Me empuja, mira fijamente a alguien a mi espalda, sacude la cabeza como quien se libera de un sueño.

—Yo... Perdona, no sé qué me ha pasado.

—¿Estás bien, Manu?

Oigo pasos que se acercan y, mientras me abrocho los pantalones, me vuelvo para ver a quién pertenece la voz que nos ha interrumpido en lo mejor. Mientras no sea Camilla...

Cuando descubro quién es, cambio de idea. Preferiría a Camilla.

—¡Tú! —exclama la intrusa—. Pero ¿qué haces tú aquí?

Dios mío, es la amiga loca. He olvidado cómo se llama, pero ¿cómo podría no reconocerla? Tiene la misma expresión encabronada, idéntica, de la otra noche. Se precipita hacia mí como una furia y me clava el índice en el pecho.

—¿No te bastó arruinarnos una noche? ¿Intentas que nos despidan?

—¿Despediros?

Miro a Manuela. Que ella trabajaba aquí lo había entendido, pero ¿esta otra? Es una verdadera persecución. Bien mirado, lo que lleva es un uniforme de camarera. Respecto al atuendo de la otra noche es ya una mejora, pero la falda negra estrecha bajo la rodilla, de institutriz, es punitiva. Aunque, en otra mujer, tendría posibilidades, reflexiono imaginando la tela oscura deslizándose hacia abajo por unas piernas más disponibles.

—¿Qué mierda estás mirando? —se enfurece la loca.

—Nada, de hecho —respondo exasperado—. No hay nada que mirar.

—Me ocupo del *catering* aquí, para la confitería en la que trabajo. Eva es la jefa de camareros —me explica, entretanto, Manuela, arreglándose aprisa el vestido y el pelo.

Recupera el decoro, y la criatura apasionada de poco antes desaparece por completo. Me siento, de repente, muy solo.

Eva. Así es como se llamaba. Un nombre demasiado hermoso para ella. Ahora me está empujando hacia la puerta acristalada con perfecta técnica de gorila.

—¡Vete ahora mismo! Tenemos que arreglar de inmediato este follón... Y ¡deja en paz a mi amiga!

Le permito que me eche de la sala. La chica es insospechadamente fuerte y, sobre todo, no tengo ninguna gana de quedarme. Sería inútil. La ocasión ha volado y, ahora, será diez veces más complicado explicar a Manuela lo que hago en esta boda con una rubia.

Pero la pasión entre nosotros ha sido algo increíble. Debo tenerla. Y la tendré.

—¿No te marea?

Piazza del Campo se abre ante nosotros, roja y sinuosa, con las fachadas que parecen abrazarte en una danza ininterrumpida, los relieves del pavimento ordenados según la antigua simbología del número nueve y, justo de frente, la atrevida perspectiva de la torre del Mangia, con sus luminosas almenas blancas. Me siento transportado al más fascinante de los frescos medievales. Esta plaza, que no conocía antes de llegar a Italia, me sorprendió con la potencia de su ambiente desde el principio. Esta noche, lamida por las luces amarillas, es mágica, como si su forma cóncava recogiese pasado y futuro, realidad y posibilidad.

Aprieto el brazo de Manuela. Me siento en ascuas al borde de un cambio.

—Es una auténtica maravilla. No venía a Siena desde hace un siglo. Puede que desde la excursión del instituto, nada menos. ¡Qué risas! Aún la recuerdo.

Su voz irrumpe en mis pensamientos mientras me devuelve el apretón. La magia del momento se esfuma, sustituida por un leve aroma a frito, procedente, con toda seguridad, de algún bar de los alrededores.

—Has tenido una gran idea, la verdad —añade con entusiasmo.

—Estar en el Chianti y no venir a Siena habría sido un poco absurdo —respondo—. ¡Ven! Vamos a quedarnos aquí un rato.

La plaza, incluso a esta hora, está plagada de turistas, sentados sobre el adoquinado inclinado como en una enorme bañera vacía. Nos sentamos también nosotros, luego nos tumbamos, con las rodillas levantadas, a mirar pasar las nubes en el cielo azul oscuro de la noche. Hemos salido pitando del pueblo de la boda para llegar a la Pinacoteca y recorrer el segundo piso, de la mano, admirando a los maestros del Trecento. Duccio y Lorenzetti, esas vírgenes serias de mirada penetrante que me hacen sentir siempre inadecuado, como si supiesen algo que yo aún no he comprendido. Luego nos hemos concedido una cena potente y jocunda, a base de carne y vino tinto. Me invade una sensación de plenitud. No querría estar en ningún otro sitio más que aquí.

Deslizo la mano por la cadera suave de Manuela y, con un dedo, le levanto la falda ligera, lentamente, centímetro a centímetro. Ella se me acerca más y se recoloca la falda por delante para no enseñar demasiado, mientras mis dedos siguen explorando, hacia arriba y, luego, bajo el culo firme. La acaricio despacio, trazando círculos sobre la piel, sin volverme. Quizás es hora de regresar al hotel, pienso.

—No, Alberto, claro que no me he ido por eso. Tenía que trabajar, ¿recuerdas? Te he dicho que tenía una boda fuera de la ciudad.

La voz alta y nerviosa de Eva interrumpe mi momento de bienaventuranza. No me vuelvo a mirarla, sé que está de pie detrás de nosotros. Ha estado al teléfono casi toda la noche, dentro y fuera del restaurante. Por lo que a mí respecta, nunca lo bastante lejos: del restaurante, del fin de semana y de mi vida.

Ha sido sorprendentemente fácil explicar a Manuela lo que hacía en el Chianti con Camilla. Una amiga desgraciada que necesitaba de mi apoyo en la boda del ex, le he dicho. Y, mirando mejor a Camilla, que a medida que avanzaba el banquete estaba cada vez más cochambrosa y sudada en su vestido demasiado estrecho, me ha creído. Ha resultado más difícil, no obstante, llevarme a Manuela conmigo. El coche con el que han venido al Chianti es de Eva. Así que, en cuanto ha podido dejar el final del acontecimiento y la recogida a sus colaboradores, Manuela le ha pedido que nos trajera a Siena. La idea era disfrutar de un bonito fin de semana de relax y volver a Milán en tren, mañana por la noche. Pero, en vez de dejarnos en la ciudad y quitarse de en medio, la loca ha pensado que mejor nos acompañaba a cenar: es un decir, acompañarnos, visto el móvil pegado siempre a la oreja. Y aún está aquí, importunándonos con sus neurosis. No es por estar con su amiga por lo que se queda. Es como si no quisiera volver a casa. Aunque, como no se ha registrado en el hotel con nosotros, tengo la esperanza de que, dentro de poco, seamos libres.

—Claro, Alberto, acabo de terminar: cojo el coche y me marchó.

—Dios te oiga —murmuro.

Manuela reprime una risa, pero me da un golpecito en el brazo.

—No seas así. Eva es mi mejor amiga.

—Y eso demuestra que eres una persona amable y generosa —asiento—. Hacerse cargo de un caso perdido como el suyo no lo hace cualquiera.

—¡Para! No es, en absoluto, un caso perdido: está solo un poco confusa.

—Pero llegaré tarde, Alberto, estarás ya dormido... Intentaré no despertarte y ya hablaremos mañana —está diciendo Eva—. No, ya me encargo yo de él, tú no hagas nada.

—¿De quién se encarga? —pregunto sin verdadera curiosidad—. Y ¿quién es Alberto? Por cómo le habla, parece aún más peñazo que ella.

—Alberto es más peñazo que cualquiera —confirma Manuela convencida—. Es su novio: viven juntos.

—¿Quieres decir que, además de ti, hay otra persona que la soporta? Nunca dejaré de sorprenderme.

Eva termina su enésima conversación y se acerca hasta estar sobre nosotros. Noto su sombra amenazante rozando nuestros cuerpos. A lo mejor también echa el mal de ojo.

—Perdonad —comienza con una voz baja y cansada, muy distinta de la estridente con la que se ha desarrollado la llamada.

Miro hacia arriba asombrado. Su silueta, recortada contra la luz de una de las farolas de la plaza, parece una pintura del Duecento sienés, con los rizos cortos

rodeándole la cabeza perfilados contra el fondo dorado. No consigo distinguir la expresión de su cara, solo el ángulo afligido de la mandíbula. Siento una gota fría en el cuello. O llueve o es una lágrima. Pero puede que sea solo una sensación porque su voz es firme cuando continúa:

—Tengo que volver ya a Milán.

Y nunca demasiado pronto, hermana, pienso. Ya me has arruinado la tarde; la noche... es otro tema. Manuela se levanta, se coloca la falda.

—¿Tienes que irte ya? —le pregunta—. Pero ¿te conviene ponerte en camino a esta hora?

¡Eh!, Manu, ¿tú de qué parte estás? Me pongo en pie también yo, antes de que convenza a la loca de que durmamos todos juntos en la cama de matrimonio.

—No es tan tarde —comento alentador—. Solo son las diez.

Eva me mira irónica.

—No te preocupes, no tengo ninguna intención de imponerte mi compañía esta noche.

—¡Qué decepción! —comento apacible.

Por los ojos le pasa un relámpago de ira.

—Si tanto te molesto, haberlo dicho antes; me habría ido enseguida.

—Pero si no nos molestas nada; Luis está de broma —interviene Manuela echándome una mirada de advertencia—. ¿Por qué tienes que salir cansada a esta hora? Esta mañana hemos madrugado; has trabajado todo el día. Podrías coger una habitación en el hotel y marcharte mañana descansada. Además, los domingos hay menos tráfico, no circulan camiones...

Mirándola bien y a pesar de las fuertes sombras que arroja la farola cercana, Eva parece agotada. En otras circunstancias, puede que incluso me diese pena. Pero ahora quiero quedarme a solas con Manuela. Y sé que ella quiere lo mismo. Solo que su maldito gran corazón sufre por la amiga loca y, por eso, llevamos arrastrándola toda la tarde.

—No es un buen momento para ella —me ha explicado Manuela cuando me he atrevido a protestar la cuarta vez que se levantaba de la mesa y nos plantaba para ir a hablar por el maldito teléfono—. La tienda le va mal; puede que tenga que cerrar.

—¿Tiene una tienda? ¿Y de qué? ¿De telefonía? Por lo que usa el móvil, debe de ser, como mínimo, profesional del sector.

—En realidad, tiene una tienda de discos.

—¿Discos? ¿De vinilo?

—Sí. También vende algunas cosas *vintage*, artesanía, cosas así para intentar salir adelante; pero lo principal son discos.

—Discos de vinilo. Creo que tendrá que cerrar: se ha equivocado de siglo.

—No es un mercado fácil —ha admitido Manuela—, pero creo que podría lograrlo si el inútil de su novio la apoyase, al menos un poco... ¡Ah, Eva!

La conversación se ha interrumpido antes de poder averiguar algo sobre el novio. ¿Qué tipo de idiota mete en su casa a una neurótica como esta? Aunque lo cierto es que yo llevo todo el día intentando librarme de ella, igual él tiene el mismo problema.

Al final, sin embargo, parece que lo hemos logrado. Eva está auténticamente decidida a coger el coche y volver a los brazos del pobre hombre.

—Ya sabes cómo es Alberto, Manu. Para empezar, no le gusta que trabaje el sábado: solo nos vemos el *finde*... Si me voy mañana, no llegaré a casa antes de comer, y casi no nos quedará día. Así, al menos, podemos ir de *brunch* juntos.

Bendigo en silencio a Alberto y sus exigencias, mientras noto que, como muchos milaneses, ha desaprendido su idioma. *Finde. Brunch. Vintage*, desde luego. A saber cómo se llama su tienda: Eva's Corner, por ejemplo. ¿Qué les habrá hecho a estos el italiano?

—Bueno, si estás convencida... —cede Manuela—. Pero mándame un SMS cuando estés en Milán, así sé que has llegado sana y salva.

—¡Va! Yo te lo mando, sí —asiente Eva. Inclina la cabeza a un lado y me mira de reojo; y, por un momento, en ese gesto, parece de nuevo tensa y airosa. Luego lo arruina todo con un tono sarcástico de auténtica cabrona—. Pero ¿tendrás tiempo para leerlo con... el programa de la noche?

Abraza a su amiga, me concede un gesto veloz y se aleja a pasos rápidos hacia el aparcamiento de las afueras en que hemos dejado el coche.

Tomo la mano de Manuela mientras ella mira aún inquieta en la dirección en que ha desaparecido la loca. Me deja hacer sin más. ¡Ah, no!, querida, no voy a permitir que me ignores. Le beso con delicadeza el dorso y, luego, la palma de la mano, hundo la nariz entre los dedos para oler su perfume, paso la lengua por una falange tras otra, chupo despacio. Luego, levanto la cara, encuentro sus ojos ya dilatados y perdidos, fijos en mi boca. Ahora tengo toda su atención. No lo dudaba. Oculto una sonrisa en la palma de su mano antes de erguirme, cogerle el antebrazo y atraerla hacia mí.

—Y, ahora, ya basta de pensar en ella —le anuncio, inmovilizándola contra mi cuerpo, y apoyo mi boca en la suya.

Tardamos horas en recorrer los pocos centenares de metros que nos separan del hotel. No puedo evitar empujarla contra una pared cada cuatro pasos, besarla, acariciarle los pechos suaves a través de la tela del vestido. En la sombra de un portal cerca del hotel, casi nos vence la pasión, pero nos interrumpe un viejo con un perro, que aparece por la esquina de la calle en el momento en que estoy a punto de levantarla contra la madera desconchada y hacerla mía allí mismo. Entramos corriendo en el vestíbulo del hotel y un recepcionista de mirada cómplice nos entrega la llave de la habitación 115. Es un llavero de hotel de los de antes, pesado, de bronce, en forma de cabeza equina, con una gran llave brillante. La meto en la cerradura y caemos, más que entrar, en un cuartito del que solo me interesa una cosa: la cama.

—Ahora eres mía —le susurro.

Y jugaré con ella hasta que me ruegue que pare. De pie junto a la cama, la abrazo y la beso, siento por la respuesta de su cuerpo que su urgencia es similar a la mía. La guío con una mano en el cuello, lee mis deseos con precisión increíble, devolviendo tortura con tortura hasta que su lengua, sus uñas, me hacen perder el control. No hay tiempo para la ternura esta noche. Con una mano, le levanto la falda, le acaricio los muslos apretando con voluptuosidad la carne dulce mientras ella separa las piernas. Encuentro la resistencia de unas braguitas de encaje y, con un tirón, me libero de esa última barrera para hundir un dedo en su cálida humedad. La siento temblar mientras me desabrocha y me quita la camisa, y me pasa las manos por el pecho, bajando hacia la cintura. Encuentro el clítoris y lo masajeo despacio con el pulgar, siento sus contracciones de placer mientras hincó en ella también el índice, y lo muevo hacia dentro y hacia fuera despacio.

Luego paro y la beso, con ímpetu, como si de repente no existiese nada más que este beso. El cambio de velocidad la sorprende, luego entra en sintonía, se abandona a mi boca. Y, entonces, comienzo a acariciarla de nuevo despacio, con toques expertos, siempre al límite, siempre un milímetro demasiado lejos. Se enarca buscando mis dedos, pero le niego el placer, me aparto, la atormento. Gime lasciva. Me desabrocha los pantalones y me lo coge en la mano caliente, experta. Demasiado experta, y yo he esperado demasiado para tenerla. Basta de juegos. Alargo la mano hacia la chaqueta, en busca de un preservativo.

La empujo sobre la cama con fuerza, cae hacia atrás con un gritito y, en un momento, estoy encima de ella y, luego, dentro. Abre las piernas y eleva la pelvis para venirme al encuentro, paramos sin aliento un largo instante; después, comienzo a moverme dentro de ella, que me acoge impaciente, jadeando, asiéndose a mis caderas, siguiendo el ritmo conmigo, cada vez más veloz, hasta que la siento gritar y agarrotarse, y un momento después llega el éxtasis.

Nos quedamos un tiempo infinito recuperándonos, vacíos y jadeantes, sobre la colcha sucia de nuestros fluidos, luego ella se levanta y, a pesar de mis protestas, se va al baño. Termino de quitarme la ropa y la sigo. Está desnuda ante el espejo, lavándose la cara. Se sobresalta cuando la abrazo por detrás.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—Quería asegurarme de que no tardases mucho.

—Ni siquiera en el baño, un poco de privacidad...

—Qué palabra tan terrible, privacidad. —Sacudo la cabeza pasándole los dedos por los pezones, ligero—. Y olvídate de salir de esta habitación durante las próximas veinticuatro horas.

—Pero ¿no querías ir a ver el jardín botánico mañana? —me provoca con una sonrisa insolente en el reflejo.

La abrazo, le hago sentir mi fuerza. No quiero que tenga dudas de que lo que acaba de suceder es solo un aperitivo.

—¡Que le den al jardín botánico! —refunfuño—. ¿Quieres un Tarzán? Te lo daré en todas las posturas del manual.

La recorre un escalofrío, pero intenta aparentar desenvoltura.

—¿Es que conoces todas las posturas del manual?

La separo del espejo y la arrastro de nuevo al cuarto.

—Enseguida lo veremos.

—¡Salve al héroe que regresa victorioso! —Leo levanta en un irónico brindis el chupito.

Sobre la mesa de madera señorea una gran botella. Vodka.

—¿Cómo sabes que regreso victorioso? —pregunto tirando en un rincón la bolsa.

—Las ojeras. Tienes la pinta exhausta de alguien a quien han exprimido hasta la última gota. —Suspira—. O chupado, puede ser. ¡Qué envidia!

—¿Por qué? ¿Es que tú, mientras tanto, has hecho vida de clausura?

Es un poco raro que Leo esté en el estudio un domingo por la tarde. Por lo general, está al otro lado, en su apartamento. Pero lo encuentro prácticamente donde lo dejé, solo que ahora está borracho, diría yo.

—Laura ha amenazado con venir a verme. Le he dicho que estoy fuera, pero nunca se sabe si no pasará a comprobarlo... —Observa el fondo del vaso con aire lúgubre—. Si estoy en casa, se ven las luces desde fuera.

—Entonces, explícame: ¿estás aquí, en compañía de una botella de vodka, para no tener que follar con Laura? Leo, ¡espabila! ¡No tiene sentido!

—No lo entiendes, Luis. —Se pasa una mano por el rapado—. Solo ayer me llamó cuatro veces. Quería ir a ver no sé qué muestra, luego se preguntaba si estaba libre para cenar... Y luego tenía una medio idea de ir de excursión al lago con unos amigos hoy, y quizá yo tenía ganas de unirme al grupo... Y yo sé muy bien que no había grupo: con una excusa u otra, verías cómo nos encontrábamos solos en el coche. ¿Me toma por tonto?

Al final del desahogo, se echa otro chupito. La mano le tiembla un poco, y entiendo que la maxibotella estaba llena quizás hace solo una hora.

—Coño, Leo, están apretando —comento, intentando no parecer preocupado.

De normal, Leo no bebe tanto: un pianista debe tener el pulso y las manos firmes. Y, sobre todo, con su metro noventa y sus ciento diez kilos, resiste bien el alcohol.

—¿Solo tenemos ese vaso?

—¡Y yo qué sé! Eres tú el amo de la casa. Yo he encontrado este.

Rebusco, pero recuerdo muy bien que no hay vasitos de vodka. Ese se lo habrá traído de casa. Luego recuerdo el juego de minitostes de terracota pintada que ha hecho Ramona, la artista que usaba este estudio antes que yo. Espero que no tengan agujeros en el fondo. No tienen. Me echo un poco de vodka en una macetita decorada con una especie de camelias fucsia. Ramona era mexicana y tenía un sentido algo psicodélico de los colores.

Me siento al lado del sofá, a caballo sobre una de las sillas de madera desaparejadas que rodean la mesa. Apoyo la barbilla en el respaldo y levanto la copa

improvisada en un brindis de ánimo:

—¡Salud!

Leo mira el vaso que he escogido y, a pesar suyo, sonrío.

—¿Qué es ese chisme? Uno de los cacharros de Ramona, ¿no?

—Creo que la idea era poner a germinar habas en algodón. —Observo con ojo crítico el tiestito—. En realidad, son ideales como chupitos para licor.

—¿Y para qué mierda sirve gerni..., grem...? ¡Bueno! —La palabra «germinar» le resulta difícil con su tasa de alcoholemia. Leo vacía el vaso y lo apoya en la mesa—. Es bonita la camelia violeta. Yo también quiero uno de esos...

Se levanta y va a buscar en el estante de las cosas de Ramona.

—¿Me cuentas qué te ha pasado? No me creo que te hayas escondido en el estudio como un japonés en un búnker solo por culpa de cuatro llamadas.

—Amigo mío, a la quinta, el japonés habría elegido la muerte. —Vuelve al sofá con pasos pesados y se hunde en él de nuevo—. Yo he elegido el vodka.

—Por suerte. Habría sido una jodienda quitar la sangre de los cojines. —Me adelanto a agarrar la botella de vodka y le lleno la macetita solo hasta la mitad—. ¿Qué hay pintado en la tuya? ¿Un cactus?

—Cactus color cobalto —asiente—. Con sombrero. Chinchín.

—Por ti.

Vaciado el vaso, echa la cabeza sobre el respaldo y cierra los ojos. Espero que no se duerma antes de haberme explicado qué es lo que va mal. Me quedo en silencio, esperando. Pero ¿cómo ha conseguido Laura reducirlo a esto en menos de cuarenta y ocho horas? Parecía una tía simpática, sin complicaciones. Se la presenté yo hace unos meses, en una de las cenas de amigos que a veces organizo aquí, en el estudio. Laura es diseñadora de vestuario, pero ha sido actriz; esté donde esté, es el centro de la fiesta, por cómo se mueve, por cómo ríe, por cómo se viste. Aunque yo, personalmente, prefiero cómo se desviste. Durante un tiempo ha salido conmigo y con Leo a la vez; luego, yo no he vuelto a saber de ella, mientras que él la seguía viendo de vez en cuando. Ha dado señales de vida para sugerir la fiesta de bienvenida de la otra noche. No sé más.

—La quinta llamada fue anoche. —Leo comienza a hablar sin abrir los ojos—. Y era la llamada de: «¿Qué es lo que pasa? Creía que teníamos algo». Laura no estaba sobria.

—Nunca están sobrias cuando realizan esa llamada —comento.

Por lo general, cuando te llaman para transmitirte toda la frustración por lo que, según ellas, no va bien en la relación, es justo después de haberle transmitido la misma frustración a las amigas, en una noche de chicas cualquiera. Las amigas, en vez de calmarlas, te las ponen en contra diciendo que eres solo un cerdo que se está aprovechando de ellas. Así que, cuando vuelven a casa un poco achispadas, encontrarse solas es demasiado. Y recurren al teléfono.

Quién sabe por qué la casa vacía tiene este efecto devastador. Yo, por ejemplo, no tengo gran necesidad de volver al apartamento y encontrarme a alguien. Aparte de que, en último término, el alguien me lo traigo. Pero no: el estereotipo de vida feliz requiere que alguien te espere para ver en pantuflas la última serie americana y, cuando vuelves y solo te espera la pantalla oscura del televisor, te invade el pánico.

En cualquier caso, no puede ser ese el problema. Leo, para esas boberías, tiene la misma paciencia que yo: es decir, ninguna.

—Va, Leo, pero te habré dicho lo habitual, ¿no?

—Que estamos tan bien juntos, que entre nosotros hay algo, que solo tengo miedo de admitirlo...

—Que no puedes escapar siempre...

—Que está harta de uno que llega, se la tira y luego desaparece durante un mes; que está bien una vez, o dos, pero que, cuando se convierte en costumbre, quiere decir que hay algo que no va bien...

—Que se siente utilizada...

—Que no le parecía estar pidiendo mucho, que pasar una tarde juntos no me habría matado, que no es como si me estuviese pidiendo un anillo de compromiso...

—Que eres un egoísta...

—Que soy un cobarde, que tengo miedo de mis responsabilidades, de mis sentimientos, que no quiero crecer...

—Que el síndrome de Peter Pan lo han inventado para describirte a ti — concluimos a coro.

No sé quién será el gurú de la psicoterapia que inventó ese síndrome que surge en las quejas de todas las mujeres desde hace décadas, pero si lo pillo, lo demando. No solo se ha convertido en la excusa ideal para crucificarte cuando, simplemente, ya no tienes ganas de estar con ellas: es también una teoría completamente falsa. No somos nosotros quienes tenemos síndrome de Peter Pan. Son ellas las que tienen síndrome de Wendy. Salvarnos, encerrarnos en casa y hacernos de madres, ¿por qué?

—Leo, no me lo estás contando todo. Esa llamada te la habrán hecho unas cien veces. No es un buen motivo para haberte puesto a beber solo.

—No, si, de hecho, dije lo habitual, que sentía que se lo tomase así, que no quería utilizarla en absoluto, que para mí era una amiga especial, pero que estaba cansado y quería quedarme en casa... Que, además, era verdad, ¡mierda! ¿Se puede no tener ganas de ver a una tía o, solo porque te la has tirado, tienes que acompañarla al Palazzo Reale al día siguiente?

—Mira que, en cualquier caso, la exposición no está mal, ¿eh?

—Vale, la próxima vez, te mando a ti. En resumen, la llamada la resolví así. Esta mañana estaba incluso de buen humor, he ido a dar un paseo en bicicleta por el canal. Estaba bien. —Abre los ojos y gira la cabeza para mirarme.

—Y ¿entonces?

—Y, entonces, llego a casa, miro el teléfono y había un mensaje suyo: «Igual esta noche paso a verte, tenemos que hablar».

No comento. «Tenemos que hablar» es un golpe bajo. Ya no me sorprende que se haya atrincherado aquí dentro.

—Me he puesto a leer aquí, luego he sacado el vodka, al rato se me han pasado las ganas de leer, he comenzado a pensar. Luis, la verdad es que siempre es lo mismo. Esta historia que va de «me gusta» a «follamos», y de «ha sido bonito, vamos a hacerlo otra vez» a «tenemos que hablar» no cambia nunca. No hay escapatoria. Parecen simpáticas, luego llega el mazazo. La única alternativa para cambiar el guion es casarse con una. Pero ¡yo no quiero hacerlo! —Se incorpora, alcanza la botella y sirve otros dos vodkas—. ¡Que le den! Ahora soy yo el que te está fastidiando.

—No me fastidias, pero diría que lo mejor es que dejes de pensarlo —digo aliviado.

Temía que ella le hubiese dicho algo terrible, pero no es nada grave. Estaba solo, se ha sentido acosado y el vodka ha hecho el resto. Leo tiene extrañas fragilidades a veces.

—Es que te ha pillado mal —repito.

—Muy mal —admite—. La próxima vez, tus chicas, te las quedas tú.

—Así que ¿ahora es culpa mía? Perdona, ¿eh? La próxima vez, más bien, no metas de por medio tu maldito atractivo de pianista. —Miro alrededor, en busca de una forma de distraerle, y mis ojos dan con la bolsa que he dejado junto a la puerta—. He hecho bocetos de Manuela, ¿quieres verlos?

—Claro, dale la vuelta al dedo en la llaga.

—¿No los quieres ver?

—Que sí, que sí. Cuéntame tu fin de semana de pasión en el Chianti, anda. A lo mejor, si es guapa, luego me la puedes pasar también. Así te libras de ella y las llamadas de mierda me las como yo.

—Trabajo en equipo, señor mío.

Le doy una palmada en el hombro y voy a coger la carpeta de los bocetos. Me suele pasar que dibujo a las mujeres con las que me acuesto. A veces antes, como juego erótico, pero más a menudo después. Están más relajadas y son más espontáneas después. Y me gusta captar con el lápiz ese cansancio, esa indolencia de los miembros que las hace más dulces.

No importa lo que me esfuerce, en estos días me escasea la inspiración para esculpir. He intentado mirar a Manuela también con esos ojos, la he hecho posar en posturas que creo que podrían ir bien a la figura de mujer que tengo en mente. Creo que algunos bocetos son prometedores. Pero la iluminación, esa no, no ha llegado. A lo mejor tengo que ser más paciente.

Leo pasa los bocetos, examinándolos bien. A pesar de los humores del alcohol, veo que su mirada es atenta y, aunque alguna vez levanta las cejas ante las posturas

más audaces, se contiene, a pesar de ello, de comentar. Sabe que, para mí, esto es importante.

—Este no está mal. Esa mano, y la torsión...

Me estiro para mirar el boceto que ha levantado. ¡Qué raro! Es uno de los pocos en los que Manuela está de pie. Había tomado la pose ella sola, provocativa, junto a la cama, dándome la espalda con una mano sobre el colchón y la otra detrás, acariciándose un muslo, y girando la cabeza hacia mí. El boceto es solo un bosquejo, no mantuvo la pose demasiado tiempo. Recuerdo que luego se giró de nuevo hacia la cama, acodándose en el colchón, y comenzó a abrir las piernas, cada vez más... Y que yo tiré las hojas y el lápiz sobre el escritorio de la habitación.

—Te gusta solo porque está dibujado de espaldas —acuso a mi amigo.

—Gracias por la confianza. —Cierra bruscamente la carpeta y se levanta con cierto esfuerzo—. Visto que no se aprecian mis servicios de crítico de arte, me voy.

—Pero, bueno, no te ofendas.

—No me ofendo. Es que, mirando tus bocetos, se me está poniendo dura. No te lo tomes a mal, ¿eh?, pero no eres la compañía ideal.

—¿Qué vas a hacer? ¿Salir?

—No lo sé. A lo mejor llamo a Dora, que ha dado señales de vida hoy.

Me guiña un ojo y desaparece a través de la puerta acristalada.

Me quedo solo, con mis dibujos, y los paso lentamente, observándolos bien en busca de un ángulo, un matiz original, un gesto significativo. El único que promete algo es precisamente el elegido por Leo. Lo cierto es que, con vodka o sin él, tiene el ojo refinado. Ha crecido entre exposiciones, conciertos y tertulias desde niño; su gusto educado con cuidado por los padres y la flor y nata de la diplomacia internacional.

Miro fijamente durante mucho tiempo el boceto, intentando captar la elusiva cualidad que lo hace especial, para poder trabajar sobre él. Pero es demasiado poco. Es solo el inicio de una cualidad. El erotismo de la escena domina cualquier otro elemento. Inútil insistir: solo me dan ganas de ir donde Manuela y doblarla de nuevo así sobre un colchón.

El pensamiento de que ella vive no muy lejos de mí, en una perpendicular a via Cristoforo Colombo, se insinúa en mi mente. Total, tengo que ir al piso de todas formas, solo he pasado por el estudio para mirar un momento los bocetos y ver si conseguía trabajar un poco en la escultura. Nos hemos separado hace solo unas horas, pero la sangre me bulle ante la idea de cogerla por sorpresa en casa. Tomarla de pie contra la puerta de entrada sin darle tiempo de reflexionar, de preguntarse si quiere volver a verme, ni cuándo ni cuánto, ni si tenemos una relación o de qué tipo. Así es como se hace, querido Leo.

Antes estaba cansado, pero los chupitos de vodka me han espabilado. Me echo sobre los pantalones y la camisa del traje de la boda la primera chaqueta vieja que

encuentro, para no estar demasiado fuera de lugar. Y salgo de caza, como un lobo en la noche.

—¿Cómo que estás «aquí abajo»?

La voz de Manuela en el telefonillo es rara, estridente.

—Iba para casa desde el estudio y se me ha ocurrido pasar a verte.

—Luis, es más de la una.

—Bueno, ayer nos acostamos mucho más tarde, creo.

—¡Claro! Pero era sábado... Y mañana no es domingo, sino ¡lunes!

Una pareja joven me adelanta, bajando de la acera para evitarme. Me parece captar una mirada de compasión. De repente, me siento imbécil, aquí plantado, en medio de la noche, discutiendo con un portero automático.

—En resumen, que no me abres.

—Luis, vamos... Estaba ya acostada. Estoy impresentable. Pero nos vemos mañana, ¿eh? Que, pensándolo bien, es ya hoy. ¿Esta noche? ¿Luis? ¡Luis!

Las últimas palabras se pierden en la calle oscura, el grito no escuchado de un interfono. Yo estoy ya lejos y apenas oigo mi nombre resonando a mis espaldas al volver la esquina con pasos rápidos. Presentable. No me parecía que le preocupasen demasiado las formas, esta mañana, cuando abría las piernas en la ducha y me rogaba que dejase de torturarla con caricias y se lo diese ya, de una vez... Estar empapada y desarreglada no le pesaba tanto esta mañana. Pero es siempre así, apenas pasa el momento de la pasión, vuelven enseguida a atormentarse por un montón de estupideces, pienso irritado. El maquillaje corrido. La celulitis. La habitación desordenada. Lo que pensarás de ellas. Parece que tengan que vérselas con una inspección del ministerio, en vez de con un amante.

Hace años que me estrello contra este modo de tratar las visitas de los amigos, aquí en Italia, y pensaba que me había acostumbrado. No del todo, evidentemente. El hecho es que en Cuba es distinto y lo era aún más hace años. Cuando era un muchacho, no solo no existían los móviles, los correos electrónicos, WhatsApp y derivados, sino que, en la isla, muy pocos tenían un fijo en casa. Demasiado lujo. Si querías visitar a un amigo, simplemente movías el culo e ibas a verlo, punto. Tenías poco para anunciarte, te presentabas en la puerta y llamabas al timbre. Cuando había timbre; si no, golpeabas la puerta o entrabas directamente en la casa o el patio. Si el amigo que buscabas estaba, bien; si no, por lo general, algún familiar o un vecino podían darte noticias. Y te lo cruzabas en uno de los lugares de encuentro habituales: el bar, la playa, el campo de béisbol donde jugábamos a la pelota.

¿Es solo porque era joven, es solo porque ahora está lejos, que la vida de entonces me parece tan simple?

Quizá Leo me ha pegado su *tiñosa* triste, quizás es el rechazo de Manuela que me escuece, pero me siento inquieto y solo. Las orillas de los canales bullen aún de gente, grupos de hombres ruidosos, grupos de mujeres arregladas, parejas que se paran a besarse en los puentes, con ese ardor que tienen los besos solo en primavera. Todo me incomoda: las voces, las luces, los olores. Me adentro en las callejuelas laterales para alejarme de la multitud.

Aquí se está mejor. Aflojo el paso, no me había dado cuenta de que casi estaba corriendo. Me paro ante un escaparate un poco por casualidad, para reordenar mis pensamientos y decidir qué hacer. Podría ir a bailar a algún sitio o, simplemente, tomarme una cerveza. No tengo sueño y no quiero volver a casa solo. Pero este último problema se resuelve rápido: después de la una, es casi demasiado fácil, las chicas han perdido la esperanza de tener un encuentro interesante y responden con mucha más prontitud. Y la melancolía del final del fin de semana hace el resto. También esta es una extraña psicosis que he encontrado en Milán en su forma más grave. La prisa con que se recluyen en vidas estresantes solo para estar contentos de que llegue el viernes por la tarde, para ser luego infelices el domingo por la noche, y vuelta la misma historia. «Aquí somos libres, no como en Cuba», me repetían una y otra vez. Pero libertad es una palabra que, por decencia, he borrado de mi vocabulario. Digamos que recuerdo la opresión cubana, ahora tengo que ajustar las cuentas con la milanese.

Algo en el escaparate ante mí atrae mi atención con un centelleo repentino. Es un alfiler, noto mirando mejor. Es extraño. El centro está ocupado por una gran piedra hortera, de un desagradable color verde veneno, un auténtico culo de vaso. Alrededor, sin embargo, hay un encaje de filigrana delicadísima que parece plata labrada a mano; siguiendo el diseño entiendo que es un motivo vegetal, de sarmientos sutiles y hojitas. Estoy seguro de que vibrarían si se levantase un hilo de brisa en el escaparate.

Atraído por esa extraña combinación de mal gusto y magia, observo los otros productos expuestos. Hay otros alfileres, la mayoría más bonitos y, al menos, un par de Trifari, una famosa marca de joyería de los años cincuenta y sesenta. Ha vuelto a estar de moda y, ahora, sus alhajas valen bastante. Imagino cuántas señoras se arrepienten de haberse librado de las chucherías de su juventud.

Además de los alfileres, hay discos. Me cuesta un poco entender lo que son, no es algo que se vea demasiado, pero es imposible no reconocer esas fundas cuadradas, un poco comidas en las esquinas de meter y sacar los vinilos.

Tiene una tienda de discos.

¿Discos? ¿De vinilo?

También vende algunas cosas *vintage*.

¡Se ha equivocado de siglo!

Fragmentos de la conversación con Manuela me vuelven a la mente con un clic de comprensión repentina. También Eva vive por aquí. Eva tiene una tienda de discos y *vintage*. Esta.

Levanto los ojos hacia el letrero. Trazado a mano, con caligrafía ondulada, casi vegetal, en naranja sobre fondo blanco.

WONDERLAND.

Así que no se llama Eva's Corner. Aun así, un nombre inglés: de libro. Y, sin embargo, no me irrita tanto, casi me hace sonreír. Eva la loca trabaja en el País de las Maravillas.

Fuerzo la vista hacia el interior, tras el escaparate, para ver cómo es y cómo de grande es esta tienda al borde del cierre. Me cuesta imaginarme a la amiga estricta y loca de Manuela eligiendo estas fundas de LP, ordenando estos alfileres en el escaparate con tanto gusto. Puede que sea solo la propietaria y el verdadero trabajo lo haga alguien contratado. Apoyo la cara contra el cristal y hago pantalla con las manos para eliminar el reflejo de las luces exteriores.

—¿Algún problema, amigo? —resuena una voz detrás de mí.

Me sobresalto, doy un paso atrás y me vuelvo.

—¿Te encuentras mal? —pregunta el policía, pero veo que sospecha algo muy diferente.

—No, estoy bien, estaba... Estoy bien, gracias.

Se acerca. Aparenta veinte años, aunque tendrá algunos más, y tiene pinta agresiva. Me doy cuenta de que tengo aún puesta la ropa oscura de la boda del sábado por la mañana. La he llevado todo el fin de semana, aunque hoy me la he puesto solo para salir a comer tarde y, luego, volver a Milán, y no está muy fresca. La camisa está arrugada y se ha medio salido de los pantalones en el ímpetu de la caminata, y los zapatos van llenos de polvo. En conjunto, no tengo una pinta muy respetable.

—¿Demasiada bebida? Quizá deberías irte a casa.

—No he bebido demasiado.

—Por los ojos, se diría que sí. —Se acerca más y olfatea el aire—. ¿Qué es ese olor?

Olfateo también yo y, en efecto, huele a marihuana. Pero no soy yo: no he fumado, por lo menos, no con este traje puesto. Juraría que llega de una ventana del primer piso del edificio de enfrente, justo detrás del policía. Está abierta y de la habitación salen voces y música.

—No huelo nada. —No tengo intención de ser un soplón.

—Juraría que sí —dice él, desagradable, y guiña los ojos—. Tienes un acento raro. No eres italiano, ¿verdad? ¿Ruso?

Ya me ha pasado. Es por los ojos azules, creo, o por los pómulos. O por el hecho de que mucha gente es tan ignorante que no sabe distinguir un acento eslavo de uno centroamericano.

—Nací en Cuba, pero vivo en Milán desde hace siete años —le explico—. Soy residente.

—Entonces, tu documentación, si no te importa —dice, alargando la mano.

Metó una mano en el bolsillo, pero la saco vacía. Cierto, llevo conmigo la cartera, pero no los papeles. Camilla Mantovani me había obligado a no llevarme el carné de identidad para evitar que alguno lo viese por accidente y descubriese que mentía en casi todo. Maldigo en silencio sus paranoias.

—Lo siento, la he dejado en casa. —Suspiro—. Si quieres, vamos a buscarla.

—O puedes venir conmigo a la comisaría y llamamos por teléfono a alguien que te la traiga, ¿te parece? —dice él agarrándome el brazo.

No opongo resistencia. Parece agresivo, pero, en estos años, he visto muchos policías. Este no está muy seguro y tiene un poco de miedo. Estamos solos en una callejuela oscura, y yo podría tener una navaja.

—Si quieres —respondo encogiéndome de hombros—, pero no tengo nadie a quien llamar a esta hora y tendría que esperar a que venga mañana.

No es cierto: Leo vendría enseguida. Bueno, siempre que se despertase del sueño en que habrá caído después del vodka y la panzada de sexo con Dora. Conozco a Dora, habrá ido en cuanto la ha llamado. Pensándolo bien, quizá tendría que haberme unido a ellos.

—A mí me tocaría una noche incómoda en un banco —continúo, en tono sobrio y convincente—, y a ti un papelón porque, además, tengo la nacionalidad.

—¿La nacionalidad?

Mi calma y mi estilo argumentativo lo han desorientado.

—Me casé con una italiana hace tres años —le revelo.

Veó su convicción de vérselas con un ilegal, probablemente sin techo, comenzar a hacerse pedazos, y el apretón en mi brazo se relaja.

—Y tu mujer ¿dónde está que te paseas mirando escaparates a estas horas?

—Estamos separados.

Es la verdad. Quizá la mueca que no consigo reprimir lo convence más que cualquier discurso.

—Lo siento. —Me suelta el brazo—. Yo me casé el año pasado.

Esta no me la esperaba. Solidaridad masculina, así, gratuitamente. Pero, en realidad, de qué me sorprende, lo he visto pasar en las situaciones más extrañas. Si tratas a las personas como seres humanos y no como productos de su papel y tus miedos, nueve de cada diez veces te sorprenden positivamente. He conocido un montón de gente estupenda siguiendo esta máxima.

—Enhorabuena —le digo. Me reprimo de darle una palmada en el hombro: sería demasiado—. Escucha, entre tú y yo, ¿a ti te parece normal que este escaparate no tenga cierre metálico? —Señalo los alfileres en exposición—. Esas joyas son bastante valiosas, y la ciudad está llena de desesperados.

—Sí, también me había parecido raro. Por eso he pasado un par de veces, luego te he visto y he pensado: ¿ves tú?

—Pero no, me había parado a mirar los discos.

Mejor no decir que lo que me ha atraído ha sido el alfiler. Un cubano con pinta de ruso y nacionalidad italiana, divorciado y gay sería demasiado para una sola noche.

—No entiendo quién compra esas antiguallas.

Sacude la cabeza de corto pelo negro y mira con desprecio los vinilos desde lo alto de sus, quizá, veinticuatro años. Apuesto a que no ha visto un tocadiscos en su vida.

—¿Sabes? Los viejos somos nostálgicos —me justifico—. En cualquier caso, si estás de servicio por aquí, quizá puedas venir de día a decirle a esta gente que ponga una persiana. Esto es una invitación al robo, y los robos no son buenos para la imagen del barrio.

—Tienes razón —asiente, afectado—. Mañana vengo. Intento vigilar, pero también los dueños de las tiendas tienen que hacer su parte, maldita sea.

He pasado de presunto sin techo a consejero de la Policía en cuatro sencillos movimientos, pienso satisfecho mientras me despido y me alejo. Y una hermosa inspección espera, el lunes por la mañana, a mi querida Eva, para agradecerle la deliciosa compañía del sábado. Igual hasta le ponen una multa. Silbo mientras vuelvo a la orilla de Porta Ticinese y retomo el camino de casa. Ya ni siquiera tengo ganas de beber ni de conocer a nadie, esta aventurilla ha bastado para ponerme de buen humor.

Estoy subiendo las escaleras del puente que atraviesa el canal cuando veo algo que se precipita al suelo hacia mí.

—¡Quieto! ¡Ven aquí! ¡Oh, por favor, cójalo!

La urgencia de la voz femenina me conecta directamente los oídos al sistema motor, sin pasar por una decisión consciente, y me regala rapidez y precisión de cazador. Bien plantado y con los brazos abiertos como un portero de fútbol, me coloco en posición para cazar a la rata de alcantarilla que corre hacia mí. ¿Qué es? ¿Una ardilla? No, parece más un mustélido, su elegancia es inconfundible. Me preparo para lanzarme, pero el animalito me sorprende, escalando por mi pierna y tirándose a mis brazos. Lo agarro. Se queda quieto, siento la respiración rápida, el latir de su corazón acelerado. Y levanto los ojos hacia la figura que se precipita hacia mí, por la otra orilla del canal.

Corre a grandes zancadas, como una atleta, sin torpeza. Mi mirada la registra en una imagen congelada, con un pie apoyándose ligero en el suelo, como tras un vuelo, y la otra pierna aún levantada tras de sí, un brazo tendido hacia delante y el otro en la garganta sujetando una especie de chal que le ondea alrededor y que está perdiendo.

Es hermosísima en movimiento. Es perfecta. Es Dafne perseguida por Apolo. La observo encandilado mientras me ve, entiende que he cogido al animalito y, en consecuencia, se para a los pies del puente, al otro lado, apoyada en la balaustrada, sin aliento. El centelleo de las luces y el agua la transforma en una ninfa, interrumpida en su fuga, encantadora y jadeante. Doy dos pasos hacia ella, dispuesto a tenderle el bicho que llevo en las manos como un regalo, un homenaje a su belleza. Aún no le he visto bien la cara.

Llego a la cima de las escaleras, y ella, más abajo, levanta los ojos para mirarme, echando la cabeza hacia atrás en un gesto agraciado que hace, por fin, caer al suelo el chal y descubre la garganta blanca, de curva dulcísima.

En un momento, reconozco esa curva, antes aún que el rostro.

Increíble; es Eva. Aunque me cuesta hacer la conexión: es la primera vez que la veo vestida de mujer, en lugar de con el primer trapo que ha encontrado en el armario. Con un vestido que acompaña sus formas está irreconocible.

Ella, sin embargo, me reconoce sin problema. El rostro animado por la carrera está retomando su habitual inmovilidad de madera. Mi única salida sería saltar sobre ella y cerrarle la boca con la mía antes de que relinche una infamia. Pero, para hacer semejante gesto atlético, tendría que soltar al hurón.

El momento de duda es fatal.

—¡No me lo puedo creer! ¡Tú otra vez! —explota enderezándose.

Todo indicio de gracia desaparece de su cuerpo, de nuevo rígido y estirado.

Sobrevivo a este comienzo e intento ganar tiempo.

—¿Es tuya la rata?

—Es un hurón.

Se inclina de golpe a recoger el chal del suelo y se envuelve en él, cubriendo la garganta y los hombros. Es un chal largo y opaco, azul oscuro. Del vestido azul cobalto, casi demasiado femenino para ella, ahora solo puedo ver la falda hasta la rodilla, de algodón ligero. No lleva medias, sino un par de bailarinas negras, un poco deformadas, sin carácter. Así que por eso podía correr tan rápido por el empedrado en mal estado, pienso.

—Cuando hayas terminado de hacerme la radiografía, ¿puedo recuperar mi hurón? —pregunta crispada, alargando los brazos.

Mírala. Ahí parada. Verla desde arriba en esa pose suplicante me despierta la necesidad de tener a mano papel y lápiz. Pero ¿te parece que pueda estar parada cuando debería? Un momento después, ha subido la escalera del puente y está frente a mí; bate un pie con impaciencia.

—¿Qué? ¿Te has transformado en estatua de sal? Devuélveme a *Lucky*.

Alarga una mano hacia el hurón, que resopla y se esconde contra mi pecho.

Animales inteligentes, los hurones.

—No me parece que quiera volver contigo —le digo, acariciando al bicho—.
Cómo culparle, por otra parte.

—No digas chorradas, *Lucky* me adora.

—Cierto. Imagino que por eso se ha escapado.

—Se ha asustado. Una bicicleta casi nos atropella; para no caerme, lo he soltado, y se ha encontrado solo en el suelo, en medio del caos y las luces... Dámelo, anda.

Tiende de nuevo la mano, pero con menos vehemencia. El hurón asoma un poco el hocico marrón claro para olfatear los dedos blancos. Bonitas manos, pienso

distraído. Si no se comiese las uñas.

Por un momento, nos quedamos así, ella con la mano extendida, yo de pie a dos pasos, el bicho en medio como un puente. Un grupo escultórico: pareja dudosa con hurón. Luego, ella hace por coger al animal, que se asusta y vuelve a guarecerse contra mí.

—Te daría lo tuyo —respondo dejando caer pesadamente el doble sentido—, pero no creo que él esté de acuerdo. De hecho, ¿quién me dice que es tuyo?

—Y ¿por qué iba a correr detrás del hurón de otro?

—Puede que lo hayas robado. Quizás existe un mercado negro de hurones. —Comienzo a divertirme.

—¿Estás borracho?

—O puede que sea un hurón salvaje y lo quieras encerrar —continúo—. Quizá castrarlo, como a tu novio.

—¡Vaya! ¿Hemos llegado ya a las ofensas personales? —Me mira incrédula, luego se pasa una mano por la cara y se apoya en la balaustrada del puente, con tal abandono que, por un momento, temo que pueda caer de espaldas al canal—. No puedo más. —Suspira—. Ya ha sido un día de mierda. Solo me faltabas tú.

—Tú no me faltabas en absoluto, mira tú. —Me pongo a su lado, el hurón ya se ha acomodado al amparo de mi chaqueta, y sospecho que se está durmiendo—. Entonces, ¿cómo es que estabas trotando con un hurón a lo largo del canal a las dos de la mañana? —le pregunto tras un momento.

—Estaba en la tienda. Tengo una tienda aquí cerca —comienza a contar, como si tuviese que librarse de un peso. No le digo que lo sé, no tiene importancia—. Había decidido dormir allí porque Alberto... Mi novio ya no soporta a *Lucky* en casa. Hemos tenido una pequeña catástrofe.

—¿Un poco de disentería? —arriesgo.

—¿Qué pasa? ¿Eres veterinario? No, déjalo, no quiero saberlo. Aunque no, no ha ensuciado. Ha tirado al suelo el caballo.

—¿Un caballo? Tendrías que haberlo llamado *Maciste*, en vez de *Lucky* —comento—. Y no sabía que vivieses en una granja.

—El caballo de Troya, una maqueta de madera —explica ella con tono de quien habla con un deficiente—. Alberto lleva meses construyéndolo: son piezas pequeñísimas. Es un trabajo muy laborioso.

—Imagino. También muy útil.

—¡Será que tus esculturas son muy útiles! —estalla Eva.

—No grites que asustas al hurón —la exhorto.

La escena es fantástica. El novio que pasa los domingos construyendo un caballo con palillos, la fierecilla esta que lo observa admirada, y el bicho que siembra el caos.

—Entonces, *Lucky* ha expresado su opinión crítica sobre el caballo de Troya haciéndolo añicos, Alberto ha intentado hacer añicos a *Lucky* y tú lo has puesto a salvo en la tienda —resumo—. Luego, no conseguías dormir, has salido a dar un

paseo para aclarar las ideas sin bajar la persiana; inmersa en tus pensamientos, no has oído al ciclista que te tocaba el timbre y casi te caes, y *Lucky* ha aprovechado para correr hacia mí.

—No estaba en absoluto corriendo hacia ti; corría y punto —puntualiza Eva.

La sorprende un detalle:

—¿Cómo sabes que no he bajado la persiana?

—Inútil hacerlo si pensabas volver —improviso. Me alegra haber encontrado una solución al misterio de la tienda sin cierre metálico—. La cosa es: suponiendo que yo te lo dé, ¿qué harás con el hurón? ¿Dónde lo vas a meter? ¿O estás pensando en dejar a tu novio?

—No digas idioteces.

—Lo cierto es que podías haberle preguntado qué pensaba antes de comprar el hurón. No es precisamente un pececito de colores; estos bichos dan trabajo.

—No lo he comprado.

—¡Ajá! Entonces, tenía razón, ¡lo has robado!

—¡Ni por asomo! ¿Te parece que, con todos los marrones que tengo, me voy a poner también a robar hurones? Es de Magda, la hermana pequeña de Alberto. Lo ha pedido por su cumpleaños.

—Luego ha descubierto que no era un peluche...

—Exacto —asiente Eva—. Sin contar con que le han dado una beca en la universidad y, en septiembre, se marcha a Chile. Tampoco se lo puede llevar.

—No sé, puede que lo cocinen bien. Hurón cocido a la chilena suena apetitoso.

—Qué asco me das. —Pero lo dice sin convicción.

Mira fijamente el empedrado, parece hecha polvo. Si no la sacudo de esta apatía, dentro de un momento romperá a llorar. Y no soporto a las mujeres que lloran, nunca sé qué hacer con ellas, y me anulan la libido. Tengo una medio erección desde que la he visto correr y no pienso renunciar a esta sensación placentera.

—Pues tú me das pena. Mírate. Tienes ojeras, el pelo sucio; de los zapatos no digamos nada; has dejado en casa a un novio furibundo y te has visto obligada a correr tras un hurón en el corazón de la noche mientras los ladrones se aprovechan de tu escaparaté sin vigilancia...

Levanta los ojos de golpe.

—¿Ladrones? ¿Qué ladrones? ¿Has pasado por la tienda? ¿Has visto algo?

—No, pero, si no has bajado la persiana, es solo cuestión de tiempo.

Mira por encima de mis hombros, en la dirección de su tienda. Entiendo que quiere ir enseguida a mirar. Vuelve los ojos hacia mí, luego hacia el hurón, claramente dormido, por fin hacia mi cara.

—Escucha, ¿podrías...

Eso estaba esperando.

—... sostenerte un momento al hurón mientras vas a controlar que todo va bien? —completo la frase—. Claro que podría. —Se le ilumina el rostro en una expresión

de alivio que, por un momento, me hace vacilar—. Pero no sé si quiero.

La luz se apaga. Siento un poco de pena. Pero he decidido de repente lo que quiero y sé lo que hacer para obtenerlo.

—Lo que puedes hacer es ir y, cuando hayas terminado de comprobar, vuelves —continúo—. Puede que me encuentres. Si, por el contrario, me canso, dejo aquí al hurón, le digo que te espere y me voy. ¿Te parece?

—Eres un mierda. Adelante, entonces, dame a *Lucky* y vete a la cama, ¿no? No entiendo por qué te has parado a charlar si estás tan agotado.

—Es que no sé resistirme a una damisela en apuros.

—¿Es que te parece que me has salvado? Si acaso, has empeorado la situación.

—¿He atrapado al hurón o no? Ni siquiera has alabado mis reflejos fulminantes.

—Imagino que los entrenas jugando al pinball todo el día. Cuando no te visita la Musa, claro.

—Prefiero el dominó —replico.

En Cuba es, prácticamente, deporte nacional, pero lo cierto es que ella no puede saberlo y me mira descolocada.

—¿El dom...? Pero ¡a quién le importa! —exclama luego, exasperada por haberse dejado distraer—. Escucha, no me interesa en absoluto si te pasas los días contando los nudos de la alfombra. —Se despega de la balaustrada y se me pone delante, la cara a un palmo de la mía—. Y no sé a qué juego estás jugando, pero no tengo tiempo para este rollo. Devuélveme el hurón, vuelve por donde has venido y deja que yo resuelva mis problemas.

Así de cerca, advierto un leve perfume, dulce y exótico. Creo que es el pelo. Es más baja que yo y, si se adelantase solo un paso más, sus rizos me harían cosquillas en la barbilla. Siento el calor de su cuerpo tenso y furioso. Si tuviese una mano libre, me encantaría coger un extremo de ese horrible chal que lleva y desenvolverla despacio, como un caramelo, rozándole la piel a medida que se descubre, con los dedos, luego con los labios. Subo los ojos hasta su boca, apretada en un frunce indignado, e imagino cómo sería sentirla suavizarse y ceder contra la mía, obligarla dulcemente con la lengua, abrirla, explorarla. Capto con la mirada sus ojos, tienen una expresión insegura. No he pronunciado siquiera una palabra, pero su cuerpo siente mis pensamientos. Vibramos juntos, como una cuerda tensa rasgada finalmente en el punto justo. No lo habría dicho nunca. No puedo dejarla escapar.

—O —digo despacio, bajando la voz a un tono casi hipnótico— podría ayudarte. Podría llevar a *Lucky* conmigo a casa, alimentarlo, cuidarlo. Podrías visitarlo siempre que quisieras y estaría a salvo. Y tu problema se habría resuelto. Estarías libre y tranquila...

Asiente, es más fuerte que ella.

—Sería... Sería muy amable por tu parte —murmura.

Sostiene mi mirada, atenta de improviso. Me doy cuenta de que, por primera vez desde que la conocí, está completamente centrada en mí. Me ve como un interlocutor,

no como un obstáculo en su camino, y esto me transmite una intensidad que me da una especie de calambre. Su torso se inclina hacia el mío, de forma imperceptible. Dejo aflorar una sonrisa tranquilizadora y el rostro de Eva se relaja en respuesta. Es como si bailásemos, pero sin movernos, y comienzo a sospechar que esta es una bailarina a la que no hay que subestimar.

—Por supuesto —continúo—, habría una condición. Una sola condición pequeña.

—Y... ¿cuál sería?

—Que poses para mí.

Según salen las palabras de mis labios, me maldigo. Las he dicho demasiado bruscamente. Han salido precipitadas, secas. El deseo me ha traicionado. Quiero que pose para mí de verdad. Tengo que captar la extraña gracia de sus movimientos, intuyo que es la clave para desbloquear mi inspiración. Y la deseo. En este momento, la deseo con desesperación. Quiero inclinarme entre sus piernas y sentirla gemir e implorar, tumbada debajo de mí sobre el sofá.

Por desgracia, en vez de eso, estoy de pie en un puente, con un hurón en brazos, y ella está furiosa de nuevo.

—¿Posar para ti? Pero ¿te has vuelto completamente loco?

El hechizo se ha hecho añicos. Su cuerpo se dispara hacia atrás. Cruza, incluso, los brazos. Cerrada como un erizo, maldición.

—En absoluto. Es mi trabajo: soy artista —respondo, asumiendo un tono profesional en el intento de recuperar terreno—. Me gustaría hacer algún boceto y tú eres un buen tema. No te estoy pidiendo otra cosa, no te preocupes. —Sonrío con el poco de burla que no falla nunca para despertar el orgullo femenino—. ¿O tienes miedo?

—¡Qué voy a tener miedo! —responde picada, como siguiendo un guion—. Es solo que me parece absurdo, eso es todo. No creo que te falten modelos. —Reproduce mi misma sonrisa, con cierta habilidad—. ¿Por qué yo, precisamente?

—Tienes la fisonomía justa para uno de mis proyectos.

—Pues tendrás que encontrar otra fisonomía. Porque ni hablar de posar para ti.

—¡Qué pena!

Saco de debajo de la chaqueta el hurón que, muy contrariado porque lo he despertado de repente, comienza a revolverse. Hago como que lo apoyo en la balaustrada.

—Entonces te lo dejo aquí, ¿eh?

—¡No! —Alarga un brazo, sabe perfectamente que, si libero a *Lucky*, no conseguirá atraparlo nunca—. No lo hagas, anda.

—No hago nada. Me limito a soltarlo. Puede que se vaya contigo, aunque no pondría la mano en el fuego.

—Deja que lo coja.

—Pídemelo de otra forma —murmuro.

—¿Qué?

—Nada. Te lo explicaré con calma. La cosa es esta: o aceptas posar para mí, una tarde a la semana, durante seis semanas, o suelto a este simpático bicho y me despido. La elección es tuya, Eva.

Es la primera vez que pronuncio su nombre. Los nombres tienen poder, contienen destinos, y deben ser usados con sabiduría. Con esas tres letras de ecos bíblicos vibrando entre los labios, estoy seguro de tenerla en el bolsillo.

Pero ella me descoloca, y casi me coge desprevenido. De repente se lanza hacia delante para agarrar a *Lucky*. Salto hacia atrás, fuera de su alcance, apenas a tiempo. Asustado, el animal culebrea y casi se me escapa de las manos, lo aprieto de nuevo contra mi chaqueta para calmarlo mientras sigo mirándola a ella. Está furiosa, jadea. Y comienzo a hartarme, también yo, de esta escenita.

—No soy un hombre paciente, Eva —la reprendo—. Voy a contar hasta cinco. Uno...

—No entiendo por qué te hago falta precisamente yo...

—Dos...

—Podrías tener a una docena de modelos.

—Tres...

—¿No puedes pedírselo a Manuela?

—Cuatro...

—Y, además, yo no soy capaz de posar.

—Y... —Apoyo al hurón en la balaustrada y me preparo para soltarlo.

Al diablo, que se vaya por donde quiera. No puedo pasarme toda la noche aquí con una que no quiere saber nada de él.

—¡No! ¡Para! —La miro. Asiente—. Está bien, está bien... No lo dejes escapar. Posaré para ti.

—¿Una tarde a la semana durante seis semanas?

—Una tarde a la semana durante seis semanas.

Abrazo de nuevo al hurón y miro a Eva con el placer de un conquistador que contempla a su nueva esclava. Vencida, pero aún no doblegada.

Es solo cuestión de tiempo.

—Muy bien, querida. —Me vuelvo en la dirección de la que he venido y con la cabeza le hago gesto de seguirme—. Ahora vamos a bajar la persiana de tu tienda y, luego, me acompañas a uno de estos bares.

—¿A un bar? ¿Para qué?

—¿No creerás que me fío de tu palabra? —Sonrío con malicia—. Podría no valer gran cosa. Firmaremos un contrato.

Dos días después, sigo teniendo el contrato en el bolsillo. No he encontrado un lugar más seguro o, al menos, esa es la excusa oficial que me he dado. Debería guardarlo donde trabajo, para tenerlo listo en caso de «disputa», pero Leo lo usaría para encender la estufa, garantizado. Es el fin de cualquier papel en el estudio: periódicos, facturas, contratos, cartones de pizza. Solo los libros son sagrados.

Salgo de la tasca llena de humo del barrio de Isola a la que he venido a oír a un estrepitoso cuarteto que toca a Bach a ritmo de bossa nova. Son las dos de la mañana, pero no tengo sueño y me dirijo a casa a pie. Meto las manos en los bolsillos de la chaqueta de pana marrón, un poco anticuada, comprada en Barcelona hace un millón de años, cuando pensaba trasladarme allí. La misma que me eché encima la otra noche para salir a buscar a Manuela. Hice bien en dejar en ella el contrato, pienso por enésima vez recorriendo con los dedos los contornos del pedazo de papel. La verdad es que me gusta tocarlo e imaginar el martes próximo, saboreando la victoria.

Hace dos días que lo hago. ¿Puede que me esté obsesionando un poco? Pero no, es solo que me lo hizo sudar. La servilleta de papel en la que redacté el acuerdo con Eva, la del único bar de Navigli en que nos dejaron entrar con un hurón, rebosa de frases y tachones. Muchos tachones. Fue toda una lucha. Al final, le tendí el boli.

—Entonces, ¿qué?, querida mía.

Vuelvo a ver, como en una película, su mano esbelta que lo coge, lo apoya en la hoja, duda, luego firma con un ringorrango elegante, decidido. La he mirado alejarse con la espalda recta hacia casa, cansado y satisfecho, como un guerrero que sigue dueño del campo. Pero sé bien que solo he ganado una batalla.

Saco el móvil del bolsillo, y Eva desaparece de mi mente. Descubro que puede que sean las dos, pero la noche está lejos de haber acabado.

Doce llamadas perdidas y cuatro mensajes mientras escuchaba el concierto.

«Eh, extranjero, estoy en el aeropuerto. Por fin! 😊 Vienes por mí?».

«No importa, cogí taxi, voy al estudio. Nos vemos allí?».

«?? Dónde sts? suerte q me abrió tu amigo Leo. llámame!».

«Leo sigue siendo 1 tsoro. Se acabó el vodka, compra».

Pero ¿no tenía que llegar la semana que viene? Me había olvidado por completo, maldita sea.

—Adela está de vuelta en la ciudad, amigo —confío al hurón, pero está profundamente dormido.

No estaba seguro de poder llevarlo conmigo, pero en el local subterráneo no han tenido problema. Al revés, la camarera le ha dado disimulando un trocito de salchicha, la he visto. Será la saciedad, o quizá Bach que da sueño, pero se ha portado

muy bien. Se despierta solo cuando me tiro en medio de la carretera, al encuentro de las ruedas de un taxi, me meto dentro y doy la dirección del estudio.

Desde el segundo patio interior, que antaño constituía la era de la finca, se oye el eco de una música. Paso ante la leñera y empujo la polvorienta puerta acristalada. Entro y abrazo con la mirada la penumbra creada por la pantalla de la lámpara sobre la mesita esquinera y el fuego en la vieja estufa panzuda en el que habrá terminado el periódico de ayer. Podemos decir que las noticias han dejado de ser «frescas». El calorcito me envuelve y me doy cuenta de que estaba un poco aterido por la madrugada de primavera.

—¿Qué cosa es este relajó? —exclamo mirando a la pareja que ocupa el sofá.

—¡Luisito! —chilla Adela saltando como un muelle y se precipita hacia mí.

Es un torbellino de color, del vestido de grandes girasoles estampados al relampaguear de los dientes blancos en su sonrisa y los ojos azules encendidos como faros en el rostro bronceado. Noto todo esto como un conjunto de sensaciones, fragmentos impresionistas, antes de que llegue hasta mí.

—¡Cuidado! ¡Que *escachas* al hurón! —La paro con un gesto rápido. Frena.

—¿Que *escacho* el qué? —Mira hacia abajo. El hurón se ha despertado de nuevo bruscamente y se mueve—. Pero ¡qué lindo! —Alarga una mano, pero la retira enseguida porque él salta a morderla—. ¡Ay!

—No le gustan las mujeres —explico—. Es un hurón de singular inteligencia.

Detrás de ella veo a Leo *desparpajado* en el sofá con una guitarra entre los brazos, los dedos perezosamente dispuestos sobre las cuerdas.

—¡Eh, tío! Suerte que has llegado: nos falta el tenor. Ven a cantar. —Comienza a rasgar las cuerdas con las notas de «Guantanamera».

—Leo, ¡mira! Luis ha traído a casa un cachorro.

—Leo, aguanta al hurón que tengo que saludar bien a Adela.

Voy hacia el sofá, tendiéndole el animalito que se revuelve.

Leo me mira con ojos nublados de alcohol.

—Tengo una extraña alucinación —articula con esfuerzo.

—No es una alucinación: es un hurón. Y, ahora, ¿quieres sujetarlo?

Deja la guitarra y se levanta.

—Luis, amigo mío, no te reconozco —dice sacudiendo la cabeza—. Antes traías a casa mujeres, no roedores.

Y desaparece en su apartamento.

—Es un mustélido y, en realidad, vive conmigo desde hace ya dos días —explico a su espalda, pero ya no me escucha.

Encojo los hombros y dejo en el suelo al bicho, que se pone enseguida a explorar.

—Luis, pero ¿dónde estabas?

Adela se me ha acercado y me abraza por detrás. Hace años que estamos lejos, desde que se fue a vivir a Sicilia, pero no nos hemos perdido nunca de vista. Me

había olvidado de su llegada, pero estoy contento de verla. Siento su energía invadiendo el estudio. Me pregunto cuánto me desbaratará la vida esta vez.

—Has engordado —comento, aunque está solo levemente menos huesuda que de costumbre—. Te sienta bien.

Rompe a reír y se despega de mí.

—Vamos, ven al sofá —me exhorta, pasando a nuestro idioma común, el español —, así me cuentas. ¿Has encontrado a esa especie de ardilla en la calle?

—Me lo ha confiado una amiga que no sabía dónde meterlo.

—¿Y te has ofrecido a tenerlo tú? —Abre los ojos de par en par—. ¿Desde cuándo te esfuerzas tanto por una mujer? ¿Hay algo que tengas que contarme?

—Es una larga historia. Pero ¿y tú? ¿Qué haces en Milán? El reportaje es la semana que viene.

—Sabía que tenía que haberte llamado antes... No he tenido tiempo. La semana que viene es esta. El reportaje es mañana, querido.

La sorpresa me hace caer sentado en el sofá. Mientras la miro atónito, Leo vuelve a salir por la puerta con un collarcito en una mano y, en la otra, un ovillo de rafia de la que se usa para atar las plantas de jardín. Levanta victorioso ambos objetos.

—Mira lo que he encontrado: era de mi gato.

Me pasa el collar. Me estiro para cogerlo.

—No es que esté muy limpio —observo.

Eso es poco. No es posible reconocer el color original.

—¿Y la rafia para qué es? ¿Tienes que atar los calabacines a estas horas? —se informa Adela.

—Es para hacer de correa, supongo —le digo—. Pero la rafia no es lo bastante resistente.

—Escuchad, esto es lo que he encontrado. Tengo una casa, no una tienda de artículos para animales, ¿vale? Si esto no te sirve, te haces la correa de terracota.

Leo deja la rafia en la mesa.

—Pero ¿estás seguro de que tenemos que atarlo? —pregunto dubitativo.

—Estoy seguro, sí. Él no conoce el lugar y nosotros no estamos acostumbrados, podría escapar o acabar aplastado. Tendremos que comprarle también una jaula —sentencia mi amigo, agachándose a recoger al hurón que ha llegado a olfatearle los pies.

—Hola, bicho. ¿Cómo te llamas? —le pregunta, levantándolo y mirándole a los ojos.

El animal lo mira fijamente, tranquilo entre sus manos. Parece que esas sí le gustan.

—Se llama *Lucky* —respondo con una mueca—. Tendré que encontrarle un nombre menos estúpido.

—Y aprisa, así le hacemos una chapa —interviene Adela, con su habitual pasión por los accesorios.

—Pásame el collar. —Leo tiende la mano.

Pensándolo bien, ¿cómo es que el hurón no tenía uno? Todos los animales domésticos tienen un collar. No lo había pensado. ¿Quizá su amita, en realidad, tenía en mente abandonarlo la otra noche? No es tan inocente como quiere hacer creer, nuestra querida Eva.

Diez minutos más tarde, el animalito está instalado, atado con triple hilo de rafia a una pata de la mesa, con unos cuantos periódicos esparcidos por el suelo para hacerle de baño. Adela ha tenido la idea de llenarle una cacerola con agua, y él bebe ávidamente.

—¿Desde cuándo lo tienes? —pregunta Leo.

—Dos días.

—Y ¿qué le has dado de comer?

Dudo. Leo me mira abriendo los ojos de par en par.

—¡Luis! Dime que le has dado de comer, ¿verdad? No es que este pobre bicho lleve cuarenta y ocho horas de ayuno, ¿o sí?

—Por supuesto que no. Como mínimo, me habría mordido a mí —respondo—. Le he dado de lo que comía yo.

—¿Ron y zumo de pera?

—Bueno, ¡va! —Está visto que ahora tengo que sufrir un tercer grado sobre la dieta del mustélido—. Pan, carne, cosas así.

—Yo creo que tiene hambre —dice Adela, inclinando la cabeza con aire inquisidor para observar al hurón. Inclina la cabeza también él, en respuesta—. Tú no has comido en la vida a horas normales, Luis. Y, además, habrá que comprarle comida específica, seguro.

Nos miramos unos a otros, perplejos. La verdad es que ninguno de nosotros tiene la menor idea de qué comen los hurones.

—¡Va! Escuchad, mañana miro en Google —prometo—. Mientras, no creo que se muera de hambre. ¿Por qué debería tener hambre a las dos de la mañana?

—Las tres —me corrige Leo.

—Las tres. Madre mía, ¡y mañana tenemos el reportaje! —Adela se pasa las manos por el pelo—. Una última canción —impone a Leo— y nos vamos a la cama.

Miro el altillo al fondo de la habitación, con el colchón tirado encima, que uso cuando me quedo a dormir aquí. Es poco más que un jergón.

—Los dos no vamos a estar cómodos —observo.

—Pero qué dos. Adela puede dormir... en mi habitación de invitados.

Leo le sonrío dulcemente mientras coge de nuevo la guitarra. Creo que mi llegada ha interrumpido algo. Guiño los ojos.

—¡Ah! ¡Mira! Adela puede dormir en tu casa y yo no, ¿es eso?

—Tú estarás muy bien en el jergón.

Me sonrío también, con mucha menos dulzura, y entona una vieja canción de Silvio Rodríguez: «El viento eres tú». Se la he enseñado yo. Como todos los italianos,

no conocía al cantautor más famoso de Cuba, uno de los mayores intérpretes e innovadores de nuestra canción popular. En todo el mundo latino, basta decir «Silvio» para que todos sepan que hablamos de él. Por otra parte, la música es fundamental para nosotros. Cuba presume de su música como Italia de su cocina; los bailes más fantásticos de los últimos siglos nacieron en la isla. Es la mezcla de etnias, de culturas, creo, que da una sensibilidad casi mágica a nuestra relación con el cuerpo y el ritmo.

Adela y yo, desde el sofá, nos unimos al coro; hacía mucho que no la oía cantar si no era desde el ordenador. Leo, que la conoció solo brevemente en los tiempos de via Desiderio, nunca la había escuchado. Se está abriendo camino como cantante de latin jazz en Sicilia, y mi amigo bebe encantado su voz, fallando alguna nota en la guitarra, cosa que no es propia de él. Al final de la canción, ella se apoya en mí, como una chiquilla que ha llegado a casa. Le paso un brazo por los hombros, contento de sentir su calor. La he echado de menos. Leo ataca «Ojalá». El fuego crepita en la vieja estufa, el hurón se ha arrebujado a los pies de la estantería, la guitarra susurra mezclándose con nuestras voces entonadas. Me siento como en casa también yo, la mente se me despeja, los nudos de cansancio se me sueltan en el cuerpo. No me había dado cuenta de lo cansado que estaba.

Es en ese momento de paz familiar cuando la puerta acristalada se abre, dejando entrar un suspiro de aire de primavera y a una mujer encolerizada.

—¡Ah! Lo sabía. ¡Qué deprisa me has sustituido, cabrón!

Y Manuela se precipita hacia el sofá como una furia.

—¡Serás hijo de puta! —ladra señalándome con el dedo, mientras Adela se aleja de mí y la mira estupefacta.

Leo arruga la frente con un gesto de dolor.

—No grites, te oímos, no hace falta que nos dejes sordos —dice.

Manuela le echa solo un vistazo de desdén antes de concentrarse de nuevo en mí. Es la primera vez que la veo en pantalones; lleva un par de vaqueros que realzan sus curvas, una camiseta negra ajustada y sandalias de cuña doradas. Está terriblemente sexy. Si no fuese por la cara desencajada por el cansancio y la rabia.

—Mierda, Luis, pero ¿qué especie de maniaco eres? No te basta follar todo el *finde*, también tienes que presentarte en mi casa a la una de la mañana y, solo porque no te pido que subas, desapareces dos días y te vas a buscar a esta... ¿¡zorra!?

—¡Eh! ¿Quién es la zorra aquí? —se enfada Adela.

—¡Tú! A una que va a cazar tíos a Navigli, tú ¿cómo la llamas?

—Si a esta hora de la noche encuentra uno sobrio, ¡afortunada! —intento intervenir, pero Adela está ya de pie y se ha parado frente a Manuela.

—Yo seré una zorra, pero tú ¿qué eres, entonces? ¿La madre Teresa? ¿Qué llega de visita a casa de un tipo a las tres de la mañana?

—¡No podía dormir! Me ha plantado sin una palabra y ha desaparecido, ni siquiera un mensaje el domingo por la noche, ¡no sabía dónde había ido a parar!

—¿Y tenías miedo de que se hubiese tirado al canal por la desesperación? ¡Ilusa! ¡Por supuesto que ha encontrado a otra!

—Adela... —intento reñirla.

No me gusta nada el rumbo que toma la conversación.

—Bueno, se ve que no había nada que valiese gran cosa ¡si se ha conformado contigo! —chilla Manuela, con sumo desprecio de la verdad.

Adela trabaja como modelo desde hace años.

—Si ha estado contigo, diría que ha bajado sus estándares desde la última vez que lo vi.

—¡Cómo te atreves!

Manuela levanta una mano para darle un bofetón, Adela hace un movimiento brusco hacia atrás para evitarla y me cae encima, cortándome la respiración por un momento. Oigo pasos y, apenas logro librarme, noto que Leo ha saltado en pie y está intentando sujetar a Manuela por las muñecas para impedirle que se tire sobre nosotros, mientras ella se revuelve y se lía a patadas con él.

—¡Eh! ¡Basta! ¡Estate quieta, mierda! ¡Para!

No sin esfuerzo, mi amigo la hace girar sobre sí misma y se pone a su espalda clavándola contra él, sujetándole los brazos cruzados por delante y las manos bloqueadas prácticamente detrás de la espalda. En esa postura, no consigue siquiera darle patadas. Le lanzo una mirada de admiración.

—Leo, ¡qué reflejos! Creía que estabas borracho.

—Cuando termines de hacerte el gracioso, igual puedes explicarle a esta loca que Adela es tu hermana.

La frase penetra en la mente incendiada de Manuela como una jarro de agua fría. Se queda quieta, desencaja los ojos. El silencio cae repentino en la habitación; solo se oye el crepitar del fuego.

—Leo, ¡eres un aguafiestas! —Adela tuerce el morro.

—¿Preferías que te arrancase el pelo?

—Que lo hubiese intentado. —Mi hermanita se echa hacia atrás la melena negra—. Sé cómo defenderme.

Miro a Manuela. Tiene la cara en llamas.

—Luis, yo... Lo siento.

—Te has precipitado un poco con tus conclusiones —digo, pero amablemente, levantándole la barbilla con un dedo.

—Es que... te has ido así... He intentado volver a dormir, pero no hacía otra cosa que dar vueltas en la cama, creía que había arruinado el bonito fin de semana. Y, luego, no he vuelto a saber de ti... Quería mandarte un mensaje, pero no encontraba la frase apropiada. Hace dos días que la busco. Entonces, al final, he pensado: voy. Me habías dado la dirección de este sitio. Pero... ¿es tu casa? —Mira alrededor tanto como puede—. ¿Puedes decirle a tu guardaespaldas que me suelte?

—Leo, déjala.

—Lástima, comenzaba a excitarme —se lamenta, pero obedece. Luego abre la boca en un megabostezo—. No sé vosotros, pero yo he tenido suficientes emociones por una noche. Me voy a la cama. ¿Adela?

—Sí, si no duermo al menos cuatro horas, mañana estaré hecha un trapo —asiente ella.

—¿Qué quiere decir «cuatro horas»?

—Tenemos cita con el fotógrafo a las nueve, pero ¿no recuerdas nada? ¿No tienes una agenda? —protesta mi hermana.

Ha venido a Milán desde Sicilia para el reportaje fotográfico de una marca emergente de moda, que está preparando el catálogo de su nueva colección de ropa interior. Nos han cogido a los dos; opinan que tenemos aire exótico y una cara expresiva. En el caso de Adela, creo que estaban mirando un poco más abajo. También yo, si tuviese que promocionar una línea de lencería, la escogería a ella.

—Lo he apuntado en el móvil, pero... ¡Mira! —Le muestro la agenda del teléfono—. Miércoles, 14 de mayo; la semana que viene: me habré equivocado.

—Luis, el miércoles, 14 de mayo, es mañana —me informa, luego se vuelve hacia Leo—. Pero ¿qué voy a hacer con un hermano así?

—Esperar que no sea hereditario —dice él—. Vamos, te enseñé tu habitación.

Mientras desaparecen por la puerta de comunicación, les grito en broma:

—¡Eh! Leo, cuidadito con las manos, ¿eh?

Pero solo me responde el eco de una carcajada. Tenía que intentarlo. Bien por él.

Me vuelvo a Manuela, que se está frotando las muñecas.

—¿Te ha hecho daño Leo?

—No, no. Y, además, tenía toda la razón —admite con una mueca—. Siento haber atacado a tu hermana. Estaba fuera de mí.

—Ya te he visto.

—Mira, nos conocemos desde hace poco, pero... Me gustas, Luis.

Un escalofrío de advertencia me recorre la espalda. «Me gustas» es una frase peligrosa, que suele preceder a: «Entonces, no hay otra, ¿verdad?» y, al cabo de unos meses, a: «Creía que había algo entre nosotros» y: «Parecías distinto». Yo no soy del tipo fiel, no hay nada que hacer. Soy leal: no miento, no engaño, digo las cosas como son e intento siempre satisfacer a la mujer con la que estoy. Pero detesto toda forma de persecución, mucho más una que me viene a buscar a casa para gritarme.

La miro. Está desgreñada y sexy. Después de todo, pienso, un poco de drama de vez en cuando reaviva las cosas. Y, además, no sé resistir la tentación.

Manuela, en este momento, es aún una. Por lo tanto, ignoro el escalofrío.

—También tú me gustas. —Me acerco—. Te deseo continuamente... Por eso fui a buscarte el domingo. No fuiste amable al no dejarme entrar.

—Estaba ya en la cama, desmaquillada, en pijama...

—Mira, el pijama, es cierto, no es algo bonito. —Los odio. Si fuese dictador universal, lo primero que prohibiría serían los pijamas—. Pero tiene un lado positivo.

—¿Cuál?

—Se puede quitar.

En ese momento, siento un movimiento en el suelo, detrás de ella, y mis ojos caen sobre el hurón. Se debe de haber despertado con el revuelo y ahora ojea desde debajo de la estantería. Reflexiono rápidamente. Quizá Manuela conoce al animalito de su mejor amiga y podría preguntarse por qué está aquí. Acabo de escapar de una crisis de celos, no quiero caer en otra. No tengo ganas de dar explicaciones.

—Ven. —En un paso cubro la distancia que nos separa y tiro de ella hacia mí—. No querrás volver a casa, ya que estás aquí.

—No sé... Es casi de día. ¿No tienes una cita de trabajo mañana? O sea, hoy. ¿Dentro de poco?

—Razón de más para no perder el tiempo —murmuro.

La arrastro hacia la otra parte de la gran habitación, a los pies del altillo, para alejarla de la vista del hurón. La abrazo y la beso hasta hacerle olvidar dónde se encuentra, hasta hacerle perder toda resistencia. Responde al beso con una especie de

pasión desesperada que me da a entender que de verdad creía que me había perdido. Me alejo de ella y la agarro del pelo, la obligo a mirarme.

—Naturalmente —susurro—, visto que no has confiado en mí, ahora tendrás que ser muy, muy buena conmigo...

Sus ojos están fijos en mis labios, como hipnotizados. Empujo mi pelvis contra la suya, para hacerle sentir la fuerza de mi deseo, y me desabrocho los pantalones. Le apoyo una mano en el hombro, con firmeza. Se pone de rodillas, obediente.

—Buena chica...

Me libera el sexo duro y se lo mete en la boca, pasando por toda la largura de mi erección su lengua caliente, parando a torturarme el glande con mordisquitos delicados. Gimo, mientras abre la boca, y me lanzo entre sus labios que me acogen golosos, profundamente. Con las manos, me agarra las caderas, me acaricia el culo, y yo separo las piernas para permitirle masajear el punto sensible en la base del falo, mientras su lengua continúa culebreando indiscreta y su boca desciende rítmica sobre mí, sorbiéndome hasta el alma. Comienzo a perder el control.

La obligo a levantarse, bruscamente, y le bajo los vaqueros con un tirón que arrastra también las bragas, dejándola desnuda y vulnerable, ligada por los pantalones enrollados en los tobillos, en mi poder. La vuelvo contra la escalerita que lleva al altillo y le meto las manos bajo la camiseta. No lleva sujetador. Le cojo los pechos rotundos, pellizcándole los pezones duros hasta sobresaltarla, luego introduzco una pierna entre las suyas. Separa los muslos, obediente, y empiezo a acariciarla con una mano; está empapada de deseo, lista para mí. Empujo dos dedos dentro de ella y la siento jadear mientras la doblo hacia delante para que se agarre a los barrotes de la escalera. Me retiro apenas, admiro sus amplias caderas, el culo redondo ofreciéndose sin pudor, la vagina abierta como una flor, en espera, acogedora. La penetro con un empujón potente, enarca la espalda y el cuello empujando las caderas hacia atrás, moviéndolas para sentirme aún más. La satisfago con una serie de golpes rápidos, fuertes, que la llevan al punto culminante primero a ella y luego a mí... o casi. Casi. Salgo de ella dejándole advertir por un momento el frío de mi ausencia.

—Sube la escalera —le ordeno.

Me libero de la ropa mientras ella trepa deprisa, dejando los vaqueros y las bragas al pie de la escalera, y la sigo. Rodamos sobre el colchón abrazados, la beso de nuevo sintiendo mi sabor en su boca, que me muerde los labios impaciente. Se restriega contra mí implorándome, las piernas abiertas. La clavo bajo mi cuerpo levantándole los brazos e inmovilizándole las muñecas con una mano, mientras se menea, los ojos velados de deseo.

—Y ya está —jadeo—, pero solo porque es tarde.

Y le doy lo que quiere.

Salgo de casa en una mañana luminosísima y descubro que en Milán ha estallado la guerra. Fuera de mi casa se ha apostado un grupo de soldados armados de tirapiedras. ¿Tirapiedras? Sí: en vez de con bombas y armas químicas, se combate en las calles con piedras y palos. Una guerrillera con una braga roja fuego sobre la boca, y los ojos idénticos a los de mi madre, está destrozando mi escúter, aparcado enfrente, a golpes de maza claveteada.

—Pero ¡ese es mi escúter! ¡Mamá! No...

—Mamá, una mierda. ¡Son las nueve y media!

Y un mazazo. Llega Adela y comienza a consolarme, pasándome una mano por el hombro. Pero luego me sacude con violencia.

Y me despierto.

La luz me hiere los ojos. Es, desde luego, una límpida mañana de primavera. Pero no ha estallado la guerra: estoy en la cama del estudio y, debajo de mí, Leo está atizando el suelo del altillo con el mango de una escoba. Subida a la escalerita, Adela me mira; es obvio que, precisamente, acaba de sacudirme con violencia.

—Me parecía un sueño muy realista —rezongo—. Leo, déjalo o esto se viene abajo.

—Entonces, baja tú primero. ¡Dale! Mueve el culo que es tarde.

Echo un vistazo al colchón a mi lado, a la maraña de pelo oscuro y los hombros bien torneados que asoman bajo el edredón. La verdad es que no recuerdo en absoluto a quién pertenecen. Me explota la cabeza, tengo el cerebro como envuelto en guata y, noto mirándome las manos, los dedos sucios de carboncillo. Junto a mí, hay unas hojas desperdigadas, bocetos de cuerpos femeninos. Así me acuerdo: Manuela. Después de que se hubiese dormido, comencé a retratarla, furiosamente, en busca de algo, algo que deseaba encontrar en su cuerpo abandonado al sueño. Algo que habría debido estar ahí. Pero no estaba.

Cuando tiré el carboncillo al suelo, rendido, había ya luz al otro lado de las ventanas. No habrán pasado ni tres horas.

—Vamos, hermanito, el café está ya listo —trina Adela—. Tienes el tiempo justo para calentarte la lengua, ponerte un par de vaqueros y que, luego, Leo nos lleve en coche para llegar antes.

Echo una mirada de acuerdo a mi amigo y llego a tiempo de preguntarme qué habrá sucedido entre ellos dos antes de que me vuelva el dolor de cabeza. Gimo lastimero.

—¿Quieres un aspirina además del café? —pregunta solícita Adela.

Se ha olvidado de que nunca tomo aspirina. La resaca pasa igual con unos litros de agua, y evito enriquecer a las multinacionales.

—Solo me meto mierda de la buena —gruño.

—No tenemos —me informa Leo—. ¿Quieres bajar de una vez del gallinero?

—Voy, voy. Pero dejad de tocarme las narices diez minutos, que estoy desnudo.

—¡Cuánto pudor, Luis! Que te he cambiado los pañales —sonríe Adela, pero baja la escalera y va a mirar fuera de los cristales para dejarme un poco de intimidad.

—No digas idioteces: tienes un año menos que yo. Leo, uso tu baño.

Leo me recoge del suelo la ropa que llevaba puesta ayer y me la tiende. Dios mío, no es que esté muy fresca. Me parece que es la misma del lunes y ayer fue un día intenso.

Salgo del baño un minuto después abrochándome los pantalones, no he perdido tiempo duchándome. Adela tiene ya un pie fuera de la puerta; Leo, las llaves en la mano.

—¡Vamos! ¡Son ya más de las diez!

Miro alrededor.

—Leo, pero ¿luego vuelves aquí?

—Tengo un poco de sueño que recuperar —responde él, que, bien mirado, está tan hecho polvo como yo.

—Y... ¿te puedes hacer cargo del hurón? ¿Y de Manuela?

—¿En ese orden?

—En el orden que quieras, pero me los alimentas. Y los mimas, si quieres. Pensándolo bien, supongo que Manuela también llegará tarde al trabajo; podrías llevarla y, así, llega antes.

—¿Y qué más? —pregunta irónico Leo—. ¿No quieres que barra?

—Si vas a hacerlo, la escoba es eso de la esquina. Para usarla, tienes que sostenerla por la parte larga y recta.

—¡Vamos! —Adela, impaciente, me toma de un brazo y me arrastra fuera.

Diez minutos después o, mejor dicho, con más de una hora de retraso, estamos en el plató. El reportaje es en exteriores, en el vicolo dei Lavandai, un callejón muy sugerente de nuestro barrio. El fotógrafo, recuerdo nebulosamente, quería hacer una cosa ambientada en el viejo Milán, o la vida sencilla de antaño, un rollo de esos. «Mientras no me haga vestirme de pastorcilla adolescente...», había comentado Adela.

Imagino que las furgonetas de atrezzo estarán aparcadas a la entrada de la zona peatonal y los demás miembros de la *troupe* estarán en el bar. En la callejuela está solo Colin, el fotógrafo, que camina arriba y abajo nervioso como un padre en espera.

—¡Luis! Por fi... *Um Gottes willen!* —Colin es de Hamburgo, habla italiano muy bien después de años en Milán, trabajando en moda, pero cuando se inquieta vuelve a su lengua materna—. Pero ¿qué pintas llevas?

—¡Eh! Es que he tenido una noche toledana.

—Pero si parece que acabes de salir de una alcantarilla. ¡Mírate! Mírate las manos, ¡negras! Y ¡mira qué horas son!

Se da golpecitos con un dedo en el reloj; creía que solo lo hacían las amas de casa de los anuncios de los cincuenta.

—¡Vamos, Colin! Ahora Luis se adecenta y... —intenta aplacarlo Adela.

—¡No hay sitio donde adecentarse! ¿Dónde quieres adecentarte, en la furgoneta? —Se pasa una mano por el pelo—. Y Carla se ha roto un tobillo esta mañana: se ha caído de la moto —añade.

Carla es su ayudante y, en efecto, eso es un problemazo.

Nos miramos un poco inseguros. Necesito un lugar en el que arreglarme y él necesita que le echen una mano.

Tengo una idea brillante. Ruego que no esté aún cerrado a esta hora.

—Colin, una... amiga tiene una tienda aquí al lado. Seguro que tiene baño. Y es fotógrafa aficionada. —Manuela me ha enseñado una foto que lleva en la cartera, de Eva. Recuerdo haberme asombrado de la calidad, y me ha contestado que su amiga ha hecho algún curso—. Quizá pueda ayudarnos.

Quizá, tal vez, nos mande a casa del carajo. Pero, en estos casos, soy partidario de la acción. Primero me enfrento a la situación y, luego, ya sufriré las consecuencias, sean cuales sean. Arrastro a Adela, Colin y su exigua *troupe*, formada por maquilladora, estilista y técnico de luces, por el puente y a lo largo del callejón en el que está la tienda de Eva. La persiana está levantada, por suerte. Y, ciertamente, un lugar al borde de la ruina no se concede el lujo de abrir tarde por la mañana. Me paro justo fuera y ella está allí. En el escaparate. Está inclinada colocando una especie de pañuelo de gasa verde claro, sobre el que apoya con delicadeza un viejo disco de 45 revoluciones con funda roja. Es *A Hard Day's Night* de los Beatles. ¿Qué pasa? ¿Lo hace aposta para chotearse de mí? Le miro el escote de la camiseta; así inclinada hacia delante, se le ve la curva de un pecho. No lleva nada debajo. Espero que baje un poco más, imagino atravesar el cristal con la mano y acariciarla.

—¿Entonces? ¿Es esa tu amiga?

Adela me despierta golpeando el cristal con los nudillos. Eva levanta los ojos, me ve, hace un movimiento brusco y el disco cae hacia delante. Se levanta de golpe, con aire incrédulo.

—Bonita —comenta Colin, y se atusa el pelo.

Lo veo entrar desenvuelto en la tiendita y comenzar a jugar la baza de su atractivo de extranjero y, además, artista. Poco después, le sigo, y tiene ya una mano de Eva en las suyas.

—Depende todo de usted, señorita —está murmurando. Ha bajado la voz a su tono más seductor, noto divertido—. Le ruego que nos ayude a remediar la... difícil situación creada por Luis.

Eva nos observa a mí y a Adela, estupefacta, luego se le enciende en los ojos una lucecita maliciosa.

—Sé lo difíciles que pueden ser las situaciones creadas por Luis —dice, sonriendo amablemente a Colin—. Pero no entiendo qué hacen aquí. ¿Quién es usted?

—Es un fotógrafo de moda —interviene Adela tendiendo la mano a su vez—. Yo me llamo Adela, soy la hermana de Luis. Tenemos que hacer un reportaje, pero hemos... llegado un poco a la carrera y él necesita adecentarse. Le haría falta una ducha.

Eva me escruta de arriba abajo.

—Le haría falta un camión cisterna —comenta—. Ducha no tengo; solo un baño pequeño con lavabo y bidé. ¿Crees que se apañará? —pregunta, mirando aún a Adela.

—Es mejor que nada —responde Adela—. Que lograrse quitarse el carboncillo de las manos sería ya un avance.

—¿Queréis dejar de hablar como si yo no estuviese delante? —estallo.

—¡Ah!, perdona. —Eva me mira con exagerada inocencia—. Creía que no serías capaz de razonar. El baño está allí.

Me indica una puertita detrás del mostrador.

Noto que Colin ha desaparecido y, casi al mismo tiempo, oigo llegar su voz extática.

—*Gott im Himmel!* Pero ¡si esto es precioso!

Se ha vuelto a olvidar del italiano, señal de emociones fuertes.

—¿Dónde está? —pregunto—. ¿En el escobero?

—En el patio.

Eva se vuelve y desaparece también por una puerta, detrás de la que nuestro fotógrafo curioso, evidentemente, se ha aventurado ya. La sigo, inclinándome para pasar por el bajo dintel. Parece de verdad la puertita de *Alicia en el País de las Maravillas*; puede que, por eso, haya llamado a la tienda *Wonderland*.

O puede que sea por esta maravilla. Contengo la respiración.

El patio de la tienda es una parte del espacio más interior del bloque de pisos, al que se asoman otros edificios. Está cercado solo por tres lados por un murito, sobre el que se han montado altos emparrados. Sobre dos de ellos, se encaraman exuberantes jazmines. Sobre el tercer lado, alarga sus ramas una glicina, quizá centenaria, que por una parte se apoya en el muro del edificio y, por la otra, se arroja hacia fuera formando una pérgola umbrosa, bajo la cual, una mesita redonda de hierro forjado y cuatro sillas parecen listas para la hora del té. Los parterres pegados al pie del muro son todos una mancha de hortensias y rododendros y plantas aromáticas. Una ordenada explosión de colores. Y de perfumes. Será la falta de sueño, pero me da vueltas la cabeza.

—¡Señorita! —Colin se vuelve y se apodera de nuevo de la mano de Eva—. Pero ¡este lugar es magnífico! ¡Como intemporal!

Ella sonrío con calidez. Maldito hamburgués, pienso. ¿Tenía que tocarme a mí el único fotógrafo hetero? No soy celoso, me parece una pérdida de tiempo, pero me

fastidia ver que se ha ganado tan fácilmente su simpatía. Mientras que, conmigo, ha sido odio a primera vista.

—¿A que sí? Es mi refugio —le confía la fierecilla domada.

—¡El auténtico Milán! ¡El Milán romántico! ¡Popular! ¡Perdido! —se entusiasma Colin—. Tenemos que hacer aquí el reportaje. Tiene que concedérmelo. Quizás alguna foto de la tienda, con ese delicioso ambiente retro. Y, luego, ¡el jardín secreto!

—Pero... —Eva mira a su alrededor dudosa.

—¿No será un poco oscuro, Colin? —objeto.

Solo me falta tener que estar aquí todo el día mirando cómo se hace el galante con... Ya, ¿con quién? ¿Quién es ella para mí?, me pregunto, intentando ser lógico. Vuelve en ti, Luis. ¿Desde cuándo te importa algo esta loca? Tú solo quieres una cosa de ella. Y, si se la da también a otros, tanto mejor, estará más entrenada.

—Bobadas. —Colin parece molesto—. Tenemos luces para interiores. Hacemos las fotos fuera después de las once, luz perfecta. Mejor que la callejuela. Esa era mejor por la mañana temprano. Pero ¡tú has llegado tarde!

—No empieces otra vez —resoplo—. ¿Quién te ha traído aquí, eh?

—Eso también es verdad —admite—. Y Luis dice que es usted experta en fotografía, señorita, ¿sí? —pregunta a Eva esperanzado—. ¿Podría ayudarme?

Como un milagro, veo el rostro perplejo de Eva relajarse en una sonrisa radiante. Es como ver despuntar el día junto al mar. Mira incrédula a Colin y, después, a mí.

—Yo... Me encantaría —susurra en el tono de una niña a la que han enseñado un juguete que no esperaba recibir—. ¿Luis se lo ha dicho? Y cómo...

Me mira sin hostilidad por primera vez. Sus ojos parecen estrellas, me lanzo con la mirada a su interior y veo las pizquitas doradas que puntean el iris, evidentesísimas.

—Me lo dijo Manuela.

Me encojo de hombros huraño. Esta nueva versión de Eva, tan confiada y sonriente, me incomoda.

—Adoro la fotografía —admite vuelta a Colin—. He hecho tres cursos. Pero... Pero no sé si soy lo bastante buena...

—Tonterías, tonterías —repite él alegre—. Le explicaré y lo hará bien.

Le da una palmadita en el hombro, alentador, y Eva levanta los ojos para mirarlo. Me aclaro la voz.

—Bueno, ¿aún estás aquí? ¿Con las manos sucias? —dice impaciente.

Desde la puerta comunicante con la tienda asoma Adela.

—Colin, tenemos que usar estos para el reportaje, por favor —exclama sosteniendo en alto un par de pendientes de bisutería de los años cincuenta, con brillantes piedras azules—. Hay joyas absolutamente divinas aquí. ¡Ven a echar un vistazo! Luis, pero ¿aún no te has lavado?

—Pero ¿queréis dejar de decirme todos que me lave?

Y, en ese momento, oigo un sonido inesperado. Eva ríe. La veo echar la cabeza hacia atrás lanzando una carcajada cristalina, alegre, de niña. Observo el arco

gracioso del cuello, desde las pequeñas orejas acariciadas por sus ricitos, y me vuelve a la mente la primera vez que la vi reír, de lejos, aquella noche en la cervecería. Con el sonido, es aún más irresistible.

Inspiro de golpe una bocanada embriagante de jazmín y, mientras, ella me lanza una mirada bajo las pestañas, como si hubiese descubierto un aspecto de mí que no imaginaba. Me parece larguísima, esa mirada, e inquisidora, como aquella noche en el puente.

—Bien, entonces —dice por fin, y levanta la barbilla con aire de desafío—. Mi casa es tu casa. Hagamos ese reportaje.

Traza con el brazo un amplio e irónico gesto de bienvenida y, en un relámpago de conciencia, me doy cuenta de que estoy en peligro. La apuesta acaba de subir.

—¿Me ayudas?

—¿Me dices a mí? ¿No está Linda? —Eva mira alrededor.

—Ha ido por agua, que esto es un horno.

Linda es la maquilladora. Después de habernos arreglado la cara a Adela y a mí, quejándose de las ojeras, debería haberse quedado a retocar el maquillaje y secar el sudor, pero la plantilla está ya al mínimo y alguien tenía que ir a buscar algo de beber. Son ya las dos, hace calor de verdad en la tienda, y también en el patio, a pesar de la sombra perfumada de las plantas, y yo estoy del todo deshidratado.

Habría mandado a Eva al bar, pero Colin ha protestado que no podía, por supuesto, pedir a la anfitriona que hiciese también de camarera. «Con lo amable que ha sido —se ha escandalizado en tono teatral—. Eva, tienes que perdonarlo, no sabe comportarse». Y ella se ha sonrojado bajo su mirada cariñosa. Le gusta ser la protegida del gran artista.

Debo decir, sin embargo, que hoy me ha sorprendido. Por cómo la conocía, tan rígida, tiesa, cerrada, habría jurado que nos iba a decir que no, que nos iba a echar de su tienda por miedo al lío, a los imprevistos, a los problemas legales o de seguro. En el fondo, con siete personas dentro, el local parece pequeñísimo. Y, no obstante, ha dicho que sí. Ha aceptado dejarse invadir y desbaratar el día. Y no lo ha hecho por dinero; apuesto que ni siquiera lo ha pensado. Lo ha hecho por el juego. Ahora vaga por su espacio habitual, de improviso extraño, equivocándose y enredándose en los huecos, riendo y confundiendo, dejando que las cosas sucedan, confiando como una niña. Es una Eva distinta e inesperada. No estoy seguro de estar preparado. No estoy seguro de sentirme seguro con esta nueva persona.

—¿Has querido hacer de ayudante? —le digo ahora brusco, intentando alejar esos pensamientos de mi mente—. Entonces, ayuda. La esponjilla está ahí.

Le indico el rincón en el que Linda ha dejado sus cosas. Se trata de darme un repaso por la cara para quitar los brillos, después de todo, no de transportar ladrillos.

Eva echa una mirada dubitativa a la esponjilla, luego a mí, luego a la puerta que da al patio. Colin está fuera y le ha dicho que se tome un descanso mientras dispone el plató para las siguientes tomas, junto con el estilista y el técnico de luces. Dentro de un minuto me toca a mí, mientras Adela se cambia en el baño.

—Quizá Colin necesita... —intenta escaquearse, dando un paso hacia fuera.

—¡Vamos! No es tan complicado, ¡caray! —estallo.

Pero ¿qué le pasa? Entiendo que aún la tiene tomada conmigo por la historia del hurón, pero ¿es posible que no consiga ser útil?

Luego noto la dirección de su mirada dudosa, que pasa rápidamente por mi pecho, desciende aún más rápidamente y, al final, se para en una estantería, avergonzada. Y lo comprendo.

No la tiene tomada conmigo. Es que estoy medio desnudo. Es un reportaje de moda de ropa interior: ni Adela ni yo estamos posando muy vestidos. En este momento, llevo un modelo de calzón azul oscuro, obviamente ajustado. Pero, vaya, vaya, de repente se ha vuelto tímida.

—¿No será que te da vergüenza? —le pregunto irónico—. ¿Habrás visto ya a un hombre o dos desnudos? ¿Al menos en foto?

—¡Pues claro que los he visto! ¡A montones! Bueno, quiero decir... —Se confunde... y calla.

—Entiendo. Has visto cientos de hombres desnudos. No tengo nada en contra. Comienzo a divertirme.

—¡Tampoco cientos! —protesta. Va hacia el rincón del maquillaje, coge la esponjilla de la base y me mira enfadada—. Y, en cualquier caso, nunca en mi tienda.

—Entonces, tienes poca fantasía, querida. —Me yergo, despegándome del mostrador en que estoy apoyado—. Vamos, pues. Ven... Eva.

Saboreo su nombre mientras lo pronuncio, atrapando sus ojos con los míos. Veo sus labios que se entreabren un poco, como asombrados. No muevo un músculo, no es preciso. El aire entre nosotros se tensa, lento, y la atrae en mi dirección.

—Adelante, no voy a hacerte nada —murmuro.

—No estaría yo tan segura... —susurra como respuesta, casi a pesar suyo.

Duda, desequilibrada hacia delante. Pero la atracción es inexorable. La veo vacilar primero, como presa de un lazo, y luego dar un paso hacia mí, otro. Con solo tres, noto el calor de su cuerpo, cuatro y está tan cerca que me roza con la respiración, los ojos aún en los míos. El aliento se le corta en la garganta, luego se libera en un largo y profundo suspiro, como de rendición. Dejo caer la mirada hacia sus labios y me inclino a besarla.

La boca de Eva es suave y está asombrada, exactamente como la imaginaba. Cede sin resistencia, pero sin responder, como presa de un hechizo. Y yo, que pensaba solo torturarla un poco, quiero de repente más. Siento mi cuerpo reaccionar, la adrenalina en las venas, el deseo de abrir esos labios y saborearla, agarrarla, arrancarle la camiseta, apretar su piel desnuda contra la mía.

Violentando todos y cada uno de mis nervios, despego los labios de los suyos y levanto la cabeza. Tiene los ojos enormes y las mejillas enrojecidas. Levanta una mano, la que no sostiene la esponjilla, y me pasa el índice por el rostro, de la frente a la barbilla, absorta. Luego, el dedo se para a acariciarme el labio inferior, adelante y atrás. Esta vez, soy yo el que se estremece. Es casi como si me estuviese dibujando, pienso maravillado. Como si estuviese intentando entender con las manos algo que no consigue entender, aún, con la mente. Por un momento de desvarío imagino que será

ella la que me abrace, levantándose sobre las puntas de los pies, y me implore otro beso. Muchos otros besos.

Pero la puerta de la tienda se abre.

—¡Eva! Los he dejado a todos en el taller apenas me has... ¡Ah! ¡O sea que sí que estás aquí!

La voz alegre de Manuela hace añicos el silencio y el ambiente. Eva se sobresalta, se ruboriza, da un paso atrás y, rapidísima, levanta la otra mano para pasarme la esponjilla por la cara.

—¡Qué reflejos! —comento en tono bajísimo para que me oiga solo ella—. Muy bien... —Luego miro a Manuela y le sonrío—. ¡Manu, ven! ¡Qué sorpresa más agradable!

Tiendo una mano para indicarle que se acerque y, con el mío, rozo el brazo desnudo de Eva. Lo retira como si estuviese incandescente y se vuelve hacia la amiga.

—Hola, Manu, ¡qué bien que hayas conseguido librarte! —entona—. Mira lo que me toca hacer... ¡Eh! ¿Por qué no lo haces tú? —Va hacia la amiga, le pasa la esponjilla y me señala con un gesto seco—. Milord necesita que le enjuguen el sudor —anuncia.

—Yo, la verdad, prefiero hacerle sudar —responde su amiga. Me recorre con la mirada todo el cuerpo, con alegre descaro, y toma la esponjilla—. No me digas que solo tengo que pasársela por la cara —dice viniendo hacia mí.

—Tú verás —responde Eva, con una pizca de tensión en la voz—, pero no creo que Colin tenga en mente ese tipo de reportaje... A propósito, voy a ver qué hace.

Desaparece en el patio mientras Manuela llega a mi lado y me lanza los brazos al cuello.

—Hola, extranjero —murmura—. Qué solita me he despertado esta mañana...

Y me besa. No me disgusta esta alternancia de mujeres que vienen a besarme. Por un momento, me imagino como un ídolo pagano, con una fila de vírgenes esperando su turno. Tampoco tienen que ser vírgenes, no soy exigente. Decididamente, tengo demasiada fantasía. Sonrío contra los labios de Manuela.

—¿De qué te ríes? —Se despega de mí.

—No, nada, pensaba... ¿No te ha acompañado Leo? Se lo había pedido.

Rompe a reír.

—¡Ah! Por eso era tan amable. Me ha preparado café y se ha ofrecido a llevarme al trabajo. ¡Mejor que tener mayordomo! Casi me ha dado pena decirle que hoy tenía la mañana libre... Creía que era solo muy dispuesto y, en cambio, ¿seguía ordenes?

—Es bueno para él que sea servicial de vez en cuando —digo encogiéndome de hombros—. Va, sé buena, termina el trabajo que tu amiga ha dejado a medias.

Y no sé si me estoy refiriendo solo al maquillaje. La miro y evalúo por un momento si besarla otra vez. Pero temo que la cosa avanzaría rápido y, por cómo estoy vestido, podría ser... embarazoso. Ya me la he jugado bastante antes. Me

destella ante los ojos la imagen de la mirada extrañamente determinada de Eva, de sus mejillas sonrosadas, pero la destierro decidido. Ha sido solo un momento. Y el objetivo es muy distinto.

—Cuando Eva me ha enviado el mensaje diciéndome que estabas aquí para un reportaje de moda, no me lo podía creer —me cuenta Manuela dándome toques expertos en la cara.

Ya me he dado cuenta de que sabe hacer un montón de cosas con esas manos acostumbradas a amasar y modelar.

—¡Ah! Por eso has venido. Pensaba que eras pitonisa...

—Quién sabe, a lo mejor un poco sí que lo soy... —Me mira maliciosa—. Por ejemplo, puedo predecir... lo que harás al terminar aquí.

—¿Y eso es?

—Veo en mi bola de cristal... que te meterás en un taxi conmigo y daremos la dirección de tu estudio. En el taxi, comenzaré a acariciarte, en el asiento de atrás, te soltaré el pantalón, me inclinaré para observar mejor estos calzoncillos tan bonitos...

—¡Luis! ¿Piensas honrarnos con el placer de tu compañía? —La voz imperiosa de Colin interrumpe esta interesante predicción. Me vuelvo, el amigo fotógrafo está en la puerta—. ¿Y usted quién es?

—Maquilladora sustituta. —Manuela levanta la esponjilla, luego va a darle la mano cordial—. Soy una amiga de Eva. He pasado por casualidad. Y me han puesto enseguida manos a la obra.

—Se lo agradezco. —Colin asiente dubitativo, le toma la esponjilla de la mano y casi entrechoca los talones—. Ahora, si nos disculpa, tenemos un trabajo que terminar antes de quedarnos sin luz —añade con formalidad alemana.

Lo miro curioso. Ha sido galante e insinuante con la rígida Eva durante horas y, ahora, con Manuela, es frío como un general prusiano. Bueno, sobre gustos no hay nada escrito...

Sacudo la cabeza para alejar el pensamiento y lo sigo al patio. Eva, que está colocando una silla, levanta la cabeza, me fulmina con la mirada y recobra la compostura. Fin de la tregua, pues.

—Colin, voy un momento a saludar a mi amiga y vuelvo —anuncia.

Al final, la predicción de mi hermosa gitana morena no se realizará. El móvil le suena tras menos de media hora de haber llegado y debe apresurarse a solucionar alguna jodedera en su obrador. Se ha vuelto loco un glaseado o algo así. Me deja, prometiendo venir a mi casa esta noche con una bandeja de pastelillos; me parece una gran idea.

Hacia las cuatro, hemos terminado el reportaje y estamos todos agotados y con hambre. En particular Adela y yo comenzamos a notar el sueño perdido. No he bebido suficiente agua y me está volviendo el dolor de cabeza, que no había llegado a desaparecer del todo.

—Eva, no sabemos cómo agradecerte la hospitalidad —dice Colin estrechándole la mano y, luego, inclinándose a besarla en ambas mejillas, mucho más cerca de la boca de lo necesario—. Diré a Administración que te llame para organizar el asunto de la compensación.

—¿Compensación? —se asombra ella.

—Por supuesto. Por el alquiler del lugar y tus horas de trabajo. —Colin sonrío astuto.

Sabe muy bien que ella no se lo esperaba y disfruta de su papel de benefactor.

—Yo... Pero ¡faltaría más! No he hecho gran cosa y no soy una profesional — protesta.

Su mirada me asaeta veloz, y percibo su apuro. Está pensando que ahora tendrá que estarme agradecida. Y claro que tendrá que estarlo. Y no imagina cuánto.

—Naturalmente, cuando el reportaje salga, se mencionará tu tienda. —Sonrío dulce—. Obvio, puede que no necesites la publicidad con un... lugar tan delicioso. Pero mal no puede venirte —añado mordaz.

Ella sabe que yo sé que su delicioso lugar está arruinándose. Ahora, sin embargo, no puede, claro, ponerse a discutir. La veo enrojecer de rabia y frustración. Querría que montase ella en el taxi conmigo ahora. Sería muy divertido ver cómo toda esa frustración se convierte en pasión.

—¡Pues claro que se mencionará la tienda! —Colin se da cuenta de que ha perdido terreno, me mira mal y envida—: Pronto tendrás una cola de fotógrafos a la puerta, no solo de clientes. —Le guiña un ojo.

Alguna que otra formalidad, un intercambio de números de teléfono y la despedida ha terminado. Saludo a Eva desde la puerta, sin acercarme.

—Adiós, Eva, y gracias —digo—. Nos vemos... para nuestro acuerdo contractual.

—¿Qué? ¡Oh! —Se había olvidado por completo del contrato. ¿O está, acaso, fingiendo?—. Y *Lucky* ¿cómo se encuentra?

—¿*Lucky*? ¡Ah! Quieres decir *Da Vinci*. Está bien, mi amigo Leo le ha encontrado un collar muy chulo.

—¡Pero se llama *Lucky*!

—Ya no. ¡Hasta mañana, mami!

Le digo adiós con la mano y salgo rápido de la tienda.

Adela me espera en el taxi. Apenas cierro la puerta, salta sobre mí como un muelle.

—Oye, niño, ¿a qué estás jugando con las dos amigas? —me pregunta maliciosa.

—No sé a qué te refieres. —La miro inocente.

—Pues a que antes me he pasado un siglo en el baño esperando a que terminases tus juegos eróticos...

—¡Adela! ¡Me has estado espiando!

Finjo escandalizarme, pero no consigo mantenerme serio ante la idea de ella escondida tras la puerta entornada, esperando a que yo terminase primero con Eva, luego con Manuela. ¡Qué hermana tengo!

—Pues claro que te he estado espiando. ¿Cómo iba a haber aprendido si no? — Me aprieta un brazo, amable—. Pero eso no es todo, querido.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, cuando has salido al patio, y la chica morena...

—Manuela.

—Y Manuela se ha quedado sola, me he mirado una última vez en el espejo e iba a salir, pero un segundo después ha llegado Eva y, entonces, obviamente, me he quedado a escuchar lo que decían.

—Obviamente. ¿Y?

—¿Qué me das si te lo cuento?

Le doy un pellizco.

—¡Esto te doy!

—¡Ay! Entonces no te digo nada.

—¡Vamos!, dale, escupe. Te llevo a cenar. A Nobu.

—¡Espléndido! —canturrea dando palmas—. Entonces, Manuela se ha estado burlando de Eva. A tu costa. Cosas como: «Pero qué raro que haya venido justo aquí», «quién sabe qué lo atrae tanto a esta tienda», «no creo que sea un tipo al que le va lo retro...».

—¿Estaba celosa?

—Espero que no te parezca mal, pero diría yo que no, querido mío. —Adela sacude la cabeza—. Parecía más que nada divertida por la idea de que estuvieses tirándole los trastos a su amiga. Porque le estás tirando los trastos a su amiga, ¿no?

—Los trastos, no lo sé. Pero a su amiga sí que me la tiraría.

—Eres el último romántico. Aunque igual esta vez te van a dejar plantado.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, Eva ha negado de forma muy convincente que estuviese pasando algo. Ha dicho que habías venido a su tienda solo para hacerte el gracioso y que la situación se te había ido de las manos. Y que no entiende qué ve Manuela en ti. Momento en que la otra ha hecho comentarios que no te cuento porque te hincharías como un pavo...

—Me los puedo imaginar.

—Y ha dicho a su amiga que haría bien en echar una cana al aire contigo —concluye Adela divertida—. Lo cierto es que frecuentes chicas muy desenvueltas: te pasan de mano en mano como un *sex toy*.

—Y Eva ¿qué ha contestado? —pregunto interesado.

—Que tiene novio. Y debo advertirte una cosa: parecía enfadada. Creo que lo decía en serio. Luego ha cambiado de tema. Entonces, he movido un poco la manija de la puerta para avisarlas y he salido.

—Sabrán perfectamente que las has estado escuchando —la riño.

—Bueno, y ¿qué iba a hacer? No podía seguir encerrada en el baño hasta la noche. Además, hermano, en mi opinión, te has metido en un buen lío. Esta te va a dar hilo que tejer.

—Pero lo tejeré. —Sonrío.

Falta menos de una semana para nuestra primera sesión de dibujo, el martes por la tarde, a las siete. Veremos quién es el *sex toy*.

Papel, mucho: de diversos grosores, granos, pesos, formatos. De papel para acuarela a papel blanco y suave como el de una bolsa para pan. Pastel negro y blanco, carboncillo, lápices de varias durezas, cretas, goma y miga de pan. Dos o tres tablillas de apoyo, con clip para sujetar las hojas. Esponja y trapo. Tinta oscura, pinceles angulares de pelo natural.

—Pelo de marmota, tranquilo —especifico, vuelto hacia el hurón.

Me mira con aire ofendido. No entiende por qué él está dentro de la jaula y yo, fuera. Ya. Cuando he llegado al estudio, hace tres horas, lo he encontrado medio invadido por una enorme jaula de metal. «No contiene zinc —ha comenzado Leo viniendo hacia mí—. Los hurones no lo soportan». Ha empleado la semana en convertirse en experto en el cuidado de hurones por internet, y en ir de compras. Además de este mamotreto de metal, ha comprado carne, un par de manzanas, un saco de una cosa rara que parece serrín («Son pellets de alimento especial para hurones —me ha explicado—, para una dieta equilibrada»), e incluso una especie de ratón de pelo atado a un cordel.

—Me aburría —se ha justificado—, así que he ido por algunas cosas que hacían falta.

—Si tenías tiempo que perder, ¿no podías haber limpiado? —le he preguntado yo observando los restos de la cena de ayer aún esparcidos por todas partes.

Sé que parezco un ama de casa amargada, pero no puedo evitarlo: Leo me pone de los nervios. ¿Bebe una copa de vino? La copa se queda en la mesa. ¿Acaba de leer el periódico? Lo deja caer al suelo y se olvida de su existencia. ¿Se encuentra en una habitación llena de ceniceros llenos y vasos sucios? Se mete en internet a estudiar huronología.

—Eso lo puedes hacer tú. —Ha descartado la hipótesis de limpieza con un gesto impaciente—. Pero, dime una cosa, ¿el hurón está vacunado?

—Y yo qué sé. Habrá que preguntárselo a la dueña.

—¿No eres tú la dueña?

—Es Eva.

—¿Quieres decir que, cuando hayas terminado de tirártela, se lo llevará?

Leo parecía herido. ¿Se habrá encariñado con el hurón?

La alusión a Eva me fastidia. No sé por qué. He respondido a Leo, más bien bruscamente:

—Pero ¿qué sé yo, Leo? Y, además, ¿cómo voy a trabajar con este jaulón de por medio?

—Bueno, son casi las cinco, dentro de poco hará demasiado frío para sacarlo fuera. El hurón tiene que estar en torno a los veinte grados. Hiciste mal en dejarlo aquí anoche; esta mañana lo he encontrado todo acurrucado en el sofá. En realidad, este lugar no es lo bastante cálido —ha dicho señalando la estufa encendida.

—¿Has encendido la estufa para el hurón?

—¿No querrás que se ponga malo? —ha objetado él—. Y, además, deja de llamarlo «hurón». ¿No tiene nombre?

—Se llama *Da Vinci*.

—Qué nombre más tonto.

—Es el nombre de un genio, en realidad.

—Estás obsesionado.

Es digno de mención que, luego, en cambio, cuando le he pedido que se lleve al hurón a casa para poder estar tranquilo con Eva, se ha negado alegando que apesta. Leo es desordenado y dejado, pero detesta los malos olores, una combinación que nunca he entendido. Tampoco he insistido porque Eva querrá comprobar que el animalito está bien y que yo estoy respetando mi parte del acuerdo. Antes de respetar la suya.

—¿He tenido una idea brillante, *Da Vinci*, o me he metido en un lío?

Voy a agacharme junto a la jaula, y él se mueve esperanzado adelante y atrás, metiendo el hocico entre las barras. ¿Me ha convencido? ¿Estoy a punto de sacarlo? No está en absoluto contento de estar ahí encerrado, es fácil leérselo en la mente. Piensa que, si lo dejase salir, podríamos hacer un montón de cosas juntos. Triscar, perseguirnos, mordisquearnos.

—*Da Vinci*, ahora no podemos jugar: viene una invitada —le recuerdo.

Pero él no ve el problema. Podemos retozar y perseguirnos todos juntos: él, la invitada y yo.

—No puedo dibujar contigo tirándote a la gente a morderla. Mi trabajo es una cosa seria —le explico.

Da Vinci, es obvio, no me cree. No le culpo. Tendré que encontrar una solución para él: no puedo dejarlo todo el tiempo ahí dentro. Detesto ver animales enjaulados. Me provoca una melancolía decimonónica.

Me levanto y me sacudo con las manos el pantalón largo, de lino azul. El entorno de trabajo no es, cierto, muy limpio, pero para dibujar tengo que estar cómodo. Pantalón ligero y una camiseta, y los pies descalzos, es mi indumentaria habitual. No es que me haya puesto elegante solo porque viene Eva o algo así. Son solo pantalones de faena. No los peores que tengo, de acuerdo, pero de faena.

Levanto los ojos, y Eva está ahí. Me mira a través del cristal de la puerta, una mano en la manija. Debe de haber encontrado abierto el postigo de madera del complejo, por el que se accede a los dos patios interiores: no cierra bien. No ha subido la escalera que lleva a casa de Leo, sino que ha venido directamente aquí. ¿Habrá pedido la dirección a Manuela? Espero que no e, inmediatamente después, me

sorprendo: en condiciones normales, la idea de una dando instrucciones a la otra habría sido bastante excitante. ¿Por qué, entonces, no son estas condiciones normales? Porque quiero concentrarme en los esbozos, me recuerdo. Capturar esa gracia elusiva que he entrevisto ya más de una vez, la pureza de esas líneas, de los movimientos de Eva. En pie junto a la leñera, en el patio rodeado de edificios bajos de ladrillo rojo, sus rizos tienen un matiz rojizo, como un Tiziano. Los ojos miran inquietos.

Luego baja la mirada y ve al hurón detrás de mí. Se le ilumina el rostro y baja decidida la manija, entra en el cuarto y se precipita a arrodillarse junto a la jaula, sin siquiera saludarme.

—¡*Lucky!* ¿Cómo estás? — Mete un dedo entre las barras y le frota el morro.

—Se llama *Da Vinci* —le recuerdo.

—Parece que está bien. — Levanta los ojos hacia mí, seria—. Gracias. Le has comprado un montón de cosas.

Luego ve el pesado comedero de cerámica, el bebedero gota a gota, el ratón de pelo, la cajita llena de heno para dormir y la de sus necesidades; y, al final, la pequeña hamaca que Leo ha atado de un lado al otro de la jaula. Me ha explicado que puede servirle para dormir y para jugar, y que, por lo tanto, era una adquisición inteligente. En ese momento, le he preguntado si tenía fiebre, pero ahora pienso que tendré que acordarme de agradecersele: he quedado como un rey.

—La hamaca es muy mona —dice Eva y, esta vez, la mirada que me dedica tiene un matiz más cálido. Luego, vuelve a concentrarse en *Da Vinci*—: ¡Mira! Se ha tumbado.

Lo conozco desde hace poco, pero ya he entendido muy bien que, tumbarse mirando hacia arriba con aire inocente, es uno de los peores trucos de este desgraciado animal. Significa: «Soy un hurón de lo más tierno, ¿a que quieres tomarme en brazos?».

—¿Puedo sacarlo? —pregunta Eva.

Cómo iba a resistirse esta maestría de corazón tierno al hurón tumbado. Pero me gusta que quiera sacarlo. Quizá no es tan castrante como quiere aparentar.

—Claro que puedes. Cuando hayamos terminado —respondo seco.

Se le oscurece el rostro. Mira a *Da Vinci* como pidiéndole perdón y se levanta, cepillándose también ella las piernas, pero con aire mucho más crítico.

—No está muy limpio esto. —Mira alrededor—. Bueno, comencemos entonces. ¿Dónde me pongo?

La escruto muy lentamente, de la cabeza a los pies. Lleva un par de vaqueros deformados y un suéter holgado, azul oscuro, ligero pero de manga larga. Lo mismo daba que hubiese venido con una armadura... La veo ponerse rígida bajo mi análisis, y levanta la barbilla desafiante.

—Antes de nada, más bien, qué te quitas —respondo al fin.

—¿Perdón? —Le relampaguean los ojos.

—No pensarás posar así. Es un estudio del cuerpo, no de mala costura.

—¿Y qué quieres que me ponga?

Se vuelve, quizás esperando un vestido.

—Nada. Solo quiero que te desnudes.

Abre los ojos de par en par, asombrada de verdad. ¿En serio no se lo esperaba?

—Pero ¿te has vuelto loco? —casi grita—. Ya puedes olvidarte de que me desnude aquí dentro para un desconocido.

—Querida mía —le recuerdo sin alterarme—, has firmado un contrato.

—No está escrito en ningún sitio que tuviese que posar desnuda.

—Está escrito que yo elegiría días, horas, vestuario y poses —cito de memoria.

Lo he comprobado otra vez esta misma mañana: sabía que tendría inconvenientes. Eva boquea, sin argumentos y, no obstante, reacia a darse por vencida.

—¿O me estás diciendo que lo rompa? —La miro sin invadir su espacio, inmóvil y alentador, como si estuviese tratando con un animal asustado—. ¿Quieres rescindir el contrato, Eva? —pregunto bajito—. Eres libre de hacerlo.

Me devuelve la mirada. Siento que está a un paso de la fuga. El aire entre nosotros tiembla, en vilo entre dos posibles soluciones al dilema, entre dos posibles conclusiones de este encuentro. Siento la confusión que la rodea como una nube de vapor. No está sopesando alternativas. Se está debatiendo entre las convenciones que ha respetado toda una vida y una sensación fuerte que no entiende. Cree que no puede aceptar, pero quiere hacerlo.

Por eso se convence de que debe aceptar.

—Pero, si rescindo el contrato, echarás a la calle a *Lucky* —rebate.

—No echaré a *Da Vinci* a ningún sitio: te lo devolveré. Y te regalo la jaula, mira, con la hamaca. —Asumo un tono de broma y la veo relajarse imperceptiblemente.

—Y ¿dónde meto yo la jaula? —Suelta una especie de media risita quebrada—. Es tan grande como mi salita...

Se hace el silencio. Me observa de nuevo, insegura. Le sonrío.

—¡Vamos! No es el fin del mundo. Es normal posar desnuda. Lo han hecho durante siglos mujeres muy respetables —la tranquilizo, intentando no pensar en los miles de modelos de la historia de la pintura que no fueron consideradas en absoluto respetables.

Espíritu de Kiki de Montparnasse, perdona mi mentira. Es por una buena causa.

—Pero ¿no podría posar, qué sé yo, en ropa interior? —prueba a negociar.

No soy el tipo de hombre con quien se puede negociar.

—Mira, te doy una alternativa. —Veo la esperanza en su cara: ilusa—. En vez de un estudio desnudo, hacemos simplemente un dibujo erótico. Bájate los pantalones y las bragas, y levántate el jersey. Dibujaré solo lo que hay en medio.

—¿Solo? —explota conmovida—. Pero ¡eso es mucho peor que estar desnuda!

Exacto.

Dejo que el silencio solidifique las dos alternativas como escayola secándose, luego le lanzo una orden perentoria. Es la única forma.

—Eva, basta de perder el tiempo. Desnúdate, ¡venga! Y sígueme.

Indico el espacio del sofá, me vuelvo y me dirijo hacia la mesa sin volver a mirarla. Siento su silencio atónito a mi espalda, pero no me vuelvo. Tomo con calma una tablilla, elijo una hoja de papel y la engancho bajo el clip, agarro un carboncillo suave.

Durante un momento, creo que se ha ido por lo callada que está. Quizá ni siquiera respira. Luego, el ruido sutil de una cremallera. Un frufrú. El sonido seco de un par de vaqueros que caen al suelo.

—**T**úmbate ahí —la invito, intentando mantener firme la voz.

Tengo muchos defectos, pero soy un profesional. Cuando dibujo, dibujo, y no tocaría nunca a una mujer que está posando para mí, ni siquiera con la yema de un dedo. La distancia ideal es de dos metros y es la que mantengo ahora, en pie ante la pared acristalada, mientras ella mira perpleja el sofá.

Es difícil de narices.

Cuando se me ha acercado por la espalda y ha pasado a mi lado, he olido su perfume. Levísimo y dulce, como el de los capullos de rosa, y fresco, como de hierba recién cortada. Ha sido un golpe bajo.

El perfume de Eva es perfecto, perfectísimo. Y todo en ella es armonía. Miro el cuerpo proporcionado, con los tobillos bien torneados, el trasero firme, el contraste entre las caderas un poco anchas y la cintura esbelta, el arco dulce de la espalda, los hombros estrechos y redondeados, el cuello largo acariciado por los ricitos que, en la luz rasante de la tarde de primavera, son de nuevo castaños, pero encendidos de reflejos color miel. El sol está cayendo más allá de nuestro jardín descuidado y tras la obra. Es mejor que me dé prisa; dentro de poco, tendré que encender una luz. Ella sigue ahí, mirando el sofá.

—¿Y bien? Túmbate, he dicho.

—Pero ¿no está un poco sucio? —Se vuelve, dudosa.

—No —respondo seco—. No lo está. —Por lo menos, no especialmente—. ¡Venga! ¿Quieres estar aquí toda la noche?

Eso la convence. Se sienta en el sofá y me mira.

—Tumbada, ¿cómo?

—Como quieras.

Se tiende bocarriba, los brazos estirados a los lados, como un cadáver. No puedo evitar sonreír. Está rígida como si acabase de salir de un cajón de la morgue.

—Ponte de lado, mirando a la estantería, no a la pared —le ordeno.

Querría acercarme, colocarla yo mismo. Lo haría, pero, como he dicho, no está entre mis costumbres tocar a las modelos mientras posan. Y, en este caso, creo que sería incluso más arriesgado.

—Apoya un codo en el reposabrazos y la cabeza, en la mano.

Obedece. No es una postura particularmente interesante para mí, pero es habitual y, por lo tanto, tranquilizadora para ella. Nunca ha posado, tengo que darle tiempo para que se suelte un poco. Por el momento, tiene las piernas juntas y rígidas como dos bastones, las rodillas apretadas una contra la otra, la mano derecha sosteniendo la cabeza, la izquierda contraída contra el muslo, el cuello tenso. Podría hacer un

estudio de los tendones. No digo nada y comienzo a dibujar. Arranco la hoja, pongo otra en la tablilla, me desplazo. Paso del carboncillo al lápiz. Me concentro en sus líneas, incluso en esa postura absurda e incómoda intento captar las particularidades. Luego vendrá el movimiento. Por ahora, pensemos en las formas.

Tomo una hoja limpia. Trabajo en los detalles. Los pies estilizados de dedos largos, el escorzo de la muñeca contra el muslo, el arco dulce de la axila elevada entre el reposabrazos y el cojín, el hundimiento del codo abrigado en la cadera. Es hermosa de una forma que no soy capaz aún de definir, yo que he dibujado a tantas mujeres. ¿Qué tiene de especial este cuerpo? ¿Qué es esta armonía sutil? No consigo captarla. Quizás es demasiado pronto. Solo puedo capturar detalles, fragmentos de gracia huidizos como mariposas. Casi todo lo que dibujo es inútil, pero no dejo que eso me afecte. Me centro en mí y la miro, y mis manos se mueven por el papel, cambian de herramienta, deshojan posibilidades.

Son las ocho y la ilumina casi únicamente el reflejo del fuego que Leo había encendido antes de que yo llegase y que he alimentado antes de comenzar para que Eva no tuviese frío. Ahora se está apagando. Enciendo la luz del rincón sin dejar de trabajar. Mientras dibujo en silencio, noto cómo cae su tensión ante mis gestos veloces, mi mirada atenta pero despegada. Mis dedos se percatan antes que los ojos de cada mínimo cambio, de cada atenuación de su postura rígida. Los esbozos registran su relajación, la piel de gallina que desaparece de sus brazos, los hombros que descienden y se destensan, las rodillas que se separan y las piernas que se deslizan una contra la otra en una postura más natural.

Ya no está estirada en una única línea sobre el costado, sino tumbada de tres cuartos, como en espera. Ha relajado la pelvis y la tiene apoyada hacia atrás sobre el asiento del sofá, el pubis castaño desvelado por la nueva postura con las piernas entreabiertas, una más atrás y la otra, ligeramente doblada, delante. La mano que sostenía la cabeza ha resbalado retrocediendo hasta la nuca, y ahora el pelo está esparcido sobre el brazo doblado y el antebrazo. Dibujo el arco ojival del codo y, justo después, su perfil sereno, un ojo que me mira perezoso bajo los rizos alborotados. Ahora que se encuentra en una postura cómoda y se ha acostumbrado a la desnudez, siento su curiosidad concentrándose en mí. Yo la dibujo, pero es ella la que me estudia. Sus ojos caen sobre las hojas que voy amontonando en la mesa, mientras me muevo por la habitación.

El último leño consumido cae en el hogar crepitando y con un torbellino de chispas. Ella se sobresalta. Yo me doy cuenta de que estoy cansado y sudado de haber estado en pie junto a la estufa y haber caminado adelante y atrás de un ángulo a otro.

—Vamos a hacer una pausa —le digo.

Se espabila de golpe, como saliendo de un trance. Parece que le disgustase haber sido molestada.

—¿Una pausa?

—Sí, voy a tomar un ron. ¿Quieres uno?

—No, gracias.

Mientras voy hacia el rincón de los licores en el estante, me quito la camiseta. Tengo calor y, después del ron, tendré aún más, pero lo cierto es que tengo ganas de beber algo. También a mí me parece haberme despertado de un estado de suspensión, de concentración absoluta. Me sucede, a veces, estar tan completamente en la persecución de una idea, de una línea, que olvido todo lo que me rodea. Tomo una de las macetitas de cerámica que sirven ya de vasos al uso y me sirvo una dosis generosa de ron. Bebo hasta el último sorbo y la lleno de nuevo.

—¿Seguro que no quieres?

—No, gracias. Pero... ¿bebes mientras trabajas?

—Tampoco es que sea cirujano —protesto.

En realidad, la mejor respuesta habría sido: «¡Por supuesto!». Al dibujar una mujer desnuda, un destilado siempre es bienvenido. Desplaza mi estado de conciencia lo suficiente para captar otras cosas. Naturalmente, modelo, postura, herramienta y alcohol están relacionados. Por ejemplo, nunca uso carboncillo si bebo vodka, será seguramente grapa o ron. Con el vodka, termino directamente en minas finas o pincel con tinta, trazos mínimos y fluidos, algo, por otra parte, inadecuado para muchas mujeres. El coñac produce dibujos reflexivos, exactos pero no plásticos; como el whisky, pero más cálidos, tipo bocetos de Rafael. La grapa hace inestable el estilo, pero genera dibujos desvergonzados, y empuja a poses más inconvenientes: audaces, incómodas y difíciles de reproducir lo mejor posible. Y, luego, el brandy, italiano o francés, la palinka rumana, la cachaça brasileña, el aguardiente cubano... Son todos óptimos consejeros cuando quieres estimular un dibujo o seducir a una mujer.

Dudo por un momento, en la mano el vaso de ron de nuevo lleno. Querría verterlo lentamente sobre ese cuerpo cándido e, igualmente despacio, quitarlo a lametazos. Estaría en la postura ideal ahora. No se ha levantado del sofá, al contrario, se ha tumbado más cómoda, bocarriba, con la cabeza apoyada en el reposabrazos y la mano derecha echada hacia atrás, la axila completamente expuesta. La pierna derecha está extendida hacia delante, la izquierda doblada y la rodilla contra el respaldo del sofá. Y la mano izquierda acomodada sobre el pubis, dos dedos alargados en un gesto casi autoerótico. Del todo inconsciente. La inocencia que se reapodera de su cuerpo. Mira el techo, un poco soñadora.

—Quieta —digo seco—. Quieta así, no te muevas, no muevas ni un músculo.

Infundo autoridad a mi voz para evitar que arruine la pose. Que no es originalísima, pero es más de lo que esperaba obtener hoy. Ella se crispa un poco, pero obedece. Solo vuelve la cabeza para poderme mirar. Está bien también así. La torsión del cuello es un poco forzada, pero funciona igualmente.

Agarro una hoja nueva y comienzo un boceto de cuerpo entero, con menos prisa. Me tomo todo el tiempo necesario para recorrer con la mirada su cuerpo; me parece sentir su consistencia como si lo estuviese tocando. Algo ha cambiado, lo siento

claramente en el aire que, de repente, vibra con una luminosidad particular. Algo ha cambiado y no ha sido el ron.

Luego me doy cuenta.

Es su respiración. Forzadamente regular al comienzo, ha acabado por hacerse regular. Y ahora es más veloz. En el silencio absoluto, roto solo por el roce del carboncillo sobre el papel, consigo oír el sonido de sus leves jadeos. Veo su pecho elevándose, la saliva bajando por la garganta cuando traga, más a menudo que antes. Tiene los pezones duros, y ella lo sabe, pero no puede moverse para cubrirlos. Cuanto más piensa en ello, más le cuesta esconder las reacciones de su cuerpo. La piel clarísima se ruboriza, en las mejillas y, luego, en el escote. La mano posada sobre el pubis no se ha movido, pero estoy seguro de que le arde.

Esperaba que volviese a mirar el techo para recuperar la compostura, pero me sorprende. Continúa mirándome a mí. Sus ojos siguen mi mano que dibuja, pero se deslizan también por el pecho, por los brazos. Estamos de nuevo atrapados en este baile de miradas, y ella, como una orgullosa bailarina de tango traza sus figuras, no se abandona a mi guía, rompe el esquema en que intento encasillarla. Comienza a serme difícil concentrarme, difícil mantener los dos metros de distancia. Respiro hondo y mantengo fija la mente en las líneas de su cuerpo. Pero esas líneas me gritan ahora: «¡Ven y tómame!».

La carga erótica que sentí la otra noche sobre el puente y, luego, ayer en la tienda, está de nuevo entre nosotros. Es una tortura para ambos, lo siento muy bien. Si cubriese los dos pasos que me separan del sofá y me inclinase sobre ella ahora, podría tener todo lo que quiero. Esa carne suave ofrecida a mis manos como ahora se ofrece a mi vista. Sus ojos están velados por el deseo, los labios entreabiertos me imploran que ponga fin a ese tormento y los bese. Si hundiese los dedos en el lugar en que están ahora los suyos, la encontraría mojada y dispuesta a acogerme. Este pensamiento es casi mi ruina. Siento crecer la tensión, la excitación se apodera de mi entrepierna y me hace subir la sangre a la cabeza.

Tiro el cartón sobre la mesa y me paso una mano por el pelo.

—Está bien —murmuro, y las palabras salen de mis labios como un taco—. Está bien por hoy.

Me vuelvo y voy a echarme otro vaso de ron. Lo necesito. Y necesito que ella deje de mirarme de ese modo y vuelva a vestirse. Oigo el frufú de la tela cuando se sienta en el sofá.

—¿Está bien? ¿Ya has terminado? —pregunta, con algo más que una pizca de decepción.

—Por hoy, sí. Lo retomamos el martes que viene, a la misma hora.

Nada más decirlo, me siento desfallecer. El martes que viene parece lejísimos.

—¿El martes?

Y, por cómo lo pronuncia, entiendo que a ella también le parece lejísimos. Ha dicho «martes» como si dijese «extraterrestre». Un concepto alienígena. Hace dos

minutos, su único pensamiento era «aquí y ahora».

Se levanta y va hacia su ropa. Me quedo mirando a través de los cristales mientras vuelve a ponérsela. Ha caído una noche clara y estrellada. Ahora ella se irá, y son solo las nueve y media; tengo que encontrar algo que hacer. ¿Otro pase de cine? Miro las hojas de papel esparcidas por la mesa y sé con certeza que no iré a ningún otro pase. Me quedaré aquí estudiando ese cuerpo fragmentado en mis esbozos y buscando ese movimiento elusivo que aún no está ahí. Por suerte, la botella de ron está aún casi llena.

Eva ha terminado de vestirse y me reúno con ella junto a la puerta. La miro absorto; por un momento, pienso que querría que no tuviese que irse. Pero, al mismo tiempo, necesito quedarme solo.

—Entonces, de acuerdo... Espero haberte sido útil —dice para romper el silencio.

—Claro, claro. —¡Qué concepto tan absurdo el de la «utilidad»!; totalmente fuera de lugar—. Es un proceso largo, no se resuelve nunca gran cosa en una sola sesión. Pero ¿no querías mimar un poco a *Da Vinci*?

—Da... ¡Ah!

Baja los ojos hacia la jaula, un poco culpable. Se había olvidado por completo, constato con satisfacción inclinándome para liberar a mi pobre amigo. Sale rapidísimo, me mira a mí, a ella, luego elige a la persona justa. Trepa por la pierna y se me acomoda en brazos, indiferente a Eva.

—Me prefiere a mí —le hago notar—. Es un hurón de muy buen gusto.

—Cabrón ingrato —comenta ella vuelta hacia *Da Vinci* o, al menos, eso creo—. Después de todo lo que tengo que hacer por ti.

Pero sé muy bien que le ha gustado. No digo nada; soy como una araña en el centro de la tela que estoy tejiendo a su alrededor. Ven, hermosa mariposa. Acércate.

—Entonces, si no quieres mimos, será la próxima vez —añade de pronto, como siguiendo un guion.

—Sí, claro. Será la próxima vez —asiento, clavando mis ojos en los suyos, sin dejarle escapatoria—. El martes a las siete, Eva —le recuerdo en tono decidido.

—El martes a las siete —repite como una promesa—. Bueno, pues... ¡hasta luego! —añade, sin saber bien cómo despedirse.

Sin saber tampoco bien cómo sentirse. Excitada, decepcionada, culpable, maravillada o un poco las cuatro cosas juntas.

Entonces, la tomo de un brazo, tiro de ella hacia mí y la beso. No es un beso suave como el de ayer; no es, en absoluto, un beso juguetón. Tomo posesión de su boca con fuerza, casi con rabia. Le abro los labios con la lengua, la exploro, la muerdo. Le suelto el brazo y la rodeo por la cintura, apretándola contra mí. A través del tejido fino del suéter, siento el sujetador, alargo las manos por detrás de su espalda y trasteo con el cierre, pero no consigo desabrocharlo, es uno de esos malditos ganchos de seguridad. Levanto brutalmente los aros, la siento jadear apenas cuando le rozan los pezones, haciéndole daño, pero no es una protesta. Sus dedos se

deslizan por mi espalda desnuda, se mueven en una caricia ligera, dudosa. Le cojo las tetas y se las acaricio, atormento los pezones duros con una sensación de victoria y alivio, finalmente..., finalmente. Luego, mete la lengua en mi boca, sorprendiéndome, sus manos bajan por mis caderas, y pienso que, dentro de un segundo, será demasiado tarde para decidir dejarla salir de aquí.

Despego mi boca de la suya y la alejo bruscamente. Tiene el pelo alborotado, los labios turgentes; por los ojos entornados, se le filtra una mirada rendida y, sin embargo, triunfante. La quiero como no he querido nunca nada en mi vida. Pero, si la tomo ahora, no volverá. Cierro los ojos.

—El martes que viene a las siete —digo.

Y ya no hablo de una sesión de dibujo.

Es peor que antes.

Si había decidido obligar a Eva a estas sesiones para desbloquear mi inspiración, puedo decir que he fracasado miserablemente. En compensación, ya no duermo. El miércoles me despierto a las siete, cosa insólita en mí, y no consigo volver a coger el sueño. Voy al taller y, durante dos horas, me muevo sin reposo por el cuarto, preparo un café tras otro, cojo herramientas y materiales, pero mis manos son inútiles, es como si no hubiese visto nunca un pincel, una gubia, un molde.

Por primera vez, me alegro de tener a *Da Vinci*. Al menos, puedo jugar con él, dado que no estoy haciendo nada útil. Esta noche, en casa, lo he dejado libre y también ahora, en el taller, me niego a encerrarlo en la jaula. La tengo abierta, que decida él si quiere estar dentro o no. Le saco fuera también el comedero, así no tiene que encerrarse ni para comer. Me mira. Luego, comienza a saltar por la habitación como un juguete enloquecido, emitiendo un extraño gorgoteo, y me asusto. ¿Se habrá hecho daño? Consulto afanosamente internet y descubro que ese es el comportamiento de un hurón entusiasmado.

—No sé si eres una bendición o una condena —digo severo.

Da Vinci se tumba en el suelo y me mira con sus ojos redondos; luego, en cuanto dejo de mirarlo, salta sobre mí y me ataca una rodilla.

—¡Qué dem...! ¡Quita! ¡Mierda! ¡Fuera!

Feliz de haberme cogido con la guardia baja, *Da Vinci* comienza a gorgotear de nuevo.

—¡Ah! Te ríes de mí, ¿eh?, especie de mustélido. Ahora vas a ver tú.

Y así pasa la mañana. La tarde no es, desde luego, más productiva. Y por la noche tengo una invitación a cenar en casa de Manuela. Me recibe con una escena de seducción de película, velas rojas y aromas apetitosos, envuelta en un picardías que no deja nada a la imaginación, y acabamos cenando más bien tarde y durmiéndonos muy tarde. Pero, por la mañana, a las siete, tengo los ojos de par en par, como si estuviese maldito. Puede que esa pequeña bruja loca me haya echado de verdad una maldición, pienso mientras me visto.

—¿Ya te vas? —murmura Manuela adormilada.

—Tengo una cita pronto.

—¿Nos vemos mañana?

—Me voy fuera, trabajo cuatro días en un centro de yoga de Perugia. Te llamo el domingo.

Me inclino sobre la cama para besarla y salgo antes de tener que dar más explicaciones. Cojo el camino de casa, turbado. He dicho dos mentiras en un minuto

y yo no miento casi nunca. Ni siquiera para vivir tranquilo; no vale la pena: he descubierto que, en la vida, es mejor ser claro con lo que se hace y lo que se quiere; evita enredarse en problemas más graves. Pero las palabras me han salido de los labios casi solas, como cuando engañas a alguien para salvar la vida. He pensado, en un instante, que no quería verla estos días, que no quería ver a nadie, que necesito estar solo. Ya. Pero ¿solo para qué?

Así pues, de jueves a sábado me encierro entre mi casa y el estudio, como un ermitaño. Visto que la inspiración artística me abandona, me dedico al *storyboard* del documental sobre el mundo de los acompañantes masculinos. Por desgracia, puede que haya quemado la nave de la página de servicios: tras mi fuga con Manuela de la boda en la Toscana, Camilla Mantovani ha subido un comentario feroz, por no decir más. No me han expulsado de la página porque tengo muchos comentarios tan entusiastas que me han dado una segunda oportunidad, pero lo cierto es que la próxima señora necesitada de compañía, si lee mi última «crítica», se lo pensará dos veces antes de solicitar mis servicios.

Por lo tanto, tengo que encontrar otros caminos. Contacto con un amigo periodista de la crónica local del *Corriere* y lo invito a cenar para intercambiar ideas. Trabajo sobre los materiales que he acumulado en estos meses e intento definir una dirección más precisa, tanto para la investigación como para la película. Mientras, respondo a algún correo electrónico retrasado, peticiones de citas para sesiones de consultoría holística. En resumen, entre mis quehaceres, me dedico a los que no me recuerdan a Eva. A los que no me obligan a mirar la carpeta en la que he metido los esbozos de la otra noche. O a reflexionar sobre lo que haré el martes que viene. Porque, quizá por primera vez en mi vida, temo no saberlo con certeza.

Es una semana muy productiva por el lado del documental e increíblemente frustrante por todo el resto. Cada poco, Leo se asoma a la puerta comunicante, toma un café conmigo o me trae comida para evitar que me olvide también de alimentarme, o se lleva a *Da Vinci* para jugar con él. Pero también él se deja ver bien poco. Y lo mismo hace Adela, mira tú. Oficialmente, anda por ahí buscando contactos para organizarse algún concierto en los locales de jazz milaneses. En la práctica, a los locales de jazz milaneses va a escuchar música, cenar y bailar, y la acompaña siempre Leo, quien, entre otras cosas, tiene conocidos en todas partes y no se hace de rogar para abrirle alguna puerta.

No tengo dudas de que mi hermanita terminó en la cama de Leo ya la noche en que llegó, y que continúa volviendo lo sé porque no duerme en mi casa, se ha trasladado a la de él. La cosa no me supone ningún problema: Leo sabe muy bien que no soy celoso. Respeto a Adela y no veo por qué debería negarle la libertad de estar con quien quiere. Además, precisamente yo... Digamos que no tendría tampoco la autoridad moral para oponerme.

Solo que, como de día están por ahí y yo en el estudio, y por la noche están en casa de Leo, pero yo estoy en mi casa, no nos cruzamos mucho y no tengo modo de

saber cómo van las cosas. Admitámoslo, tampoco es que me interese mucho. Me apetece estar solo con mis asuntos. Un par de veces, cuando Adela me llama, no le respondo al teléfono.

De hecho, el domingo por la mañana, se presenta en el estudio a las diez.

—Ponte una chaqueta y un par de zapatos, hermanito, que te llevo de paseo.

—¡Cierra la puerta! —grito desde el sofá.

Da Vinci ha salido hacia ella como un rayo. Por suerte, Adela tiene los reflejos de la familia y da un golpe a la puerta acristalada antes de que pueda salir. *Da Vinci* hace un derrape de Fórmula 1 y evita chocar contra ella, luego la mira con profundo reproche.

—Lo siento, amiguito, gana el mamífero de dos patas —le dice Adela.

Da Vinci se tumba y consigue que lo coja en brazos.

—En realidad, gana siempre él —comento mientras ella se acerca—. Es un pelota.

—¿Has oído lo que he dicho? Vístete, ¡venga!, que salimos.

Estoy repanchingado con el portátil en el regazo, descalzo y sin camiseta.

—¿Por qué estas ganas repentinas de compañía? —le pregunto.

No me apetece ir a meterme en un local del centro, repleto de pijos.

—Porque eres mi adorado hermano mayor, y no te veo desde hace días — responde acariciando a *Da Vinci*.

—Y Leo está en Bolonia para un concierto.

—Exacto —admite sin alterarse.

—Hablando de ello, ¿cómo va? ¿Le has destrozado ya el corazón?

—Es un hombre maravilloso.

—Se lo destrozarás, entonces. —Me levanto del sofá. En realidad, no tengo ganas de hablar de Adela y Leo. Me hace pensar en cosas en las que no quiero pensar—. ¿A *Da Vinci* nos lo llevamos?

La idea no me disgusta. Imagina la cara de los camareros, por no hablar de la de las jóvenes señoras de buena familia. El licenciado de *Da Vinci* se encaramaría seguramente por debajo de sus faldas. Saboreo ya la diversión, pero Adela sacude la cabeza.

—No creo que dejen entrar hurones en el California Bakery.

—¿En el California Bakery? No nos dejarán entrar tampoco a nosotros si no has reservado.

—Daremos el nombre de Leo.

—Cómo te gusta ser la muñequita del jefe, ¿eh? —La miro divertido.

—La verdad es que conoce un montón de gente en Milán.

—Conoce un montón de gente en cualquier rincón del mundo. ¿Tienes intención de volver a vivir aquí?

—No sé... No, creo que no.

Vuelve a dejar a *Da Vinci* en el suelo. Él le lanza una mirada que dice mejor que cualquier discurso: «De ti, no me lo esperaba».

—¿Le has dicho a él que te irás?

—Y tú, ¿qué? —Adela cambia de tema—. Hace dos años que prometes venir a quedarte unos meses en Sicilia.

—Sí, quizá debería cambiar de aires. Pero no ahora.

—¿No tendrá algo que ver la chica de la tienda *vintage*, la de los rizos, hermano? ¿Cómo se llamaba?

Abro la puerta acristalada y se me viene encima una vaharada de maldita primavera. Tengo el impulso de volver a cerrarla.

—Eva. Se llama Eva.

Y, como si la hubiese evocado, menos de una hora después, ahí está. Estoy haciendo cola con Adela en el California Bakery, el nombre de Leo ha servido para considerarnos dignos de un: «Si podéis esperar quince minutos, veremos qué se puede hacer cuando se quede libre una mesa», en vez de un: «Pero ¿estáis locos presentándoos aquí sin reservar? Quitaos de en medio, zarrapastrosos». Sea como sea, los quince minutos se han convertido ya en veinticinco. Mientras estamos esperando fuera del local abarrotado, pasa un grupo de amigos de Adela que se dirigen a otro restaurante, y ella se para a charlar. No sé cómo lo hace mi hermana, pero parece que conozca ya a media ciudad. Tras los primeros saludos, me distraigo pronto de una conversación que parece concebida casi únicamente para destripar las últimas teleseries americanas. Observo perezoso el contraste entre el gris de los edificios de via Larga y los colores encendidos de los vestidos de las chicas. Y, luego, algo atrae mi mirada hacia la parada del tranvía, y del 12 veo bajar a Eva.

Incluso a media distancia, su figura tiene enseguida algo familiar. Pero la reconozco, en un pispás, en el movimiento con que se gira, nada más bajar, a decir algo a alguien que, evidentemente, está detrás de ella, en los escalones del tranvía. Reconozco el agraciado volverse del torso, la línea del rostro y el cuello cuando mira hacia arriba. Y puedo adivinar cómo se extiende su perfil en la sonrisa.

Es ella sin duda. Pero, mientras espero que se vuelva hacia mí para levantar el brazo en un saludo, veo que no está sola. Con ella hay un hombre alto y moreno. Cierto, muy probablemente, se trata del novio. Baja los escalones y se le arrima, está claro que continúan una conversación. Vienen hacia acá, van ambos bastante elegantes, él lleva un par de pantalones de pinzas, oscuros, y una camisa blanca abierta en el cuello, y ella un vestido color aguamarina que, por una vez, no parece un saco. Al contrario, es muy femenino, con escote barco y la falda de tablas acariciándole las rodillas. Y calza un par de sandalias negras o azul oscuro, que dejan sus estilizados pies al descubierto. Los dedos desnudos capturan mi mirada; como si abriesen una presa, caen sobre mí mil esbozos de esos pies y esas piernas, apoyados en mi sofá.

La observo ya a pocos metros, le sienta bien el vestido. Los rizos ordenados, recién lavados, me parece que tienen los reflejos del mismo color aguamarina. A veces, veo así los colores, descompuestos en los mil matices que los forman. Y hoy veo tintes de los verdes tiernos de la estación en cada detalle de Eva. Parece la encarnación de la primavera. Se ha esforzado mucho para su comida dominical con el novio.

Pero no lo coge de la mano. Él no la abraza ni hace ningún gesto hacia ella. No se tocan. Se miran también bastante poco, teniendo en cuenta que van hablando. No parecen enfadados u hostiles, solo una de esas charlas de rutina sobre un tema que no apasiona demasiado a ninguno de los dos. Habla casi solo él, a decir verdad. Los ojos de ella vagan a lo largo de la calle, por los letreros, los edificios. Y, luego, fatalmente, se posan sobre mí.

También ella me reconoce al momento. Está a punto de pararse, pero su paso rápido la arrastra hacia delante. Trastabilla. El novio no la está mirando y no se da cuenta enseguida, no reacciona para socorrerla. Solo cuando se ha recuperado ya, baja la mirada, pregunta si va todo bien. Ella responde distraída, levanta los ojos hacia él. Tranquila, pero conmocionada.

«¿Me lo presentará cuando lleguen hasta aquí?», me pregunto divertido. Pero me digo que no es buena idea. La alteraría verme junto al novio. Demasiada realidad junta. La haría sentir culpable, quizás incluso hasta el punto de faltar a nuestra cita del martes.

No puedo permitirlo. Pienso rapidísimo, interrumpo la conversación de Adela con los amigos.

—Escucha, Adela, esa mesa no se queda libre, y yo tengo hambre. —Sonrío a los cuatro jóvenes, uno por uno, con todo el atractivo que consigo expresar dada la urgencia—. Y tus amigos son tan simpáticos que es una pena tener que despedirnos de ellos... ¿Qué les parece si nos unimos a ustedes para comer? ¿Molestamos?

Por lo general, a los milaneses no les gusta cambiar de planes, como no les gusta abrirte la puerta de casa a la una de la mañana si llegas de improviso. Pero, total, estos son tan milaneses como yo —ya no hay milaneses en esta ciudad— y se dejan convencer. Probablemente, también ellos tienen hambre y estaban hartos de estar de pie aquí fuera.

Capto cierto alivio en la mirada de los dos chicos, que están tan aburridos de la charla de las novias como ansiosos por no perder la reserva.

—Pero, claro, ¡qué buena idea! Tomemos un *brunch* todos juntos —dice uno.

—Sí, no será un problema añadir dos asientos: las mesas son grandes —añade el otro.

Una de las chicas levanta un brazo para arreglarse el pelo, que no lo necesita en absoluto, mostrando una axila lisa y perfecta, que parece de nácar. He notado a menudo que esta parte de las mujeres tiene la piel igual a la de las zonas más íntimas; es una especie de anticipo, una evocación de lo que esconden. Quizás ellas lo saben,

o lo intuyen, si no, ¿por qué levantarían los brazos tan a menudo incluso cuando no es necesario?

El novio de la chica capta la intensidad de mi mirada inconscientemente, porque, mientras nos ponemos en marcha por la acera, le pasa un brazo en torno a la cintura y la acerca hacia él. Todo sumado me confirma el hecho de que, incluso bajo estos seres tan formales, hay también un animal sensual y posesivo, dispuesto a marcar el territorio. Más allá de las apariencias, están entre mis semejantes.

Así, cuando por la calle nos cruzamos con Eva y su acompañante, que continúa hablando sin mirarla, estoy entre un grupo de gente. Pararme e iniciar una conversación, aunque quisiera, sería difícil. Pero ni siquiera nos saludamos. Nuestras miradas se rozan, le sonrío apenas, la veo responder a mi sonrisa con un matiz de desafío, pero ruborizándose, y en un momento está a mi espalda. Por ahora.

El novio, seguro, ha reservado. Parece del tipo de los que piden cita hasta para *singar*. No se ha dado cuenta de la turbación de su pareja, ni del intercambio de miradas. A saber si ella le contará algo de mí.

Estoy dispuesto a apostar que no.

—**S**oy Luis.

—Sube.

Cuando llego a la puerta, Manuela está desnuda y, detrás de ella, vislumbro un chándal tirado por el suelo en un rincón. Se ha acordado de que odio los pijamas y la ropa desaliñada con el tiempo justo de desvestirse mientras yo subía las escaleras. No me dice que tengo suerte de haberla encontrado en casa un domingo por la tarde. No me pregunta dónde he estado durante la semana. Me mira maliciosa y provocativa, los hombros echados hacia atrás, los pechos ofrecidos a la vista, orgullosa. Toda su actitud dice: «Hace mucho que no nos vemos, ¡ven a jugar!».

Cierro la puerta de golpe a mi espalda y la paro con un gesto cuando se acerca a besarme. La miro intensamente.

—Ahora —comienzo despacio—, te propongo un juego. Las reglas las pongo yo.

Se para a dos pasos de mí. Durante varios segundos, ninguno de los dos mueve un músculo ni dice una palabra. Me limito a observarla: le recorro el rostro y el cuerpo como si fuese un objeto y yo, su dueño; veo sus ojos abrirse y languidecer. Se muerde el labio inferior. Sigue inmóvil, las manos a los costados, apenas jadeante, en espera de que haga de ella lo que quiero.

Muy bien.

El sol entra a raudales en la zona de estar de su piso de dos habitaciones, a la que se abre la puerta de entrada. Son las tres pasadas de una tarde luminosa, he venido directamente aquí después de comer. La imagen de Eva levantando la mirada hacia su novio, sonriente, me martillea en la cabeza.

—Ponte de espaldas a mí y arrodíllate —ordeno a Manuela—. Y cruza las manos a tu espalda.

Obedece. Deslizo la mirada por la espalda flexible y bronceada, los cachetes del culo, amplios, apoyados en los talones. Agarro un fular del perchero junto a la puerta y le vendo los ojos rápidamente. La tela roja le cae sobre un hombro como una herida. Me arrodillo detrás de ella y, con un extremo del pañuelo, le acaricio despacio el cuello, el pecho, un pezón duro; luego, a través de la tela ligera, aprieto fuerte de repente, mientras le cojo el pelo y tiro, envolviéndomelo en la mano, haciéndola inclinar la cabeza hacia atrás. Gime, de dolor y de placer, tensa como un arco, con la garganta expuesta. Me desabrocho los pantalones y libero mi erección, la aplasto contra su espalda mientras, con la mano libre, descendo lentamente por su vientre hacia el monte de Venus.

—Abre las rodillas. No los talones. Solo las rodillas.

Lo hace. Sé bien que es una postura muy incómoda. Cada músculo de su cuerpo está tenso hasta el dolor. Su intimidad expuesta, abierta al toque de mis dedos. Y comienzo a acariciarla despacio, moviendo el índice en círculos con exasperante lentitud en torno a su clítoris, rozándolo y luego retirándome, ofreciendo y negando el placer. Siento su excitación como una ola de necesidad desesperada que crece mientras se le escapa un gemido ambiguo, intenta levantar la pelvis, moverse contra mi mano, pidiendo con todo el cuerpo ser penetrada, tomada, saciada.

—Quieta —le ordeno, duro, tirándole del pelo.

Pero ella pierde el equilibrio y cae hacia atrás con un grito, bocarriba sobre las baldosas frías, con las piernas dobladas, aún abiertas. Amortiguo el golpe, pero evito con un salto que me arrolle y aprovecho a mi favor la situación; al cabo de un instante, estoy de rodillas sobre ella, le apoyo el pene en la boca. Abre los labios húmedos, acogedores.

—Bien. Así —asiento, moviéndome sobre ella mientras lo chupa, las manos aún atrapadas bajo su espalda, inmóvil como una muñeca.

Cuando siento que estoy al límite, me alejo, la pongo rápidamente bocabajo, con una mano le inmovilizo las muñecas juntas en el centro de la columna y, con la otra, le levanto las caderas, le abro las piernas.

Acaricio el culo redondo como si lo estuviese modelando, comienzo a explorarla, a abrirla, a atormentarla. Me siento excitado y cruel, y lo quiero todo, ahora. Lo quiere ella también. Le dejo libres las manos y las apoya para sostenerse, una mejilla aplastada contra el suelo, las caderas siguiendo mis manos. Oigo sus gemidos de satisfacción mientras le estímulo el ano y la penetro con los dedos, abriéndola como la corola de una flor. Luego, empiezo a entrar en ella sin dejar de frotar el clítoris con ritmo decidido, dándole placer mientras busco el mío, conquistándola centímetro a centímetro, envuelto en su estrechez. Se me escapa un gruñido de excitación. No voy a lograr ir despacio, me arrastra el deseo de tomarlo todo ya.

—Luis, sí... Sigue —gime ella, entre el placer y el dolor.

Luego, el placer toma la delantera y, mientras se corre en mis dedos, empujo con fuerza entre sus nalgas, sintiéndola ceder y abrirse, gozando al límite, hasta la cumbre de los sentidos, hasta perdernos ambos en una cópula rabiosa y total.

Después, se gira sobre un costado, saciada, con media sonrisa en la boca generosa.

—Sigamos jugando... Rápido —murmura.

Me inclino sobre ella, la beso con una dulzura muy lejana de la violencia de hace un momento. Me siento aplacado, pero también embargado por una extraña insatisfacción, como por algo fuera de lugar, por un detalle fallido en un lienzo, por un color disonante.

—Un buen juego dura poco.

Sonrío desatando el fular rojo y acariciándole los hombros que deben de estar doloridos, el cuello rígido por la torsión y el pelo tenso. Le libero los ojos esperando

que no sepa leer en mi cara.

Porque, durante todos y cada uno de los momentos de este juego tenso, casi punitivo, yo pensaba en Eva.

Pero a ella la distrae un sonido insistente.

—¿Es tu teléfono? —pregunta—. El mío no es.

Miro alrededor y alargó una mano hacia mis vaqueros, que he tirado un poco más allá. Saco el móvil del bolsillo. Siete llamadas perdidas, todas de Adela. ¿Por qué me llama? Nos hemos separado hace poco más de una hora. ¿Qué ha pasado? La llamo y responde enseguida, sin siquiera dejar que suene el teléfono.

—¡Ven! ¡Pronto, ven! —grita al otro extremo—. *Da Vinci* está mal.

Menos de veinte minutos más tarde, estoy de rodillas en otro suelo y por un motivo muy distinto, junto a la jaula de *Da Vinci* que, en efecto, está tirado de lado y respira de forma irregular. Constata mi presencia solo con la mirada, es evidente que le provoca dolor moverse.

—¿Por qué lo has vuelto a meter en la jaula? —pregunto enfadado a Adela.

—¡No lo he metido yo! ¡Estaba ya dentro!

—Bueno, podías haberlo sacado —respondo con aspereza.

No sé por qué me parece tan importante el hecho de que, si va a morir, no lo haga entre barrotes. Y lo cierto es que parece a punto de dejar de respirar. Me aproximo a la jaula.

—¿Y qué sabía yo si podía moverlo? Igual se ha roto algo y es peor —protesta con voz aguda, al borde del pánico. Me paro en seco. Puede que tenga razón—. Cuando he llegado, creo que estaba ya así, pero he ido al otro lado a cambiarme, no lo he visto enseguida... —añade en tono de excusa.

Miro impotente a la criaturita. Adela tiene razón: ¿y si se ha roto algo? Quizás una costilla. ¿Y si lo muevo y le perforo un pulmón? ¿Tienen costillas los hurones? ¿Y pulmones? Adela y yo nos miramos angustiados, mientras *Da Vinci* continúa respirando con esfuerzo. Con cada vez más esfuerzo, me parece.

—Hay que llamar a un veterinario —digo.

—Pero ¡es domingo!

—¡Habrà alguno de guardia!

Estoy a punto de levantarme e ir a mirar en internet, cuando la puerta comunicante se abre y entra Leo. Está aún vestido de viaje, con los zapatos polvorientos y chaqueta. Tengo el tiempo justo de sorprenderme de que no haya tocado un par de piezas al piano antes de pasar por aquí, como de costumbre, pero entiendo enseguida el motivo. Mira a mi hermana con una sonrisa radiante y es a ella a quien dice:

—¡Hola! He vuelto antes.

Adela se pone en pie de un salto, corre a sus brazos y rompe a llorar. Por encima de su cabeza, que se estremece por los sollozos mientras intenta, sin mucho éxito, explicar la emergencia que tenemos, con la cara hundida en la camisa de él, Leo me mira perplejo.

—Parece que mi regreso ha tenido un efecto extraño en ella —comenta—. ¿Qué estabais haciendo?

Luego su mirada cae sobre *Da Vinci*, tirado de lado y jadeante, y se le escapa un taco. Separa a Adela de sí y, por fin, las palabras de ella se hacen inteligibles:

—*Da Vinci* está mal, Leo. No sabemos qué hacer.

—¿Qué tiene?

—No lo sé —respondo—. Puede que un colapso.

Leo se acerca a la jaula y se agacha a mirar el interior con atención. Luego, apunta un dedo acusatorio:

—¿Qué mierda es eso?

«Eso» es un trozo de esponja vieja. Es cierto, lleva todo el día jugando a atacar la esponja, pero creía que la había puesto fuera de su alcance.

—Es una esponja —explico a la defensiva al darme cuenta de que está toda mordisqueada.

—¿Y qué coño hace en la jaula?

—¡Y qué se yo! La habrá metido él. Nosotros ni siquiera estábamos aquí.

—¿Quieres decir que habéis salido dejándolo solo y suelto por la habitación? —ruge Leo—. ¿En el taller de un pintor, entre maderas, arcilla, cristales, barnices tóxicos y putas esponjas? Pero ¿no se os ha ocurrido que los hurones son roedores?

—En realidad, son mustélidos —objeto.

—¡Me cago en todo! ¿Qué me estás contando? Mordisquean las cosas, ¿no? Y basta un momento para que muerdan lo que no deben —trueno Leo—. Mierda, Luis, más que un colapso, lo que tiene es una indigestión de esponja.

—Y yo ¿cómo iba a saberlo?

De repente, me siento culpable. No es una sensación que tenga a menudo. Y, por otra parte, pienso, ¿qué sé yo de lo que comen o no comen los hurones? Si lo único que he tenido han sido gatos.

—¿Les lavan el estómago a los hurones? —pregunto.

—Lo descubriremos enseguida. —Mi amigo se levanta y coge el móvil—. Será mejor que llame a un veterinario.

—Pero es domingo, Leo. Estarán todos cerrados —le recuerda Adela.

—Paolo, no —responde Leo seleccionando el número en su agenda.

No es la primera vez, desde luego, que reflexiono sobre lo cómodo que es tener un vecino milanés con al menos un amigo por cada categoría profesional. Un amigo abogado, un amigo empresario, un amigo informático, un amigo fotógrafo, un amigo peluquero... Y un amigo veterinario.

Paolo llega jadeante tras media hora de ansiedad, y lo recibimos como a un salvador de la patria. Es un retaco de cara seria y pocas palabras. Saca a *Da Vinci* de la jaula y lo examina con manos expertas.

—Sería mejor que me lo llevase a la clínica —nos dice al final—. Yo diría que no es más que una indigestión, pero los hurones tienen el estómago delicado. Preferiría tenerlo en observación esta noche.

—Si es absolutamente necesario...

Me doy cuenta de que soy reacio a separarme de *Da Vinci*. A dejarlo ir con un desconocido sin saber si volverá. ¿Estoy perdiendo la cabeza?

—Podéis quedároslo aquí también —contesta Paolo, dubitativo—. Pero alguno tendrá que despertarse para controlarlo a intervalos regulares. Y, además, tampoco sabríais qué hacer si se pone peor. Mejor me lo dejáis a mí.

Adela y Leo callan y se vuelven a mirarme.

—¿Qué? ¿Por qué me miráis a mí? —pregunto en tono belicoso.

Me parecen acusadores.

—Porque se trata de tu hurón, alma cándida —responde Leo seráfico—. Yo lo mandaría con Paolo, pero la decisión es tuya.

—¡Vale! —accedo tras un momento aún de duda—. Tenéis razón, mejor pasa la noche bien vigilado. ¿Puedo ir a buscarlo mañana? —pregunto luego a Paolo.

—Mañana por la tarde. —Se levanta con *Da Vinci* en brazos—. ¿Tenéis un transportín?

—No, por lo general, lo llevo así, como lo tienes tú ahora —confieso.

—Está prohibido —me informa—. Búscate uno.

Y, sin malgastar más palabras, se va con *Da Vinci*.

Nos quedamos solos en el estudio, mirándonos preocupados, sin querer formular en voz alta el pensamiento de todos: ¿Y si *Da Vinci* se muere?

—Menos mal que has vuelto antes —dice, por fin, Adela a Leo.

—Habrá sido telepatía —responde él.

—¡Ah! ¿No has vuelto por la alegría de volver a verme? —pregunto irónico.

—Mira, me faltaba el hurón. —Mira alrededor estudiando las baldas desordenadas de la estantería al aire—. Necesito un trago. ¿No te habrás pimplado todo el ron?

Un par de horas más tarde, estamos completamente borrachos. Hemos encendido el fuego del hogar para confortarnos y disipar la humedad del atardecer de primavera, y hemos dejado apagadas todas las luces excepto la vieja lámpara de la mesita rinconera, muy débil. El ambiente es íntimo y relajado, un poco misterioso. Leo acaba de acompañar a la guitarra nuestro habitual coro improvisado y ahora está en el sofá con un brazo en torno a los hombros de Adela, mientras que yo me he sentado a horcajadas en una silla, con la barbilla apoyada en el respaldo.

—Otro domingo de infarto —comento—. Esperemos que esta semana sea un poco más tranquila.

—¡A saber! —dice Leo—. De un tiempo a esta parte, nos pasa de todo.

—Desde que conocí a Eva —asiento convencido—. A veces, me pregunto si me habrá echado mal de ojo.

—Exagerado —comenta mi hermana—. Y, además, pobrecilla. Tenía pinta de ser bastante inocua.

—No es inocua en absoluto —refunfuño—. Pequeña bruja. No consigo hacer nada, no me atrevo ni a mirar los bocetos que he hecho. Se me apodera de la mente y desvía mis pensamientos. Es frustrante.

—¿No te me estarás enamorando? —pregunta Leo.

—No jodas —respondo enseguida.

Pero es una respuesta de reflejo condicionado, como la pierna que se dispara hacia delante cuando te dan con el martillito en la rodilla.

—Bueno, ¿qué tendría de malo? —interviene Adela, la cabeza perezosamente apoyada en el pecho de Leo—. Tampoco sería la primera vez.

Dejo que se haga el silencio y miro fijamente el fuego.

—¿Y si fuese la última? —murmuro por fin.

Adela bate palmas.

—Pero, entonces, ¡tengo que echarte las cartas! —exclama—. Estoy segura de haber visto una baraja en algún sitio por aquí.

Por supuesto que ha visto una baraja: mi tarot de Marsella, el mismo desde hace años. Sus orígenes se pierden en la noche de los tiempos, anda por mi casa desde que recuerdo. Es una de las pocas cosas que he traído conmigo a Italia y me ha acompañado en todos mis traslados, mochila al hombro. Mi modo de hacer una mudanza es siempre el mismo: tomo todo lo que cabe en la mochila, nada más. Y es un saco de dimensiones medias, no uno de esos monolitos de tela bajo los que, por lo general, se ve renquear a algún joven campista escandinavo. Hago que sea suficiente. Y, en resumen, mi vieja edición de bolsillo de los *Cantos órficos* de Dino Campana y esta baraja de tarot son, más o menos, los únicos dos objetos que han encontrado siempre sitio en la mochila.

Tomo las cartas de la estantería y se las doy a mi hermana. Leo la mira con interés.

—¿También tú echas las cartas?

—Pero si fui yo quien enseñó a este *fiñe*... —Adela me señala con la barbilla mientras baraja las cartas con mano profesional.

—Ya te gustaría. En realidad, nos enseñó Cecilia a los dos —le recuerdo, y una leve punzada me recuerda que no quiero pensar en Cecilia.

¡Qué extraño! No me dolía tanto desde hace años. Puede que décadas.

—Corta —dice mi hermana poniéndome la baraja delante.

—Si al menos fuese coca... —suspira Leo—. Después de este viajecito, me haría falta.

—¡Calla! Tengo que concentrarme —le grita Adela, y él se calla.

Nunca lo he visto obedecer así a una mujer. Como yo, tiene más bien la costumbre de ordenar: la única actitud posible para evitar que terminen por chulearte. Quizá debería preocuparme. ¿Está convirtiéndose en un calzonazos, dejándome solo en la lucha contra la tiranía de los sentimientos y los lugares comunes?

Dejo de rumiar y devuelvo mi atención a las cartas. Corto. Adela junta de nuevo la baraja, la abre en abanico sobre la mesa frente a mí.

—Elige cinco cartas —dice en voz baja.

Alargo la mano izquierda y la mantengo un momento sobre el semicírculo de arcanos, captando su energía. Lentamente, elijo cinco y se los paso a Adela, que los dispone en cruz delante de ella. Luego, cierra de nuevo la baraja y la deja a un lado. Descubre despacio los cinco arcanos y los estudia durante unos minutos, respirando concentrada. Los estudio también yo, leo las cartas desde que tenía trece años y sé muy bien lo que quieren decir. Mientras observo las figuras de colores, desenmarañando la historia que contienen, siento crecer la inquietud. Y, cuando poso los ojos en la última de la derecha, la que representa el futuro, me da un escalofrío.

—Tu pasado —comienza Adela indicando la carta más a la izquierda del brazo horizontal de la cruz— es el Diablo.

—¿Seguro que es el pasado? —interrumpe Leo. Adela le lanza una mirada asesina—. Vale, vale, seré como una tumba —se excusa él.

—El Diablo es el poder del fuego, el poder creativo centrado en la carnalidad. Es la carta que manifiesta los aspectos más oscuros del alma humana. Y, en los aspectos oscuros, te has lanzado de cabeza, Luis, te has deleitado en el placer y en la potencia y también en la bajeza de la carne. Has gozado zambulléndote a fondo en esa forma de conocimiento. Pero también de extravío.

La voz de Adela es baja, suave. No me mira, observa las cartas como si absorbiese con los ojos su sabiduría.

—Parece un pasado más bien divertido —comenta Leo.

Menos mal que iba a ser como una tumba. Antes de que mi hermana le abronque, me declaro de acuerdo.

—¡Y lo ha sido! —Sonrío—. Pero algo me dice —añado señalando la carta en lo alto del brazo vertical de la cruz— que, ahora, hay un problemilla.

—La carta que representa tus dificultades —dice Adela— es la Luna. La ofuscación, la falta de claridad. Es la carta del retorno del karma, que indica los círculos del destino que no puedes gobernar, los ciclos de la naturaleza como las fases lunares, las mareas, la trayectoria de los planetas en las constelaciones. Ritmos invisibles que lo condicionan todo. Tu dificultad viene del instinto que te arrastra, que se apodera de tu mente y te impide ver. Los recursos a los que debes acudir para superar estas dificultades —continúa, pasando a la siguiente carta antes de que el malvado Leo pueda hacer un comentario— están regidos por la carta de la Templanza.

Señala el arcano a los pies de la cruz, que es uno de mis preferidos. La imagen representa un ángel con dos jarras de agua.

—La Templanza —explica Adela— es la carta de la unión de los opuestos. Indica tu capacidad para abandonarte, para dejarte ir, para sentir que el cielo te protege. — Levanta los ojos hacia mí, sería—. Quiere decir que tienes que dejar de luchar contra un cambio que no puedes impedir, Luis. Que la confusión que te tiene anclado en el pasado tendrá que disiparse.

—Pero, ese pasado —pregunto con voz igualmente baja—, ¿ha pasado de veras?

—El presente —responde ella indicando la carta central— es la Muerte.

Lanza una mirada a Leo, a modo de advertencia, pero él, por una vez, no está haciendo el tonto. Me sorprendía, de hecho, que no hubiese dicho nada sobre la Templanza. La voz seria y monocorde de Adela lo tiene como hipnotizado, noto con estupor. Las poquísimas veces que yo le he echado las cartas en el pasado —no habrán sido más de dos o tres: Leo es un escéptico convencido—, desde luego, no le he provocado este efecto. Pero mi hermana es un poco maga. Y puede que haya algo más.

—La Muerte —continúa Adela— es la transformación. Liberarse de todo lo que es superfluo. Como los pedazos de cuerpos humanos esparcidos por el suelo alrededor de la de la Guadaña. —E indica el dibujo de colores—. Así debes eliminar lo que no es auténtico en tu vida. Es la carta del vacío del corazón, el corazón meditativo, no el sentimental. Te dice que es preciso que escuches y esperes para recibir lo que ha de llegar. Y llegará —añade moviendo el dedo hasta la última carta, la del extremo derecho.

La observo, atrapado por la inquietud como alguien que se encuentra cara a cara con un destino del que no puede huir. La observo tan intensamente que la figura se hace borrosa ante mis ojos. La mujer rubia, de hombros amplios y sombrero de ala ancha, que sostiene con las manos la boca del león, en un gesto extraño, de violencia y cariño a la vez. ¿Lo está matando o lo está salvando? Nadie lo sabe, nadie lo ha sabido nunca.

—Llegará —repite Adela—, porque la carta que habla de tu futuro es la Fuerza. Es la carta tántrica, que sugiere la armonía entre la sexualidad y todo lo demás, que invita a alinear la vida sexual con las otras esferas de la existencia. Es una promesa y una advertencia, Luis. —Calla un largo momento, y veo sus ojos velarse de preocupación—. Debes aceptar el cambio para dominarlo, abandonarte para que no te arrolle, y esto es lo más difícil del mundo para ti. Porque no puedes dominar la fuerza salvaje con tu fuerza. Solo puedes enfrentarte a ella con la dulzura. Y no sé si estás preparado para ello.

—Luis, ¿puedo preguntarte una cosa sin que te cachondees de mí?

—No sé. Prueba.

—¿Tú crees que yo sería buen marido?

Miro atónito a Leo y mi primera respuesta automática es cachondearme de él. Pero, luego, lo observo mejor y me trago las palabras. Está serio de narices.

Estamos sentados en la terraza del Bar Bianco, en el parque Sempione. Nos gusta este bar porque las chicas parecen todas modelos y, en muchos casos, probablemente lo son. Con la primavera, además, hay una explosión de colores y centímetros de piel para volverse loco; en la mesa al lado de la nuestra hay sentada una rubia con una especie de túnica blanca que no deja nada a la imaginación. Es una pena que no tenga curvas de las que agarrarla, pero antes Leo, como mínimo, le habría ofrecido una copa. Hoy ni siquiera la ve. Mira obstinadamente un tilo cercano, con un interés en la naturaleza muy poco creíble.

¿De dónde viene esta pregunta? ¿Es posible que esté pensando en Adela? La verdad es que no creo que esté saliendo con nadie más estos días; incluso su habitual corte de follamigas parece haber desaparecido. Y, sin embargo, no me cuadra. Leo conocía ya a mi hermana, de los tiempos en que vivíamos juntos, no hay nada de raro, entonces, en el hecho de que decidiesen liarse durante su visita. Pero ¿esto?

El silencio entre nosotros se alarga mientras busco con ahínco una respuesta. Sé muy bien que ella no tiene intenciones serias. No tenemos necesidad de contarnos estas cosas, hemos sido siempre cómplices y leo sin esfuerzo en su comportamiento y sus ojos. Adela, como yo, es una libertina, le gusta jugar, pero es una llama que no quema. Es cierto, eso sí, que alguna vez se ha quemado. Como yo. Quizá por eso ahora preferimos la clase de fuego que no llega bajo la carne.

—Casi casi preferiría que te recochineases.

Es Leo, al final, quien rompe el silencio. Trae de nuevo su mirada tensa hacia mí y entiendo que lo he ofendido.

—Leo, no sé qué decirte —respondo con sinceridad—. Admite que soy la persona menos indicada. ¿Qué sé yo de ser un buen marido? Nunca he querido casarme. Solo he dejado de oponerme a ello.

Leo sabe que me he casado ya tres veces, dos en Cuba y una en Italia, y sabe en qué circunstancias han comenzado y terminado mis experiencias conyugales. A mí no me apetecía, pero a las chicas, sí, y les he dado lo que querían. Mientras he podido. He sido un buen compañero, creo, pero el matrimonio ha sido un accidente. Tres accidentes. Que puede que un día consiga explicarme.

Pero mi amigo aprieta los labios, no voy a librarme tan fácilmente.

—Quieres ver sangre, ¿eh? —Suspira—. Reformulo la pregunta: ¿crees que sería un buen marido para Adela?

—Creo que, con Adela, un buen marido sería un desperdicio. —Lo oigo resoplar y lo paro con un gesto—. No te encabrones, no estoy intentando salir de esta con una broma. Quiero mucho a mi hermana, pero el punto es que no creo que esté pensando en casarse. Con nadie.

Emite un suspiro duro, como uno que ha recibido un golpe en el estómago. Puede que haya sido brusco, pero al menos he sido claro. Se lo debo. Vuelve a mirar el tilo fijamente y da un sorbo a su mojito.

—Pasado mañana vuelve a Sicilia —dice por fin.

—Lo sé. La semana que viene tiene conciertos en dos nuevos locales, tiene que prepararse —confirmo—. Pero ten en cuenta que, de vez en cuando, vendrá de visita.

—No venía desde hacía tres años —me recuerda—. Quizá por eso no pensaba... No me esperaba que ocurriese esto.

—Ya, la otra vez estabas con la pelirroja, ¿cómo se llamaba?

—No importa cómo se llamaba.

—No, en realidad, no.

Tampoco él recuerda su nombre. Y mira que estaba enamorada. Pasaba el tiempo haciéndole regalos que él perdía al día siguiente y ordenándole la cocina que él había convertido de nuevo en una pocilga solo dos horas después. Consiguió estar con él casi un año por el simple método de aguantárselo todo: primero su desorden, luego su distracción, después su infidelidad, la abierta descortesía, por fin, la crueldad. La dejó cuando nos fuimos del apartamento de via Desiderio, sin darle la nueva dirección y cambiando de número de móvil. Siempre ha sido un cabrón, Leo. Por eso ahora me fastidia verlo así.

—En resumen, quería darle un buen motivo para no volver a irse. A Adela —me explica—. Es un buen motivo el matrimonio, ¿no? ¡Mierda! Si ese no es un buen motivo... —añade en tono irritado, como si le hubiese contradicho—. Todas las mujeres quieren casarse.

Leo, aunque le gusta parecer tosco, tiene una cultura infinita y no hay nada que no sepa sobre música. Pero, en cuanto a mujeres, podría haber salido de la provincia italiana de los años cincuenta: está lleno de prejuicios.

—En realidad, hay un montón de mujeres que prefieren seguir solas —arriesgo.

Me doy cuenta de que está tenso y reaccionará mal a la mínima provocación. De hecho...

—A estar conmigo, quieres decir —salta.

—¡No, hombre! A estar con uno que no les convence del todo.

—Quieres decir que no soy suficiente para tu preciosa hermana, ¿es eso lo que crees? —Me mira sombrío, los dedos agarrotados alrededor del vaso de cóctel.

Se lo permito todo, menos esto. Si hay algo de lo que nunca he ido, es de hermano latinoamericano celoso, maldita sea. Es una bonita tarde en el parque, pero

por cómo miramos al aire, podría estar llena de nubes eléctricas.

—Quiero decir que mi hermana no se casaría con alguien de quien no esté profundamente enamorada —respondo haciendo un esfuerzo por mantener la calma.

Por un momento, pienso que me va a tirar lo que le queda del mojito a la cara. Aprieto también yo los dedos alrededor de mi vaso, preparándome para contraatacar. No tengo ninguna intención de recibir hielo azucarado en la cara sin reaccionar. Luego, a la vez, miramos nuestras respectivas manos tensas y, en un instante, imaginamos la escena. Los dos. Nos miramos a los ojos. Y nos echamos a reír.

La tensión se disipa. Leo sacude la cabeza, vacía el vaso y hace un gesto al camarero para que nos sirva otra ronda.

—Dios, solo nos faltaba pegarnos —comenta.

Percibo la amargura tras su tono irónico.

—Leo, escucha, no estoy diciendo que tengas que mandarla al diablo.

Me asoma la duda: ¿no se la estaré jugando a mi hermana? Quizás él le gusta más de lo que creo. Pero, mientras me lo pregunto, estoy seguro de que no es así.

—Pero el matrimonio, así, tras una semana... Podrías ir a visitarla, mientras tanto, tantearos, pasar algo de tiempo juntos. ¿No tienes conciertos en Sicilia?

—Ahórrame los consejos de la doctora Francis. —Leo descarta con un gesto brusco mis intentos de consultor sentimental y saca la cartera mientras las copas aterrizan en la mesa—. Dime, más bien, ¿qué piensas hacer con este buen tipo?

Señala a *Da Vinci*, cuyo hocico asoma de la mochila que tengo en el regazo, un poco atontado por los medicamentos y profundamente ofendido por el color de su alojamiento provisional. Es la primera bolsa que he encontrado al salir para ir a buscarlo al veterinario, una bolsa mexicana de tonos fucsia.

—¡Bah! Diría que lo llevo de vuelta al estudio; luego, por la noche, viene conmigo a casa para que no coja frío y, así, como de costumbre. ¿Por?

—Porque es cuestión de días antes de que te lo folles por equivocación —responde brutal. Quizás, en parte, quiere vengarse por la franqueza con que he vapuleado sus esperanzas con Adela—. Eres distraído y un irresponsable; y, cuando te llega la inspiración, te olvidas de todo lo demás. No estás en condiciones de hacerte cargo de un animal.

—Ha hablado el perfecto amo de casa. Tú, al hurón, lo perderías bajo la basura. Lo encontraría de nuevo, el lunes, la señora de la limpieza, muerto por asfixia.

—Bueno, lo cierto es que, mientras lo cuidaba yo, no se ha envenenado.

—En resumen, ¿estás sugiriendo la custodia compartida? —bromeo.

No hemos discutido por sus problemas sentimentales, mal rayo me parta si voy a hacerlo ahora por el hurón.

—Sí. Preferiría que lo tuvieses en el estudio cuando estás, y que se quedase conmigo por la noche —confirma.

—¿Y cuando no estés?

—Cuando no esté, tendré que fiarme de ti. Y cuidadito con armarme otra, casi me da un jamacuco ayer por la noche. —Sacude la cabeza con aire casi avergonzado—. ¿Sabes? Le he cogido un poco de cariño. Puede que sea porque llegó la misma noche que Adela.

No comento. Baja la mirada a los pies de la silla.

—Y, mañana, voy a comprarle un trasportín como Dios manda; por lo menos, de un color menos de mierda que esa bolsa tuya —añade con fuerza.

Así, al día siguiente, cuando se presenta Eva, *Da Vinci* no está porque Leo se lo ha llevado a hacer recados.

No lo había pensado, pero me viene a la mente mientras estoy moviendo la mesa de madera, alejándola del sofá para pegarla a la estantería al aire. De esta forma, tendré más espacio para moverme en torno a mi modelo, manteniendo la distancia necesaria para trabajar. Solo que, echando un vistazo a través de las baldas, a la zona de trabajo, veo la jaula vacía de *Da Vinci*. El acuerdo era que ella podría visitarlo cuando quisiera y asegurarse de que estaba bien cuando venía a posar. También yo he firmado un contrato. ¿Y si ella decide romperlo por incumplimiento?

Antes de que me domine el pánico, razono: no sabía dónde meter el hurón hace veinte días y continúa sin saberlo. Es difícil que decida llevárselo para encontrarse de nuevo vagando por Navigli sin saber qué hacer. Sigo teniendo la sartén por el mango. Sin embargo, no estoy tranquilo. La conozco poco, pero me he dado cuenta de que es una mujer impulsiva. Es preciso que no se acuerde del hurón. Tengo que distraerla.

Por eso, estoy en guardia y la veo pasar bajo el arco de ladrillos rojos y atravesar el patio. También hoy viene con vaqueros, y añoro por un momento la visión del vestido aguamarina del domingo por la mañana. Al menos, sin embargo, noto, se ha puesto una blusa ajustada, de un cálido color cobre que le enciende la piel y el pelo de reflejos. No la he visto nunca llevar un color que no le siente bien, es como si todos los tonos contuviesen matices que liberan un aspecto distinto de ella, haciéndola diferente cada vez. Es por eso por lo que no consigo definir el color de su pelo. Y, quizá por el mismo motivo, no consigo dar forma a una obra que la atrape. O quitármela de la cabeza.

Una vez que ha llegado a la leñera, levanta los ojos mientras apoya una mano en la manija. Desde la puerta acristalada, nuestras miradas se encuentran y se quedan enganchadas. No me muevo para recibirla, y no solo porque estoy estratégicamente colocado entre la puerta y la jaula vacía de *Da Vinci*. No me muevo porque quiero que abra ella sola la puerta, que la cierre de nuevo a su espalda. Que venga hasta mí.

Nada más oír el clic de la puerta que se cierra, no obstante, voy a su encuentro.

—¡Hola! Bienvenida. —Le sonrío.

—No quería venir —comienza Eva—. Había decidido que no vendría.

—Entonces, me alegra que hayas cambiado de idea —respondo—. Ven por aquí: la luz es ideal, comenzamos enseguida.

Le tomo la mano. Se sobresalta, como si hubiese sentido un calambre. Aprovechando su sorpresa, la conduzco hacia la mesa de madera.

—Bueno, hoy no podemos pasarnos de la hora ni un minuto; tengo que estar en otro sitio a las nueve —dice.

Así que ha quedado después de la sesión y, además, con poco tiempo para llegar. No se fía de sí misma. Óptima señal. Entretanto, un poco por la prisa y un poco porque hemos entrado de inmediato en modalidad «sesión de posado», no ha pedido noticias de *Da Vinci*. Mejor que continúe así. Me sigue con confianza, ha entendido que no tocaré nunca a una modelo mientras esté posando.

Pero ella no está posando.

La empujo amablemente hasta hacerla apoyarse contra el lado corto de la mesa, con la parte alta del culo apretada sobre el borde un poco saliente. Instintivamente, echa las manos hacia atrás, y los pechos pequeños, impulsados hacia delante, aprietan contra la tela ligera de la blusa. Hoy no lleva sujetador. Cada vez más alentadora. Le suelto la mano y me quedo en pie frente a ella.

—¿Tengo que desvestirme? —pregunta con una sombra de nerviosismo.

Estoy muy cerca de ella.

—No. —Sacudo la cabeza y desciendo sobre ella con una mirada medida para no dejarle escapatoria—. Hoy te desvisto yo.

—**P**ero ¿te has vuelto loco?

Oigo la indignación en su voz y, debajo, una pizca de excitación.

—Estábamos de acuerdo en que harías todo lo que te dijera —le recuerdo, en el tono neutro de quien habla de negocios—. Tenemos un contrato, ¿te acuerdas?

—Ya. Y, a propósito, ¿cómo está *Lucky*?

Se vuelve hacia la jaula, pero le cojo rápidamente la barbilla y le vuelvo la cabeza hacia mí.

—Después, podrás saludarlo cuanto quieras —le digo rogando que Leo se apresure a traer de vuelta a casa al hurón—. Ahora, haz tu parte, o rompemos el acuerdo.

El tono decidido surte efecto y el farol funciona.

—Pero no entiendo por qué tienes que desvestirme tú —protesta dudosa—. ¿Qué necesidad hay? Sé hacerlo sola: llevo años haciéndolo.

—Te desvestiré yo porque es lo que quiero hacer —corto.

Podría inventarme una razón artística cualquiera, pero sería humillante, para mí y para ella. No miento a las mujeres, no lo necesito, y lo que es seguro es que no tiraré nunca del arte para engañarlas.

—No te preocupes —añado con una sonrisa medio irónica, medio tranquilizadora—. No te va a doler.

En realidad, te va a gustar, añado para mí. Sin dejar de mirarla a los ojos, comienzo a desabrocharle la blusa rápido. El tejido tenso salta hacia atrás dejando al descubierto los pechos desnudos, y tengo que hacer un gran esfuerzo para no tocarlos. Los pezones rosas están duros y, en los brazos, un asomo de piel de gallina revela el efecto que tienen mis manos sobre sus hombros mientras le quito la prenda. Dejo la blusa en la silla y me paro un momento a mirarla, el escote un poco enrojecido, el cuello largo rozado por los rizos, los ojos enormes y desconcertados, brillantes ya de pasión. Dejo que sea la ligera brisa que entra por la ventana apenas abierta detrás de ella la que le acaricie la espalda desnuda y, mientras, me agacho para quitarle las bailarinas. Luego, aún de rodillas, busco de nuevo el contacto visual, le desabrocho el botón de los vaqueros y bajo, lentamente, la cremallera.

Un estremecimiento la recorre y la siento tensarse apenas; me muevo más aprisa sin dejarle tiempo para pensar. Le rodeo la cintura con las manos, agarro juntos el borde de los vaqueros y el de las bragas, y tiro hacia abajo, siguiendo la línea de su cuerpo, liberando el pubis, los muslos, las piernas. Ella se despega un poco de la mesa para ayudarme a sacar la ropa; luego, se vuelve a apoyar en ella mientras le

levanto primero un pie y, luego, el otro; al final, saco y tiro el pantalón con las bragas aún enrolladas dentro, dejándola desnuda.

—¿Has terminado? —pregunta despacio, con una voz ronca que nunca le he oído.

Capto su mirada y sé que está totalmente en mi poder. Le tomo ambos tobillos con las manos y comienzo a subir otra vez despacio, acariciándole las pantorrillas, parándome con los dedos en las sensibles corvas. Siento su perfume dulce y acre y, como un regusto apenas perceptible, el olor vivo de la vieja mesa. Sé que el calor de la madera que se hunde en la carne blanda y desnuda de las nalgas la tranquiliza y la excita a un tiempo. Mientras le recorro los muslos, abre un poco más las piernas y se echa apenas hacia delante, en una silenciosa invitación. Con los pulgares, le abro los labios mayores, acaricio su piel mojada, la oigo contener la respiración. Luego, inclino la cabeza sobre su pubis; con una profunda inspiración, me lleno la nariz de su aroma.

Le apoyo la punta de la lengua en el clítoris y comienzo a lamerlo despacio, con toques suaves, y los dedos continúan masajeándola y moviéndose dentro y fuera de ella. Ahoga un gemido, abandonada a mis manos y mi boca cada vez menos amable, cada vez más apasionada al lanzarse al centro de su intimidad, asediándola, persiguiendo su placer hasta que noto que su respiración se hace más trabajosa y, luego, con un respingo, la siento contraerse, y correrse en un éxtasis completo, liberada.

Me levanto y la miro, apoyada contra la mesa como en vilo, con las piernas temblándole apenas, los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás e inclinada sobre un hombro, la garganta vibrando mientras recupera el aliento, la piel sonrojada por la sangre que fluye veloz, caliente, dentro de ella.

Así la quiero. Tengo que captarla ahora.

Agarro rápido la base de cartón con la hoja fija en ella, tomo un carboncillo y comienzo a dibujar febrilmente. Esto es lo que necesito. Esta postura, a la vez relajada y tensa, que contiene el placer que le ha sacudido el cuerpo, esta calma tras la tempestad. Este abandono voluptuoso del torso, esta invitación abierta del pubis aún impulsado hacia delante al encuentro de mi boca. Eva tras el pecado.

También yo estoy excitado, por supuesto. La erección me aprieta contra el lino del pantalón, casi dolorosa, y no hay ninguna posibilidad de que baje mientras contemplo a esta mujer desnuda ofreciéndose. La podría tomar ahora, sobre la mesa, haciéndola gozar una y otra vez, haciéndola rogar, fundiendo mi éxtasis con el suyo. Pero expulso decidido de mi mente las imágenes de nuestros cuerpos unidos, y dejo que la urgencia, la necesidad de ella, se encaucen hacia mi mano; que el deseo se transmita al dibujo y se imprima en la página como fuego, como las palabras sagradas grabadas por los profetas de la Antigüedad.

Me arranco la camiseta, el aire me refresca el pecho ardiente. Poco a poco, mi excitación, que no encuentra desahogo, se propaga como una portentosa energía interior, invadiéndome, poseyéndome. Son unos pocos instantes que se dilatan como

horas, y durante los cuales obtengo lo que llevaba días persiguiendo. La pose, la inspiración, la imagen perfecta, vibrante, una historia completa encerrada en las líneas de ese cuerpo rendido e increíblemente inocente. Es casi como si años de dibujo hubiesen servido únicamente para esto: para llegar listo a este momento.

Luego, ella vuelve a levantar la cabeza, abre los ojos y me mira. Entiendo que querría decir algo, pero toda palabra es vana; está aún atrapada en la agradable sensación de satisfacción que la invade y, sin embargo, asediada ya por la serpiente del sentimiento de culpa que comienza a despertarse una vez más. En cualquier caso, verme atento dibujando la tranquiliza. Probablemente, le parece extraño y, a la vez, ya tan familiar que es como si estuviese diciendo: «No ha pasado nada. Ha sido un sueño. No te preocupes». Intento transmitir el mismo mensaje con una sonrisa, pero no lo consigo. La verdad es que me siento excitado e irrefrenable.

—Tu pubis es soberbio —le digo con voz indiferente—, pero te viste aún demasiado. Te lo rasuraré yo mismo.

Abre los ojos de par en par.

—Pero... Pero, luego, ¿qué le digo a...?

No consigue siquiera pronunciar su nombre. No quiero que piense en él. No quiero que se distraiga.

—Le dices que lo has hecho por él —corto. Y añado mordaz—: Siempre que se dé cuenta.

La agarro de un brazo y le indico que me siga al apartamento de Leo, al baño. Tengo en él mi «instrumental», una navaja y todo lo necesario para evitar traumas en una piel tan delicada.

—Pero... ¿es seguro ese chisme? —pregunta Eva mirando dudosa la cuchilla.

Luego, no obstante, alarga la mano para tocarla. Atraída por el peligro.

—En mis manos, sí.

Se le dibuja en los labios una sonrisa extraña. Me arrodillo ante ella, rozándole la cadera con una caricia mientras me agacho, y la siento estremecerse cuando acerco la cuchilla a la piel. Pero no se aparta.

Poco a poco, los pelos caen en la bañera y, al enjuagarla, desvelo la más hermosa vagina que hayan visto ojos humanos. Qué piel suave, delicada. Comienzo a acariciarla, masajeando la loción calmante. Me había prometido contenerme, pero ahora entiendo que no lo conseguiré. Estoy insoportablemente excitado, no puedo esperar más. Tiene que ser mía ahora. Me levanto, todavía muy cerca de ella, y, mirándola fijamente, continúo acariciándola con un dedo sin ningún otro contacto. Sostiene mi mirada casi con rabia, no dice ni una palabra. Luego, sorprendido, siento su mano desabrochando los botones del pantalón de lino, uno a uno, lentamente, y abriendo la tela. No llevo slip, mi erección tiembla inmediata en su mano, que se cierra en torno a mí.

No voy a permitirle que tome el control. Esos ojos fijos en los míos, esa manita imperiosa, son demasiado peligrosos. Le agarro la muñeca para detenerla y manejarla

con decisión, volviéndola y empujándola por la espalda, con un gesto duro de mando, hasta bloquearla entre el lavabo y yo. No espera la invitación de mi mano entre las piernas: abre los muslos, dispuesta, echándose hacia atrás contra mí. En el espejo, sus ojos se clavan turbios en los míos, aumentando el nivel del desafío. Lo acepto. Y me hundo dentro de ella, tomándola con pocos envites seguros que, tras el tormento de mis caricias, la llevan casi de inmediato al culmen del placer.

Yo, sin embargo, quiero más. La vuelvo a llevar al estudio, desgreñada y suspirando, y cogiéndole la cintura entre mis manos, la siento en el borde de la mesa de madera. Le agarro los tobillos y la abro del todo; turbada, ella me deja hacer como si fuese una de mis muñecas de arcilla. Apoya las manos a su espalda para sostenerse mientras la penetro. En esta postura, soy yo quien decide la profundidad y el ritmo. Ella solo puede implorar. No consigue contener los gemidos; siento su placer aumentando, pero, antes de que llegue de nuevo al orgasmo, me retiro, salgo de ella. Le acaricio un pie y comienzo a lamerle los dedos, uno por uno, minuciosamente, y, después de cada beso, le lamo el centro de la planta. Ella se retuerce como si estuviese sufriendo. Y, de hecho, está sufriendo. El placer es demasiado, traspasa el límite de la frustración. Oyéndola gemir, pierdo todo control, me yergo y me hundo de nuevo en ella, buscando mi placer mientras ella, con un grito liberador, encuentra el suyo.

Cuando la dejo, está transformada. De la criatura rígida que cruzó la puerta hace un siglo, no queda ya nada. Esta es una ménade desencadenada y descreída, a merced de sensaciones que nunca había experimentado. Percibo su miedo tras la excitación. Es el momento de calmarla. Con un gesto de la cabeza, le indico el sofá; vuelvo a coger papel y carboncillo. Debo admitir que tampoco mi mano está del todo firme.

—Ve a tumbarte —le digo neutro—. Bocarriba. Por lo demás, puedes escoger la postura que quieras.

—¿En el sofá? —pregunta con voz perpleja, que parece llegar de muy lejos—. Pero estás ya dibujándome de pie.

—Al sofá.

Obedece porque es más fácil que discutir y, quizá también, porque está cansada y la horizontal no le parece tan mala idea. Se tumba como sobre un prado en primavera, mirando el techo, con las manos entrelazadas bajo la nuca, las rodillas levantadas, las piernas abiertas. Miro el hueco íntimo e indefenso de la axila y siento renacer el deseo apenas calmado. Me coloco de espaldas a la ventana y comienzo de nuevo a dibujar detalles: los tobillos esbeltos, la abertura de la vagina, el ombligo perfecto, el arco sinuoso de las caderas.

En realidad, ya la postura más importante, la que marcaba la diferencia, la he captado y, por hoy, podría incluso terminar, pero no quiero. Hoy no la volveré a tocar, he decidido. Quiero acariciarla con la mirada y trazar con el lápiz el curso que tomaría mi boca sobre su piel.

Que querría tomar y que tomaré.

Hacia las ocho, la puerta acristalada se abre despacio y aparece Leo en el umbral, con un trasportín en la mano, por suerte sin anunciarse con los habituales gritos de saludo. Le indico que libere a *Da Vinci* en silencio. Lo hace, guiñándome un ojo tras percibir a la chica que yace tumbada; he dejado de dibujarla y, sentado a la mesa, trabajo para definir un boceto más preciso a partir de los trazos de esa primera postura mágica que he captado. Quiero hacerlo ahora, mientras el recuerdo es vívido y, en el aire y sobre mis labios, se demora su perfume. Eva, en el sofá, duerme.

Cuando se despierta, el rincón de estar se encuentra sumergido en la oscuridad, aparte del círculo de luz débil de la lamparita. Desde donde estoy, en el suelo, jugando con *Da Vinci* a uno de sus juegos favoritos, perseguir mi mano que «huye» de él, la veo sentarse en el sofá, quitándose la manta ligera con que la he tapado. Estoy con las piernas cruzadas en un círculo de luz creado por una lámpara que he apoyado junto a mí en el suelo, y ella tarda un instante en recordar dónde está y entender dónde estoy yo.

—¡Eh! Dónde... ¿Qué hora es?

—Las ocho y cuarenta —la informo tranquilo.

—¡¿Qué?! —La oigo levantarse, mover la silla en la que está su ropa, ponérsela —. Pero ¿por qué rayos no me has despertado?

—Tienes el sueño pesado. Hemos estado jugando también a pillarnos, *Da Vinci* y yo, y no has hecho un gesto.

—¡Haberme sacudido! ¡Llegaré tarde!

Con la prisa, por suerte, se está olvidando de sentir vergüenza por lo sucedido hace un par de horas. O quizá no siente vergüenza alguna, quizá la he juzgado mal. En el fondo, no es del tipo convencional.

—¿Es una cita importante? —pregunto en tono indiferente.

Viene hacia mí dando saltitos para intentar ponerse las bailarinas.

—Para mí sí. Es una cosa de trabajo... ¿Qué estás haciendo en el suelo?

—Juego con *Da Vinci*. Si no, se hubiese sentido abandonado y habría armado jaleo.

—Mejor que hubiese armado jaleo; al menos, me habría despertado.

Me pongo en pie justo cuando *Da Vinci* se lanza en dirección a Eva y tropiezo en su cola. Hace un visaje de dolor. Dios, puede que Leo tenga razón, no soy el tutor ideal de un hurón. Me inclino a recogerlo. Me mira un poco indignado, pero se deja mimar.

—¡Míralo! —Eva sonrío alargando una mano hacia el hurón.

Da Vinci acepta de buen grado las caricias y, por un momento, estamos muy cerca. Luego, Eva se queda quieta de repente, me mira y entiendo que sí, ahora está pensando en hace dos horas. No siente vergüenza, pero está turbada. Y, por supuesto, comienza a recordar que tiene novio.

—¿Dónde tienes esa cita? —pregunto para romper la tensión.

—En el otro extremo de la ciudad, en via Castel Morrone. —Hace una mueca—. No llegaría ni volando.

—Sea quien sea, ¿no puede esperarte diez minutos?

—Diez minutos, ¿bromeas? En transporte público necesito casi una hora para llegar.

—Pero en moto, no. —Le sonrío—. Espera un momento y, mientras, manda un mensaje para avisar de que llegas diez minutos tarde.

—Pero...

—Pero nada. Vuelvo enseguida.

Paso donde Leo, le dejo el hurón y le aviso de que salgo. Está sentado en la cocina con aire triste: esta tarde, Adela ha salido con amigas o, al menos, eso ha dicho, y lo ha dejado en casa solo. Su última y preciosa noche en Milán, la última que habrían podido pasar juntos; pero mi hermana es así. Me parece un mensaje claro. Querría quedarme a consolarlo, pero tengo que llevar a Eva. No sé por qué siento tan fuerte el deseo de hacer cualquier cosa por ella, de demostrarle que soy también una persona de fiar, pero es así. Y, además, Leo seguirá aquí cuando yo vuelva.

—Lo siento, amigo.

Es lo único que le digo, tocándole levemente el hombro. Hace un gesto como para espantar una mosca.

—¡Lárgate! Que, de mí, ya se ocupará *Da Vinci* —responde sin sonreír.

Mientras recorremos la circunvalación interna, Eva me explica qué va a hacer a La Belle Aurore, un local junto al barrio de Città Studi, bastante conocido en los círculos de intelectuales, periodistas, editores.

—Es para una entrevista —dice apoyando la cabeza en mi hombro para que pueda oírla por encima del ruido del tráfico—. Tengo que agradecerse a tu amigo Colin.

—¿Y a mí no? —la provoco mientras giramos en corso XXII Marzo y me meto a contramano en la vía del tranvía para evitar un atasco inexplicable.

—Un periodista que conoce Colin ha visto las fotos del reportaje en mi tienda y está escribiendo un artículo sobre los negocios *vintage* de Milán. —Continúa ignorando la pregunta.

Se trata, por lo visto, de un periodista de nombre. Eva menciona el suplemento de ocio de un importante periódico y silbo, pero el viento se lleva el sonido.

—Me ha pedido una entrevista para dedicar algo más de espacio a Wonderl... ¡Aaah! ¡El 27!

Viro bruscamente y vuelvo al otro carril para evitar chocar con el tranvía naranja. Pero ahora nos persigue el autobús número 73.

—¡Conduces como un loco! —exclama Eva—. He perdido cinco años de vida.

—Me parecía que lo importante era no perder cinco minutos de tiempo —contesto.

—Bueno, es una gran ocasión.

—Pero, perdona, ¿no podía el periodista entrevistarte en la tienda? Habría sido más lógico. Es que, justo a las nueve de la noche de un martes, en la otra punta de la ciudad...

—También me lo he preguntado yo. Pero ha dicho que vive por esa zona; puede que no quiera hacer un camino tan largo.

—Un auténtico reportero —comento.

La historia no me convence en absoluto.

—En cualquier caso, Colin vendrá con él.

¡Ah! Eso explica por qué a las nueve de la noche. Un punto para Colin, pienso con cierto espíritu deportivo, aunque no sin una pizca de resentimiento, mientras vuelvo a la izquierda en via Fratelli Bronzetti. Un par de minutos después, paro la moto frente a los dos grandes ventanales iluminados de La Belle Aurore. La terraza rodeada de pitósforos está llena de gente y en el aire flota un olor pesado de espiral insecticida. Es la primera vez que lo huelo este año: el verano está a la vuelta de la esquina aunque estemos solo a mediados de mayo.

—Aquí estás. Prácticamente a la hora.

Se quita el casco y me lo da, mientras con la otra mano se ahueca los rizos pegados a la cabeza.

—Yo... Bueno, gracias —dice.

—Un placer. Al menos una vez al mes salvo a una doncella en apuros —respondo encogiéndome de hombros—. Para mantenerme en forma.

—Como caballero sin miedo y sin tacha eres bastante insólito —observa—. Das más el tipo de bandolero.

Me descubro pensando lo mucho que me gusta ese modo suyo sincero y veloz de cambiar de tema, ese no preguntarme nunca lo que quiero decir. Le tomo una mano y me la llevo a los labios, disfrutando al ver su cara sorprendida.

—Soy de los que toman lo que quieren —murmuro—. Pero no miento nunca. Ni en la guerra... ni en el amor.

Su perfume me devuelve vívida la imagen de ella desnuda, apoyada en la mesa de madera, vibrante de deseo. Me yergo de golpe, antes de ceder al impulso de abrazarla y besarla allí, delante del local repleto. A través de los ventanales, me ha parecido entrever a Colin, en una de las mesitas cuadradas de dentro.

—Hasta el martes próximo, doncella en apuros —me despido, monto de nuevo en mi corcel y acelero.

En ese punto, se me plantea el problema de qué hacer con el resto de la noche. Son poco más de las nueve y no tengo muchas ganas de volver a casa, ni al estudio. Por hoy, que se preocupe *Da Vinci* de consolar a Leo; me siento intranquilo y la noche es demasiado fragante para volver a casa. Podría ir a la cervecería Lambrate y garabatear alguna idea para el guion del documental. O al Diana a hacer investigación de campo: varias de las mujeres a las que he «acompañado» han pedido que las lleve allí para el aperitivo. Pero, un poco más adelante en esta misma calle, hay otro local

bastante conocido, y recuerdo que tienen excelentes vinos. Cinco minutos después, estoy sentado fuera, en una de las mesitas de la acera, con una copa de tinto delante, como un viejo poeta.

Miro a mi alrededor: esta noche no hay mucha gente; en general, parecen grupos de colegas. Probablemente, han venido a echar un trago al salir de la oficina y están ya en el tercer Negroni. Por un momento, les envidio y me siento un perro abandonado, incluso cuando lo cierto es que nunca me ha disgustado no tener una oficina, una empresa, una compañía fija de personas con las que estar obligado a pasar mis jornadas. Mi vida es una geometría variable, recorrida de continuo por gente que entra y sale de ella. Incluso a mi hermana hacía tres años que no la veía. Siempre me ha ido bien así. Entonces, ¿por qué tengo ahora esta sensación de que está cambiando el viento?

Pero no tengo tiempo de responderme porque me suena en el móvil la llegada de un mensaje. Lo abro. Lo leo dos veces para estar seguro de lo que dice.

«Ven a buscarme, por favor. Eva».

—**B**ueno, entonces, ¿vendrás a verme a Sicilia? Hace un montón que no me oyes cantar. En un escenario, digo, no bajo la ducha.

Adela y yo estamos delante de casa, esperando su taxi para el aeropuerto, el bolso de lana de colores que le hace de maleta apoyado en el asfalto a nuestros pies.

—Seguro. Solo que puede que no enseguida —le respondo.

—¿Por qué no enseguida? ¿Por qué no te vienes conmigo? Antes lo hacíamos —me tienta.

—Antes... —Contemplo el parque un poco yermo que se extiende ante nosotros, con un tipo sudado corriendo. Son las diez de la mañana, Adela no es ciertamente una persona que hace la reserva de sus vuelos al amanecer—. Las cosas cambian.

Me mira y parece a punto de decir algo, luego se lo piensa mejor.

—Te estás haciendo demasiado profundo para mí. —Se encoge de hombros—. Quizá puedas venir con tu novia de rizos, ¿cómo se llama?, Manuela.

—Eva —corrijo deprisa.

—Ah, sí, Manuela era la otra. —Me escudriña con fingida seriedad—. ¿No la estarás engatusando, eh, hermanito?

—Claro que no.

No creo, al menos. Pero, de hecho, ayer por la tarde, Manuela me llamó y no respondí: estaba ocupado con Eva.

Rememoro cómo la vi ayer por la noche, indignada y gesticulante mientras Colin intentaba calmarla, ante La Belle Aurore. No había periodista: era solo un pretexto para hacerla ir a la cita. El amigo fotógrafo, sin embargo, no había contado con el carácter de Eva. Y, en general, con el hecho de que las mujeres odian que les tomen el pelo. ¿Cómo se puede estar tan desesperado cuando una rechaza salir contigo para tener que atraerla a una especie de trampa? Eva estaba furiosa.

—¿Te das cuenta? Me ha hecho creer que había conseguido una gran oportunidad para mi tienda. ¡Y nada era verdad! ¡Cabrón! —repetía casi llorando tras haber saltado a mi moto olvidando ponerse el casco por la prisa de alejarse del local.

La he llevado de vuelta a su casa y he esperado a verla entrar, como un auténtico caballero. Sospecho que Colin ha mandado al carajo definitivamente su ocasión, si tenía alguna. Mejor así.

Perdido en los recuerdos de anoche, casi no me doy cuenta de que ha llegado el taxi.

—Bueno, te dejo solo con tus pensamientos —dice Adela mientras el taxista carga su bolsa en el maletero—. Y... Y con Leo.

No solo Leo no se ha ofrecido a acompañarla al aeropuerto, sino que no ha querido siquiera esperar para verla irse. Ha salido esta mañana muy temprano con *Da Vinci*; me ha contado Adela que, cuando se ha despertado, ya no estaba. Ayer por la noche, cuando ella volvió, él dormía borracho sobre la mesa de la cocina. Ni siquiera se han despedido.

—No has sido demasiado tierna con él —observo.

La cosa más parecida a un reproche que le he hecho nunca a mi hermana. Es asunto suyo con quién decide tener relaciones y cómo. Pero lo siento por Leo.

—Era mejor así. —Hace una mueca—. Lo siento de verdad por él. No creía... Parecía tan tranquilo..., un despreocupado. Cuando me he dado cuenta, ya era demasiado tarde.

—Sé cómo es. —La abrazo fuerte, la oigo suspirar.

—Es que yo soy así... Ambos somos así, Luis —murmura—. No somos gente de la que enamorarse.

Tengo el impulso de protestar, pero luego me digo que tiene razón. ¿Hace cuántos años que no voy en serio con una mujer? O puede que vaya en serio con todas, como Adela con todos los hombres. Solo que «en serio» no quiere decir, necesariamente, «para siempre».

—No te preocupes, yo me ocupo de Leo —la tranquilizo teniéndole abierta la puerta del taxi mientras sube.

—No me preocupo —dice—. Pero solo porque sé ;que se ocupará de él *Da Vinci*!

Y, con una carcajada que es casi un sollozo, sale pitando, agitando una mano a través de la ventanilla abierta, como una chica de los cincuenta. Solo espero que no vuelva a pasar tanto tiempo hasta que volvamos a vernos.

Entro de nuevo en el estudio y alargo una mano hacia la carpeta en la que tengo guardado el dibujo de Eva abandonada contra la mesa. Podría ponerme a trabajar, tengo toda la jornada por delante. Decidir qué material usar, en qué obra encarnar esa fulgurante intuición. Comenzar a plasmarla, en la mente y, luego, en el mundo. Pero veo los *Cantos órficos* tirados por el suelo y abiertos por la página que estaba leyendo ayer un poco antes de que ella se despertase. Recojo el libro.

«Recuerdos de gitanas, recuerdos de amores lejanos, recuerdos de sonidos y luces: cansancios de amor, cansancios repentinos en el lecho de una hostería lejana, otra cuna aventurera de incertidumbre y nostalgia...».

Dejo vagar la mirada por la habitación, hasta la gran mesa de madera. Nostalgia... No, esto no es nostalgia, querido Campana. Ni cansancio. Pero quizá sí es recuerdo.

Dejo el libro en la estantería, voy a abrir la ventana y, tomándome por sorpresa, me asalta también la remembranza. Rostros de mujeres. Tantas historias largas y cortas. Pobre Leo, compañero de libertinaje, que ahora sufre por una mujer. Puede que, en realidad, simplemente le haya sugestionado, también a él, el mito de las parejitas felices. Ya, porque en el ambiente de Leo, si a cierta edad no has formado la

pareja perfecta, no vales nada. No, le deseo, en cambio, que sea auténtico dolor, le hará bien. El dolor forja el carácter.

La primera vez que sufrí por una mujer tenía cuatro años. ¿Parece raro? Los niños son raros. Nada más entrar en la guardería, lo primero que hacía era buscar con la mirada a la mujer de la limpieza. Una joven esculpida como un desnudo de Modigliani, aunque entonces no lo pensaba, por supuesto, en esos términos. Mis fantasías y mis sueños sobre ella eran frecuentes y siempre los mismos: jugábamos rodando por el suelo hasta que uno de los dos terminaba sentado en la tripa del otro. A Freud también lo leí mucho más tarde.

Una mañana me dio un terrible dolor de estómago, o puede que fuese el hígado, que no conseguía describir bien. Estaba pálido, con la carita contraída, y decidieron llevarme al hospital cercano. Pero ninguna de las maestras podía ausentarse, así que le pidieron a ella, a la mujer de la limpieza, que me llevase. Recuerdo aún la felicidad de aquel paseo de la mano de ella, el séptimo cielo pese al dolor, que, de hecho, quizá precisamente por eso, se me había pasado por completo para cuando llegamos. Inútil alargarme: me dieron el alta con deshonor. En el camino de regreso, ella continuaba lamentándose de que le hubiese hecho perder el tiempo. La mano que apretaba la mía era brusca, ya no suave y auxiliadora, el paso era impaciente. Dolido, confuso, decidí que no merecía mis fantasías.

Pensando en ello, sonrío para mí, pero aún recuerdo el sentimiento de tragedia. La percepción de que la mujer da y quita, como una diosa: afecto, comprensión, ayuda. Y nosotros, mortales, nos esforzamos por explicarlo, pero no siempre es posible.

Igual mejor me doy una ducha.

Porque, además, traumas de la infancia aparte, las he olvidado todas. Las historias largas y las cortas. Todas, excepto la de Cecilia. No quiero pensar en ella ahora.

Esta mañana, el vacío que me ha dejado la partida de Adela se amplía para incluir un pasado que había reprimido, y un futuro del que no estoy en absoluto seguro. Conozco un único remedio para este mal de vivir. Cojo el teléfono.

—Hola, Carlo, ¿te molesto? Sí, hace un siglo... Ocupadísimo, ¡como todos! Pero lo remediamos esta noche con una buena parrillada, los de siempre, ¿qué te parece?

Algunos cumplidos, unos minutos, otro número de teléfono.

Leo vuelve a las siete, poco sobrio y con *Da Vinci* dormitando en su trasportín nuevo, de un sencillo negro brillante, lo contrario de mi bolsa de tela. Me da mucha pena así enjaulado.

—Le has comprado un todoterreno —comento mientras lo saca cerrando la puerta acristalada del patio para evitar que escape—. Y aún no ha cumplido los dieciocho.

—Esa porquería de bolsa rosa no se podía mirar —contesta, y por su voz me doy cuenta de que no está sobrio en absoluto—. Imagina ir con ella por la calle.

Se levanta de nuevo y viene hacia la mesa donde estoy colocando salchichas en la parrilla. Todo alrededor hay esparcidas bandejas de carne y verduras, y un vaso con

romero macerando en aceite. Parece uno de esos programas de cocina que dan ya en cualquier canal.

—¿Qué estás haciendo? Parecen las provisiones de la campaña rusa.

—He invitado a los de siempre a una parrillada que hacemos.

—¿Hacemos? Joder, Luis, no; esta noche, no. Quería estar solo.

—Lo sé. Por eso hacemos una parrillada.

Va a protestar, pero renuncia antes de empezar.

—Voy a darme una ducha —rezonga, y desaparece en su cueva.

Cuatro horas más tarde, la segunda botella de Merlot en una mano y un panecillo con salchicha en la otra, está flirteando con Dorotea, la novia de Paolo, una graciosa, aunque bastante tímida, castaña que trabaja como encargada de prensa en un pequeño sello discográfico. Alrededor, en nuestra pequeña tira de jardín a las orillas de la obra, se arremolina una veintena de amigos que comen, beben y charlan. A la mitad los he invitado yo, los otros simplemente se han presentado. Con nuestras veladas improvisadas sucede siempre lo mismo. Paolo me ayuda a asar y mira indulgente a Leo, que se arrodilla con fingida caballerosidad frente a su novia, haciéndola reír. Sacude la cabeza riendo también él. Es, seguramente, nuestro mejor amigo, Paolo, más de un metro ochenta de físico deportivo y turbios ojos verdes, y no lo he visto nunca celoso. Ni ser traicionado o, por lo menos, no por Dorotea, seguro. Más bien al contrario, diría yo.

—Está en forma Leo, ¿eh?

—Diría que sí.

Sé muy bien que, para Leo, el derrumbamiento llegará mañana y será tremendo, pero estoy contento de haberle comprado tiempo con esta fiesta improvisada.

Manuela se me acerca por la espalda y me abraza.

—¿Puedo besar al cocinero? —pregunta.

—No, el cocinero tiene ya bastante calor —respondo de broma, pero lo cierto es que no tengo ganas de besarla y eso me preocupa.

La he invitado yo, esta noche, para hacerme perdonar por no haber respondido a sus llamadas o para quitarme de la cabeza a su amiga. Pero, por primera vez, cuando la he visto aparecer en la puerta, no he sentido deseo.

—Pero puedes pasar por ahí este plato de salchichas ya listas —añado dándoselo—. Y, quizá, traer al cocinero un vaso de vino.

—A sus órdenes, señor. —Y parte alegre, contoneando las caderas y haciendo ondear la falda roja de gitana.

—Guapa, la chica —comenta Paolo—. Parece también de las que no se hacen pajas mentales.

—Es simpática —digo.

—¿Simpática? Y ¿qué categoría es «simpática»? ¿Te la tiras o no?

Observo a Manuela pasar entre los amigos ofreciéndoles salchichas, bromeando con todos, admirada por todos. Se acerca a la mesita en la que habíamos puesto

algunas botellas y vasos de papel, y se inclina a servirme un vaso de tinto. La tela de la falda se le tensa sobre el culo. Nada.

—Me la tiraba —corto.

Poco después de medianoche, mientras las brasas se apagan en la parrilla, el grueso del grupo se ha reunido como de costumbre en torno a Leo, que toca la guitarra. Han abordado «Margherita» de Coccianta con más fantasía que respeto por el texto original, mientras los amigos que desafinan están dispersos por el jardín y el estudio. Yo estaría, normalmente, cantando con los otros, pero esta noche prefiero mirarlos, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el gran castaño de Indias. Tengo la extraña sensación de asistir a la última función de un espectáculo.

—¿En qué piensas? —me pregunta Manuela.

Se sienta a mi lado, sin preocuparse de mancharse la falda roja de hierba ni de colillas, puede que encendidas. Me gusta su desenvoltura. Me gusta, pero no lo suficiente.

—Pienso que algunas cosas no cambian nunca —le respondo. La miro a los ojos—. Mientras que otras, en cambio, sí.

Me doy cuenta de que está tentada de hacerse la tonta. Luego tuerce la boca en una mueca.

—Me parecías poco afectuoso. ¿Algo no va bien? ¿Es porque te llamé ayer?

—Pero no, ¡qué va! —Siento aumentar mi impaciencia. Odio este tipo de conversaciones—. Es solo que no va... No me va, eso es todo.

Y no me va tampoco dar explicaciones. ¿Explicaciones de qué, además? Conoces a alguien, os gustáis, termináis o no acostándoos, y es como una ola que sube, todo parece conspirar para acercaros, hacer que os encontréis, aumentar la intimidad, alimentar la pasión. Y, luego, la ola rompe, por la familiaridad o las diferencias, o por casualidad, vaya usted a saber. Y ya no vuelve a subir después de haberse aplanado en el mar.

—Y, entonces, ¿por qué me has invitado? ¿Para un último polvo de amigos contra la escalera de la cama?

Esta vez no puede evitar ser ácida.

—Porque tenía ganas de verte —respondo—. Y espero que nos sigamos viendo.

—Mierda, eres rápido, ¿eh? —comenta—. Ni siquiera tres semanas y me largas el habitual «pero quedamos como amigos».

—Bueno, en realidad, no. —La miro con media sonrisa—. Después de ni siquiera tres semanas, como mucho, te puedo largar un «seamos amigos».

Su cara está en vilo entre la risa y la rabia, luego, cómplice también el vino, gana la risa. Se estira para rozarme los labios con un beso que sabe a añoranza.

—Sea quien sea ella, espero que te lo ponga difícil —me desea y se une al grupo de cantantes.

Se sienta de espaldas a mí, junto a Paolo. No me sorprende ver la mano de él colándose bajo la blusa de Manuela tras solo dos canciones. Es rápido, el amigo. Ella

no lo aleja, al contrario, se le acerca todo lo que puede sin ser vista por Dorotea que, por su parte, está al otro lado del círculo, concentrada hojeando un viejo cancionero scout que alguien ha sacado de quién sabe dónde. Es la única que se preocupa de saber cómo es la letra.

La mano de Paolo acaricia la espalda de Manuela, la cadera, luego alarga el brazo hasta llegar al pecho firme y denso. Ella le aprieta con fuerza una rodilla y se levanta murmurando algo, luego entra en casa. Él la sigue después de los segundos justos a que obliga el decoro, pero, total, Dorotea no despega la mirada del cancionero y los otros están demasiado borrachos para hacerles caso. Perezosamente, apuesto contra mí dónde culminará la historia: ¿mi cama?, ¿la de Leo?, ¿el baño?

Cinco minutos después, vuelvo al estudio oscuro; iluminado solo por dos lámparas rinconeras, parece desierto. Luego han elegido el apartamento de Leo, pienso, hasta que un movimiento atrae mi atención, y me acerco a la puerta acristalada de entrada. Al amparo de las sombras de la noche y el sotechado, Paolo se trajina a Manuela contra la pila ordenada de leños, hundiéndose con golpes poderosos en ella, levantada con las piernas en torno a su cintura.

En la leñera. No sabía que Paolo era tan romántico.

Dejo de hacer el voyerista y me alejo pensando que Manuela va a tener mañana unos hermosos cardenales en la espalda. No es exactamente liso y uniforme el montón de leña. Solo espero que no se les caiga encima antes del gran final. Voy a sentarme junto a Dorotea y Leo me guiña un ojo.

—Por fin nos haces el honor de unirme a nosotros —observa con irónica consideración.

—¿Has visto a Paolo? —me pregunta Dorotea.

—Está terminando un trabajito en la leñera —la tranquilizo—. Viene enseguida.

Sentimiento de culpa, cero. Me pregunto, más bien, cómo hacen algunas personas para creer —o fingir que creen— en la fidelidad *a priori*, como si fuese un intercambio comercial. El amor se da y se toma, no se programa, no se organiza como una agenda de citas. Y, sin embargo, vivimos enjaulados en un sistema que intenta obligarnos a plantear las relaciones como un contrato, con el sexo como moneda de cambio y la fidelidad, la seguridad, el estatus como mercancía. ¿Y la elección, la magia, la libertad? Mejor olvidarlas, no son razonables. No son lo suficientemente cartesianas. No digo que la fidelidad sea una utopía; simplemente, no se puede exigir: se elige, nos elige cada día. Y es una cuestión de piel, de corazón, no de eficiencia o comodidad.

Dorotea es agente de prensa y Paolo gerente en el mismo ámbito, el musical. Casi todas las parejas que conozco son así, parecen formadas siguiendo el libro de algún sociólogo. Comienzan en la universidad: ¿eres estudiante de Derecho o de Psicología? Terminarás acostándote con jóvenes licenciados (o profesores) en Derecho y Psicología. Las cosas no cambiarán más adelante y, ni por equivocación, te encontrarás entre las sábanas de un empleado de Correos, por mucho que vuestros

cuerpos se deseen. No soporto a la gente que se junta solo porque, como gallinas en batería, les han educado en la misma jaula. Asunto suyo. Pero reivindico mi libertinaje, que, además, es puro romanticismo frente al darwinismo aplastante.

Aunque, sinceramente, esta noche no me basta. No me basta ni siquiera la grandanza de cuerpos que se enlazan y se funden. Esto no puede ser todo. Puede que por eso me esté enfadando tanto, yo solo además, como si estuviese discutiendo conmigo mismo.

—¿A qué viene ese aire sombrío? —me pregunta, de hecho, Dorotea—. Mira lo que hemos encontrado. —Y me muestra divertida el viejo cancionero—. Me parece haber vuelto a ser niña: está toda la discografía de Lucio Battisti.

Sus manos esbeltas se paran en una página y la muestra a Leo invitándolo a tocar. Me uno al coro, riéndome de mí mismo y de la vida.

Salgo de la sombra de la galería Vittorio Emanuele y plaza de la Scala se abre ante mí, brillante de lluvia. Son las cinco de la tarde, pero el diluvio que cae desde las nubes grises oscurece el aire como si estuviese anocheciendo. Ante mí, la fachada elegante del antiguo teatro tiene un aire algo deprimente, semidesierto y aún sin iluminar; bajo el pórtico acostumbrado al gentío, circulan solo algunos holgazanes y turistas. Atravieso veloz la plaza vacía, con sus plantas golpeadas por los goterones; inclinando la cabeza, me subo el cuello de la chaqueta de pana que he sacado aprisa hace poco del armario. La temperatura ha bajado, ni siquiera parece primavera.

Entro en el Café Trussardi entre un levantarse general de cejas. No voy mal vestido: vaqueros, camisa azul de lino, chaqueta. Cierto, la chaqueta no es particularmente clásica, con su tono de azul más bien claro y las coderas verde oscuro. Me la regaló un diseñador joven hace un par de años, cuando posé para su catálogo. Pero, más probablemente, las cejas de los asiduos del bar, frecuentado por modelos y empresarios, y otra gente elegante, se levantan porque estoy empapado. Solo atravesando la plaza he cogido más agua que si hubiese estado haciendo surf.

El hombre con el que voy a encontrarme, ya sentado a una mesa en un rincón de la veranda que da a via Filodrammatici, está seco. Lleva un traje clásico azul y camisa celeste, un pañuelo negro en el bolsillo, arreglado como un maniquí del museo de cera, y está a la defensiva. Lo veo ya al acercarme, por la postura cerrada, la silla pegada a la mesa, las piernas cruzadas, las manos jugueteando nerviosas con un palillo de dientes. En las fotos de la página, parecía más atractivo; en persona, tiene la cara más regordeta, las cejas demasiado tupidas y, a pesar de que la mandíbula está apretada en una línea dura, la barbilla es débil bajo los labios carnosos. Esa es la razón por la que se deja perilla. Tiene delante uno de los cócteles sin alcohol, a base de zumos, que preparan aquí; será algo con jengibre. Es el nuevo tormentón, el jengibre.

Me tiende la mano sin levantarse y me acomete una loción para después del afeitado demasiado fuerte y especiada.

—Antonio —dice, evaluándome con la mirada.

Se le pliegan las comisuras de la boca hacia abajo.

—Luis.

Me siento frente a él e intento comunicarle confianza e informalidad. Vuelve el torso hacia mí y se desliza hacia delante en la silla, las piernas aún cruzadas, una mano cerrada en puño sobre la mesa. Dominante, y aún a la defensiva.

—Como te he dicho por teléfono —comienzo a explicar—, estoy realizando un documental sobre el mundo de los acompañantes masculinos, los llamados gigolós.

Has recibido el material sobre la producción que te he enviado por correo electrónico, ¿verdad?

Asiente sin decir nada.

—Para este documental —continúo— son importantes, obviamente, los testimonios de primera mano. Estoy recogiendo muchos porque quiero dar una panorámica lo más amplia posible, con todos los matices del trabajo. ¿Por qué se escoge? ¿Cómo son los comienzos? ¿Cómo se hace? ¿Cómo se llega al top?

Sí, he elegido a propósito todas las preguntas más banales y un horrible término en inglés, porque ya he comprendido que este interlocutor es, o querría ser, lo que los etólogos y las revistas femeninas llaman «un macho alfa». Inútil preguntarle cómo se siente, cómo considera a las mujeres; veo ya que adentrarse en matices más personales no será posible. Pero tiene éxito en su campo y también este es un aspecto importante.

—He pensado que, puesto que eres uno de los acompañantes más solicitados, podrías ser la persona ideal para tratar el tema —prosigo.

Relaja la mandíbula levemente confirmándome que, como siempre, la adulación funciona.

—No soy uno de los más solicitados —objeta—. Soy el mejor.

Es extraña la combinación de la voz de tenor que ya he oído al teléfono con este aspecto de galán misterioso. No le pega en absoluto o, por lo menos, no a la imagen que ha escogido para sí. Y la voz es siempre reveladora: en este caso, del abismo entre lo que es y lo que hace. O entre lo que es y lo que cree que debería ser. ¿Por qué un hombre tan escindido tiene un oficio que requiere equilibrio como el de acompañante? Y, sobre todo, ¿consigue separarlo de su vida privada o no?

—El mejor, exacto —asiento—. Ahora, las opciones son dos. Puedo limitarme a tomar notas sobre lo que digas. O, si no te importa, lo más práctico sería grabar la entrevista, luego puedes decidir si darme la autorización para usar el audio en el documental o mejor, no.

—Supongo que luego modificas las voces, ¿no? —Por primera vez en los ojos negros brilla algo que se parece a la curiosidad—. Como en los telefilmes americanos.

—Bueno, no —respondo procurando no sonreír. ¿Quién se cree que es? ¿Un testigo de la mafia?—. Las voces distorsionadas son bastante molestas, ¿sabes? Sobre todo, durante toda una película. Y, además, este oficio no es ni ilegal ni vergonzoso, no veo por qué deberíamos dar la impresión de que quien lo hace quiere ocultarse. ¿No estás de acuerdo?

—Por supuesto que no tiene nada de vergonzoso —exclama como si yo hubiese dicho lo contrario. He puesto el dedo en la llaga. Una de las más comunes, por cierto—. Al contrario, es el oficio más *cool* del mundo. —Hace un gesto despreciativo hacia mi bolso—. Graba, graba: no tengo nada que esconder.

El camarero se acerca para tomarme nota. Necesitaría algo fuerte, pero pido el mismo cóctel que él para que se sienta cómodo y entender un poco mejor sus gustos.

—Da mucha energía —aprueba— y ayuda al metabolismo.

El metabolismo. Un ex gordito, probablemente.

—¿Cómo quieres que te llame? —pregunto mientras saco la grabadora, el boli y el bloc—. Como te he dicho, si el entrevistado lo desea, no hay problema en utilizar un seudónimo.

—Antonio está bien: es mi nombre artístico —responde.

—Antonio, entonces.

Enciendo la grabadora y la pongo sobre la mesa, entre los dos, con cuidado de colocarla de forma que, desde donde está él, le quede un poco oculta por su vaso. Grabará bien igual y, con un poco de suerte, después de un rato hablando, se olvida de que está ahí. Les pasa a todos.

—Tienes treinta y siete años, has nacido y vives en Milán.

—En Limbiate —especifica él—. Los precios de las casas en Milán son absurdos. No estoy por la labor de que me desplumen.

Tengo la visión de un piso de tres habitaciones suburbano, alquilado, con muebles de la línea un poco más cara de Ikea, la cocina americana y el botellero refrigerado de falso entendido. Me impongo no caer en lugares comunes, no puedo permitírmelo en mi trabajo. Pero la energía que emana este tipo es demasiado negativa. Hay algo que no cuadra.

—Antonio, ¿cuándo has comenzado a trabajar en esto?

—Hace cuatro años. Antes era actor —me explica.

—¿En serio? ¿Algo que haya podido ver?

—Bueno, no sé, son tantas cosas... He hecho de extra en varias películas y series, algún papel de verdad, mucha publicidad. Es una lista larga. Iba bastante bien, estaba solicitado, pero ¿sabes?, para dar el salto hacen falta otras cualidades, no sé si me explico. Los amigos, los padrinos adecuados.

Escucho este asunto de frustración ordinaria sin un parpadeo, pero me desanimo. Esto no va a llevarme a ninguna parte, es una historia como muchas otras, casi podría escribirla sin entrevistarle, maldita sea.

—Ya, sin apoyo en este país... —respondo sacudiendo la cabeza—. ¿Has pensado alguna vez en irte fuera?

Sacude la cabeza también él, con decisión.

—Fuera, todos son extranjeros —sentencia. No se le puede quitar la razón—. Está bien para ir de vacaciones, eso sí, viaje a menudo a Ibiza, allí sí que saben divertirse. Pero, para vivir, no, no podría nunca. Quien lejos va a casar...

—¿Estás casado, Antonio?

—Sí, pero ¿qué importa eso? —De nuevo a la defensiva.

—Bueno, es un detalle relevante. ¿Sabe tu pareja a qué te dedicas? ¿Le gusta la idea o quizás está celosa?

—Pues claro que lo sabe. —Se encoge de hombros—. Llevo a casa un montón de dinero y será mejor que no se queje.

—Y ella ¿a qué se dedica?

—Es ama de casa.

Frunce las tupidas cejas, como si yo hubiese preguntado algo muy obvio.

Quizás es esta la respuesta a mi pregunta: no, no consigue separar su trabajo de su vida privada. También en los sentimientos repite el modelo, el intercambio. Vende protección, seguridad, y compra obediencia, tranquilidad familiar, una imagen de sí mismo como hombre fuerte. Quizá, como sucede a menudo, ha escogido un oficio que, en realidad, corresponde a su modo de ver la vida.

—Tenemos un niño de tres años —añade Antonio—. Cuando se tienen hijos, lo lógico es que la mujer se quede en casa. ¿Qué sentido tendría tener hijos para dejarlos crecer con una desconocida?

Mi antena capta un detalle.

—Así que has comenzado a trabajar en esto cuando tu mujer se ha quedado embarazada...

—¿Cómo lo sabes? —pregunta sorprendido.

Sé contar. Pero sería la respuesta equivocada.

—Bueno, les pasa a muchos. Primero se persigue, quizás, el propio sueño; luego, hace falta dinero, se escoge una profesión más rentable, ¿no?

—Mira, mi profesión no tiene nada de malo.

La pequeña abertura se cierra de nuevo.

—Por favor, yo no pienso eso en absoluto. No a tus niveles, pero también yo trabajo en esto. No son fáciles las señoras, ¿eh? —Intento la carta de la complicidad masculina.

—Mira, yo, en estos años, he entendido una cosa que me ha ayudado mucho. —Se inclina hacia delante, sobre la mesa—. Al comienzo, no digo que fuese fácil. Esperan ser tratadas como reinas, están siempre nerviosas, estresadas, hay algunas que se sienten avergonzadas y responden con monosílabos, otras que, al contrario, son incluso demasiado desenvueltas y te tienen que repetir lo *guais* y lo ricas que son, y lo satisfactoria que es su vida, lástima que, extrañamente, no encuentren un hombre dispuesto a salir con ellas gratis.

Asiento sin interrumpirlo. Es increíble, me está llevando a algún sitio. No digo que su análisis del universo femenino sea refinado, pero es, desde luego, sincero al contar las dificultades de los comienzos. Para un hombre con ideas, digamos, muy tradicionales, ha elegido un trabajo extraño. Por eso está tan alienado. ¿Por qué un hombre como este elige como profesión ser acompañante de mujeres? ¿Un subordinado de ellas? ¿Simple necesidad de dinero? Puede que, sobre este tema, pueda sacarle algo.

—En resumen, te aseguro que, al principio, he pasado algunas noches verdaderamente infernales. Llegaba a casa agotado, y los comentarios en la página

tampoco eran muy entusiastas. Buenos, sí; pero, en resumen, mediocres. —Hace una mueca—. Entre tú y yo, y esto no lo pongas en tu peli, no es que las clientas sean el máximo de la inteligencia, con los aires que se dan. Pero, bueno, en cualquier caso, he pasado al menos seis meses de infierno y estaba a punto de dejarlo todo, de volver a la rui... Volver a los escenarios, volver a probar. Cuando una noche, por casualidad, he descubierto el secreto del éxito. He descubierto lo único que me hacía falta saber sobre las mujeres.

Me doy cuenta de que también yo estoy inclinado sobre la mesa, hacia él, en espera. Tengo que concederle cierta capacidad para crear suspense.

—Son todas putas —declara con convicción.

Las tres palabras caen sobre la mesa con tal pesadez que me asombra no oír el ruido. Debo de tener una expresión estupefacta porque se sonrío, satisfecho del efecto producido, y se echa hacia atrás para apoyarse en el respaldo asintiendo.

—Tal cual. Una noche acompañé a casa a la de turno, una cuarentona muy arreglada, directora de algo. Era la época en que estaba pensando dejarlo. Entonces, como, bajo toda aquella chapa y pintura, la verdad es que estaba buena, cuando estábamos bajo su casa, pensé: «Al demonio, ¡voy a probar!».

—Y triunfaste —deduzco.

—Y tanto que lo hice. Se ha apuntado enseguida. Me la he cepillado como es debido en el sofá de su ático de telenovela americana. Y en la cama. Y en el baño. Y, al día siguiente, tenía en la página el mejor comentario que he tenido nunca. Noche encantadora, un auténtico caballero, plenamente satisfecho... Satisfecho, mi polla, he pensado. ¡Literalmente!

—Y desde entonces... —Lo apremio con cuidado, aunque no hace falta, es ya un río en crecida.

—Y, desde entonces, no hago excepciones. Altas, delgadas, jóvenes, viejas, guapas, feas... Las llevo a cenar o a fiestas, o a actos y todas esas pijadas, sonrío, las llevo del brazo, les sirvo de beber, y luego, en casa, les doy un buen repaso, por delante y por detrás, y las dejo contentas diciéndose que han tenido una aventura. Satisfechas... o ¡no les devuelvo el dinero! —exclama, y estalla en una sonora carcajada.

Casi no reconozco al tío taciturno de hace apenas media hora, que respondía con esfuerzo. Es cierto que basta tocar una fibra y saber escuchar. Y puede que tenga otra respuesta a mi pregunta: ¿qué empuja a un hombre así a dedicarse, por oficio, a las mujeres? La venganza. No solo hacia las mujeres. Hacia un mundo que no lo ha entendido, que no lo deja vivir en paz consigo mismo.

Todo lo que hay que saber sobre las mujeres... Cierto, si por «putas» entiende desenvueltas y amantes del placer, es simplemente su derecho (y suerte que también hay mujeres así). Darse cuenta de ello no puede hacer más que bien a toda la humanidad. Para muchos hombres es, al principio, un trauma, especialmente para los niños de mamá. Descubrir en plena adolescencia que el amor cortés por la mujer

angelical es solo miedo: miedo del vórtice de sensaciones que te asalta, miedo del cuerpo femenino. Insistente exhibicionismo, como decía Carmelo Bene, que permite al caballero cortés ahorrarse el esfuerzo del coito. Helo ahí: Antonio ha comenzado a descubrir algo sobre las mujeres hace solo un par de años y ni siquiera a nivel consciente. Imagino que es más fácil cabrearse con el mundo que tener que reescribir casi cuatro décadas de vida.

Me parece estar mirando un abismo abierto en el alma masculina y pienso que, en el fondo, no he aguantado todo esto en vano. Debería estar satisfecho y, sin embargo, algo me atormenta. Y no es el escaso respeto que muestra por las mujeres, que, supongo, no sabrían tampoco qué hacer con dicho respeto. Probablemente, ellas también hablan de él en los mismos términos. Pero, entonces, si somos tan distintos, ¿por qué me inquieta?

Luego, mi mente tropieza con el pensamiento que estaba buscando. Estoy tan alterado porque algunas cosas de las que dice de las mujeres las he pensado también yo. No que son todas putas, por favor. Pero lo cierto es que esos estereotipos deleznable también me han pasado por la cabeza a mí, y no solo una vez.

Me encojo de hombros. Este documental me está llevando demasiado lejos. Si continúo absorbiendo todos los problemas de mis interlocutores, acabaré en el manicomio, debería saberlo ya. Pero hay una pregunta que me surge verdaderamente espontánea de lo que he visto hasta ahora tanto de Antonio como de las mujeres:

—¿Es eso lo normal? Quiero decir, ¿no hay ninguna a la que no le interese... la segunda parte de la noche?

—Alguna —admite a media voz.

La mirada se le oscurece ligeramente y deduzco que los rechazos deben de haber sido un poco bruscos. Y puede que no hayan sido pocos. Por otra parte, tampoco tantos, visto su nivel de aceptación en la página: puede que este enfoque suyo un poco Neanderthal a alguna le parezca tranquilizador. O puede que el pensamiento de la casa vacía sea más triste de lo que imagino.

—En cualquier caso —sigue—, son la excepción. La excepción a la regla de oro; no la olvides nunca, amigo mío: las mujeres son todas putas.

No soy, la verdad, un moralista, pero me cuesta mirarlo. Sus ojos brillantes y sus mejillas enrojecidas me transmiten una sensación de incomodidad, enfermiza. Retiro la mirada de él y la llevo al exterior, a la calle. Y, al otro lado del ventanal, está Manuela mirándome. Más bien, mirándonos.

Cuando salgo del Trussardi unos minutos más tarde, después de haber pagado las bebidas por el privilegio, dice él, de haber aprendido la regla de oro, Manuela sigue allí. Está bajo los soportales y, claramente, me espera. Tiene la cara mucho más oscura que el cielo, del que sigue cayendo una lluvia, ahora más suave.

—¡Hola! —le digo sorprendido—. ¿Me esperabas?

—¿Qué hacías con ese? —pregunta sin preámbulos.

—Un asunto de trabajo. —Encojo los hombros. No entiendo por qué tiene que tener ese tono hostil y no tengo ganas de ponerme a explicarle el porqué y el cómo de mis entrevistas—. Pero ¿tenemos que mojarnos?

Es esa lluvia fina y fastidiosa que no parece nada y, sin embargo, te empapa como un chaparrón. Tomo a Manuela del codo.

—Vamos bajo los soportales, venga.

—¡A quién le importa mojarse! —Elude mi mano con un tirón y veo que está verdaderamente furiosa. Pero ¿qué le ocurre?—. Entonces, ese es tu trabajo, y no el de artista.

Finalmente, se hace la luz en mi cerebro.

—¡Ah! ¿Conoces a Antonio? —No consigo evitar una sonrisa—. No me digas que lo has contratado también tú...

—No, yo no. Anda que iba a pagar yo por salir con ese tiparraco —dice con desprecio—. Pero una amiga mía, sí.

—¿Y ha quedado satisfecha? —pregunto, lleno de curiosidad profesional.

Reacción equivocada.

—Pues será asunto suyo si ha quedado satisfecha. Y es inútil que intentes cambiar de tema porque, aquí, el caso es que me has mentido. ¡Eres gigoló!

El tráfico es escaso en torno a nosotros, pero el cien por cien de los peatones que están al alcance del oído —y, dado que está gritando, eso incluye a casi toda la plaza — se vuelve a mirarnos. A excepción de dos japoneses que no entienden italiano ni, por lo que se ve, francés.

Mi primer impulso es negarlo. Luego pienso: que se joda. Si es lo que quiere pensar... Después de todo, ¿y si lo fuese? ¿Qué derecho tendría ella de decirme la profesión que puedo o no tener? Sin contar con que, técnicamente, lo he sido.

—Sí, también soy acompañante —asiento—. ¿Y qué? ¿Por qué te altera tanto?

—Entonces, por eso estabas en Siena, en la boda, con aquella mujer.

—Sí, por eso. Y, te diré, ha sido la primera vez que me he comportado de forma tan poco profesional.

Se sonroja.

—Quieres decir... ¿en el comedor?

—Quiero decir que nos hemos escapado juntos y he dejado plantada allí a la pobre Mantovani, terminando el día sola. No puedes decir que yo estuviese pensando solo en mi conveniencia.

—Ah, seguro, habrás perdido dinero. —Y la boca se le tuerce en una mueca dura. Saca la cartera, le tiembla la mano. Extrae un billete de cien euros y me lo tiende con desprecio—. Ahí tienes, espero que baste para cubrir la ganancia perdida. ¡Oh! No me hago ilusiones de que sea suficiente para todos tus demás servicios, pero esos... Imagino que han sido un obsequio para fidelizar a la clientela.

Guardo silencio con los dientes apretados. En estas condiciones, no escucharía ninguna explicación y, probablemente, terminaría por gritar también yo. ¿Cómo se

atreve? Nunca habría creído que pudiese ser tan mezquina, de mente tan cerrada. Es una profesión como cualquier otra: el acuerdo es claro. En mi sistema de pensamiento, no existe «correcto» o «incorrecto». Pero entiendo que la reacción de Manuela tiene más que ver con mi rechazo de la otra noche, en la fiesta, que con su presunta indignación moral.

Viendo que no reacciono, se vuelve para irse, disgustada. Luego, tras dar un paso, se lo piensa y vuelve hacia mí, clavándome un dedo en el pecho.

—Y otra cosa, querido artista: mantente lejos de Eva, ¿he sido clara? Es una buena chica. No te atrevas a entrar en su vida y mandarla a la puta mierda... Perdón: ¡a la mierda gigoló!

Y, con este último golpe, gira sobre los talones y se va. Noto por el rabillo del ojo un movimiento en la veranda del Trussardi, Antonio se ha puesto en pie para disfrutar de la escena a través del cristal. Su mirada, sin embargo, no está puesta en mí: mira el billete de cien euros, abandonado en el suelo a mis pies, que se empapa lentamente.

Coge tú el dinero, amigo, pienso subiéndome el cuello de la chaqueta y alejándome en dirección al metro de Montenapoleone. Toma el dinero y corre. Lejos de ti mismo, si puedes. Yo no soy capaz. Y hace mucho tiempo que no me sentía tan insatisfecho, como si se me escapase algo importante.

Mientras me hundo en el metro, oigo la voz de Manuela, indignada y asqueada, la misma voz que habría usado con Antonio, el odiador de mujeres: «No te atrevas a entrar en su vida».

Bueno, pero yo no tengo ninguna intención de entrar en ella. ¿O sí?

—¿Puedo? —dice la voz de Eva desde la puerta.

—Pasa, pasa —la invito sin levantar la cabeza.

Estoy concentrado estudiando un trozo de madera de ácana en busca de imperfecciones. Es el más grande y más hermoso que tengo, un tarugo irregular de más de cincuenta centímetros de alto y una veintena de diámetro. Probablemente, parte de un dintel.

—¿Qué haces?

Oigo sus pasos acercarse con un extraño repiqueteo y levanto la cabeza. Estoy sentado en el suelo y, por tanto, lo primero que veo son sus pies, los dedos estilizados envueltos en un par de sandalias hechas de nada, apenas tres tiritas de charol carmín y diez centímetros de tacón de aguja. Tiene las uñas perfectamente pintadas de rojo, por primera vez desde que la conozco. Subo con la mirada a lo largo de los tobillos y las piernas hasta donde, muy por encima de la rodilla, comienza una falda ligera. Es un vestido, noto enseguida, un vestidito rojo de tirantes estrechos, estampado con extrañas flores fucsia que parecen grandes plantas carnívoras.

—¡Por Dios! —exhalo, encontrando la mirada inclinada hacia mí, extrañamente brillante en la cara seria pero, por una vez, no hostil—. ¡Qué linda estás!

—¿Qué haces? —repite, curiosa por los trozos de madera esparcidos a mi alrededor: de diversas dimensiones, de varios colores, del tarugo al fragmento. Se agacha junto a mí y el perfume de flores y viento de su piel me aturde.

—Considero los materiales. Para una escultura, o quizás un bajorrelieve, no sé aún.

Le tiendo el trozo que estoy examinando. Ella lo gira entre las manos, como asombrada.

—Parece... caliente —observa acariciándolo.

—Está lleno de energía —contesto—. Es muy viejo; antiguo, más bien.

—Y ¿dónde lo has encontrado?

—En Cuba —respondo, y le indico los otros trozos que me rodean. Tirado en un lado está el saco de yute que los contenía—. Todos vienen de mi último viaje a Cuba. ¿Sabes? La Habana es toda ella un solar de obra —le explico—. De vez en cuando, algún edificio deshabitado se viene abajo.

—¿Cómo que se viene abajo?

—Simplemente, así. —Bajo la mano con un gesto brusco—. Se colapsa. Estás en la otra punta de la ciudad, oyes el estruendo, y sabes que hemos perdido otro. Entonces, cuando vas de paseo, te tropiezas con montones de escombros listos para ser retirados. Y, entre ellos, hay sorpresas preciosas.

—No te refieres solo a las obras de La Habana —interviene intuitiva.

—No —admito despacio—. Es una cosa que he notado en diversos ámbitos.

Ahora, sin embargo, no quiero pensar en Cuba. No con ella cerca. Vuelvo su atención hacia la madera.

—Así, ¿ves?, entre las muchas cosas que tiran, muebles antiguos, cornisas de dinteles de chimenea finamente elaboradas, piezas únicas de coleccionista, yo en particular voy en busca de madera. Porque la madera es un material que retiene las historias. Y las historias de esas casas tenían siglos de antigüedad.

—Entonces, eres una especie de... salvador de recuerdos —murmura Eva sin dejar de acariciar el tarugo—. ¿Y este? ¿Este qué recuerdo era?

—No puedo saberlo —le contesto, sonriendo apenas—. Pero lo que sé es que se trata de una madera muy rara, que se encuentra casi únicamente en Cuba, la ácana. Probablemente, viene de una viga portante de una de las viejas casas coloniales, podría ser del diecisiete.

—Es muy bonito —asiente—. Y tienes razón, es como si tocándolo... se sintiese un eco de sus vidas pasadas. Como si confesase lo que ha vivido.

La miro asombrado por su sensibilidad, pero ella no se da cuenta. Observa los trozos de madera atenta, casi pasando revista a un ejército de recuerdos. Toma otro, más pequeño.

—¿Esto qué es? Es tan negro y duro que parece metal.

—Es ébano. También es muy viejo, y de excelente calidad. Pero es menos duro de lo que crees; si le clavases un punzón, te darías cuenta de que cede como la mantequilla. Y sigue la línea que tallas como ninguna otra madera: no se astilla, no se rompe según las nervaduras. Toma exactamente la forma que tu mano y tus herramientas le piden que tome. Si cometes un error, no puedes remediarlo.

—No puedes permitirte movimientos en falso, entonces —comenta y, por fin, me mira.

—No puedes permitirte movimientos en falso —repito, observándola.

Tiene los ojos vivos, el pelo encendido de reflejos de oro por un rayo de luz que le da de pleno, las mejillas apenas ruborizadas. Nos levantamos y, de nuevo, el movimiento del aire en torno a nosotros me trae su perfume. En pie uno frente a la otra, sin una palabra, sin dar un paso, como si los fragmentos de madera que nos rodean nos hubiesen encerrado en un círculo mágico. Luego, sin retirar los ojos de los míos, levanta los brazos, toma delicadamente los tirantitos del vestido y los desliza hacia abajo. El vestido cae a sus pies. Está desnuda. Por un momento, no consigo siquiera respirar. Luego, cubro con un paso el espacio que nos separa, y el tiempo, y las palabras. La rodeo por la cintura con un brazo y me inclino para besarla.

La beso durante horas, durante siglos, cada vez más hambriento, nuestras lenguas se entrelazan, se torturan mientras mi abrazo se hace más estrecho y sus manos me recorren la espalda, las caderas, se cuelan por la pretina de los pantalones. Aprieto mi erección contra ella mientras dejo un rastro de mordisquitos entre su cuello y sus

pechos, los aprieto, los acaricio. Tomo delicadamente en la boca sus pezones, como he deseado hacer desde el primer día en que la vi desnuda, la oigo gemir como siempre he soñado. La última vez fue urgencia, necesidad de tenerla enseguida, pero esta vez es distinto. Hundo dos dedos en ella volviendo a besarla, esta vez con ardor, el mismo que tienen sus manos al desvestirme con una fuerza inesperada, liberando mi sexo, recorriéndolo delicadas y exigentes. Luego, cae de rodillas ante mí, siento su boca envolviéndome, hasta el fondo, y se me escapa un grito, ronco, casi animal. Hundo los dedos en sus rizos suaves y le aprieto la cara contra mí disfrutando el juego hábil de su lengua; pero, al cabo de unos instantes, me retiro con dulzura y la levanto entre mis brazos. No puedo seguir esperando.

La llevo al sofá, la apoyo sobre él como una diosa sobre un altar y me tiendo encima. Abre la boca para recibir mi beso profundo y separa las piernas guiándome dentro de ella con una mano. Está abierta, mojada, acogedora. Su breve grito de placer cuando la penetro me excita, empujo fuerte dentro de ella y, mientras, le masajeo el clítoris.

—Luis... —murmura moviendo las caderas cada vez más deprisa, echando la cabeza hacia atrás.

La callo con un beso, siento su respiración en contacto con la mía, jadea cada vez con más trabajo, nuestros labios pegados, mis dientes forzándola mientras suspira, gime y, por fin, se corre, sacudida por estremecimientos, gritando en mi boca. Salgo de ella aún duro, tenso, me levanto sobre los brazos y la miro, jadeante y aturdida, los ojos cerrados, los rizos alborotados. Sonrío. No creerá que esto ha terminado... Me sorprendo yo mismo de cuánto deseo darle placer. Tengo ganas de conocerla a fondo, con las manos, con la boca, hasta descubrir el secreto de esa mirada intensa, de su extraña fuerza dulce.

Acerco los labios a su piel y soplo ligeramente contra su cuello acalorado, contra los hombros, el pecho, los pezones, el vientre, por fin desciendo con la boca a lamer el fruto de su placer. Se sobresalta y gime por la sorpresa. Levanto la cabeza y veo sus ojos abiertos de par en par, incrédulos mientras el placer comienza a subir de nuevo. La vuelvo de un lado y, mientras la lamo, trazando círculos con la lengua y abriéndola con la boca, con los dedos masajeo el culo, acaricio el perineo, exploro su intimidad, aumentando el ritmo y la audacia de las caricias hasta que la siento correrse otra vez. Grita más fuerte, enarcándose, su grito de pasión y su olor me llevan al límite. La empujo de nuevo bocarriba y, con un único golpe seco, me hundo dentro de ella, con fuerza, poseído por la oleada de un éxtasis nunca conocido. Querría esperar su placer, pero ya la deseo demasiado, la quiero ahora. Acelero el ritmo, pierdo el control y, con un orgasmo portentoso, me corro sobre su vientre blanco, con un rugido.

Entrelazado en su cuerpo y con la barbilla hundida en su cabello, me siento el primer hombre sobre la Tierra que ha hecho el amor. Y me doy cuenta de que, por primera vez, la Eva de este Paraíso privado me ha llamado por mi nombre. El latido

del corazón se calma lentamente y los pensamientos conscientes comienzan a filtrarse de nuevo poco a poco, indeseados. Ahora me dirá que ha sido un error, que no debería haber vuelto, que no es de las que engañan al novio, que no podrá volver a venir nunca... Un pensamiento tras otro, me sobreviene el pánico. Y, en cierto momento, como si me hubiese leído la mente, echa la cabeza hacia atrás y me mira, los labios aún magullados por la pasión, los ojos aún brillantes.

—¿No tendrías que dibujar ahora? —me pregunta, y el rostro se le abre en una sonrisa perezosa.

Nunca le sale de la boca una banalidad. Entiendo que estoy perdido.

—Debería —respondo con el mismo tono de broma, separándome de ella—, pero no lo haré. —Bajo del sofá con un brinco—. Si quieres una ducha, ven al otro lado: Leo no está —le propongo, dirigiéndome hacia la puerta comunicante—. Y, luego, salimos. Hoy tenemos vacaciones.

Media hora después, vamos zumbando en la moto hacia corso Venezia.

—¿Puedo preguntarte algo? —me dice, rodeándome la cintura con los brazos mientras acelero para adelantar al tranvía antes de que se ponga el semáforo en rojo, con cerca de un centímetro de espacio entre nuestras rodillas y el costado naranja.

—¿Qué? —Sabía que, antes o después, llegarían las preguntas.

—¿Dónde está *Da Vinci*?

Una vez más, no es la pregunta que esperaba. Creía que ni siquiera había visto la jaula vacía.

—Estos días vive con Leo —le explico—. Y, a menudo, lo lleva de paseo cuando sale.

—¿Quién lleva de paseo a quién?

—Leo lleva de paseo a *Da Vinci* —especifico—. Al menos, eso creo.

—Suerte que lo había confiado a tus cuidados —comenta irónica—. Y ¿dónde van el hurón y el vagabundo?

—No lo sé, puede que al parque. Leo no está en su mejor momento. Mi hermana le ha destrozado levemente el corazón.

—¿Tu hermana? ¿La que he conocido en la tienda?

—Adela, sí. Han tenido una historia... O, más bien, para ella, era una historia. Para él, era algo más serio.

—Y ahora ella se ha ido.

No es una pregunta, sino una constatación. Lo dice con el tono de quien ha visto irse a alguien muy importante. Cierto, ¿a quién no le ha pasado? Y, sin embargo, me parece vital descubrir, ahora, cuándo y cómo le ha sucedido a ella. Extraño; por lo general, el presente me basta. Y, no obstante, siento la necesidad de echar un vistazo a su pasado, a lo que la ha convertido en lo que es.

—Si has estado en el caso, ya sabes lo duro que es —suelto, esperando provocar una confesión.

Pero ella no dice nada. Siento solo el pecho que se infla en un suspiro, apretándose contra mi espalda.

—¿Dónde vamos? —pregunta cambiando de tema.

—Pensaba llevarte a comer algo.

—No tengo mucha hambre... ¿Y si me invitas a un helado?

Me doy cuenta de que tampoco yo tengo demasiada hambre, cosa insólita. Normalmente, después del sexo, me comería un caballo. El helado, ahora, me parece una buena idea. Entro por vía San Gregorio, donde está mi heladería favorita. Aventurera, Eva pide un cono de lima y albahaca, mientras que a mí me apetece mucho chocolate. Pienso que la próxima vez voy a jugar con nata montada, si le gustan los dulces. Luego pienso: ¿la próxima vez? Estoy dando ya cosas por sentado, y eso no es sano.

Cruzamos la calle y vamos a sentarnos en el parquecito a pocos metros de la heladería, al borde de la fuente. La noche de mayo es muy aromática.

—Son los tilos —dice Eva leyéndome el pensamiento—. Y el agua parece estar cantando.

—¿Quién se fue? —le pregunto dulcemente.

La oscuridad nos envuelve y no puedo verle la cara. Puede que mi pregunta le haga sufrir. Pero tengo que saberlo. Permanece en silencio mucho tiempo.

—El hombre por el que vine a Milán —responde al final, tan bajito que tengo que acercarme aún más para oírla—. Lo conocí en Florencia cuando acababa de empezar la universidad. Él enseñaba en Milán, pero tenía un contrato de seis meses en mi facultad, para una investigación financiada por una institución extranjera.

Entonces, ¿es toscana?, pienso asombrado. Su voz no tiene acento. Algo en la postura de su cabeza inclinada hacia un lado, de su mano rozando el agua y esa palabra, Florencia... Algo en el conjunto de estos elementos me suena. Pero no quiero distraerme de su historia.

—Era docente universitario —continúa, trazando círculos en el agua con un dedo y mirando cómo se amplían, absorta—. De Historia del Arte. Su madre era ecuatoriana, y tenía mucha más pinta de latinoamericano que tú. Pero el acento era parecido.

—Ahora entiendo por qué me has odiado a primera vista —me arriesgo a comentar.

—A primer oído, más bien —admite sin mirarme—. Esa cadencia... Y, además, también el arte... Era demasiado, no podías gustarme. —Alza la mirada de golpe—. Pero me gustabas.

Le acaricio la mejilla con un dedo y dejo que retome el hilo de sus recuerdos.

—Él tenía cuarenta y siete años, yo diecinueve —prosigue volviendo a observar el agua como si estuviese leyendo en ella esa historia que cuenta con más de una década de antigüedad—. Han sido los seis meses más bonitos de toda mi vida.

Inesperadamente, la frase me duele un poco. Pero, conmigo, aún no han pasado ni seis días... ¿Es que estoy celoso? Nunca he sido celoso, me recuerdo mientras la historia se devana, igual que tantísimas otras, pero especial porque es la suya.

—Decía que me quería, que nuestras almas se habían encontrado, que era el destino. Decía un montón de cosas que sonaban muy bien. He conocido Florencia más en los seis meses que pasé con él que en toda una vida vivida allí. Me enseñó todo lo que sé sobre arte... y sobre sexo. Y, luego, volvió a Milán sin una palabra.

Caigo de las nubes. El resto era predecible, pero esto me sorprende.

—Pero, cómo, entre tantas palabras bonitas, ¿ni siquiera un adiós?

—Ni siquiera un adiós. O un hasta luego. O un mal rayo te parta.

Oigo aflorar en su voz la rabia, igual que la que debió de sentir en aquella época.

—Y, entonces, lo dejé todo y vine a Milán a buscarlo. Pensando que se había equivocado, que no había entendido la profundidad de mis sentimientos, que tenía escrúpulos porque yo era mucho más joven que él. Me lo había dicho muchas veces, que no quería influir en mi vida, cortarme las alas. Vine decidida a explicarle que las alas me las había dado él. Que solo con él podría volar.

La voz se le rompe en un sollozo. Se apodera de mí una rabia incontenible hacia ese cínico desconocido. Pienso que también yo he sido un cabrón a veces, aunque ahora intento no mentir. Y ella era aún una niña. La imagino llegando a la estación, tomando una habitación en una pensioncilla, buscando a su amante, llena de sueños y de esa determinación que estoy comenzando a conocer. Y encontrándolo.

—Estaba casado, ¿verdad? —le pregunto dulcemente, viendo que no consigue continuar.

Asiente con fuerza, pero no dice nada más, no puede. Imagino los demás detalles. Hijos, seguro, puede que adolescentes. Una hermosa casa, una vida en el ambiente intelectual chic milanés. Ninguna gana de encontrarse con su aventura florentina. Me imagino una escena en algún bar anónimo, lejos de su elegante barrio residencial, alguna excusa, un puñado de palabras bonitas, o quizá solo palabras vacías. Esa película fea, vieja, banal le cruza la mente haciéndole daño y me siento culpable por haber puesto en marcha el proyector.

—¿No has vuelto nunca a Florencia?

—A visitar a mi familia, claro, aunque no a menudo. No me han perdonado que haya dejado la universidad; según ellos, me precipité viniendo a Milán y no han comprendido nunca por qué. Este secreto es como un muro que no podremos echar abajo nunca. Y todo por culpa de... —Se interrumpe y veo que lucha por no dejarse llevar por la amargura—. No, no es verdad. Ha sido culpa de ambos. Tendría que haber... sido más lista. —Levanta de nuevo los ojos hacia mí y sonrío entre las lágrimas—. Creía serlo entonces. Lista. Y, sin embargo, me da que me equivocaba.

La abrazo fuerte y dejo que desahogue los sollozos en mi camiseta, pensando que ha sido sincera, que debería serlo yo igualmente, que debería contarle algo también yo, hablarle de Cecilia.

Pero no lo hago.

Para variar, la inspiración me abandona. Contemplo el pedazo de madera roja ante mí sobre el banco de trabajo y me siento como si estuviésemos echando un pulso.

¿No era que tenías una buena idea para una escultura?, parece preguntarme.

—Tengo la idea, tengo el bosquejo. Pero no consigo dar el primer golpe —mascullo.

Levanto la mano y me quedo así, por centésima vez, con la gubia a media asta, sin saber dónde golpear.

Puede que, entonces, tu idea no sea tan buena.

—Puede que sea una idea pésima. —Bajo la mano y apoyo el instrumento de trabajo en la mesa—. Pero no creo que pueda hacer otra cosa.

Después de ese martes por la noche de paseo por Milán, ha cambiado todo. Hoy es solo viernes y no sé cómo conseguiré pasar el fin de semana. Siento una urgencia que conozco bien, que me impulsa hacia Eva, esa famosa ola que sube y nos lleva por un rumbo de extática colisión. Normalmente, la habría llamado en estos días, o habría ido a verla. No hacen falta estrategias: si deseo a una mujer, se lo digo. Ni soy hombre que deje pasar tres días sin ir a buscarla. Pero ella ha dicho: «Nos vemos el martes próximo», y no ha vuelto a dar señales de vida. Y yo, quizá por primera vez en mi vida, estoy indeciso sobre lo que hacer.

Quién sabe si volverá el martes. Puede que haya transgredido ya lo bastante y que *Da Vinci* no le importe. Habrá entendido que no voy a echarlo a la calle. También porque Leo tiene una zurda devastadora.

La imagino serena, en su apartamento de revista, con su noviete, pensando satisfecha en su momento de transgresión, con un sentimiento de culpa ni siquiera demasiado desagradable. Repicando y en misa; o, más bien, en casa.

Mientras yo, aquí, no consigo llegar a nada, aparte de a un intenso diálogo con un trozo de madera.

—¡A la mierda!

Tiro la gubia al suelo, doy una patada a la pata del banco de trabajo y me apresuro a salir.

Tengo suerte, está sola. Subida a una escalerita, detrás de la caja registradora, de espaldas a la puerta, está colocando una caja en un estante alto. En pie sobre el último de los tres escalones, de puntillas, llega a malas penas. Miro los rizos que le caen sobre la camiseta azul, me parecen ya más largos que la primera vez que la vi y, así, desde atrás, parece un ángel de Rafael.

Un ángel de Rafael con un culo estupendo.

—Manos arriba, esto es un atraco —doy una voz.

Da un respingo, y la caja que estaba intentando colocar se le escapa de las manos y cae, abriéndose y vertiendo su contenido por todas partes. Entre una lluvia de botones de colores, también ella vacila y cae hacia atrás con un grito. Derecha a mis brazos.

—Qué... ¡Luis! —exclama.

Lo dice antes incluso de volverse a mirarme, y sé que no me ha reconocido por la cara, sino por el olor, el tacto, la sensación de mi piel.

—¿Cómo se te ocurre?

La abrazo fuerte contra mí, su espalda contra mi pecho, sujeta por las muñecas.

—Vente conmigo.

—¿Irme a la una y media? ¿Estás ya borracho a estas horas?

Pero oigo su corazón acelerar los latidos.

—¿Es que vas a rebelarte? —le susurro en un oído.

—Pues claro que voy a rebelarme —contesta indignada—. ¡Estás loco! Y, además, podría llegar...

—Calla —le ordeno, apretándole las muñecas lo suficiente para arrancarle un grito, mientras con la lengua le acaricio el cuello en el punto sensible detrás de la oreja—. ¿Sabes qué les hago a las chicas que se rebelan?

Contiene la respiración. El estremecimiento que la recorre me da la respuesta.

—Les arranco toda la ropa y, luego, las pongo a cuatro patas, desnudas, en el suelo, justo encima de los botones. Y les doy unos azotes.

La aprieto más fuerte, haciéndole sentir el comienzo de mi erección.

—Luego —continúo—, cuando tienen el culo rojo y dolorido, comienzo con las caricias...

Sujetándole ambas muñecas con una sola mano, le desabrocho el botón de los vaqueros con la otra y la hundo en sus bragas. La siento ya húmeda contra mis dedos. Si llevase una falda en vez de estos malditos pantalones, se la levantaría y la haría mía aquí delante del escaparate, a plena vista de la calle. Y, si alguno quiere entrar y unirse, que lo haga.

—Entonces, ¿te vienes conmigo?

—Luis... No puedo...

Pero se ha abandonado hacia atrás, contra mí, y mis manos han entendido todo lo que me hacía falta saber. Me desea tanto como yo a ella. Es decir, desesperadamente.

—Ahora, ¡vamos! Y, cuidado, no sé si conseguiré llegar a casa. Puede que, si encontramos un portal abierto, te haga mía en el primer zaguán disponible.

No sería la primera vez. Siempre me ha gustado la idea del zaguán «por horas».

La dejo ir solo para cogerla en brazos y me doy la vuelta para llevarla fuera de la tienda. Pero, apenas he dado un paso hacia la puerta, cuando entra un cliente. O, al menos, creo que es un cliente hasta que lo miro mejor y lo reconozco. Es su novio.

—¡Eva!

Se para traspasado por la sorpresa en el umbral, con una mano apoyada en la manija, en ademán de entrar.

—¡Alberto!

La siento envararse entre mis brazos.

Los botones. La escalera.

—Necesitamos un médico —digo rápidamente—. ¿Es usted médico?

—¿Eh?

No tiene muchos reflejos Alberto.

—Se ha caído de la escalera y se ha hecho daño, cuando yo entraba en la tienda —explico—. En el tobillo, creo.

—¡Ay! ¡Sí! —Con cierto talento dramático, Eva se lleva una mano al tobillo—. Pero no es nada, solo una torcedura. ¡No hace falta un médico!

—¡Eva! ¿Te has hecho daño? —pregunta Alberto.

Suerte que no es bombero, pienso. Sería capaz de estar ahí de pie, con la manguera cerrada en la mano, preguntándose si la casa está ardiendo de verdad.

—Pero no, no es nada. —Me hinca un codo en el esternón—. ¿Quieres dejarme, por favor?

Lo hago. Alguien tiene que moverse, después de todo: parecemos una especie de belén vivo, inmóviles en posturas absurdas a la entrada de la tienda. La dejo en el suelo con gran delicadeza.

—Apoya el pie con cuidado —le recuerdo, sosteniéndola mientras se apresura a abrocharse los vaqueros a hurtadillas—. Atenta al tobillo.

En ese punto, también se descongela Alberto, separa la mano de la manija y, cerrando la puerta a su espalda, viene hacia nosotros.

—Perdone, y usted ¿quién es? —se informa mientras Eva se masajea el tobillo derecho con una mueca.

—Es Luis —se anticipa ella antes de que yo pueda decir nada, echándome una mirada de advertencia—. Te he hablado de él, ¿recuerdas? El... El amigo de Manuela.

Alberto frunce el ceño.

—¿Me has hablado de él? No lo recuerdo. En cualquier caso, encantado —dice tendiéndome la mano—. Soy Alberto, el novio de Eva.

Me parece que hace cierto hincapié en el término «novio», pero puede que sea solo una impresión. Su apretón de manos es decidido, viril.

—Encantado. Luis.

Observándolo mejor y de cerca, veo que es un hombre moreno y atractivo, rasgos muy regulares, pelo muy corto, traje de muy buena marca. Y, sin embargo, en su rostro no consigo identificar ningún rasgo que lo haga singular, que le dé personalidad. Si lo encontrase mil veces entre la gente, mil veces no lo reconocería.

—Luis ha venido a comprar un regalo para Manuela —explica Eva—. Habías visto el alfiler en el escaparate, ¿no, Luis? —Se asoma al expositor y coge uno de los

objetos esparcidos entre los discos—. Aquí está.

Me lo muestra en la palma de la mano y abro los ojos de par en par. Es el alfiler con el horrible culo de vaso verde en el centro que me llamó la atención la primera vez que pasé por casualidad ante la tienda. Mirado de cerca, la filigrana de plata con el motivo de hojas es bonita de verdad, parece viva. La piedra, sin embargo, es puro vidrio.

—Ahora te lo envuelvo —dice.

Y se dirige hacia la caja registradora, cojeando pesadamente, sin apoyar el pie izquierdo.

—Era el tobillo derecho hace un momento —murmuro.

Me mira mal y echa una ojeada ansiosa a Alberto. Pero no me parece de los que captan los matices.

—¿Estás segura de que estás bien, Eva? —le pregunta, sin embargo. No es brillante, pero sí solícito—. Si quieres, te llevo a urgencias.

—No, ¡qué va! Es que Luis es hipocondriaco, se preocupa hasta por un pinchazo de alfiler. Y luego, justamente, se siente culpable, porque es culpa suya que me haya caído.

—¿En qué sentido es culpa suya? —Me fulmina—. ¿Le has dado un golpe a la escalera?

—No, la he asustado al entrar. Se asusta con nada esta chiquilla —me vengo.

—Sí, es muy miedosa —asiente él, indulgente como un tío con su sobrina—. Es como una niña. A propósito, ¿por qué está el suelo lleno de botones?

—Se me ha caído una caja —explica secamente Eva—. Mira, Luis, si quieres el alfiler, puedes venir a recogerlo también mañana. Me decías que no estabas seguro...

Claramente, quiere librarse de mí. No puede gustarle estar viéndome al lado de su novio. Está hirviendo. Por primera vez, me parece incómoda. Tiene la voz tensa y la imposta, incluso cuando se vuelve a Alberto, como si estuviese representando un papel. El papel de sí misma. No pienso irme, desde luego, quiero conocer también a esta Eva. Este lado oscuro. Y, además, aunque no me lo confesaría ni a mí mismo, no quiero dejarla aquí con él. Preferiría llevármela bajo sus narices. «En este momento, la necesito yo más, amigo», le diría.

—No, no; estoy seguro, me lo llevo —contesto.

Me mira crispada.

—Pero voy a tardar un poco en envolverlo —dice entre dientes—, no querrás esperar.

—Eva, pero ¿qué te pasa? —exclama Alberto—. ¡Para una vez que alguien quiere comprar algo de tu tiendita! ¿Es esta forma de tratar a un cliente?

Me da una palmadita en el hombro, con repentina cordialidad, y entiendo que en el papel de «cliente», finalmente, tengo un sentido a sus ojos.

—Discúlpala, se ve que está un poco trastornada.

—¡Para nada! —murmuro, desconcertado por su paternalismo.

—¿Sabes qué vamos a hacer? Vamos a tomarnos una cerveza al bar de aquí al lado —me invita inesperadamente—. Mientras, ella hace su paquetito, con todo el tiempo que le haga falta, igual hasta recoge este mar de botones y, luego, se une a nosotros, ¿eh, Eva?

Tengo la impresión de que va a caer desmayada. Luego, encuentra fuerzas.

—Pues claro —responde al fin, bajando la mirada hacia el paquete.

Le tiembla la voz y, por un momento, me siento culpable. Pero se me pasa. Es ella la que engaña al novio, que afronte las consecuencias de sus acciones. Podría ser sincera y tenernos a los dos.

¿Podría?

—¡Vamos, pues! —Alberto me abre la puerta de la tienda.

El bar está a dos pasos contados, un local clásico, con interior de madera y letreros y decoración viejo Milán. Nos acomodamos en la barra como dos pistoleros haciendo una pausa.

—Entonces, eres el chico de Manuela —comienza Alberto—. Y ¿a qué te dedicas?

Detesto esta costumbre de preguntar por la profesión entre las primerísimas cosas, justo después del nombre, justo antes del signo del zodiaco. Es una forma como otra cualquiera de informarse sobre tu cuenta corriente. Por cómo me ha mirado, entiendo que Alberto no me ha cotizado muy alto. Y puede que sea por reacción a esta superficialidad en la «valoración» de una persona, puede que aún me dé vueltas por la cabeza la conversación de ayer con Antonio, la provocación me sale de la boca casi sin pasar por el cerebro.

—Soy gigoló —respondo.

Se atora con la cerveza.

—Que eres ¿qué? —se asombra, espurreando.

—Gigoló. Acompañante. Para las señoras que necesitan pareja para una cena, o para una ocasión como una boda, o para una fiesta...

—¡Ah! Las acompañas. —Parece aliviado—. Pero, luego, no... —Hace el clásico gesto de émbolo.

—Después, si quieren, y yo también, llego a la cama —respondo seco—. Si no, no.

—Pero... ¿por dinero?

—Desde luego, por amor, no.

Me mira nervioso. No sabe qué decir y, por lo poco que he visto de él, se trata de una condición completamente insólita.

—Y tú ¿a qué te dedicas, Alberto?

—Trabajo para un banco de inversión. Gestiono las carteras de los grandes clientes: ya sabes, empresas, inversiones privadas de grandes empresarios...

Se siente en un terreno más familiar y comienza a recuperarse partiendo de la descripción estándar de su trabajo con la que, por norma, conquista, o cree

conquistar, la aprobación y la envidia de la gente a la que conoce. Lo interrumpo.

—¿Por dinero? —pregunto suavemente.

En ese momento, veo relampaguear en sus ojos un rayo de cólera y, por primera vez, pienso que quizá podría reconocerlo si lo viese entre la multitud. Pero pasa enseguida, y el rostro toma una afabilidad forzada. Sigo siendo un cliente de su novia, quizás el único.

—Bueno, como bien has dicho: desde luego, por amor, no. —Ríe su broma y se apacigua solo—. ¿Hace mucho que conoces a Manuela?

—Menos de un mes —digo—. La conocí una noche que había salido con Eva.

—¡Ah, sí! Entre tú y yo, no me gusta mucho que salgan solas. Manuela es muy simpática. —Y se apresura a añadir—: Pero distinta de Eva. Eva es tímida, hay que protegerla. Manuela es así..., desenvuelta, me da miedo que la arrastre a situaciones poco agradables.

Abro la boca para decirle que la tímida Eva, la noche que nos conocimos, casi provoca una pelea, pero cambio de idea. Está bien tender a la exactitud, pero mejor no meterla en líos inútiles.

—Y tú ¿hace mucho que estás con Eva? —pregunto cambiando de tema.

—Siete años —responde, asintiendo satisfecho como si me estuviese presentando un récord del mundo—. Y nada de crisis de los siete años, ¿eh? Al contrario...

Mira hacia la puerta y baja la voz, luego mete una mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saca una cajita cuadrada. La abre; dentro reluce el clásico diamante. Y no es pequeño.

—Esta noche, le voy a pedir que se case conmigo.

Se lleva un dedo a los labios con aire conspirador. Lo miro estupefacto. Tengo muchas ganas de romper a reír y, al mismo tiempo, siento náuseas. Va a hablar, pero entonces veo que dirige la mirada a la puerta a mi espalda mientras cierra la cajita y la vuelve a meter en el bolsillo, rápido como un prestidigitador. No hace falta que me vuelva para saber que ha llegado Eva. Por si no bastase la sonrisa amable de Alberto cuando baja del taburete y va a su encuentro, en el local ha entrado un leve perfume de viento y flores.

—¡Ah! Es siempre un placer entrar en clausura.

—¿Perdón? —Me giro hacia Leo, asombrado de su momento místico.

—Este lugar era un convento, ¿no lo sabías?

Me mira levantando las cejas y hace un gesto amplio, para indicar todo el patio en el que estamos entrando, el pórtico elegante con las dos filas de columnas, la estatua central.

—El convento de los Humillados —prosigue.

—Suenan sexy —comento—. ¿Una orden sadomasoquista?

—En cierto sentido —ríe Leo, y sigue con su mejor tono de guía turístico—. Los Humillados, como quizá te sugiere su nombre, se oponían a la deriva de la Iglesia hacia los lujos y las riquezas. Eran una orden espiritual. ¿Adivinas qué fue de ellos?

—¿Los condenaron a la hoguera? —arriesgo.

—Casi. Lo cierto es que los acusaron de herejía. En general, tuvieron una vida agitada. Y, en la segunda mitad del siglo XVI, ¡bam! Por orden del papa, los Humillados, que ya estaban humillados, fueron disueltos, y este hermoso convento suyo, que en la época no era aún tan hermoso, se lo quedaron los jesuitas.

—Parece una novela gótica —comento—. ¿Sabes? Habré venido aquí una veintena de veces desde que vivo en Milán, pero esta historia no me la había contado nunca nadie.

—Pues sigue. Después de unos doscientos años de trabajos de ampliación, ornamentación y restauraciones, durante los que, te recuerdo, hubo también una peste, ¿tienes presente a Manzoni?; bueno, hacia finales del dieciocho...

Leo comienza a emocionarse. Una pareja de turistas se ha acercado a escuchar y, con el rabillo del ojo, veo otro par que espía desde debajo de los soportales. Si no lo paro, nos quedaremos plantados aquí toda la tarde, instruyendo a las masas. Me olvido siempre de que él ha absorbido las más variadas nociones culturales prácticamente con la leche materna. No solo eso; además, como yo por otra parte, conoce al menos cuatro idiomas. Y estoy seguro de que la historia de este antiguo convento, que hoy es sede de la Pinacoteca de Brera, la puede contar en los cuatro.

—Odio interrumpirte —le digo—, pero la historia de los jesuitas, ¿no me la puedes contar en casa? Querría ver los cuadros.

—Tú y tus cuadros —suspira Leo—. Los cuadros son planos. No respiran.

—¡Vaya si respiran! —protesto, arrastrándolo a través del claustro con la cabeza vuelta para evitar mirar el Napoleón de Canova.

Lo detesto profundamente, al menos tanto como amo el resto de la obra del gran escultor véneto. La adulación en el arte no ha dado nunca buenos frutos.

—No respiran como los edificios —responde, volviéndose a sonreír a los turistas que, desilusionados por el brusco final de la lección, se consuelan fotografiándonos.

Es nuestro viejo debate. Leo sostiene que la música y la arquitectura son formas de arte superiores a la pintura y la escultura, porque implican más sentidos. Es una idiotez colosal que suele sacar a relucir, no sé si para consolarme o para provocarme, cuando me ve en crisis creativa. Y, en este momento, diría que estoy en una. Esta visita vespertina a la Academia es, justamente, mi último recurso para intentar volver al centro de mi trabajo, a concentrarme. Desde el viernes, miro ese maldito pedazo de ácana y me imagino la estatua de madera roja con un anillo en el dedo. Me pregunto qué habrá respondido Eva a la proposición de matrimonio. Pero es domingo y no ha dado señales de vida. He decidido no preocuparme: si viene el martes, la veré entonces; me niego a ir a buscarla de nuevo. Pero debo despegar por completo el destino de mi estatua del de nuestra historia, por larga o corta que sea, o no conseguiré hacer nada nunca. Y, probablemente, me volveré loco.

—¿Por qué tienes tanta prisa ahora? —me pregunta Leo cuando entramos en la Pinacoteca y cruzo decidido las salas—. ¿No tenemos libre toda la tarde?

—He recordado algo.

De repente, al entrar en este edificio sugerente y silencioso que, desde que vivo en Milán, ha sido siempre refugio y fuente de inspiración, sé lo que he venido a ver. Sé lo que estoy buscando. Solo que no me acuerdo bien de dónde está.

Recorro rápido la longitud de la sala 1 y vuelvo a la izquierda para entrar en la 6. Pasando a la 7, me doy cuenta de que estoy solo, Leo se ha quedado atrás, probablemente fascinado por uno de esos cuadros que finge despreciar. La mirada se me va a los *Amantes venecianos* de Paris Bordón y, en un instante, vuelvo a pensar en Eva y su novio. Él tiene la misma expresión autocomplaciente, mientras mira el escote generoso de ella con indiferencia de propietario, y ella parece insatisfecha, atrapada en ese abrazo convencional. Siento que odio este cuadro con todas mis fuerzas. Además, por aquí no se va a ningún sitio, me he equivocado de camino. Vuelvo atrás y encuentro a Leo en la sala anterior, ante el *Cristo yacente* de Mantegna.

—Siempre me da escalofríos —dice a media voz—. Y tú ¿por qué estás aún aquí? ¿Has terminado ya?

—Me he equivocado de camino —respondo.

Me dirijo a la sala de mi derecha, pero me doy cuenta enseguida de que no es la que busco. La que busco es la pequeña sala 19, en la que me encuentro finalmente al tercer intento. Leo entra detrás de mí, pero tiene el sentido común de no comentar.

—Aquí están —susurro.

Sabía que tenía que venir. Esta era la intuición que no había conseguido captar al vuelo cuando Eva mencionó Florencia. Las piezas del rompecabezas encajan de golpe. Su insólita gracia, sus rasgos, los reflejos de sus colores. Florencia, Milán.

Desde las paredes me miran, dulces, los más hermosos rostros de mujer de la pintura italiana. Los más bonitos después de los pintados por Leonardo, obviamente. En esta sala están reunidas las obras de sus discípulos más cercanos y mejores. El Bergognone, Bernardino Luini, Giampietrino... En sus vírgenes y Magdalenas, aletea el espíritu de la *Virgen de las Rocas* de Leonardo, y se filtra la extraña luz mágica del campo lombardo. Son la manifestación extrema de la gracia de un hombre que supo ser femenino como ningún otro hombre lo ha vuelto a ser después de él, y ver la gracia más allá del cuerpo.

Me detengo ante la *Virgen de la manzana* y la observo como por primera vez. Con su mirada enigmática en los ojos, la sonrisa mágica y esa dulzura de las manos, de la inclinación del cuello.

—Es ella —digo.

—¿Tu modelo? —pregunta Leo.

—Mi modelo de mujer.

Y, de golpe, igual que he llegado, tengo prisa por volver a casa.

—¡Vamos! —le exhorto—, tengo que ir a trabajar.

—Pero ¿estás tonto? Ya que hemos venido hasta aquí... No venía desde hace un siglo, además. Al menos, ahora, miro los cuadros.

—Pero ¿no eran planos y sin poesía?

—Siempre mejor que una tarde en el estudio contigo atrapado por la Musa. Tanto mejor pasar el tiempo con los cuadros, vista la compañía que eres cuando trabajas. Y, además —añade con un vistazo al Patek Philippe, regalo de su padre—, tengo que esperar a la hora del aperitivo con Dora; nos vemos aquí, en el Jamaica.

—El mejor remedio para un corazón roto —comento, aunque sin mucha convicción.

—Puedes decirlo bien fuerte —asiente con una amplia sonrisa—. No me esperes despierto. Esta noche pienso desfogarme.

Le doy una palmada en el hombro y me dirijo a la salida. Debería estar más contento por él que, tras el batacazo con Adela, es capaz de retomar con rapidez la vida de siempre: una tarde holgazaneando, el alcohol necesario, una noche de sexo salvaje con una amiga disponible. En cambio, siento una extraña tristeza. Y no sé muy bien si estoy triste por que él retome esa vida o porque yo me siento lejísimos de ella.

Visto que no tiene sentido estar bajo de moral por él, que está contento, la hipótesis correcta debe de ser la segunda. Pero ¿de qué, exactamente, me estoy alejando? Y ¿por qué, además?

Mientras bajo al metro en Lanza, expulso de mi mente estos pensamientos sin sentido y me concentro en la iluminación que me ha llegado mientras miraba el cuadro de Giampietrino. La mitad de la gracia de su figura está en la intangibilidad. La impresión de un sentimiento inasible. Pues bien, yo quiero transferir esa intangibilidad a lo más tangible que hay: el bloque de ácana. Quiero encarnar la

quimera de esta identidad femenina huidiza, remota. Quiero tallarla, esculpirla, llevarla a las venas y la sangre de la madera. Y, así, finalmente, hacerla mía.

Al entrar en el estudio, la veo enseguida, a través de la puerta acristalada que da al jardín. Ella no se percata de mi presencia porque está de espaldas, agachada, sentada sobre los talones. Lleva un par de vaqueros muy cortos, de los que salen las piernas aún del color del invierno. Veo moverse los hombros y los brazos bajo la camiseta rosa elástica, está trabajando en algo que está apoyado en el suelo ante ella. Mientras la miro, se levanta, se inclina para recogerlo. Entiendo que se trata de una maceta más bien grande, pero mi atención se centra en las nalgas blancas de Eva, que asoman de los pantaloncitos cortados, ofreciéndose impúdicas sobre los muslos de músculos tensos y los pies descalzos. Quédate así doblada, pienso. Pero se está irguiendo de nuevo. Solo espero que no se vuelva.

Da Vinci se pone a botar como una pelota en su jaula, saludándome, ansioso por que lo saque a jugar. Me llevo un dedo a los labios para callarlo, se para e inclina la cabeza de lado como si me entendiese.

—No hagas ruido, amigo —susurro mientras abro la puertecita—. Enseguida jugamos. Ahora, van a jugar los mayores.

Sale disparado y corre en busca de aventuras bajo los muebles. Echo una ojeada hacia fuera, pero ella no se ha dado cuenta del ligero ruido de pasos en casa, toda atenta a lo que sea que está haciendo.

Miro rápidamente a mi alrededor y, al lado de la jaula, recojo la correa de *Da Vinci*. Salgo al jardín.

Eva ha ido a dejar la maceta junto al gran castaño de Indias y se frota las manos para limpiarlas de tierra. Le llego en silencio a la espalda, la aprieto contra mí bloqueándole ambos brazos y, con la mano libre, le tapo la boca. Se tensa y masculla en vano una protesta, después comienza a revolverse para liberarse. La tengo sujeta sin dejarle escapatoria.

—Esto, querida mía, es allanamiento de morada —le susurro al oído.

Siento cómo se relaja.

—Sí, soy yo —continúo, la barbilla hundida en sus rizos suaves—. Pero eso no es, necesariamente, una buena noticia... Ahora, pon atención, voy a quitarte la mano de la boca, pero no debes decir ni una palabra. Responde solo con gestos de la cabeza. ¿Entendido?

Duda, luego asiente contra mi mano. Se la quito lentamente de la boca. Aligero el apretón en torno a su cuerpo y la dejo libre. Intenta volverse.

—¡No te vuelvas! —ordeno seco.

Da un respingo ante la aspereza de mi tono y sigue inmóvil.

—Hoy no es martes. Lo sabes, ¿no? —murmuro.

Asiente.

—Y, a pesar de que no es martes, has venido a meterte en la boca del lobo... ¿por tu propia voluntad?

—Sí —susurra.

—¡Ah! ¡No puedes hablar! —la riño—. Entonces, lo siento, pero tendré que castigarte...

—Pero estás de brom... —comienza a protestar.

Vuelvo a taponarle la boca con la mano, con firmeza.

—Está visto que no entiendes —digo, sacudiendo la cabeza—. Vas a aprender a obedecer.

Hundo la cara en el hueco entre su cuello y el hombro, inspiro su perfume, chupo con violencia. Se sobresalta. «Explícaselo a tu novio esta noche», pienso. La empujo un poco hacia el árbol y la dejo ir de nuevo.

—Apoya las manos en el tronco —ordenó—. Más abajo... Más abajo. Y extiende los brazos. Así.

La miro, doblada casi a noventa grados ante mí, a mi merced. Le abro ligeramente las piernas, acariciándole el interior del muslo. Paso las manos hacia delante, le desabrocho los pantaloncitos y se los deslizo hacia abajo hasta los tobillos, dejándole las bragas puestas. Son de encaje rosa a juego con la camiseta, a un tiempo infantiles e increíblemente sexis. Estoy ya excitado, pero, ante esta visión, siento la sangre hervir, me libero también yo de los pantalones y la camiseta, rápidamente, y me quedo desnudo detrás de ella. Dejo que mi pene se insinúe entre sus piernas mientras me acerco y la acaricio bajo el encaje suave. Está empapada de deseo. Me retiro un poco. Doblo en dos la correa y, con un golpe seco, le azoto la parte descubierta de la nalga. Se le escapa un gritito, de sorpresa más que de dolor.

—Esto —digo— es porque eres una chica mala, que ha ido en busca del lobo.

Le azoto la otra nalga, otro grito. Pero no se mueve.

—Y esto es porque eres una desvergonzada, que se muere por que la clave contra este tronco. ¿O no?

Asiente, haciendo oscilar los rizos.

—Habla en voz alta ahora: ¿sí o no?

—Sí...

Le azoto otra vez.

—¡Dilo más fuerte!

—¡Sí! —jadea.

Le resbala una gota por la pierna.

—Levanta, date la vuelta y apóyate en el tronco —le ordeno.

Lo hace. Su mirada se posa en mi erección; luego, en mi rostro severo. Se muerde el labio, los ojos abiertos de par en par y brillantes, de placer y sorpresa por lo que le estoy haciendo. El pecho se eleva y baja rápidamente. Está completamente en mi poder.

—Levanta los brazos.

Le quito con un gesto rápido la camiseta. Luego, usando la correa, le ato las muñecas cruzadas y aseguro la ligadura improvisada a un viejo pedazo de hierro que sale del tronco. Está lo suficientemente alto para que le queden los brazos bien estirados por encima de la cabeza, todo el cuerpo en tensión, los hombros echados hacia atrás, los pechos expuestos. Solo tiene puestas las bragas de encaje rosa y las sandalias de tacón rojas, las mismas del otro día. Parece un san Sebastián en versión pornográfica. Pero no tengo la intención de atravesarla con flechas precisamente.

—Abre un poco las piernas... Querida —susurro.

—Luis... Nos puede ver cualquiera. Si llegan los albañiles de la obra... — protesta bajito, pero veo muy bien que la idea la excita sobremanera.

—Pues que miren —respondo con voz ronca.

Me acerco un paso y le arranco las bragas, dejando una marca roja en la piel blanca. Me inclino ante ella y comienzo a lamerla.

Se corre casi de inmediato, con un grito animal que no le he oído nunca, enarcando la espalda contra el tronco áspero. Continúo devorándola hasta que vuelve a correrse. Luego, me levanto y, por fin, me apodero de su boca, la beso mezclando el sabor de su placer con el de sus labios, empujando dos dedos dentro de ella, apretándole el pecho hasta hacerle daño. Vuelve a gritar, ya sin control, pidiendo más. Le levanto las piernas y la penetro, aplastándola contra el tronco, con sus muslos rodeándome la cintura. Me hundo más y más en ella, con violencia. Querría prolongar el placer, contenerme, pero su carne blanda, su rostro contorsionado por el deleite, me llevan más allá del límite. Nunca ha sido así con nadie; esta necesidad de tenerla contra mí, de perderme en su interior, me sobrepasa. Pierdo el control también yo; solo existe ella, su cuerpo, y el placer que explota a nuestro alrededor, en nuestras venas, como una oleada de éxtasis.

Luego desfallezco contra su pecho, agradecido por que el tronco del castaño impida que me caiga al suelo. Poco a poco, nuestra respiración se calma.

—Creo que me he dislocado un hombro —comenta Eva con voz un poco temblorosa.

Me separo de ella preocupado, pero veo que está sonriendo. Sonríe también yo.

—Olvidaba que no dices nunca nada obvio.

—Aparte de aaah y sí y más, quieres decir —replica.

—Y olvidas ahora —añado, provocando esa carcajada profunda suya, tan rara, alegre y genuina.

—Pero lo recordaré —promete—, siempre y cuando me desates.

La libero de su posición incómoda, se masajea los hombros y gira los brazos, dolorida. La miro, blanca y dorada en la luz radiante.

—Pareces un cuadro renacentista —le digo, de nuevo atrapado por una vaga imagen, pero ella habla antes de que consiga asirla.

—Preferiría un Piero della Francesca. Esa virgen tan seria que está en Brera, esa con el huevo suspendido sobre la cabeza. Tan perfecta... —Baja los ojos para mirarse

el brazo, lo masajea despacio—. Mañana voy a tener cardenales... —Sacude la cabeza; no parece desagradarle—. Y yo que había venido solo a hacer de jardinera.

Señala la maceta apoyada junto al árbol, pero no sigo la dirección de su gesto.

—Ya. Porque no es martes —me brota de los labios.

Estoy hipnotizado por el movimiento de esas manos claras, de esos pechos pequeños. Ella se para de repente. Me mira.

—¿No te gusta que haya venido? —me pregunta.

—¿Te he parecido disgustado?

—La verdad es que no. —Deja caer los brazos a los costados y me observa, como un hurón a punto de escapar—. Pero, a lo mejor, ahora lo estás.

No, no estoy disgustado. Pero me doy cuenta de que ya no estoy cómodo. Y no entiendo por qué. Puede que porque hace unos instantes solo la tenía a ella en la mente, porque me ha hecho perder la cabeza como nunca me había sucedido, con ninguna otra. Puede que porque he sido el primer sorprendido por el placer con que he explotado dentro de ella. Si fuese la clase de tío que siente miedo, ahora mismo lo tendría. Pero seguro que no puede ser eso.

En pie uno frente a la otra, desnudos a plena vista de una obra, nos sentimos como atrapados por un hechizo. No de los buenos. Es como si la tarde se hubiese hecho más fría.

—Se llamaba Cecilia —digo de golpe, como si tirase una piedra—. Era amiga de mi prima.

Me interrumpo. No me acucia para que siga, se limita a quedarse frente a mí, escuchando con todo el cuerpo, la cabeza un poco inclinada de lado con su gracia especial.

—Yo tenía dieciséis años, ella veintidós, y estaba casada —prosigo.

Y he vuelto a Cuba; es verano, sol y olor a polvo. Le llevo los insectos que, desde que era niño, voy a recoger en los campos y bosques, esperando descubrir una especie nueva. A fuerza de darles la lata con mis descubrimientos, alguno incluso interesante, los profesores de la Academia de Ciencias han comenzado a escucharme. Pero esta época está a punto de terminar, la fuerza que me mueve a la búsqueda no es ya la pasión entomológica. Es la risa de Cecilia cuando le llevo algún «hallazgo» nuevo, el grito de asco fingido con que huye, el movimiento de mis músculos mientras la sigo lejos de casa, a lo largo del río, y la sombra de la vegetación en que hacemos el amor, mil veces al día.

—Cecilia me ha convertido en un hombre —resumo ahora, volviendo con esfuerzo de aquel verano lejano y dulcísimo—. Querría haber podido amarla, huir con ella. No lo hice.

—¿Por qué? —pregunta Eva bajito, perpleja y un poco atemorizada por mi cambio de humor.

Pero es como si se hubiese roto un dique. Es como si tuviese que decir algunas cosas, ahora o nunca.

—Se quedó embarazada mientras su marido estaba fuera por trabajo. No había forma de disfrazarlo, teníamos que elegir un camino. Y Cecilia lo eligió a él.

—¿Volvió con el marido?

—Volvió con él —asiento—. Después de un mes y medio, le confesó que estaba embarazada, mintiendo sobre los tiempos. Y, luego, abortó.

—Luis, ¡no!

—Bueno, ¿qué iba a hacer? —exploto con rabia. Tiene una bonita forma de decir «no», con esa vocecita—. La vida de las mujeres en otros lugares es más dura que la tuya, querida mía.

Recula como si la hubiese abofeteado.

—Perdona —murmura—. Y tú... ¿qué hiciste?

—¿Yo? Nada —respondo con amargura, la mente invadida por el mismo dolor, la misma confusión e impotencia de entonces—. Dejé que todo terminase, me alejé. Hui. —Aprieto los puños—. Es de lo único que me arrepiento en la vida. Lo único. Desde entonces, no he vuelto a escapar nunca, de ninguna.

—O, quizá, desde entonces, no has hecho otra cosa que escapar.

Estoy estupefacto. Había esperado comprensión. ¿De dónde viene esta dureza?

No digo nada.

—¿Aún la quieres? —pregunta, luego, Eva.

Es una pregunta razonable. Pero no hay una respuesta igualmente razonable.

—Ese no es el asunto. Es que, después de ella, sé que todo puede terminar. Y que, en el fondo, quizá, ni siquiera importa.

No se lo había dicho nunca a otra, y me asombra lo estúpido que puede sonar algo que hace tanto daño. Eva tiende una mano, quizá para una caricia. Pero la rechazo con un gesto casi rabioso. No quiero su comprensión. No puede entenderlo, de ninguna forma. ¡Qué extraño! Hace poco estábamos tan cerca y ahora la siento lejanísima, como si hubiese cerrado una puerta.

Para no mirarla a ella, miro hacia abajo, la maceta que ha traído junto al árbol. Contiene una planta de hojas verde oscuro, de unos cuarenta centímetros de alto, cargada de capullos.

—Parece un rosal —observo.

—Muy bien. Es un rosal trepador. —Se inclina junto a la maceta y roza uno de los capullos—. De la variedad New Dawn. —Levanta los ojos hacia mí, así, desnuda con naturalidad entre las plantas. Eva en el jardín del Edén—. El comienzo de un alba nueva.

Me inclino para recoger mi ropa y le doy la suya.

—Si seguimos aquí un poco más, igual llega de verdad algún obrero —le digo intentando desterrar con una broma la melancolía que se ha apoderado de mí.

Frunce el ceño, pero tiende la mano para coger sus pantaloncitos y, al erguirse, sonrío tensa.

—Quizá por eso en Milán las obras no terminan nunca —comenta—. Demasiadas distracciones.

Aprecio el intento de disipar la atmósfera pesada. Recojo el móvil que se ha caído al quitarme los pantalones. Eva ha terminado de vestirse, alargo un brazo y tiro de ella hacia mí, la abrazo para hacerle sentir cuánto aprecio su delicadeza.

En ese momento, llega un mensaje. Es de Manuela.

«Ven a las nueve esta noche a los jardines de Porta Venezia. Es importante», leo y, en el mismo momento, Eva susurra contra mi pecho:

—Alberto me ha pedido que me case con él.

Las sombras de la noche han invadido ya los jardines cuando entro por la gran verja de via Palestro. He acompañado a Eva a casa sin grandes discursos tras esa revelación que, además, para mí no es tal, puesto que Alberto me la había anticipado ya. Eva no me ha confesado qué tiene intención de hacer, quizás esperaba que yo me posicionase. Pero ¿qué habría podido decir? Es libre de hacer lo que quiera: casarse o no. Para mí no cambia nada.

Pero sé bien que no soy sincero. Lo cierto es que cambia. Sentí un arrebato de odio auténtico por Alberto el viernes, cuando me lo dijo. ¿Por qué? No sería la primera mujer de otro con la que me divierto. Mientras esté todo el mundo conforme, ¿por qué el hecho de que ella vaya a casarse con otro debería molestarme?

No sé el porqué. Pero me molesta. Tampoco esta tarde he conseguido trabajar, a pesar de que la había comenzado de forma tan prometedora, en la Pinacoteca. Solo he bebido un montón de ron y he mirado los bosquejos de Eva que he hecho, sentado ante el tarugo de antigua madera roja.

Y ha llegado la noche y estaba aún allí, cuestionando la madera con los ojos. Para hacer algo, incluso he vaciado los bolsillos de la chaqueta, que se habían ido cargando, como de costumbre, a fuerza de meter distraídamente octavillas y objetos recogidos por ahí. He encontrado un paquete muy cuidado y elegante, de papel de seda y rafia en tonos naranjas y amarillos. Y ¿de dónde sale esto? Luego me he acordado. Cierto, el alfiler. El fingido regalo para Manuela, envuelto por Eva. Lo he abierto y he mirado el culo de botella verde veneno brillando sobre la palma de la mano, la delicada filigrana de plata completamente desperdiciada como marco de esa piedra torpe. Me lo he metido en el bolsillo. Visto lo visto, también podría regalárselo de verdad a Manuela.

Ha especificado que me espera ante el planetario. «¿Cómo se llamaba aquella universitaria que me llevaba siempre a las conferencias de la Asociación Astronómica de Milán?», me pregunto con pereza. No recuerdo su nombre, ni la cara que tenía; pero, en cambio, me vienen a la mente las conferencias: eran muy interesantes. Cuando llego al pequeño edificio de piedra gris, Manuela está ya allí; lleva una minifalda amarilla elástica, que le deja descubierto un kilómetro de pierna desnuda, y una blusa oscura, puede que marrón. Está trasteando con el móvil, pero me oye acercarme y levanta la cabeza.

—¿Hacen aún las conferencias de astronomía? —comienzo como saludo.

—¿Qué porras dices? —me asalta por toda respuesta.

No está de humor amigable. Tiene ojeras alrededor de los grandes ojos oscuros, como si no durmiese desde hace tiempo.

—Nada.

Intento acercarme a darle un abrazo, pero me para con un gesto.

—Mantente lejos, por favor.

Alzo una ceja.

—¿Seguro?

Esto le arranca una sonrisa.

—Eres absolutamente incorregible —dice sacudiendo la cabeza—. Querría estar enfadada contigo, pero no lo consigo.

—Pues, entonces, no lo estés. —Alargo una mano y, esta vez, no me para. Le aprieto un hombro—. ¿Qué sucede?

Me mira largo y tendido y ya no hostil. Solo parece alguien que debe hacer algo particularmente desagradable y, desde hace días —quizá noches—, se pregunta cómo hacerlo.

—Vamos a dar un paseo.

Se separa del muro y nos ponemos en marcha, uno al lado del otro, por los senderos cubiertos de grava. Me había olvidado de lo tranquilos y agradables que son los jardines a esta hora. Casi desiertos, frescos y con un perfume a hojas húmedas verdaderamente insólito para una ciudad como Milán.

—Luis, primero, perdona —comienza Manuela, brusca—. No tendría que haberte montado la escenita del otro día. En el fondo, es asunto tuyo lo que haces para ganarte la vida. A decir verdad —añade, y le destella en la cara la maliciosa sonrisa—, pensándolo bien, es un trabajo divertido.

—Tengo que pedirte perdón también yo —contesto—. Si vamos a confesarnos, no soy gigoló.

Se para en seco.

—¿No? Entonces, por qué...

—Simplemente, he decidido decirte lo que querías oír —admito—. No me apetecía justificarme por estar hablando con ese tío. Me irritaba que hubieses llegado a tus propias conclusiones.

—Bueno, y ahora ¿puedes decírmelo? ¿Por qué estabas con ese tío que, por cierto, según mi amiga, es un individuo despreciable?

—No, despreciable no diría —protesto—. Inseguro sí, y mezquino.

—No me digas que has quedado con él para psicoanalizarlo...

—Algo así.

Y, en pocas palabras, le cuento de mi documental, de las entrevistas, del trabajo de incógnito con la página de citas. Me escucha en silencio. Calla estupefacta. Y, luego, se detiene en medio del sendero y rompe a reír a carcajadas irrefrenables.

—¡No me lo puedo creer! —exclama, al final, en una especie de sollozo, secándose las lágrimas de hilaridad—. Eres un tipo Mata Hari a la masculina, entonces.

—Eh..., más o menos.

Me da por reír a mí también.

—Me dan ganas de torturarte y hacerte revelar todos tus secretos... —murmura con voz un poco ronca.

Me mira a los ojos, entre nosotros se enciende una chispa de la vieja magia.

—Estoy seguro de que serías muy buena torturadora —susurro como respuesta y estoy a punto de tomarla entre mis brazos cuando, con un esfuerzo evidente, aparta los ojos de los míos y comienza a caminar de nuevo.

—Está bien, desde cierto punto de vista me alegra que no te ganes la vida en ese mundo —prosigue—. Por otro lado, no cambia mucho. Verás, el problema es Eva.

Contengo la respiración. Esta no la había visto venir.

—¿El problema de quién? —pregunto cauto.

—El tuyo, en cierto sentido. —Me mira de reojo—. Sé lo que ha sucedido entre vosotros, obviamente.

—¿Te lo ha contado ella?

—Sí. En realidad, creo haber intuido algo ya aquel día, durante el reportaje fotográfico en su tienda. Lo he pensado después, entonces estaba demasiado concentrada en ti. Pero había un montón de electricidad entre vosotros dos. Luego, una semana más tarde, como quien no quiere la cosa, me ha soltado que le estabas cuidando el hurón. Con tono casual, pero Eva no sabría disimular ni aunque le fuese la vida en ello —resopla divertida—. Le he sacado la verdad en diez minutos. No veía el momento de contármelo.

—¿Y tú la has puesto en guardia contra el peligroso Mata Hari?

—¡Claro que no! —Me da un golpecito en el brazo—. ¿Te parezco el tipo?

—La verdad es que no. Es más fácil que le hayas dibujado un mapa de mis zonas erógenas.

—Casi —admite—. Le he dicho que eche una cana al aire y se divierta. Perdona, ¿eh? No quiero tratarte como a un hombre objeto. Es que eres bueno de verdad, y yo no soy del tipo celoso; y para Eva...

—... no es una época fácil —completo por ella—. Me lo dices desde que la conocí. Pero, si no estabas preocupada de que pudiese seducirla y abandonarla, entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que pensaba que sería solo un bonito divertimento que no haría daño a nadie. Una forma de distraerse y sentirse de nuevo un poco viva, moverse, encontrar de nuevo su equilibrio.

—Has olvidado «modelar los glúteos» —comento—. Me siento como un curso de pilates.

Ríe de nuevo, aunque brevemente.

—¡Vamos! Esto es serio, ¿sabes? Hace dos semanas, cuando Eva y tú... En resumen, después de haber estado juntos por primera vez, ella estaba flipada de verdad, Luis. Pero de forma positiva.

Querría decirle que también yo estaba bastante revolucionado, querría casi confesarle esa extraña sensación de haber hecho el amor por primera vez en mi vida, como una receta preparada mil veces, pero de la cual por fin se identifica el ingrediente secreto. Pero, visto que he estado también con ella, sería poco delicado. Y continuó sin entender adónde va esta conversación.

—La forma en que hablaba de ti, la forma en que le brillaban los ojos... Yo solo la había visto una vez así. —Duda—. No sé cuánto te ha contado de su pasado.

—Lo suficiente. Me ha dicho lo del cabrón por el que ha llegado aquí, si es a eso a lo que te refieres.

—A eso, sí. Tú no puedes entenderlo... No puedes imaginar lo que ha sido ese periodo para Eva. Esos meses se quedó en casa. La he visto electrizada, enamorada, esperanzada mientras lo buscaba y llena de sueños de cuando lo encontrase. Y, luego, la he visto... aniquilada. Destruída. Muerta por dentro.

La sacude un escalofrío.

—Entiendo que haya sido horrible —admito—. Pero esas cosas se superan, Manuela.

Aunque, ya mientras lo digo, me siento hipócrita. Es siempre un poco demasiado fácil superar los traumas de los demás.

—¿Seguro? —pregunta ella, de hecho, enseguida—. Aun si tuvieses razón, una vez superados los problemas, sería mejor no buscarse otros.

Hemos llegado a la zona más sombría de los jardines, las veredas son más estrechas, suben y bajan con breves escalones y angostos pasajes. Como de común acuerdo, nos paramos y nos apoyamos en una pared irregular de piedras, salpicada de hiedra, encerrada en una sombra densa. Mi hombro roza el suyo. Casi sin pensarlo, saco un puro del bolsillo. No fumo a menudo, pero, en este momento, siento la necesidad de algo fuerte. Porque ahora entiendo dónde va a parar la conversación.

—Naturalmente —me anticipo a ella—, Alberto, por su parte, no le ha dado nunca un solo día de disgusto.

Ni de placer, añadido para mí.

—Exacto. Alberto le ha salvado, literalmente, la vida, Luis. Ya no comía, no salía de su cuarto, no le interesaba nada. Bendigo el día en que uno de los tíos con los que yo salía se lo ha traído a casa.

—El caballero que llega al galope y salva a la doncella —comento ácido—. Una vieja historia.

—Puedes ser todo lo cínico que quieras, pero ha sido así —contesta en tono de reproche—. Ha sido paciente y amable, y estaba enamorado. Y también ella lo quiere mucho. Estar con él solo le ha hecho bien.

—Mientras que estar conmigo —completo con aspereza— solo le haría mal, supongo.

No responde; por otra parte, no hace falta. Siento subir la cólera y, con esfuerzo, intento dominarla. Esto es solo un hatajo de lugares comunes. La pobre niña herida.

El heroico salvador. La unión justa que todo lo ordena y salva a todos. Cuando va bien, es simplemente una amistad consoladora con polvo incluido. Cuando va mal, es una fuga, la decisión de no ser libre, de renunciar a uno mismo, de aceptar el famoso comercio sórdido: seguridad por estatus, dinero por belleza... La prostitución de los sentimientos que está detrás de lo que llamamos relaciones. Es más, no es prostitución: algunas de las cosas más hermosas y más serias sobre los sentimientos y el cuerpo las he aprendido de las prostitutas, en la época en que grababa el otro documental. Esto es hijoputez, es muy distinto.

Doy una bocanada profunda al puro, saboreo el gusto amargo y fuerte del tabaco en la lengua.

—Francamente, Manuela —digo seco, echando el humo a la noche—, aunque las cosas fuesen como tú dices, ¿qué cambia para mí? Eva y yo nos hemos conocido, nos hemos gustado y nos hemos acostado. Te aseguro que no la he obligado.

—Sé muy bien que no la has obligado —salta, seca también ella—. La has obligado tan poco que ahora se ha enamorado de ti.

La frase me llega como un bofetón.

—Y tú no estás enamorado de ella —continúa Manuela—. Y no me preguntes que cómo lo sé. Lo sé porque es así.

—¿Y tú qué carajo sabes? —Esta vez alzo la voz.

Estoy harto de esta presunción de saberlo todo: cómo van las cosas, qué piensa la gente. Esa frase absurda y falsa: *porque es así*. La base de cualquier dictadura, sobre todo de la que tenemos dentro. Ni siquiera yo sé cómo están las cosas, ¿vale? Puede que ni siquiera desee saberlo.

—Lo sé porque soy como tú, Luis. Porque la gente como nosotros no se enamora, ¿vale? —Alza la voz también ella.

Aquí tenemos otra. Habla justo como Adela. Pero de Adela lo acepto, de esta extraña que, de repente, se muestra hostil, no.

—Puede que sea más capaz de pasiones de lo que crees —objeto entre dientes.

—Por favor, no me hables de pasión y no me hables de encuentro, ¿de acuerdo? No seamos hipócritas. Somos de los que se divierten, querido. Los que son como Eva son los que *sufren*.

—¿Ah, sí? ¿Somos de los que se divierten? —Bueno es saberlo. Hasta ahora no me he divertido mucho—. Te diré: es la primera cosa sensata que has dicho esta noche. —Me doy la vuelta y la aplasto entre mi cuerpo y la piedra irregular de la pared—. ¿Por qué no nos divertimos ahora, entonces? —le murmuro al oído, y siento su escalofrío de respuesta.

Aspiro una bocanada del puro y pego la boca a la suya, el humo se dispersa entre nosotros, sobre los labios que se abren, sobre las lenguas que se buscan. Le abro la blusa de un tirón, arrancando algunos botones, le cojo los pechos en las manos, los toco, los aprieto brutalmente. Su boca devora la mía, sus manos están ya en la cremallera de mis vaqueros, contra los que oprime una erección potente. Me restriego

impaciente contra ella, le levanto la minifalda hasta la cintura y le bajo las bragas, penetro con los dedos su cavidad abierta, mojada, le separo las piernas ansioso de levantarla y follármela así, contra la dura roca. Luego, de alguna parte del sendero sobre nosotros, al otro lado de la pared, me llega una carcajada cristalina. Casi como la de Eva.

Y mi deseo se hace añicos.

Agarro las muñecas de Manuela con una mano, se las sujeto contra la tripa, entre nuestros cuerpos. Me quedo pegado a ella y la miro a los ojos, con dureza, dejando que mi deseo se aplaque.

—No —jadeo—. No te voy a poner las cosas tan fáciles, créeme.

Su pecho desnudo se eleva y baja agitado contra mi pecho, los labios están hinchados.

—Déjala en paz.

Me mira fijamente también ella; nos hemos lanzado a una guerra de nervios y deseo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Casi escupo las palabras.

—Porque él se casará con ella y la hará feliz —masculla, desgredada y alterada, pero indomable—. Y tú la dejarás y le romperás el corazón.

Abro la puerta despacio, haciendo sonar la campanilla que avisa de la entrada de un nuevo visitante. Por primera vez, me parece que tiene algo de siniestro.

Desde los jardines de Porta Venezia, he mandado un mensaje a Eva para decirle que nos encontremos en la tienda. Es tarde, tendrá que dar explicaciones a Alberto. Me importa un bledo. No me apetece consultar esta historia con la almohada. Tengo que resolverla de una vez por todas. Y el breve desencuentro erótico con Manuela me ha dejado insatisfecho un deseo que tengo toda la intención de satisfacer.

Wonderland está inmersa en la oscuridad. Desde la calle se filtra la luz de una farola, roza las superficies de los discos resucitando jóvenes rostros de músicos ya viejos, hace brillar brevemente las piedras engastadas en las joyas. La puerta vuelve a cerrarse a mi espalda con un soplo y el silencio se cierra de nuevo en torno a mí.

Me detengo un instante en medio de la pequeña habitación. Todo el pasado recogido en las estanterías parece vibrar de energía. Imagino esos discos puestos en salas y fiestas, playas y bares. Las agujas de los tocadiscos recorriendo los surcos, dando vueltas y vueltas, repitiendo siempre la misma música para oídos cada vez distintos. La vida que da vueltas y vueltas, y suceden siempre las mismas cosas, a personas cada vez distintas.

La carta que representa tus dificultades —dice la voz de Adela en mi cabeza— es la Luna.

La seguridad y el ímpetu que me han guiado hasta aquí comienzan a disolverse. El ambiente es espectral. Me siento un intruso. Miro fijamente la pequeña caja registradora, como si, en su solidez, pudiese encontrar ayuda. Pero la magia de estas cuatro paredes repletas de pasado es demasiado fuerte. Me parece que cada disco susurra su canción. Estoy rodeado de voces.

Es la carta del retorno del karma, que indica los círculos del destino que no puedes gobernar —resuena aún la voz monocorde, y no es ya la de mi hermana, sino el propio veredicto de la suerte—. Ritmos invisibles que lo condicionan todo.

La maldita carta que me gobierna desde hace años. Cada vez que me leen el tarot aparece ella, la Luna, la Luna. Y yo subo y bajo como las mareas, como un títere, sin saber por qué.

Miro a mi alrededor y advierto la puertecita bajo el arco.

Está entreabierta.

Lo primero que me impresiona es el perfume intenso a jazmín que las plantas florecidas liberan en la noche, aturdidas por el calor del día. Lo segundo es la luz plateada que baña el jardincito secreto. Lo tercero es Eva, vestida de claro de luna.

Únicamente.

Y solo la luna llena nos mira, alta sobre los tejados.

—Has tardado mucho. —Eva sonrío y viene hacia mí.

Se aproxima lenta, la piel blanca sobre el fondo de las hojas oscuras de los setos, la espalda recta, los pezones erectos, la cintura esbelta que se amplía en las caderas redondas, el pubis perfectamente depilado como si aquel día con mi navaja la hubiese preparado para un ritual. Este. Deslizo los ojos por sus piernas hasta las uñas pintadas de un rojo que centellea oscuro como sangre en la noche.

Me quedo inmóvil, casi petrificado, y es así como me siento. Es como si la luna misma hubiese bajado de su refugio sobre los tejados hasta este jardín.

Eva llega ante mí, comienza a desabrocharme la camisa y me la quita amablemente. Baja la boca hasta mi cuello, la clavícula, sigue hasta el pecho. Me toma en la boca un pezón y chupa despacio, muerde, mientras sus manos terminan de desvestirme, lentas, precisas. Estamos desnudos el uno ante la otra. Me abraza, sus manos en mi nuca, enredadas en mi pelo. Me besa, profundamente, y siento mi cuerpo reaccionar, inflamarse. No es solo excitación. Estrecharla entre mis brazos, mientras le acaricio la espalda sinuosa y penetro con mi lengua en su boca, es como volver a casa. Me doy cuenta de que, desde que dejé de besarla la última vez, no he hecho otra cosa que esperar besarla de nuevo. Luego, se separa de mí y me mira durante largo tiempo a los ojos, seria.

—Te quiero —dice.

Esas dos palabras me recorren todo el cuerpo como una descarga eléctrica.

—Le he dicho a Alberto que no me casaré con él —añade—. Quiero quedarme contigo.

No puedo evitar oír la nota que desentona.

—¿Quieres quedarte conmigo o quieres «estar conmigo»? —pregunto.

—No entiendo.

Frunce el ceño.

—¿Cuál es la cosa, Eva? ¿Dejar una vida que no es ya la tuya, a un hombre que no es ya el tuyo, o sustituir a un hombre por otro como se cambia de coche?

Esta vez, se despega de mí por completo. Y la noche vuelve a ser solo noche, el jardín solo un jardín.

—Pensé que te alegraría.

—No tengo que ser yo el contento —respondo—. Tienes que estar contenta tú. Conmigo o sin mí.

—¿Me estás diciendo que no te interesa? ¿No cuenta nada que haya dejado al novio con el que llevaba siete años por ti? ¿Al hombre con quien vivía, por ti?

Casi grita las últimas palabras.

—Te estoy diciendo que no tienes que hacerlo por mí. No soy el caballero a lomos de un corcel blanco venido a borrar tu dolor. No soy un vendedor de vidas alternativas. No soy una alternativa, ¡maldita sea!

—Así que... ¿era solo sexo? —Se aleja de mí como si quemase—. ¿Qué me estás diciendo, que he sido un entretenimiento? ¿Un juego? ¿Que te has dicho: «A ver si consigo conquistar también a esta pobre ilusa»?

—¡No ha sido un juego! —protesto—. Era todo verdad... Es todo verdad.

—Tan verdad que, apenas se ponen las cosas serias, te apresuras a dar marcha atrás —exclama ella—. ¿Tienes miedo de implicarte? ¿Miedo de comprometerte?

—Lo cierto es que yo me comprometo todo el tiempo. —Sacudo la cabeza.

—¿Todo el tiempo? ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir cada noche, cada minuto. Cada caricia. Puedo decirte que te escojo cada día, Eva. Pero no puedo decirte que te escogeré mañana.

—Ahórrame el rollo del «te escojo cada día». —Hace una mueca disgustada mientras imita mis palabras con voz antipática—. La verdad es que eres un cobarde egoísta, del que no hay forma de fiarse. ¡Ah! Pero ¿cómo he podido no darme cuenta?

—¿Qué quiere decir que no hay forma de fiarse de mí? ¿No he estado siempre ahí cuando te hacía falta? ¿Cuándo he sido poco de fiar?

—Pero ¿de qué hablas? ¿De un reportaje fotográfico? ¿O de cuidar a un hurón? Para lo que te interesa, ¡claro que eres fiable! Pero, cuando se trata de un proyecto de vida, de dar garantías...

—Pero ¿te estás escuchando? —Esta vez soy yo el que alza la voz—. ¿Proyecto? ¿Garantías? Hablas como un comercial, ¡mierda!

—Hablo como una persona normal, ¡que tiene sentimientos!

—¡Eh!, no, querida mía, los sentimientos son otra cosa. No son aferrarse a una historia como un naufrago a un madero porque la primera se fue al traste... Cambiar de hombre cuando el primero te hace daño o te decepciona. Eso no son sentimientos: ¡es oportunismo!

—¿Oportunismo?

—Por supuesto. Dejar una historia por otra, recreando siempre el mismo modelo y cambiando solo las condiciones exteriores. Claro que es oportunismo. O hijoputez. Tú verás.

Levanta un brazo en un gesto furioso. Pero un momento antes de que me abofetee, le sujeto la muñeca.

—¿Qué? ¿Duele la verdad? —gruño mientras se revuelve como una gata.

—¡Suéltame!

—Pues ahora vas a escucharla —digo amargo, apretándole la muñeca con fuerza.

Siento la necesidad de hacerle daño, de hacerla escuchar lo que es la vida de verdad, de quemarla con el fuego del que siempre ha huido.

—Tú, con tu bonita niñez protegida de provincia, con tu gran amor que era una figura paterna, con tu novio banquero... Pero ¿qué sabes tú de sentimientos? ¿Qué sabes tú de la soledad? ¿Del desarraigo? —Leo en sus ojos que no entiende, más bien, que no quiere oír lo que digo, y la decepción me enfurece—. ¿Qué sabes tú del abandono de verdad? ¿Has estado alguna vez sola en un país extranjero? ¿Has tenido

que contar únicamente contigo misma? ¿Has estado alguna vez sin casa, sin identidad, sin un punto de referencia? ¿Has sentido alguna vez que descendías al fondo de tus miedos, para intentar purificarte de tus prejuicios?

—¡Déjame! ¡Me haces daño!

No me escucha, concentrada como está en su rabia, en la sensación de rechazo. Pero yo no la estoy rechazando. Es solo que no la quiero en estas condiciones. Como la esclava de un intercambio de prisioneros, que pasa de un hombre a otro en los mismos términos, de una relación a otra con los mismos defectos, de una insatisfacción a otra, cada vez peor. No la estoy rechazando, pero esta Eva no es la mujer libre que busco.

—Pero ¿tú sabes lo que son los sentimientos? —continúo, tirando de ella hacia mí y encerrándola en el círculo de mis brazos—. Solo tienes que escucharlos. Escúchalos, entonces. —E inclino la cara para besarla, dulce, furiosamente.

Al principio, se debate como una leona, necesito todas mis fuerzas para sujetarla. Su boca está rígida bajo la mía, la cabeza vuelta para escapar a mi beso, luego me muerde el labio inferior y aprieta. Siento el sabor de la sangre, pero no me separo. Lo siente también ella y, por un momento, se queda inmóvil. Luego comienza a chuparme el labio, despacio, abre la boca para acoger mi lengua, responde al beso con la misma rabia con la que se había enfrentado a mí hasta ahora. Sus manos me apresan la nuca, los hombros; las uñas se me clavan en la espalda mientras aprieta su pelvis contra la mía con dolor y deseo. Con igual dureza le hundo las manos en las nalgas apretándola contra mí, mi erección repentina oprime contra su carne. La empujo hacia atrás, hacia el seto, sin dejar de besarla, pero se tropieza y me arrastra con ella. Caemos; el impacto contra el suelo frío y polvoriento me corta la respiración mientras rodamos agarrados como luchadores. La clavo en tierra con las manos en sus hombros, de rodillas sobre ella. Abre las piernas, las rodillas levantadas, lista, esperando. La observo; jadea, los ojos febriles, la boca hinchada y roja. La deseo tanto que duele. También ella. Pero no va a ganar tan fácilmente.

—¿Qué quieres? —susurro, a un centímetro de su rostro.

—A ti —gime.

Bajo sobre ella, le hago sentir mi dureza. Sus manos se apresuran hacia mi pene palpitante. Le aprieto los hombros contra el suelo, impidiendo que me toque.

—Vamos —gime de frustración—, ¿no es esto lo que quieres?

—Y tú ¿qué quieres?

—Te quiero a ti.

—¿Ahora? ¿O mañana? ¿O para siempre?

—Ahora.

—Dilo más alto.

—¡Ahora!

—¡Grítalo, maldita sea!

—¡Ahora!

Y gritando levanta las caderas para recibir el empujón con que la penetro, golpes furiosos a los que responde con igual pasión salvaje, moviéndose cada vez más aprisa en un *crescendo* de rabia y deseo hasta que se corre, todo el cuerpo temblando, sacudida por sollozos de placer, y un momento después también yo llego a la cima, sobre el adoquinado bañado por la luna.

—Dios mío, ¿qué me has hecho? —digo, sin reflexionar si es el caso o no, si es el momento adecuado. Solo sé que tengo que decírselo—. Nunca ha sido así, con nadie más.

—Bien —gruñe Eva tras una pausa, con voz extraña que parece venir de un punto profundo, nunca alcanzado en su interior—. Y, ahora, lárgate.

Estoy atado a la cama, sin poder moverme. De mi cuerpo salen docenas de tubitos transparentes. Veo mi sangre recorrer roja su interior, imparable, bombeando la vida fuera de mí, para luego, quizá, llevarla de vuelta dentro. Quizá. No sé bien. Todo es blanco alrededor.

Luego, la puerta se abre y entra una enfermera. Está buenísima. Los rizos castaños le caen sobre los hombros blancos de la bata, que se estira sobre su cuerpo perfecto moldeándolo. Tiene en una mano una carpetilla y, en la otra, un lápiz raro, un carboncillo de dibujo. Sonríe viéndome en estas condiciones.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Qué queremos hacer?

—Libéreme, se lo ruego —imploro.

Alarga una mano hacia el botón de apagado de la máquina.

—¿Seguro?

Dudo. Sé que, cuando lo pulse, sentiré dolor. Y no estoy seguro de que mi sangre continúe fluyendo sin la ayuda mecánica. Pero sé también que tengo que descubrirlo.

Asiento. Miro la maldita Luna colgada dentro de la jaula de *Da Vinci*, torturándome los ojos con su penetrante luz.

Y me despierto.

La luz penetrante es la del sol, que me cae casi de plano sobre la cabeza. Debe de ser mañana avanzada. Me estiro como un gato, advirtiendo el calor y el incomodo de la arena bajo la espalda. Miro alrededor, estoy en un bosquecillo, poco más que un revoltijo de vegetación esmirriada, a decir verdad. ¿Por qué he dormido aquí y no en la habitación del hotel que tengo en el pueblo? Luego comienzo a recordar. Ayer por la noche. La chica del bar que me invita a tomar algo cuando estoy sentado, como siempre, solo a la mesa, escribiendo una carta de amor que no enviaré nunca. Los dos bebiendo cerveza, luego coñac. Yo que la llevo a la habitación. Y, apenas ella apoya sus labios en los míos, yo huyendo. Yo. Huyendo.

Me levanto sacudiendo la cabeza y miro en torno a mí. Estoy rodeado del exiguo contenido de mi equipaje, esparcido sobre el suelo arenoso como tras una explosión. Lo he cogido todo, todo, al escapar de esa habitación como presa del pánico. Pobrecita, debe de haberse quedado pasmada. Pero ni siquiera recuerdo su cara. Agarro una toalla al azar y me dirijo hacia el mar, siguiendo el perfume a sal. Lo encuentro tras cinco minutos de camino.

«Bañera prácticamente infinita y justo en el dormitorio», pienso desvistiéndome para entrar en el agua. Mejor que el Grand Hotel.

El baño me despeja. Continúo sin recordar la cara de la chica, pero me acuerdo muy bien de la sensación lancinante de ese beso. El grito en mi mente: ¡Esto no está

bien! Y, luego, el otro grito: ¡Eva! Mi cuerpo entero reclamándola. Hace semanas que la reclama, pero ayer por la noche el bramido fue demasiado fuerte. Tras días de rabiosa negación y de lucha, he tenido que rendirme ante la idea de que haya un antes y un después de aquella noche en el jardín.

«Quizá solo he bebido demasiado coñac», me digo con cierta desesperación. «No es de extrañar que tenga pesadillas», pienso nadando hacia mar abierto a grandes brazadas, para luego volver atrás.

Sé muy bien que no es eso. Desde que me fui, no me he acercado a ninguna mujer, no hago otra cosa que trabajar, de día con la gubia, de noche con la pluma. Cada noche rompo una carta de amor distinta. Cada noche, la misma. Siempre para ella.

Al salir del agua, me doy cuenta de que el aire ha cambiado. Hay alguien, además de mí, en la playa. Miro a mi alrededor, el escondite obvio son las dunas. Me parece ver algo moverse sobre la más alta, detrás de los escasos matojos. Me vuelvo a vestir rápidamente, intentando parecer indiferente, pero mirando de reojo el punto sospechado. Un resplandor, como de un espejo que refleja el sol. Sí, hay alguien. Termino de secarme el pelo con la toalla; luego, me giro de golpe y arranco a correr hacia la duna.

Una figurilla delgada salta de detrás del matojo y huye, en dirección al calvero en el que he dormido. La alcanzo a pocos pasos de la hoguera apagada que señala el punto en que anoche se pararon mis pasos desesperados.

—¡Te cogí! —exclamo.

Ya me he dado cuenta de que es una niña; tendrá unos ocho años. Se vuelve de repente, haciendo volar la larga melena oscura, a decir verdad, más bien enredada, y me mira con sorprendentes e indignados ojos azules en una carita bronceada.

—No he hecho nada —protesta.

—Y, entonces, ¿por qué escapabas?

—Porque tú me perseguías.

La lógica de las criaturas silvestres.

—Si te suelto, ¿me prometes que no te escaparás? —pregunto. Valora la propuesta, dudosa—. ¡Vamos! Solo quiero charlar —insisto.

—Está bien.

Le suelto la muñeca y se queda ahí, frotándosela distraídamente con la otra mano.

—¿Te he hecho daño?

—¡Qué va! —suelta con desprecio—. A mí nadie no me hace daño.

—No se dice «nadie no» —la reprendo mecánicamente.

—Entonces, ¿es cierto que eres un maestro?

—¿Un maestro? —Levanto una ceja—. ¿Quién ha dicho eso?

—Ernesto y los otros.

El nombre no me dice nada, pero he llegado a este remoto pueblecito de Sicilia meridional hace solo cuatro días, aún no he tenido tiempo de hacer muchos amigos

por la zona. Ni muchos enemigos, espero. ¿Quién es ese Ernesto que va diciendo que soy maestro?

—Dice que eres un maestro que enseña con marionetas —añade la pequeña.

En mi mente se hace la luz. Claro. El espectáculo de marionetas.

Me marché de Milán la mañana después de la última noche con Eva. A veces, me digo que solo la soñé; luego, el dolor vuelve a convencerme de que no, de que todo es verdad. La he conocido, la he deseado y la he perdido. La historia más simple del mundo. Darme cuenta de que no me deseaba a mí, sino una especie de sustituto de su novio, o de algo que ni ella sabe muy bien qué es... Lo cierto es que yo no tengo nada que ver con la proyección de su mente. Por desgracia. Por un momento, me había parecido todo muy real.

Al irme, tomé conmigo solo lo indispensable para cambiarme y lavarme, y los igualmente indispensables *Cantos órficos*. Uno siempre tiene que llevar consigo el fetiche de un héroe. Dino Campana escribió solo este libro, luego su editor perdió el manuscrito original y él, encerrado en un manicomio, lo reconstruyó tenazmente. Es un amuleto que me protege en este manicomio a cielo abierto. Y me basta: solo tengo otras dos cosas conmigo. Una es el teatrillo de marionetas que construí hace años. Tiene solamente tres personajes: él, ella y el otro, que, en caso necesario, se convierte en la otra añadiéndole una larga peluca rubia.

He comenzado a bajar por la bota con varios medios: tren, autobús, a pie, algún trayecto a dedo. He dormido en hoteles intentando no sentirme solo, perseguido por la despiadada certeza de que la peor soledad no es la ausencia de todos, sino la de una única persona. Y que, por lo tanto, estaba y estoy solo, sin posibilidad de redención. Al final, al llegar abajo, he tomado el ferry para llegar a Sicilia. Estoy en la isla desde hace más de dos semanas. ¿Tanto? Es que África está demasiado lejos para las fuerzas de que dispongo. Otros quince días y quién sabe, puede que me decida a partir. Imagino las pateras llenas de norteafricanos ilegales que me cruzaré, mirándome perplejos. ¿De dónde escapa este? ¿Y a dónde mierda va?

—¿Por qué has venido a buscarme? —le pregunto a la niña.

—Hemos hecho un concurso para ver quién te encontraba antes —me explica seria—. Te he encontrado yo, por suerte.

No todas consideran una suerte encontrarme, pienso amargo, pero no se lo digo.

Mira alrededor con aire crítico.

—¿Por qué duermes aquí y no en el hotel?

—Escapaba —respondo sincero.

—¿También tú? ¿Y de qué?

—De una mujer que no existe.

Solo pronunciar estas palabras hace tanto daño como arrancarse la carne viva del corazón. Eva, Eva... Miles de kilómetros.

—Y, ahora, ¿qué hacemos? —pregunto.

A la niña. Dios, soy patético.

—Ahora vamos a buscar a Ernesto y los otros, así les enseñe que te he encontrado antes que ellos y gano el concurso. Y, luego —añade—, nos haces un espectáculo de marionetas.

Tan pequeña y ya tiene todas las respuestas.

—¿Algo más? —le pregunto con una pizca de sarcasmo.

Se lo piensa.

—No —decide por fin—, me parece que no.

—Si se te ocurre alguna otra forma en la que pueda servirte, solo tienes que ordenarlo, ¿eh? —le comento—. A cambio, al menos, ¿me dices cómo te llamas?

—Me llamo Venus.

Y, mientras me interrogo asombrado sobre este extraño nombre, me toma de la mano y me conduce a buscar a Ernesto y los otros.

El espectáculo de marionetas es mi única terapia contra el dolor desde que me marché de prisa y corriendo. Es siempre el mismo, pero cambia cada día. Es un espectáculo hecho de palabras. Preparé la primera noche diez tarjetas, grandes como la página de un libro. En cada una, escribí una palabra: valor, venganza, fantasía, tristeza, sorpresa, decepción, ofensa, excitación, amor, nostalgia. A medida que avanzaba en mi viaje, cada noche he añadido una tarjeta nueva, una sugerencia encontrada en el curso de la jornada. Se han unido a mi «baraja» palabras como pérdida y soledad, pero también despertar y aventura.

En cada etapa, instalo mi teatrillo y pido al primero que pasa que me inspira que elija una carta. A menudo se trata de una mujer o un niño, son más abiertos y dispuestos; pero, a veces, los hombres me han sorprendido, también los que llevan corbata, los más insospechados. Basándome en la tarjeta que eligen, improviso la historia con mis tres personajes.

Llamo a este espectáculo Educación sentimental. Está dedicado a todas las personas de carácter sanguíneo que se han rebelado contra el Iluminismo, el Empirismo y cualquier otro -ismo que haya azotado a la humanidad. Cuando expreso esta premisa, el público me mira extrañado, pero yo la expongo igual. También esta mañana, con los niños. Quizá les quede algo en la mente.

Una media hora después del encuentro con Venus, estoy rodeado de una docena de niños más bien sucios. Aparte de ella, son todos chicos. Insisten para que saque el teatrillo y ponga en escena el espectáculo solo para ellos. No tengo nada en contra. Y, quizá, si funciona, puedo hacer un «bis» en la plaza más tarde.

—Mira, que te pagamos —dice Venus, como leyéndome la mente—. No es que tengas que trabajar gratis.

—Por supuesto que no —asiento serio—. Y ¿cuál será mi merced?

—¿Eh?

—¿Qué vais a darme? —traduzco.

Una de las cosas que intento hacer con este espectáculo es enseñar alguna palabra nueva, en esta lengua tan hermosa que es el italiano. No solo a los niños, por

supuesto.

—Si el espectáculo nos gusta —especifica la niña—, ganarás esto.

Y se saca de la melena una horquilla con dos grandes piedras de *strass*. Así que eso es lo que brillaba antes al sol, en la playa.

—Es una gran retribución —comento. Los tesoros de los niños: a su edad, el mío habría sido un escorpión muerto, probablemente—. Tendré que esforzarme mucho para merecerla.

Por desgracia, la tarjeta que escoge Venus un poco después, al comienzo del espectáculo, es «Amor». Pero, con un nombre como el suyo, supongo que no podía ser de otra forma.

—Había una vez, en un país muy muy lejano, una hermosa joven... —comienzo.

El sol se zambulle en el mar, muchas horas después, y yo estoy sentado sobre una de las dunas dando los últimos retoques a un pequeño bajorrelieve que estoy tallando en madera, a ratos perdidos, desde que me marché. Tengo una idea muy clara de lo que querría hacer de esta «obra». Pero no sé si lo haré. Estoy concentrado en el trabajo, pero no tanto como para no oír los pasos ligeros que se acercan a mi espalda. Más que el ruido, advierto el movimiento del aire y la arena, y un perfume familiar. Me vuelvo.

—¡Sorpresa!

—¡Adela! —Me pongo en pie de un brinco y abrazo a mi hermana—. Me has encontrado.

—No ha sido fácil —admite—. En el hotel no tenían ni idea de dónde estarías, pero, total, habías pagado hasta el final de la semana. La única que parecía preocupada era la hija del hotelero, parecía muy ansiosa por encontrarte. Para pegarte, creo. ¿Qué le has hecho?

—Nada. Ese es el problema.

Levanta una ceja.

—¡Luisito! Eso no es propio de ti.

Querría explicarle que no es propio de mí porque yo ya no soy yo, pero no estoy seguro de poderlo explicar siquiera a mí mismo. Hace semanas que lo intento.

—Y, entonces, ¿cómo has hecho para encontrarme?

—Me lo ha dicho un chiquillo mientras me tomaba un café. Todos los niños del pueblo tienen tu «dirección», por lo que parece.

—Ya sabes cómo va esto: soy una especie de celebridad local.

—Está verdaderamente hecho polvo el sur de Italia —contesta. Mira el horizonte, el mar enrojecido—. Siempre hermoso, sin embargo, el panorama.

—Mi casa es su casa, señora huésped.

Con un gesto galante, la invito a compartir mi duna. Nos sentamos uno junto al otro, yo con un brazo alrededor de su cintura, ella con la cabeza en mi hombro.

—Gracias por venir —le digo, tras un largo silencio.

—¡Faltaba más! Te echaba de menos. Y, por tus mensajes, no me parecía que estuvieses demasiado bien. —Espera una respuesta, que no llega—. ¿Es por la tenderita de rizos? —pregunta, por fin.

No respondo. Luego me levanto.

—Espérame aquí. Voy por una cosa.

Vuelvo con un envoltijo de tela, me siento de nuevo y lo coloco ante ella sobre la arena, desenvolviéndolo con delicadeza. Es la otra cosa que me llevé cuando me fui de Milán. Un tocón de antigua madera roja. Solo que, ahora, tiene una forma.

—¡Es preciosa, Luisito!

La estatua brilla casi como el bronce en la luz incandescente del crepúsculo. Es una figura femenina, de pie, apoyada con las manos sobre una especie de baranda de madera detrás de ella.

—La mesa de la cocina —le indico a Adela.

—¡Cuántos recuerdos! —Sonríe apenas, con un trasfondo, me parece, de añoranza—. Pero, ¿sabes?, así como está, nadie pensaría en una mesa. Parece, más bien —añade pensativa—, el pedestal del que acaba de bajar.

—No habría que subir nunca a los pedestales —comento, y miro mi estatuilla que, en realidad, no tiene pinta de haber saltado, sino de acabar de hacer el amor.

La cabeza reclinada de lado, el cuello tenso en una perfecta línea de gracia, algún rizo acariciándole el hombro. Los rasgos suaves del rostro están lánguidos y la misma languidez parece recorrer el cuerpo desnudo, a un tiempo tenso y abandonado tras el placer. De los tobillos hacia abajo, sin embargo, está aún presa en el bloque de madera.

—No sé por qué, pero me cuesta seguir. A medida que bajo, voy más lento. Aunque trabaje todo el día, salvo por el tiempo que paso con el espectáculo de marionetas.

—Extraño. —Adela alarga un dedo para rozar la cara de la estatuilla, casi con ternura—. Habría dicho que la parte más difícil sería la cabeza.

—¡Qué va! Esa me vino enseguida. La parte más difícil es modelarle los pies.

—Quizá —dice Adela tras un momento de silencio— porque, cuando se los hayas hecho, podrá escapar.

Se levanta rápidamente, se quita el ligero vestido color naranja que lleva y se queda en bragas.

—En cualquier caso, es la cara de Eva —suelta en tono casual y, luego—: ¿Nos bañamos?

—Ve tú; yo voy enseguida.

Mientras la miro entrar en el agua, reflexiono sobre sus palabras. No es, desde luego, por miedo a que Eva escapase por lo que me he ido; más bien, a lo sumo, lo contrario. La he visto ya lista para encasillarme en la misma vida que tenía con el novio: el compromiso oficial, la convivencia, la compra, las salidas con los amigos,

las excursiones juntos los domingos porque eso es lo que se hace. No porque es lo que quieres y no porque me elijas. Pero, si voy a ser igual que Alberto en todo, más vale ahorrar tiempo y dejarnos ya y no después de siete años. Habría terminado así. Iguales supuestos, idéntico epílogo.

Y, sin embargo, no me sale de la cabeza una de las tantas charlas que he tenido con los niños hace un rato, durante el espectáculo. Un intercambio inocuo, en apariencia, uno de tantos. Habíamos llegado al punto en que la hermosa joven, que se ha enamorado de uno de sus juglares, se encuentra con él a las puertas del castillo de los Amores Imposibles, cuyos habitantes, debido a una maldición, no pueden estar nunca con la persona que aman, sino que se encuentran siempre con algún otro. La joven quiere entrar entre sus muros e intentar romper el encantamiento, y el juglar intenta disuadirla. Pero ella insiste. Y entra, mientras el juglar se aleja del castillo maldito.

—Y ¿por qué no va con ella? —me ha preguntado Ernesto.

—Porque, si entran en el castillo, caerán también víctimas del maleficio —le he explicado—, y no sabrán distinguir ya si su amor es verdadero o fingido.

—Y él ¿cómo lo sabe? —ha preguntado Venus.

Miro la estatua y me parece a punto de abrir los labios entreabiertos para decir, como Eva aquella noche: «Te quiero». Me doy cuenta solo ahora de que esas dos palabras, tan potentes, las he oído a duras penas. Más bien, para ser del todo sincero, me han dado miedo. Ella quería desafiar el encantamiento y, quizás, estaba equivocada. O puede que no. En cualquier caso, yo no he confiado.

—¡Luis!

El grito llega de lejos, del medio del mar. El sol se ha puesto, las olas se han levantado. Los golpes de mar color del metal rompen en la playa con un estallido de espuma.

Y Adela agita un brazo, entre una ola y otra.

—¡Luis! ¡Socorro!

Me lanzo al agua y comienzo a nadar hacia el punto en el que el brazo delgado de Adela surge entre las olas, llamándome. El mar está mucho más agitado de lo que parecía desde la duna. Pero ella ha sido siempre una estupenda nadadora, ¡maldita sea!

—¡Adela! ¡Ya voy! ¡Aguanta!

Vuelo hacia mi hermana sin mirar, sin pensar, dejándome guiar por el instinto. Es la única esperanza para llegar a tiempo. El agua salada me entra en la nariz y me irrita la garganta, y el miedo me quema los pulmones. ¿Por qué no me he tirado al agua con ella?

Cuando llego al punto en que me parecía que se encontraba, no la veo. Pienso: es demasiado tarde. Se ha hundido. ¿Hace cuánto? Luego, de repente, resurge asomando del agua, los ojos aterrorizados.

—¡Aquí! ¡Luis! —consigue jadear, y en una brazada estoy junto a ella.

—Agárrate a mí y déjate llevar.

Obedece. Mientras la llevo hacia la orilla, me explica al oído:

—La pierna... Un calambre...

La oigo contener sollozos de miedo. Mi hermanita ha estado a punto de morir. No quiero ni pensarlo. La corriente tira mar adentro y necesito todas mis fuerzas para que podamos llegar sanos y salvos a la orilla.

La pierna está aún dolorida; sostengo a Adela mientras cojea hasta mi improvisado «campamento base», luego, mientras se seca y se viste, limpio el hoyo de la hoguera y comienzo a amontonar ramitas, papel, leños para un hermoso fuego. Es un trabajo metódico que me calma. Pero apenas he avivado las llamas cuando recuerdo que, en el momento de terror, he dejado mi estatua en la playa. Se me escapa un juramento. ¡Espero que no la haya cogido nadie!

Corro hacia la playa presa de un pánico irracional. ¿Y si ya no está? Intento tranquilizarme con una idea igualmente irracional, las palabras de Adela. No puede escapar. No le he hecho aún pies.

Por suerte está aún allí, entre la tela sucia en torno a sus tobillos como un manto del que se ha despojado. Viéndola, me sorprende un pensamiento, como un rayo de ese cielo demasiado sereno. He sido un idiota. Quiero a Eva. Tengo que ir donde ella, enseguida. Porque, sin ella, mi vida no vale ni uno de estos granos de arena.

La estatua se yergue bajo la luz de las estrellas como si ese fuese su lugar desde siempre, apoyada en lo que queda del pedestal del que ha bajado para conocer el amor. Miro la superficie espumosa del mar, luego hacia arriba, el cielo silencioso.

Venus brilla más intensamente después de la puesta de sol. Nuestro planeta gemelo, el único que podríamos ver incluso de día. Si tuviésemos suficiente buena vista.

Cuando vuelvo al campamento con la estatua entre los brazos, Adela está sentada junto al fuego, envuelta en una manta. Tiene el rostro aún un poco tenso del miedo, pero la sonrisa es la de siempre.

—¡Coño! Es cierto, ¡la estatua! Por suerte no se la ha llevado el mar.

—¿Sabes? No me había dado cuenta de cuánto habría sentido perderla... para siempre —respondo, y no estoy hablando de la estatua.

—Darse un susto es muy útil. —Hace una mueca—. Sirve para entender un montón de cosas. A propósito, gracias por haberme salvado la vida.

—Y, si no, ¿quién iba a salvar la mía luego?

La abrazo fuerte y reímos, con el abandono del peligro evitado.

Poco más de veinticuatro horas después, estoy en Milán. No he dormido ni durante la noche ni en ninguno de los distintos medios de transporte que me han traído hasta aquí. No he intentado llamar a Eva. Le he enviado un mensaje, solo uno. No me ha contestado. No he insistido. Siento este viaje como una peregrinación: simplemente, vas. Luego, llegas. Y, luego, ya ves qué pasa. Sé que no pegaré ojo hasta que la haya vuelto a ver. Y que he estado lejos demasiado tiempo.

Entro en el estudio, maltrecho como un náufrago, en las primeras horas de la mañana, sin haber avisado a nadie de mi vuelta. Y Leo está allí, sentado en el sofá. Las cuerdas de la guitarra susurran un viejo tema de jazz, «Someone to Watch Over Me». Me acerco. La puerta acristalada del jardín está abierta para que entre el poco fresco de la noche de julio, y un insólito perfume. Miro fuera. La planta de rosas apoyada en el viejo castaño de Indias es un triunfo de flores.

—Pero ¿te parecen horas de estar despierto? —pregunto a Leo, que ha dejado de tocar.

—Se me ha aparecido en sueños san Luis y me ha dicho que venías de vuelta.

—Te ha avisado Adela.

—Está bien, si tienes que escoger siempre la explicación más prosaica, entonces... Y tú, que se supone que eres un artista.

Apoya la guitarra junto al sofá y se levanta. No he podido dejar de notar un detalle.

—Leo, ¿dónde está la jaula de *Da Vinci*? ¿Ahora vive contigo en el otro lado?

Duda y responde sin mirarme.

—Se lo llevó Eva —dice al final—. Le pedí que me lo dejase, pero no tuvo piedad.

—¿Ha estado aquí?

Miro a mi alrededor como si, después de todas estas semanas, pudiese distinguir las señales de su paso. Me parece raro pensar que ha estado aquí sin mí.

—Bueno, no se lo llevó, desde luego, por teletransporte —explica Leo con aspereza—. Y gracias por haberme preguntado si lo he pasado muy mal.

—Vamos, Leo, no te veo llorando por el hurón perdido —digo.

—Y, sin embargo, los primeros días, sentí su falta, ¿vale? ¡Capullo! —se cabrea—. Tú, por supuesto, no te acuerdas siquiera de la cara que tenía. Bueno, ya sabes, del hocico.

—En efecto, no llevaba su foto en la cartera —admito—. Pero me acuerdo muy bien de la cara que tiene su dueña... ¿Cuándo vino, Leo?

—Dos o tres días después de que te marchases.

—Y ¿cómo estaba?

—No muy bien.

Advierto la reticencia en su voz y entiendo que está intentando ahorrármelo. Imagino lo que puede haber dicho Eva. Puede que, ahora, no importe ya.

—He comprado ron —añade Leo devolviendo la conversación a un terreno más seguro—. Siéntate y nos emborrachamos.

—¿Puedo tomar también un café?

Echo una ojeada al móvil. Son las cinco y media de la mañana. Y no tengo mensajes. Por la punzada de disgusto, me doy cuenta de que mi deseo por ella se hace más intenso, como si me estuviese acercando a un centro magnético invisible. Cómo me gustaría que me escribiese. Aunque solo fuese para insultarme.

—Tienes pinta de haber bebido ya suficientes —responde Leo.

—Me tomaría otro.

—Bueno, lástima, no puedes tomarlo. —Deja en la mesa la botella de ron y las dos macetitas de cerámica de colores ya definitivamente ascendidas a vasos—. Me he cargado la cafetera: olvidé ponerle agua.

—¡Leo!

—Y no digas «Leo» con ese tono de mujer exasperada. De todas formas, dentro de poco, abre el bar, puedes ir a tomarte el café allí. —Me sirve una dosis generosa de ron y levanta el vaso en un brindis—. ¡Salve al héroe que regresa victorioso! Entonces, ¿te has encontrado a ti mismo o no has resuelto una mierda como de costumbre?

—No había ido a buscarme a mí mismo.

—Lo sé. —Se hunde en el sofá junto a mí—. Solo estabas escapando.

—¡No estaba escapando! —Pero sé que tiene razón.

—No te culpo, ¿sabes? Siempre es una buena idea escapar de las mujeres. Yo, por ejemplo, no he escapado lo bastante rápido de tu hermana y, ahora, es un lío.

—Ya —asiento volviendo con la mente a mis semanas de viaje—. No piensas en otra cosa. Ninguna otra te atrae. Es como si la magia del encuentro que experimentabas con tantas mujeres se hubiese concentrado en una sola, la única que necesitas.

—No hagamos chistes —se horroriza Leo—. Me tiro una distinta cada noche, como de costumbre, faltaría más. ¿Qué son esas sandeces? ¿Te has vuelto maricón?

—Me he enamorado, eso es todo, Leo. —Pero ¿cómo hace para seguir siendo el de siempre?—. Y, además, si todo te va tan bien, ¿por qué dices que es un lío?

—¡Bah! No sé explicártelo, es como si no fuese ya lo mismo. —Se encoge de hombros—. Así que he llegado a una conclusión: es el calor.

¿El calor? Leo es un fenómeno. Río brevemente, cómo desearía tener su maravillosa capacidad de pasar de todo y de todos. Antes la tenía. Pero, luego, noto que no me está mirando.

—Así que ¿has decidido esperar hasta septiembre, cuando haga más fresquito, para sentirte mejor? —pregunto cauto.

—No. Así que he decidido que me largo a Australia. Me voy mañana. —Mira el reloj—. Es decir, esta noche.

—¿Para salvarte del calor? Habría entendido Groenlandia...

—En Australia es invierno, pringado. —Sirve otra ronda de ron, y noto que la mano que sostiene la botella no está completamente firme—. Mi agente me ha organizado una gira por las ciudades principales, más algún que otro agujero absurdo, tipo Adelaida. ¡Oh! ¿Sabías que hay salas de concierto en Australia? Pensaba que estaban demasiado ocupados haciendo surf y barbacoas de carne de canguro para ir a oír a un pianista. Y, mira, no. Todas las noches están, ¿cómo se dice?, *fully booked!*

—No se dice así. Al menos, en tu idioma. Se dice: «aforo completo» —le reprendo automáticamente, pero tengo la cabeza en otro sitio.

Leo ha estado ya en Australia y conoce la vivacidad cultural de sus ciudades. Todas estas bromas y hacerse el superficial es sospechoso.

—Me parece que el agotado eres tú —resopla—. Si tienes intención de zanganear aquí dentro como el fantasma del castillo hasta que vuelva, te encontraré reducido a una sombra.

—No tengo esa intención —le tranquilizo—. Tengo que buscar a Eva.

—¿Para qué?

Es una pregunta menos tonta de lo que parece. Lo pienso bien.

—Le he dicho lo que no quiero muy claramente —digo, por fin—. Ahora tengo que decirle lo que quiero.

—Pero ¿sabes lo que quieres?

—Ahora sí.

—¿Y es?

—A ella —respondo en voz baja, casi como a mí mismo—. Porque, en estas semanas, la he echado de menos. Porque, sin ella, no soy el mismo. Porque la necesito.

—¿Quieres decir que, después de todo, tienes intención de convertirte en su próximo novio ideal?

—No —admito con una mueca—. Pero estoy dispuesto a arriesgarme incluso a eso.

Calla largo tiempo, impactado por mi tono serio. Luego se encoge de hombros y levanta el vaso.

—Eso merece un brindis, entonces —concluye.

Un par de horas y una botella de ron más tarde, Leo se retira tambaleándose a su apartamento, para descansar un poco y hacer la maleta. Salgo al jardín y me dejo acariciar por el aire aún fresco, mirando las rosas. Ahora que las veo a la luz, son de un blanco levemente rosado, justo como su nombre. New Dawn. Meto una mano en el bolsillo de los vaqueros y la aprieto en torno a un objeto irregular, áspero.

Vuelvo a pensar en la estatua de antigua madera roja, que dejé ayer al amanecer en la pequeña iglesia barroca de la aldea siciliana, a los pies del altar, con una dedicatoria grabada en el borde del pedestal, a una diosa y a una niña: «Para Venus». Miré por última vez el abandono sensual del cuerpo, la definición perfecta de los pelos del pubis, los ojos lánguidos, y pensé en la cara que pondría el párroco. Pero espero que sepa reconocer un exvoto al verlo. Y, en cualquier caso, pasé toda la noche despierto modelando los tobillos, los piecitos, las uñas delicadas. Ahora puede ir donde quiera.

Pero espero que vuelva a mí.

Diez minutos después, estoy tocando el timbre de Manuela.

—Pero ¿es que siempre tienes que venir los domingos por la mañana? A esta hora, además... —Me recibe en el umbral—. Das asco —añade después de haberme lanzado una larga mirada crítica.

—Gracias. Además de los cumplidos, ¿puedes darme un café?

—Mira que no sé dónde está Eva —me advierte, una vez sentados a la mesa de la cocina—. Ha desaparecido de la circulación. Creo que ha vuelto a Florencia, con su familia.

Me da un vuelco el corazón. He recorrido miles de kilómetros sin problema en los últimos días, pero Florencia, de repente, me parece lejanísima.

—¿Estás segura?

—No. Como te he dicho, hace que no sé de ella más de un mes. Desde que plantó a Alberto —añade mirándome con malos ojos.

—Entonces, ¿lo ha plantado?

—Tal cual.

—Pensaba que, después de todo, se casaría con él.

—Tú, a Eva, no la has entendido nunca —sentencia brusca, sacando del horno el bollo que ha tenido la amabilidad de calentarme. El aroma me reanima—. Aunque, pensándolo bien, puede que Alberto sí sepa dónde está. Habrá tenido que llevarse bastantes trastos de su casa. Conociéndolo, y sabiendo lo negada que es para estas cosas, capaz que el traslado se lo haya organizado él. Claro que —añade escéptica— no creo que te convenga ir a preguntárselo.

Voy a preguntárselo.

No es tan fácil. Son casi las nueve de la mañana y sé que lo encontraré en la oficina. Solo que al guardia jurado que vigila el atrio immaculado del banco le basta un rápido vistazo para decidir echarme.

—¿Dónde crees que vas?

Me para cuando me dirijo al ascensor. No puedo culparle. Llevo un par de pantalones de lona incrustados de salitre, unos zapatos de tango de la posguerra llenos de arena y una camiseta azul que estaba limpia hace dos noches de insomnio.

—Tengo una cita con Alberto Diritti —le informo, enderezando los hombros y mirándolo con franqueza.

Le impresiona mi actitud segura.

—Venga conmigo y lo llamamos —dice haciéndome señal de seguirlo al mostrador de recepción. Por lo menos, ha pasado al usted—. Rita, este... señor dice que tiene una cita con el doctor Diritti.

También ella flipa un poco con mi vestimenta, pero me escruta mejor y pestañea. La seguridad de mi mirada la ha impresionado. Puede que me haya tomado por un millonario excéntrico.

—Por supuesto —asiente suave cogiendo el teléfono—. ¿Qué nombre debo darle?

—Luis S. Morgan —respondo guiñándole un ojo—. Dígale que es a propósito del fondo de inversión Eva.

Dos minutos después, una impecable secretaria de melena alisada me introduce en el despacho del ex novio de Eva.

—Así que eres tú —comienza levantándose—. Cuando me han dicho el nombre no estaba seguro. —Sale de detrás del escritorio y se acerca—. ¿Cómo estás? —pregunta.

Luego cierra en un puño la mano tendida y me suelta un rechazazo a la mandíbula que me manda de espaldas contra la puerta cerrada. El dolor es tremendo. Automáticamente, me pongo en guardia. No me gusta la violencia. Pero he crecido en un pueblecito del campo, sé pelear. En cualquier caso, él no me deja mucho tiempo para explicar o discutir: se lanza hacia mí como un oso iracundo. Driblo de lado y alejo con una patada una silla para hacer sitio. Es más grande que yo: mi única estrategia es desorientarlo y cansarlo. Si hubiese dormido al menos una hora en las últimas cuarenta y ocho, sería más fácil.

Se dirige de nuevo contra mí e intenta golpearme en la cara. Me agacho rápido y le doy en la tripa, sigo con un gancho de izquierda a la barbilla, salto fuera de su alcance. Con una finta consigue asestarme una derecha que casi me parte el pómulo, luego carga contra mí, luchamos agarrados tirando la mesita redonda del rincón.

Bastan unos pocos minutos para que el ruido haga acudir al guardia jurado, que irrumpe con la pistola desenfundada en el despacho.

—¡Alto y manos arriba! —grita.

La voz penetra como una hoja de cuchillo en mi cabeza obnubilada por la adrenalina. También en la de Alberto. Nos quedamos quietos y nos despegamos de golpe, como separados por una mano invisible.

—Aléjese, doctor Diritti —le exhorta el guardia, con el arma apuntada hacia mí—. ¿Le ha hecho daño?

—Hoy no —gruñe.

—Llamamos enseguida a la Policía —dice el guardia.

Me mira con ferocidad, y pienso: hete aquí, confirmados todos sus prejuicios contra los hombres desaliñados. Desvió la mirada hacia Alberto y le leo en los ojos una serie de rápidas consideraciones. La Policía. La vergüenza de tener que dar explicaciones. El escándalo en la empresa. Por no hablar de las horas de trabajo desperdiciadas.

—No los llames —ordena, por fin—. Es solo un pobrecillo. No me ha hecho nada.

—¿Seguro? —pregunta el otro, dudoso, observando su rostro tumefacto—. ¿Y si ataca a alguien más?

—No lo hará. —Alberto le hace un gesto de bajar la pistola—. Es un asunto personal. Haz lo que te digo. Límitate a echarlo.

Me arrojan a la acera de la elegante vía Brera con una violencia que casi me hace terminar bajo las ruedas de una bicicleta que pasa por la carretera.

—¡Un poco de cuidado, sinvergüenza! —grita la vieja maléfica de la bici, siguiendo a contramano su camino.

Me alejo lentamente del «lugar del delito», mirando al suelo. En esta zona chic, los adoquines están casi tan brillantes como las joyas del escaparate de Tiffany. Considero entrar en el restaurante del Four Seasons y pedir un filete para el ojo. Sería capaz, aunque solo fuese para ver el efecto que tiene, si estuviese de otro humor. Pero me siento cansado e incómodo. Eva está en Florencia, yo estoy en Milán, magullado e insomne, y quizá todo esto, en el fondo, no tiene sentido. Meto las manos en los bolsillos.

Y el móvil vibra.

«El huevo —dice el mensaje—. No el de Colón. Eva».

Corro como un loco por las callecitas de Brera esquivando turistas, guardias de joyerías, altoburgueses con bolsas colmadas. Por suerte, es aún pronto y no se ha formado la acostumbrada multitud que hará impracticable esta zona por la tarde.

No tengo dudas sobre el mensaje de Eva. El huevo.

Pareces un cuadro renacentista.

Preferiría un Piero della Francesca. Esa virgen tan seria que está en Brera, esa con el huevo suspendido sobre la cabeza. Tan perfecta...

Entro en la Pinacoteca y subo los escalones de dos en dos. Por suerte, conozco este lugar como la palma de mi mano. El corazón se me desboca, pero no podría pararme a pedir información ni, la verdad, a comprar la entrada. Si me paro, perderé tiempo, y ella ya no estará ahí, es el pensamiento que me retumba en la cabeza. No tengo ningún motivo para creerlo. Pero tengo que ir con ella enseguida. Tengo que decirle una única cosa, solo una vez. La más importante. Luego, que haga lo que quiera: insultarme, rechazarme, dejarme para siempre. Pero, si no se lo digo esta vez, me muero. No me lo perdonaría nunca.

Atravieso la puerta *descocotado*. Vuelvo a la derecha en la cima de las escaleras, luego, otra vez a la derecha. Paso las salas silenciosas siempre corriendo como un loco, seguido de los gritos indignados de los vigilantes y de los pocos visitantes matutinos, en su mayoría, estudiantes de arte. Solo falta que me persigan. No lo harán, supone demasiado esfuerzo despegar el culo de la silla. Y, aunque lo hiciesen, ¿a quién le importa? Lo único que cuenta es encontrarla. Giro de nuevo a la derecha, directo a la sala 24.

Y freno en seco, en el umbral. El retablo Montefeltro está ahí, la virgen del huevo mira hacia abajo con su rostro tan serio. Mira a su niño dormido. O quizá mira a Eva, en pie frente al cuadro en la sala desierta.

Lleva un simple vestidito blanco y un par de bailarinas. Le han crecido los rizos castaños, le acarician brillantes las escápulas. Me había olvidado de lo menuda que era. Y hermosa. Me parece poco más alta que la estatua de madera en la que he tallado su imagen. Pero quizás es la arquitectura imponente del cuadro o las proporciones de la sala, que lo empequeñecen todo. Observo al caballero con armadura arrodillado que siempre ha captado mi imaginación: el cliente, el duque Federico da Montefeltro, único mortal en medio de una asamblea de santos. Miro al niño dormido, la virgen seria, el huevo perfecto que pende sobre la cabeza de la virgen, de la semicúpula de la exedra, en forma de concha. La concha de Venus, pienso. El huevo, el símbolo del Renacimiento.

Aspiro profundamente.

—Te quiero.

En el silencio de la sala, mi voz casi retumba. Eva no se mueve.

Lo he dicho. Y, ahora, de repente, me siento otro.

Nos quedamos inmóviles, casi como los personajes del cuadro.

—Siempre me he preguntado —comienza, por fin, Eva— por qué Piero ha pintado a los ángeles con todas esas joyas. ¿Quizá sabía que acabarían en medio de la zona de paseo elegante y no quería que quedasen mal?

Y, entonces, se vuelve. El corazón me sube a la garganta. Durante todas estas semanas he creído tener su cara ante los ojos, mientras tallaba la madera, mientras contaba mis historias con las marionetas, mientras dormía. Pero, en realidad, era solo un pálido reflejo. Me doy cuenta mientras devoro con la mirada la línea de su perfil, el cuello, los hombros. ¿Puede que sea la alegría de verla, finalmente, tras haberla deseado tanto la que me la hace parecer aún más hermosa? Sus gestos parecen proceder de un mundo paralelo y, sin embargo, es siempre la misma gracia del movimiento acostumbrado con el que ahora inclina apenas la cabeza a un lado, mientras los labios vibran en un gesto enigmático de sonrisa. Como un cuadro de Leonardo, me digo, excusándome con el pensamiento ante Piero della Francesca.

Parece tan... completa. Dentro de mí se abre camino un miedo: no me ha echado de menos en absoluto. No me quiere.

—Porque, asumámoslo —añade—, ¿para qué quiere un ángel joyas?

Metó una mano en el bolsillo y saco el alfiler. No he dejado de tocarlo como un talismán durante todas estas larguísimas horas. Quién sabe, igual ha funcionado. Me acerco con él en la palma de la mano extendida hacia ella.

—Los ángeles no sé, pero a ti te he traído esta —respondo llegando delante de ella y bajando la mirada con una sonrisa.

A cada paso que doy hacia ella, siento el aire tensarse, preñado de ese sentimiento que siempre he tomado por deseo. Y, sin embargo, era amor. Su perfume me coge desprevenido una vez más. Sensual y dulcísimo. Tengo ganas de adorarla con el cuerpo y con la mente, de tomarla enseguida, de volver a encontrar ese éxtasis que he experimentado solo con ella. Tengo ganas de hacer el amor con la mujer a la que amo.

Eva mira hacia abajo atónita.

—Es el alfiler que cogimos de la tienda cuando... Pero lo has cambiado.

Lo toma de mi mano y el roce de sus dedos en mi palma es suficiente para estremecerme. Acaricia la rosa labrada en el pedazo de madera roja que he «robado» al tocón de mi estatua. Es apenas un capullo, vibrante de vida prometida. Tallándolo, tenía la impresión de oler su aroma. El mismo de Eva. Lo he engarzado, en lugar del horrible culo de botella verde, en la delicada filigrana de plata con sus hojitas. Apenas fijado, me ha parecido que el alfiler siempre había sido exactamente así. Plata y madera. Delicado, fuerte, único. Como Eva.

—Lo has hecho tú. —No es una pregunta—. Parece a punto de florecer.

Levanta los ojos, están llenos de lágrimas. La boca, de repente, se tuerce como la de una niña que contiene sus sollozos.

—Te hemos echado tanto de menos... —susurra, como si hablase con una alucinación suya y, de golpe, cubre la distancia mínima que nos separa y me apoya la frente en el pecho.

Experimento un arrebató tal que anula cualquier duda: este es mi lugar, esta es mi mujer. Se me escapa un suspiro liberador y también un pensamiento para *Da Vinci*, el único amigo que tenemos verdaderamente en común. Puede que porque, por un momento, estoy distraído por el recuerdo del hurón, no entiendo enseguida lo que dice Eva después:

—Estoy embarazada.

Apenas lo registro, quedo como paralizado. Se me escapa una exclamación de sorpresa y ella se despega de mí. Me mira seria, ya no tiene lágrimas en los ojos. Debe de haber vertido muchas.

—Y...

Tengo que preguntarlo. Pero no quiero. Pero tengo que hacerlo. Por suerte, ella, como siempre, me lee el pensamiento.

—No he vuelto a estar con Alberto desde que... Desde que te conocí —dice—. Estoy de seis semanas, Luis.

Alberto. Casi casi habría preferido continuar peleándome con él y no enfrentarme a esto. En el pecho tengo como un león furioso que lucha por liberarse de la red que le han echado encima. Ante los ojos, me aparece Cecilia. Riendo, corriendo, haciendo el amor a la orilla del río, enfrentándose a un aborto. Tomo aire y miro a Eva a los ojos.

—No estaba en mis planes... —me sale de la boca.

Me maldigo de inmediato. ¿Qué mierda estoy diciendo? ¿Qué importan mis planes? Y ¿cuáles eran, después de todo? El único plan que tiene sentido es no volver a perderla nunca. Porque yo la quiero. Y ahora lo sé.

—¿Planes? —repite despacio, como para sí, envolviéndome en la dulzura de su abrazo.

De golpe, me siento ridículo, difuso.

—¿Por qué no me llamaste?

—Quizás estaba esperando.

—Esperando ¿qué?

—Que vinieses por ti mismo. ¿Sabes, Luis? Quizá tenías razón en muchas de las cosas que dijiste. Pero no luchaste por cambiar lo que no funcionaba: preferiste escapar. Y, si no hubieses vuelto por ti mismo, no habría funcionado. Sí, te estaba esperando. Sigo esperándote.

—Estoy aquí —digo, pero sin estar seguro en absoluto, arrollado por la oleada de emociones.

—¿Seguro? —Aún esa sonrisa extraterrestre—. Porque las decisiones se toman entre dos y, sea cual sea la que tomemos, quiero que sea juntos.

—Y... tu decisión ¿cuál es?

La sonrisa extraterrestre se transforma, se hace radiante, interior. Una sonrisa de resurrección.

—Es precioso, Luis. Ni siquiera yo me lo esperaba. Pero solo ahora sé cuánto lo deseaba en lo más profundo de mi ser. Parece banal, lo sé. Quizá porque es, en verdad, así: simple. Y es maravilloso.

Entiendo ahora lo que me descoloca en esta situación, aparte de la impresión de la noticia. Eva habla en presente. No hay pasado ni futuro en su voz, ni programas, ni intercambios, ni deseos de tranquilidad. Parece en un trance que, sin embargo, la mantiene bien plantada en el aquí y ahora. Y es esta tranquilidad suya, que no pide nada y se prepara para darlo todo, la que me calma también a mí. Bajo la red, el león se aquieta, acariciado por una mujer valiente y frágil, a quien no importa el peligro. La carta de la Fuerza.

El miedo no ha desaparecido. Pero lo vence el alivio. Y, su presencia, el contacto de su piel con la mía. Ella está aquí, entre mis brazos, y es mía, ahora.

—¿Te parece si vamos a hablar a otro sitio? —Miro a mi alrededor—. Aunque me temo que no he pagado la entrada —añado con vergüenza—. Igual tenemos que salir corriendo... ¿Te atreves?

Se le escapa su carcajada a pleno pulmón.

—Con la pinta que llevas, eso sería lo mejor que puede pasarnos. Solo esta vez, ¿eh?

Le levanto la barbilla con una mano, veo bailar las chispas doradas de sus ojos.

—Ah, no, no solo esta vez. —Sacudo la cabeza y es ya una promesa—. Todas las veces que quieras.

Y atrapo sus labios en el más largo de los besos. La abrazo más fuerte, la siento temblar y me siento omnipotente, como si la hubiese arrancado a un destino mucho más grande que yo. Que nosotros. Mientras la abrazo, me doy cuenta de cuánto la necesito, de cuánto la deseo. La empujo contra la pared, rogando que no suene ninguna alarma, y la beso como un sediento que ha encontrado un oasis después de caminar durante días por el desierto. Dejamos de saber dónde estamos, no nos interesa. Estamos demasiado impacientes por volvernos a encontrar, por fundirnos el uno con la otra, audaces por el afrodisiaco más potente. El amor.

—¡Eh, vosotros! Pero ¿qué creéis que estáis haciendo?

La voz estridente de la vigilante nos congela. Eva me hunde la cara en el pecho, solo puedo imaginar de qué color se ha puesto.

—Dejadlo ya. ¡Fuera de aquí! —chilla la otra.

—Solo podemos salir de una forma. ¿Estás lista? —murmuro en su cabello.

Asiente decidida.

—Uno... Dos...

Al «tres», la cojo de la mano y comenzamos a correr, pasando al lado de la vigilante furiosa y acelerando de sala en sala, perseguidos, como yo poco antes, por la indignación general. Nos miramos con una sonrisa idéntica en los ojos. Y, cuando atravesamos el patio y salimos al empedrado de Brera, no frenamos: ya no es una fuga, sino una carrera libre, eufórica, desenfrenada.

¿Adónde vamos? No lo sé, pero vamos juntos. Puede que ella corra porque tiene prisa de tomar juntos nuestra primera decisión, la de nuestro niño. Yo, la verdad, corro por el placer de correr. Porque ya he decidido.



ARMANDO PRIETO PÉREZ nace en La Habana, donde estudia en la Academia de Bellas Artes y trabaja como artista y director de cine. A los veinticuatro años se traslada a Italia y se mantiene trabajando como modelo, camarero, vigilante de discoteca y publicista. Hoy trabaja como artista figurativo y consultor holístico. Esta es su primera novela.